

INTUICIÓN



Sandra
BROWN

se

Lectulandia

El detective Duncan Hatcher es convocado en medio de la noche para que acuda a una peculiar escena del crimen: la casa del juez Cato Laird. El caso parece claro: Elise, la joven y atractiva esposa del juez, ha sorprendido a un ladrón en plena faena y lo ha matado en defensa propia. Pero Duncan no cree en la inocencia de Elise; intuye que su participación en la muerte del intruso es sólo una parte de la historia...

Cuando Elise se encuentra en privado con el detective y le hace una revelación increíble, Duncan lo interpreta como la mentira de una mujer culpable.

Pero ¿y si estuviera diciéndole la verdad? El crimen adquiriría un significado mucho más siniestro, que incluso podría estar relacionado con el propio Duncan.

Y entonces Elise desaparece...

Un «thriller» absorbente con apasionantes toques románticos en el que queda demostrado que los peores enemigos de un policía honrado son su propia conciencia y sus propios sentimientos, y confiar en la persona equivocada podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Lectulandia

Sandra Brown

Intuición

ePub r1.0

Titivillus 30.09.2018

Título original: *Ricochet*
Sandra Brown, 2006
Traducción: Eduardo Iriarte Goñi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Savannah, Georgia, no sólo cuenta con una de las mejores cocinas típicas y uno de los paisajes más hermosos de Estados Unidos, sino también con las personas más amables. Entre éstas se cuenta el comandante Everett Regan, de la Policía Metropolitana de Savannah-Chatham, que me ofreció su valioso tiempo para responder infinidad de preguntas. Elle Winters se tomó la molestia de ayudarme cuando dependía estrictamente de «la amabilidad de los desconocidos». Sin la ayuda de estos profesionales, me habría resultado mucho más difícil obtener los detalles necesarios.

También estoy en deuda con Cindy Moore, para quien la hospitalidad sureña no es sólo un tópico. Ella la ejemplifica y va mucho más allá. Gracias, amiga, por abrir tantas puertas.

Y, por explorar conmigo cada plaza, cada calle, cargando con el material fotográfico y jugándose la vida para sacar las fotos necesarias, sin rechistar — demasiado— por causa del calor y la humedad... gracias, Michael.

SANDRA BROWN

Prólogo

La misión para recuperar el cadáver se suspendió a las 6:56 de la tarde.

El funesto mensaje lo transmitió el jefe de policía Clarence Taylor durante una rueda de prensa emitida por la televisión local.

Su expresión sombría era acorde con el corte de pelo al rape y el porte militar. «La Policía, junto con todos los demás organismos implicados, ha dedicado infinidad de horas a la búsqueda con la esperanza de que se resolviera en un rescate. O al menos en la recuperación.

»Sea como sea, puesto que los exhaustivos esfuerzos de los agentes de la ley, la Guardia Costera y los voluntarios civiles no han dado en varios días con ningún indicio que nos permita abrigar esperanzas, hemos llegado a la triste conclusión de que continuar con una búsqueda organizada sería inútil.»

El único cliente del bar, que estaba viendo la pantalla borrosa del televisor ubicado en un rincón, se terminó de un trago el *whisky* que quedaba en el vaso e indicó con un gesto al camarero que le sirviera otro.

El camarero mantuvo la botella abierta ladeada sobre el vaso de *whisky*.

—¿Seguro? Creo que se está pasando de la raya, colega.

—Tú sirve.

—¿Tiene quien lo lleve a casa?

La pregunta fue recibida con una mirada amenazadora. El camarero se encogió de hombros y sirvió la copa.

—Bueno, será su funeral, no el mío.

«Te equivocas; será el de otro.»

Situado en una zona apartada y deprimida del centro de Savannah, Smitty's no era frecuentado por turistas ni vecinos del barrio. No era la clase de garito a la que uno fuera en busca de diversión y frivolidad. No formaba parte del famoso recorrido de juerga de bar en bar el día de San Patricio ni se servían allí copas de tonos pastel con nombrecitos graciosos.

Las bebidas se pedían tal cual. Podía tocarte o no una de esas rodajitas de limón que estaba cortando el camarero con aire distraído mientras veía el avance informativo que se había adelantado a la reposición de un capítulo de *Seinfeld*.

En la pantalla, el jefe de policía Taylor elogiaba los incansables esfuerzos de la comisaría, la unidad canina, la patrulla marítima y el equipo de buceo, y demás, bla, bla, bla.

—Quita el volumen, ¿quieres? —dijo el cliente, y el camarero cogió el mando a distancia e hizo lo que le pedían. El cliente continuó—: Está adornándolo porque no le queda otro remedio. Pero si dejas de lado todas las tonterías, lo que en realidad está diciendo es que a estas alturas el cadáver es pasto de los peces.

El cliente apoyó los codos en la barra, encorvó los hombros y contempló el líquido ambarino que se mecía en el vaso conforme lo deslizaba adelante y atrás entre las manos por la superficie de madera lustrosa.

—¿Diez días después de caer al río? —El camarero sacudió la cabeza con expresión de pesimismo—. No hay quien sobreviva a eso. Aun así, es jodidamente triste. Sobre todo para la familia. Eso de no saber qué suerte ha corrido un ser querido... —Buscó otro limón con la mano—. No me haría ninguna gracia pensar que alguien a quien quiero, vivo o muerto, está en el río o ha ido a parar al océano, con todo este follón. —Señaló con la barbilla en dirección a la única ventana del bar. Era amplia, pero sólo tenía unos veinticinco centímetros de fondo, y estaba situada a buena altura en la pared, mucho más cerca del techo que del suelo, ofreciendo así una vista limitada del exterior, si a alguien le apetecía echar una mirada. No permitía el paso más que de un tajo de luz difusa para aliviar la penumbra opresiva en el bar, y brindaba apenas un atisbo de esperanza a los desesperados en el interior.

Desde hacía cuarenta y ocho horas una lluvia persistente azotaba la zona sur de Georgia y Carolina del Sur; torrentes de agua caían a plomo desde nubes grises.

En algunos momentos el aguacero había sido tan intenso que no se alcanzaba a ver la orilla opuesta del río. Las zonas más bajas se habían convertido en lagos. Habían cerrado varias carreteras a causa de las inundaciones. Por las cunetas corrían furiosos arroyos coronados de espuma blanca.

El camarero se limpió el jugo de limón de los dedos y secó la hoja del cuchillo con un trapo.

—Con esta lluvia, no se les puede reprochar que suspendan la búsqueda. Lo más probable es que no encuentren el cadáver. Pero supongo que eso significa que nunca se esclarecerá el misterio. ¿Fue asesinato o suicidio? —Dejó el trapo a un lado y se apoyó en la barra—. ¿Qué cree usted que ocurrió?

El cliente levantó hacia él la mirada vidriosa y dijo con voz ronca:

—Yo sé muy bien lo que ocurrió.

Capítulo 1

Seis semanas antes.

El juicio por asesinato de Robert Savich había llegado a su cuarto día.

El detective de Homicidios Duncan Hatcher se estaba preguntando qué demonios ocurría.

En cuanto volvió a reunirse el tribunal tras la pausa para almorzar, el abogado defensor Stan Adams solicitó un encuentro en privado con el juez. El juez Laird, tan perplejo ante la petición como el ayudante de fiscal Mike Nelson, había accedido y los tres se retiraron a su despacho. El jurado se recogió en su sala, dejando únicamente a los espectadores para que se plantearan la importancia de la inesperada reunión.

Estuvieron ausentes media hora, y la ansiedad de Duncan aumentaba por momentos. Quería que el juicio transcurriera sin la menor irregularidad, sin ningún obstáculo que pudiera derivar en una sencilla apelación o, Dios no lo quisiera, en una revocación de sentencia. Por eso lo estaba poniendo tan nervioso ese pleno a puerta cerrada.

La impaciencia acabó por llevarlo al pasillo, donde caminó arriba y abajo, aunque siempre con el oído atento a la sala. Desde la cuarta planta, donde se encontraba, vio un par de remolcadores arrastrar un buque mercante canal adelante hacia el océano. Luego, incapaz de soportar el suspense, volvió a su sitio en la sala del tribunal.

—¡Duncan, por el amor de Dios, estate quieto! Te estás retorciendo como un crío de dos años. —Para matar el rato, su compañera, la detective Dee Dee Bowen, estaba haciendo un crucigrama.

—¿De qué pueden estar hablando ahí dentro? —indagó Duncan.

—¿Un acuerdo? ¿Homicidio sin premeditación, quizá?

—Venga ya —dijo él—. Savich no reconocería una infracción de tráfico, y mucho menos un asesinato.

—¿Una palabra de ocho letras que significa rendirse? —preguntó Dee Dee.

—Abdicar.

Le dirigió una mirada de fastidio.

—¿Cómo lo piensas tan rápido?

—Soy un genio.

Probó a anotar la palabra.

—Esta vez no —dijo Dee Dee. «Abdicar» no encaja. Además, tiene siete letras.

—Entonces, no lo sé.

El acusado, Robert Savich, estaba sentado a la mesa de la defensa con un aire excesivamente pagado de sí mismo para alguien a quien estaban juzgando por

asesinato, y se lo veía muy confiado para aplacar la ansiedad de Duncan. Como si notara la mirada fija de éste en la nuca, Savich se volvió y le ofreció una sonrisa mientras sus dedos seguían tamborileando sobre los brazos de la silla como si llevara el ritmo de una canción pegadiza que sólo él alcanzaba a oír. Permanecía con las piernas cruzadas y era la viva imagen de la serenidad.

A los ojos de cualquiera que no lo conociese, Robert Savich tenía todo el aspecto de un respetable empresario con un instinto levemente rebelde en cuestiones de moda. Para asistir hoy a la sesión lucía un traje de tono gris conservador, con una hechura esbelta, inconfundiblemente europea. La camisa era de color azul pálido y la corbata tenía un matiz lavanda. La coleta que constituía su marca de identidad se veía lustrosa e impecable, y en el lóbulo de una oreja resplandecía un diamante de muchos quilates.

El atuendo elegante, la despreocupación, eran característicos de su aspecto refinado, que no ofrecía indicio alguno del desvergonzado criminal que llevaba dentro.

Lo habían detenido y llevado ante los tribunales por imputaciones que incluían varios asesinatos, un incendio premeditado y una serie de delitos menores, en su mayor parte vinculados con el tráfico de droga. Pero en el transcurso de su larga e ilustre carrera, sólo había llegado a ser encausado y juzgado en dos ocasiones. La primera vez se le acusó de tráfico de estupefacientes, y fue declarado inocente porque el Estado no consiguió demostrar los cargos, que, desde luego, eran bastante endebles.

Su segundo juicio fue por el asesinato de un tal Andre Bonnet. Savich había hecho saltar su casa por los aires. Con la colaboración de agentes del Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, Duncan investigó el homicidio. Por desgracia, la mayoría de las pruebas eran circunstanciales, aunque las había creído lo bastante sólidas para conseguir que lo condenaran. Fuera como fuese, la Fiscalía encargó el caso a un abogado bastante inhábil que no tenía la inteligencia ni la experiencia suficientes para convencer de la culpabilidad de Savich a los miembros del jurado, que fueron incapaces de emitir un veredicto.

El asunto, sin embargo, no acabó ahí. Se descubrió que el joven ayudante de fiscal también había ocultado pruebas exculpatorias al abogado Stan Adams. Las airadas protestas de éste hicieron que la Fiscalía descartara volver a iniciar un proceso a corto plazo, de manera que el caso quedó archivado, y probablemente seguiría así hasta que se derritieran los casquetes polares.

Duncan no se tomó nada bien la derrota. A pesar de la actuación chapucera del joven fiscal, la consideró un fracaso personal y a partir de entonces se afanó en poner fin a la próspera carrera criminal de Savich.

Esta vez apostaba hasta las alforjas por una condena. Savich estaba acusado del asesinato de Freddy Morris, uno de sus numerosos empleados, un traficante al que agentes secretos de Narcóticos habían atrapado mientras fabricaba y distribuía

metanfetamina. Las pruebas contra Freddy Morris eran irrefutables, su condena estaba prácticamente garantizada, y puesto que era reincidente, se enfrentaba a una larga condena.

El apartamento para la Lucha Contra la Droga y los de Narcóticos aunaron fuerzas y ofrecieron a Freddy Morris un trato: mitigarían la acusación y se le reduciría considerablemente la condena a cambio de su jefe, Savich, que era detrás de quien iban en realidad.

A la luz de la sentencia de cárcel a la que se enfrentaba, Freddy aceptó la oferta, pero antes de que se pudiera ejecutar aquella jugada minuciosamente planeada, fue Freddy quien resultó ejecutado. Lo encontraron boca abajo en una ciénaga con un balazo en la nuca.

Duncan confiaba en que esta vez Savich no eludiría la condena, pero el fiscal no era tan optimista.

—Espero que estés en lo cierto, Dunk —le había dicho Mike Nelson la víspera, cuando preparaban su inminente aparición en el banquillo de los testigos—. Tu testimonio es decisivo. —Se mordió el labio inferior y añadió con aire pensativo—: Me temo que ese Adams nos va a machacar con el asunto de la causa razonable.

—Yo tenía una causa razonable para interrogar a Savich —insistió Duncan—. La primera reacción de Freddy a la oferta fue decir que si se atrevía siquiera a tirarse un pedo en nuestra dirección Savich le cortaría la lengua. Y resulta que, cuando me encuentro con el cadáver de Freddy, no sólo tiene el cerebro hecho papilla, sino que le han cortado la lengua. Según el médico forense, aún estaba vivo cuando se la cortaron. ¿No te parece que eso constituía una causa probable para ir a por Savich de inmediato?

La sangre estaba aún fresca y el cadáver de Freddy no se había enfriado todavía cuando llamaron a Duncan y Dee Dee al horripilante escenario. Los agentes del Departamento para la Lucha Contra la Droga y los de Narcóticos estaban batallando por ver quién había metido la pata con la protección de Freddy.

—Se supone que teníais tres hombres siguiendo todos y cada uno de sus movimientos —le espetó un agente del DLCD a su homólogo de la policía de Savannah.

—¡Vosotros teníais cuatro! ¿Dónde estaban? —replicó a gritos el de Narcóticos.

—Creían que se encontraba a salvo en su casa.

—Ah ¿sí? Pues nosotros también.

—¡Joder! —maldijo el agente federal con gesto de frustración—. ¿Cómo se nos ha podido colar?

Al margen de quién tuviera la culpa de la chapuza, Freddy ya no les servía de nada y pelearse por ello era una pérdida de tiempo, de manera que Duncan había dejado a Dee Dee como árbitro en el cruce de improperios y acusaciones por parte de los dos bandos y había ido tras Savich.

—No tenía previsto detenerlo —le explicó Duncan a Mike Nelson—. Fui a su

despacho sólo para interrogarlo, lo juro por lo más sagrado.

—Te peleaste con él, Dunk —recordó Nelson—. Es posible que eso nos perjudique. Adams no va a dejar que le pase inadvertido al jurado. Va a insinuar que hubo violencia policial, si es que no te acusa sin tapujos. Detención ilegal. Coño, no sé qué piensa sacar de la chistera.

Había acabado advirtiéndole que nada estaba decidido y que durante un juicio podía ocurrir cualquier cosa.

Duncan no entendía la preocupación del ayudante del fiscal. A sus ojos era un asunto claro y sin ambigüedades. Había ido directo del escenario del asesinato de Freddy Morris al despacho de Savich. Duncan había entrado sin llamar y se había encontrado a Savich en compañía de una mujer posteriormente identificada en los archivos de la policía como Lucille Jones, que estaba arrodillada haciéndole una felación.

Esa misma mañana, el testimonio de Duncan al respecto había hecho que se cerniera el silencio sobre la sala. Cesaron los movimientos inquietos y el alguacil, que estaba dormitando, se incorporó, repentinamente alerta. Una de las mujeres de mayor edad agachó la cabeza, avergonzada. Otra, coetánea de la primera, dio la impresión de no comprender el significado de la palabra. Uno de los hombres miembros del jurado miró de soslayo a Savich con una sonrisilla de admiración. Savich se miraba las uñas como si estuviera pensando en hacerse la manicura en algún momento del día.

Duncan declaró que nada más entrar en el despacho de Savich, éste había ido a por su arma.

—Tenía una pistola encima de la mesa y se lanzó a por ella. Supe que estaba muerto si no me hacía con el arma.

Adams se puso en pie:

—Protesto, señoría. Es una suposición.

—Se admite.

Mike Nelson enmendó su pregunta y acabó por demostrar ante el jurado que Duncan sólo se había lanzado contra Savich para defenderse de posibles daños. El forcejeo resultante fue intenso, pero, al cabo, Duncan consiguió reducir a Savich.

—Y una vez que redujo al señor Savich —preguntó el fiscal—, ¿le confiscó el arma como prueba, detective Hatcher?

Ahí se complicó el asunto.

—No. Para cuando esposé a Savich, había desaparecido la pistola, y también la mujer.

No se habían localizado la una ni a la otra desde entonces.

Duncan detuvo a Savich por agresión a un agente de policía. Mientras estaba detenido por ese motivo, Duncan, Dee Dee y otros agentes habían levantado toda una causa contra él por el asesinato de Freddy Morris.

No tenían el arma que había visto Duncan, con la que, estaban seguros, Savich

había asesinado a Freddy Morris menos de una hora antes. No contaban con el testimonio de la mujer. No tenían huellas ni roderas de neumáticos en el escenario porque la marea había arrasado con todo antes de que se descubriera el cadáver.

Lo que tenían era la declaración de varios agentes más que habían oído a Freddy asegurar aterrado que si llegaba a un acuerdo con las autoridades o se atrevía a hablar con ellas siquiera, Savich le cortaría la lengua y luego lo mataría. Y, puesto que Lucille Jones seguía en paradero desconocido, Savich no podía ofrecer una coartada verosímil. La Fiscalía había conseguido veredictos de culpabilidad con menos, de manera que el caso fue a juicio.

Nelson esperaba que el abogado de Savich machacase a Duncan en el contrainterrogatorio de esa tarde. Durante la comida, había intentado prepararlo.

—Va a aducir acoso y decirle al jurado que guardabas rencor a su cliente desde hace años.

—Desde luego que le guardo rencor, joder —reconoció Duncan—. Ese hijo de puta es un asesino, y yo acepté bajo juramento dedicarme a atrapar asesinos.

Nelson suspiró.

—Más vale que no parezca un asunto personal, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —prometió Duncan.

—Aunque lo sea.

—He dicho que lo intentaré, Mike; pero lo cierto es que, sí, se ha convertido en algo personal.

—Adams va a decir que Savich tiene permiso de armas, de manera que la pistola en sí no es inculpatoria. Y a continuación dirá..., que no había arma alguna. Es posible que incluso ponga en tela de juicio que hubiera una mujer haciéndole una mamada. Negará, negará y negará hasta levantar toda una montaña de dudas ante los ojos del jurado. Igual hasta llegará a presentar una moción para que se desestime todo tu testimonio por falta de corroboración.

Duncan sabía a lo que se enfrentaba. Ya se las había visto con Stan Adams en otra ocasión, pero estaba deseoso de empezar.

Tenía la mirada fija en la puerta que daba al despacho del juez, deseando que se abriera de una vez, hasta que, por fin, se abrió.

—Todos en pie —salmodió el alguacil.

Duncan se puso en pie de un salto y escudriñó los semblantes de los tres hombres que volvían a la sala y ocupaban sus puestos. Se inclinó hacia Dee Dee:

—¿Tú qué crees?

—No lo sé —respondió ella—, pero no me da muy buena espina.

Su compañera poseía un talento tan extraordinario como fiable a la hora de interpretar a personas y situaciones, y acababa de confirmar la corazonada que tenía él.

Otra mala señal: Mike Nelson no miraba en dirección a ellos, como si los rehuyese.

Stan Adams tomó asiento junto a su cliente y dio unas palmaditas sobre la manga del caro traje de Savich.

A Duncan se le hizo un nudo de aprensión en el estómago.

El juez subió al estrado e indicó al alguacil que hiciera regresar a los miembros del jurado. Tomó asiento a su mesa y se alisó la toga minuciosamente. Desplazó la bandeja con un vaso de agua y una jarra un centímetro hacia su derecha y ajustó el micrófono, que no necesitaba ajuste alguno.

Después de que el jurado entrara en fila y todo el mundo estuviera en su sitio, dijo:

—Damas y caballeros, les pido disculpas por la demora, pero debíamos ocuparnos inmediatamente de un asunto de gran importancia.

Cato Laird era un juez popular, tanto entre la gente como con los medios de comunicación, y presidía el tribunal con aire regio. Cerca de la cincuentena, poseía el físico de un hombre de treinta y cinco años y los rasgos faciales de un astro del cine. De hecho, pocos años antes había hecho un pequeño papel de juez en una película rodada en Savannah.

Cómodo delante de las cámaras, se podía contar con él para que ofreciera una buena declaración cuando una noticia giraba en torno a un asesinato, unos criminales o la jurisprudencia. En ese instante estaba hablando con esa elocuencia suya tan conocida:

—El señor Adams me ha hecho ver que durante el examen preliminar la miembro número diez del jurado no nos puso al corriente de que su hijo forma parte de la próxima promoción de aspirantes a la Policía Metropolitana de Savannah-Chatham.

Duncan miró de reojo a la tribuna del jurado y comprobó que había un asiento vacío en la segunda fila.

—Vaya por Dios —dijo Dee Dee entre dientes.

—Así lo ha reconocido ante mí la miembro del jurado —prosiguió el juez Laird—. Dice que no intentó engañar al tribunal de manera deliberada, sino que, sencillamente, no cayó en la cuenta de que esa clase de omisión pudiera influir en el resultado de este juicio.

—¿Qué? —dijo Duncan.

Dee Dee le propinó un codazo para advertirle que bajara el tono de voz.

El juez miró en dirección a ellos, pero siguió adelante.

—A la hora de conformar un jurado, los abogados de cada parte tienen la oportunidad de desestimar a cualquier individuo que pudiera decantar el veredicto en un sentido u otro. El señor Adams opina que una jurado con un familiar que pronto será agente de policía puede albergar prejuicios contra cualquier acusado en un juicio criminal, pero sobre todo contra alguien a quien se le imputa un asesinato tan atroz. —Hizo una pausa y prosiguió—: Coincido con el abogado defensor en este sentido y, por tanto, me veo obligado a declarar el juicio nulo. —Dio un martillazo sobre la mesa—. Miembros del jurado, tienen permiso para retirarse. Señor Adams, su cliente

queda en libertad. Se levanta la sesión.

Duncan saltó de su silla.

—No lo dirá en serio, ¿verdad?

El juez lo miró y, en un tono de voz capaz de tallar un diamante, repuso:

—Le aseguro que lo digo en serio, detective Hatcher.

Duncan salió al pasillo y tras avanzar hasta donde se lo permitió la barandilla, señaló a Savich:

—Señoría, no puede permitir que se vaya de aquí.

Mike Nelson, que estaba a su lado, le susurró:

—Tranquilízate, Dunk.

—Puede iniciar un nuevo proceso, señor Nelson —dijo el juez al tiempo que se incorporaba con la intención de marcharse—, pero le aconsejo que recabe pruebas más sólidas antes de hacerlo. —Miró de soslayo a Duncan y añadió—: O testimonios más dignos de crédito.

Duncan se enfureció.

—¿Cree que miento?

—Duncan. —Dee Dee se le había acercado por detrás y le había cogido el brazo en un intento de hacerlo retroceder por el pasillo camino de la salida, pero él se zafó.

—La pistola era real. Prácticamente aún echaba humo. La mujer también era real. Se puso en pie de manera brusca cuando entré y...

El juez dio un martillazo para hacerlo callar.

—Ya presentará testimonio en el siguiente juicio, si lo hay.

De pronto Savich estaba delante de él, colmando todo su campo visual, sonriente.

—La ha vuelto a joder, Hatcher.

Mike Nelson le cogió el brazo a Duncan para evitar que saltara por encima de la barandilla.

—Voy a pillarte, hijo de puta. Grábatelo en la piel. Hazte un tatuaje en el culo. Voy a pillarte.

En un tono de voz impregnado de amenaza, Savich dijo:

—Ya nos veremos. Pronto. —Luego lanzó un beso a Duncan por el aire.

Adams se apresuró a hacer pasar a su cliente por delante de Duncan, que miró al juez.

—¿Cómo puede permitir que se vaya?

—No soy yo, detective Hatcher, es la ley.

—Usted es la ley. O, mejor dicho, debería serlo.

—Cállate, Duncan —siseó Dee Dee—. Redoblabamos nuestros esfuerzos para dar con Lucille Jones. Igual aparece el arma. Atraparemos a Savich tarde o temprano.

—Podríamos haberlo atrapado —dijo, sin molestarse en bajar el tono—. Podríamos haberlo atrapado hoy mismo. Podríamos tenerlo ahora mismo, joder, si contáramos con un juez que estuviera más del lado de los polis que del de los criminales.

—Maldita sea —rezongó Dee Dee.

—Detective Hatcher. —El juez Laird se inclinó sobre su mesa y fulminó con la mirada a Duncan, y como si se dirigiera a él desde una zarza ardiente, le dijo—: Voy a hacerle el favor de pasar por alto lo que acaba de decir porque entiendo lo decepcionado que está.

—Usted no entiende una mierda. Y si hubiera querido hacerme un favor, «señoría», habría sustituido a ese miembro del jurado en vez de declarar el juicio nulo. Si hubiera querido hacerme un favor, nos habría dado una oportunidad como es debido de poner fuera de circulación a ese asesino para siempre.

Todos y cada uno de los músculos de la cara del juez se tensaron, pero su voz demostró una contención notable.

—Le aconsejo que abandone esta sala antes de que diga algo que me obligue a acusarlo de desacato.

Duncan dirigió el índice hacia la puerta de salida por la que acababan de marcharse Savich y su abogado.

—Savich se está burlando de usted, igual que se está burlando de mí. Le encanta matar gente, y usted acaba de darle un pase libre para que se vaya a matar a algún otro.

—He dictado sentencia de acuerdo con la ley.

—No, lo que ha hecho...

—Duncan, por favor —le dijo Dee Dee.

—¿Sabe lo que ha hecho? Ha dado por saco a la gente que votó por usted porque creyeron sus promesas de tratar con mano dura a los criminales como Savich. Ha dado por saco a la detective Bowen aquí presente, y a la Fiscalía, y a todos los que alguna vez han intentado atrapar a ese cabrón. Eso es lo que ha hecho, señoría.

—«Claudicar.»

—¿Qué?

—Palabra de ocho letras sinónimo de rendirse.

Dee Dee miró boquiabierta a Duncan mientras éste se acomodaba en el asiento del acompañante de su coche y se abrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Cuarenta y ocho horas en chirona y eso es lo primero que me dices?

—He tenido tiempo de sobra para pensarlo.

—«Claudicar» tiene nueve letras, genio.

—Seguro que, aun así, encaja.

—Nunca lo sabremos. He tirado el crucigrama.

—¿No podías acabarlo? —le tomó el pelo, consciente de que le fastidiaba porque generalmente él siempre terminaba los crucigramas antes. Se le daban bien; a ella no.

—No, lo he tirado porque no quería nada que me recordase tu sobreactuación en la sala del tribunal. —Dee Dee salió del aparcamiento del centro de detención camino

de la ciudad—. Eres incapaz de morderte la lengua y eso te pierde.

Permaneció sentado con aire pensativo y guardó silencio.

—¿Me pierde?

—Mira, Duncan, entiendo por qué quieres echar el guante a Savich. Todos queremos pillar a ese cabrón. Es la encarnación del mal, pero ¿insultar a un juez en su propia sala? Te perjudicaste a ti mismo y también a la policía. —Lo miró de soslayo—. Claro que no es cosa mía leerte la cartilla. El compañero con más experiencia eres tú.

—Gracias por tenerlo presente.

—Te hablo como amiga. Sólo te lo estoy diciendo por tu propio bien. Tu entusiasmo es admirable, pero tienes que refrenar ese comportamiento.

Con cualquier cosa menos entusiasmo, Duncan se puso a mirar con aire taciturno por la ventanilla. Savannah se estaba cociendo bajo un sol de justicia. El aire estaba cargado de humedad y todo tenía un aspecto lánguido, marchito, tan hastiado como se sentía él. El aire acondicionado en el coche de Dee Dee libraba una batalla perdida contra la humedad, y él ya tenía mojada la espalda de la camisa.

Se enjugó unas gotas de sudor de la frente.

—Esta mañana me he duchado, pero aún apesto a cárcel.

—¿Ha sido horrible?

—No, la verdad es que no, pero no tengo intención de regresar en mucho tiempo.

—Gerard está decepcionado contigo —dijo ella, refiriéndose al teniente Bill Gerard, su superior inmediato.

—¿El juez Laird deja que Savich salga impune y Gerard está decepcionado conmigo?

Dee Dee se detuvo ante un semáforo y volvió la mirada hacia él.

—No te cabrees por lo que te voy a decir.

—Creía que ya habías acabado de leerme la cartilla.

—Lo cierto es que no le dejaste más alternativa al juez. —En los dos años desde que Dee Dee había sido ascendida a Homicidios y pasado a ser su compañera, él nunca había apreciado ni un ápice de instinto maternal en su naturaleza. Ahora su expresión se acercaba un poco a esa actitud—. Después de lo que le dijiste, el juez Laird prácticamente se vio en la obligación de acusarte de desacato.

—Entonces su señoría y yo tenemos algo en común, porque yo me veo en la obligación de considerarlo un tipo despreciable.

—Creo que ya se dio cuenta. Por lo que a Gerard respecta, tiene que establecer criterios de comportamiento. No puede consentir que sus detectives vayan por ahí mandando al carajo a jueces de tribunales superiores.

—Vale, vale, reconozco que me he portado mal. Ya he cumplido sentencia. En el próximo juicio de Savich, prometo conducirme como un auténtico caballero, manso como un corderito, siempre y cuando el juez Laird, a su vez, nos dé cierto margen. Después de lo del otro día, nos lo debe.

—Esto..., Duncan.

—¿Sí, qué?

—Esta tarde ha llamado Mike Nelson. —Dee Dee titubeó y soltó un suspiro—. El fiscal es de la opinión de que no teníamos suficiente contra Savich...

—No me va a hacer ninguna gracia, ¿verdad?

—Ha dicho que este juicio era muy arriesgado, que probablemente no habríamos conseguido un veredicto de culpabilidad, y que no tiene intención de llevar el caso a juicio otra vez, a menos que demos con algo irrefutable que sitúe a Savich en el escenario del crimen.

Duncan ya se temía algo por el estilo, pero oírlo era peor que el temor a oírlo. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

—No sé por qué me importa un bledo Savich ni ningún otro capullo. A nadie más le importan. El fiscal probablemente está más cabreado conmigo que con el neandertal que se cargó a su esposa anoche por causa de una chuleta de cerdo dura. Estaba en la celda de al lado. Si no me dijo doce veces que esa zorra se lo tenía bien merecido, no me lo dijo ninguna.

Al tiempo que profería un suspiro volvió la cabeza para mirar por la ventanilla los venerables robles vivos que bordeaban el bulevar. Las matas de musgo español que pendían de sus ramas tenían un aspecto mustio bajo el calor opresivo.

—Bueno, ¿por qué nos molestamos? —preguntó retóricamente—. Si Savich se carga a un fabricante de «meta» como Freddy Morris de vez en cuando, está desempeñando un servicio público, ¿no?

—No, porque antes de que se haya enfriado el cadáver de ese fabricante de «meta», Savich ya le ha montado el negocio a su sustituto —explicó Dee Dee.

—Pues bien, lo repito: ¿qué sentido tiene? Se me ha agotado ese entusiasmo al que hacías referencia. Ya no me importa una mierda.

Dee Dee puso los ojos en blanco.

—Ah...

—¿Sabes qué edad tengo?

—Treinta y siete —afirmó Dee Dee.

—Y ocho. Y dentro de veinte años cumpliré cincuenta y ocho. Tendré la próstata inflamada y la polla encogida, menos pelo y más kilos encima.

—Y serás más pesimista, si eso es posible —apuntó ella.

—Tienes toda la razón, maldita sea —dijo Duncan furioso, al tiempo que se incorporaba de repente e hincaba el índice en el salpicadero conforme iba enumerando sus argumentos—. Porque habré trabajado veinte años más en vano. Habrá más tipos como Savich cargándose gente. ¿De qué habrá servido todo?

Dee Dee se arrimó al bordillo y frenó. Hasta ese momento Duncan no se había dado cuenta de que lo había llevado a su casa, no al aparcamiento donde había quedado abandonado su coche en el centro judicial cuando lo detuvieron y lo sacaron de la sala del tribunal.

Dee Dee se apoyó en el respaldo y se volvió hacia él.

—Es cierto, hemos sufrido un revés. Mañana...

—¿Revés? ¿Revés? Estamos tan muertos como el pobre Freddy Morris. Su ejecución ha acojonado a cualquier otro camello que alguna vez se hubiera planteado, aunque sólo fuera remotamente, hacer un trato con nosotros o con los federales. Savich se sirvió de Freddy para enviar un mensaje, y lo hizo alto y claro. Si hablas, mueres, y de una muerte horrible. No hablará nadie —dijo, subrayando las tres últimas palabras. Se golpeó la palma de la mano con el puño—. No puedo creer que ese hijo de puta fuera tan hábil como para salir bien parado otra vez. ¿Cómo lo hace? Nadie tiene una suerte tan extraordinaria. Ni es tan listo. En algún momento de su trayectoria sembrada de cadáveres, debe de haber hecho un pacto con el diablo. Todos los demonios del infierno tienen que estar trabajando para él. Pero te lo juro, Dee Dee, aunque sea lo último que haga en mi vida... —Al ver su sonrisa, se interrumpió—. ¿Qué?

—Me parece que vuelves a rebosar entusiasmo, Duncan.

Farfulló un par de maldiciones, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta de golpe.

—Gracias por traerme, Dee Dee.

—Voy a entrar. —Antes de apearse, se volvió hacia el asiento trasero en busca del envoltorio de la tintorería que colgaba del gancho encima de la puerta.

—¿Qué es eso?

—El traje que voy a llevar esta noche. Me voy a cambiar aquí, así me ahorro ir hasta casa y luego otra vez hasta el centro.

—¿Qué se celebra esta noche? —preguntó Duncan.

—La gala de entrega de premios —dijo ella, y lo miró consternada—. ¿O acaso se te había olvidado?

Él se pasó los dedos por el pelo rebelde.

—Pues sí. Lo siento, compañera, pero no estoy de humor para algo así esta noche.

No quería pasar la velada en compañía de polis. No quería tener que vérselas con Bill Gerard en un entorno más o menos social, a sabiendas de que a primera hora de la mañana del día siguiente lo llamarían a su despacho para una buena bronca a la antigua usanza, que se tenía bien merecida por perder el control en el tribunal. Su indignación estaba justificada, pero había hecho mal al expresarla allí mismo. Lo que había dicho Dee Dee era cierto: había perjudicado su causa en vez de contribuir a ella. Y eso debía de haber dado a Savich una gran satisfacción.

Ella se agachó para recoger dos ejemplares de periódico de la acera y le propinó un golpe en el estómago con ellos.

—Vas a ir a esa cena —le dijo, y empezó a subir los peldaños de ladrillo que llevaban hasta la puerta de la casa adosada de Duncan.

Tras abrir la puerta, cuando ya estaban dentro, él fue directo hacia el termostato instalado en la pared y ajustó el aire acondicionado.

—¿Cómo es que no estaba conectada la alarma? —preguntó Dee Dee.

—Siempre se me olvida el código.

—A ti no se te olvida nada, lo que pasa es que eres un vago. Es una estupidez no conectarla, Duncan, sobre todo ahora.

—¿Por qué sobre todo ahora?

—Por Savich. Ese «ya nos veremos. Pronto» de despedida resonó como una amenaza.

—Ojalá viniera a por mí. Me daría una excusa —dijo Duncan.

—¿Para...?

—Para hacer lo que fuera necesario. —Duncan arrojó la americana sobre una silla y se fue por el pasillo hacia la cocina, que estaba al fondo de la casa—. Ya sabes dónde están la habitación y el baño de invitados —añadió, indicando la escalera.

Dee Dee se fue tras él.

—Vas a acompañarme a la cena, Duncan.

—No, lo que voy a hacer es tomarme una cerveza, ducharme y comer un sándwich de jamón con mostaza tan picante que me lloren los ojos, y...

—¿Tocar el piano?

—Yo no toco el piano.

—Sí, claro —dijo ella, burlona.

—Lo que iba a decir es que igual veo algún partido en la tele antes de acostarme temprano. No sabes las ganas que tengo de dormir en mi propia cama después de dos noches de catre en chirona. Pero lo que no pienso hacer es ponerme de tiros largos e ir a esa cena.

Ella puso los brazos en jarras.

—Me lo prometiste.

Duncan abrió la nevera y, sin mirar siquiera, metió la mano y sacó una lata de cerveza, tiró de la anilla y sorbió la espuma que se le derramó en el dorso de la mano.

—Eso fue antes de que me encarcelaran —dijo Duncan.

—Me van a otorgar una distinción.

—Te la mereces. Enhorabuena. Pillaste a la viuda que le partió la crisma a su marido con una palanca. Qué gran instinto, compañera. No podría estar más orgulloso. —Brindó por ella con la lata de cerveza y luego se la llevó a los labios.

—No lo entiendes. No quiero ir a una cena de gala sola. Eres mi acompañante.

Escupió un poco de cerveza al echarse a reír.

—No se trata de un cotillón. Y ¿desde cuándo te importa tener acompañante o no? De hecho, es la primera vez que te oigo pronunciar esa palabra.

—Si no tengo acompañante, esos gilipollas se van a ensañar conmigo —admitió Dee Dee—. Worley y compañía dirán que no podría conseguir una cita aunque me fuera la vida en ello. Eres mi compañero, Duncan. Tienes el deber de apoyarme, y eso incluye ayudarme a quedar bien delante de los patanes con los que me veo obligada a trabajar.

—Llama a ese madero del depósito de pruebas. ¿Cómo se llama? Se pone nervioso cada vez que te ve. Estaría encantado de ser tu acompañante.

Ella frunció el ceño en un gesto de desagrado.

—Tiene la mano húmeda cuando me la estrecha. No lo soporto. —Con aire de estar sumamente enojada, dijo—: No son más que unas pocas horas, Duncan.

—Lo siento, Dee Dee.

—Lo que pasa es que no quieres que te vean conmigo.

—¿De qué estás hablando? Me ven contigo continuamente.

—Pero nunca en una ocasión social. Es posible que haya quien no sepa que trabajo contigo. Dios no quiera que nadie me tome por tu cita. Estar con una mujer baja, regordeta y con el pelo ensortijado podría perjudicar tu reputación de conquistador.

Duncan dejó la cerveza en la encimera con un golpe.

—Ahora sí que me has cabreado. Primero, yo no tengo esa reputación, y segundo, ¿quién dice que seas baja?

—Worley dijo que era una disminuida vertical.

—Worley es un gilipollas. Tampoco eres regordeta. Tienes una constitución compacta. Musculosa, porque te afanas en el gimnasio como loca. Y tienes el pelo ensortijado porque te haces la permanente hasta decir basta.

—Así es más fácil llevarlo —dijo ella a la defensiva—. No me cae sobre los ojos. ¿Cómo sabes que me hago la permanente?

—Porque cada vez que vas a la peluquería, lo huelo. Mi madre solía hacerse la permanente en casa. Apestaba la casa entera durante días. Mi padre le rogaba que fuera al salón de belleza, pero ella decía que era muy caro.

—Peluquería, Duncan. Ya no se llaman salones de belleza.

—Eso ya lo sé yo, pero mi madre no.

—¿Saben que has estado en la cárcel?

—Sí —dijo él con cierto pesar—. Utilicé mi llamada para hablar con ellos porque se ponen nerviosos si no tienen noticias mías cada pocos días. Se enorgullecen de lo que hago, pero se preocupan. Ya sabes cómo es eso.

—Bueno, la verdad es que no —respondió ella, con el tono de voz acre que adoptaba siempre que se hacía referencia a los padres, aunque sólo fuera de manera tangencial—. ¿Están al corriente tus padres de lo de Savich? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué les parece que su hijo haya estado en la cárcel? —añadió ella.

—Tuvieron que pagarme la fianza una vez cuando estaba en el instituto, por beber siendo menor de edad. Entonces me montaron una bronca de cuidado. Esta vez, mi padre me felicitó por defender aquello que creía justo. Naturalmente, no le dije las palabras exactas que utilicé para hacerme entender.

Dee Dee sonrió.

—Qué suerte tienes de que sean tan comprensivos.

—Lo sé. —En realidad, Duncan no era consciente de la suerte que tenía. La relación de Dee Dee con sus padres era tensa. Con la esperanza de desviar su atención de un asunto tan poco grato para ella, Duncan dijo—: ¿No te conté que mi padre se ha pasado a la tecnología punta? Ahora escribe los sermones al ordenador. Tiene la Biblia entera en *software* y puede acceder a cualquier pasaje de las Sagradas Escrituras con sólo pulsar una tecla. Pero no creas que eso le hace gracia a todo el mundo. Un vejete de su congregación está convencido de que Internet es el Anticristo.

Ella se echó a reír.

—A lo mejor tiene razón.

—A lo mejor. —Duncan cogió la cerveza y echó otro trago.

—Nadie me ha invitado, pero me encantaría tomar una Coca-Cola *light*, por favor.

—Perdona. —Duncan abrió la nevera y metió la mano, y entonces, al tiempo que lanzaba un grito, la apartó de súbito—: ¡Joder!

—¿Qué?

—Tengo que acordarme de conectar la alarma.

Dee Dee lo hizo apartarse a un lado para mirar en el interior de la nevera. Torció el gesto y, al igual que Duncan, retrocedió.

—¿Qué es eso?

—Si tuviera que adivinarlo, yo diría que es la lengua de Freddy Morris.

Capítulo 2

Duncan llevaría la lengua cortada —de varios meses de antigüedad— al médico forense por la mañana. De momento, la introdujo en una bolsa de pruebas y volvió a meterla en la nevera.

Dee Dee estaba horrorizada.

—No pensarás dejarla ahí, con la comida, ¿verdad?

—No quiero que me apeste la casa —dijo él.

—¿Vas a hacer que registren la casa en busca de huellas?

—No serviría de nada y montarían un lío de aquí te espero.

Sin duda, quienquiera que hubiese entrado en su casa, ya fuera Savich o uno de sus numerosos recaderos —Duncan supuso lo segundo—, habría sido lo bastante espabilado para no dejar huellas. Más preocupante que encontrar aquel trozo de carne apergaminado era saber que habían allanado su casa. La lengua en sí no constituía más que una gamberrada. El equivalente de Savich al «chinchu y rabia». Le estaba restregando la derrota a Duncan por la cara.

Pero el mensaje que le hacía llegar no era cosa de risa. Duncan había detectado la amenaza implícita en la burlona despedida de Savich, pero ésta no era la venganza que hacía presagiar esa amenaza, sino un mero preludio, un indicio de lo que aún estaba por llegar. Proclamaba alto y claro que Duncan era vulnerable y que Savich no iba a andarse con tonterías. Al entrar en casa de Duncan, había llevado su guerra a otro nivel, y sólo uno de los dos sobreviviría.

Aunque minimizó su aprensión ante Dee Dee, no infravaloraba a Savich ni su grado de brutalidad. Cuando lanzara su ataque, sería despiadado. Lo que más preocupaba a Duncan era que quizá no lo viese venir hasta que fuera demasiado tarde.

Esperaba que el incidente lo eximiera de tener que asistir a la cena de gala con Dee Dee. Seguro que ahora ésta ya no insistiría en que la acompañase. Pero ella insistió, y, por fin, él accedió, se puso un traje oscuro y corbata y fue con ella hasta uno de los hoteles principales a orillas del río, donde se celebraba el acontecimiento.

Al entrar en el salón, miró alrededor y se detuvo en seco.

—¡Es increíble! —exclamó.

Dee Dee miró hacia el mismo lugar y masculló:

—No sabía que iba a venir, Duncan, te lo juro.

El juez Cato Laird, inmaculadamente vestido y tan fresco como la copa que tenía en la mano, charlaba con el jefe de policía Taylor.

—Te eximo formalmente de tu obligación —dijo Dee Dee—. Si quieres marcharte, no te lo impediré.

Duncan permaneció con la mirada fija en el juez. Cuando éste se echó a reír, vio

que se le formaban unas atractivas arrugas en torno a los ojos. Tenía el aspecto de un hombre seguro de haber acertado en todas y cada una de las decisiones de su vida, desde la elección de su corbata para esa noche hasta haber declarado nulo el juicio contra Savich.

Duncan pensó que preferiría que lo colgaran a dar media vuelta y marcharse a hurtadillas.

—Ni de coña —le dijo a Dee Dee—. No pienso perder la oportunidad de ser tu acompañante hoy que te has puesto tan mona. Hasta llevas falda. Es la primera vez que te veo con falda.

—Después de hacer secundaria en un instituto católico, juré que no volvería a ponérmela.

Él lanzó una ostentosa mirada a sus piernas.

—Mejor que pasables —dijo—. La verdad es que están bastante bien.

—Eres un capullo, pero gracias —comentó ella.

Se abrieron paso juntos entre el gentío, deteniéndose de vez en cuando para hablar con otros policías y permitir que los presentaran a parejas que no habían visto hasta esa noche. Varios mencionaron los días que había pasado Duncan en la cárcel, con sentimientos que iban de la furia a la compasión. Él respondió bromeando al respecto.

Cuando reparó en ellos el jefe de policía, Taylor se excusó ante el grupo con el que hablaba y se les acercó para felicitar a Dee Dee por la distinción que le iba a ser concedida durante la velada. Mientras ella le daba las gracias, alguien abordó a Duncan desde atrás.

Al volverse, se vio cara a cara con Cato Laird, que tenía un semblante tan candoroso como el de la soprano solista en el coro de la iglesia de su padre. Duncan tensó la mandíbula inconscientemente, pero contestó con un educado:

—Juez Laird.

—Detective, espero que no haya resquemores. —Le tendió la mano derecha.

Duncan se la estrechó.

—¿Por los días en la cárcel? El único culpable de eso soy yo.

—¿Y qué me dice del juicio nulo?

Duncan desvió la mirada más allá del hombro del juez. Aunque en ese momento presentaban a Dee Dee al alcalde, que le estrechaba la mano con entusiasmo, ella seguía pendiente de Duncan y el juez Laird. Duncan sintió ganas de decirle al juez en los términos más explícitos posibles lo que pensaba de su veredicto y dónde se podía meter el martillo.

Pero era la noche de Dee Dee, de manera que mantendría la templanza, e incluso se abstendría de hablarle al juez de la sorpresa tan desagradable que tenía esperándole en casa a su regreso.

Sus ojos volvieron a establecer contacto con la mirada firme y oscura del juez.

—Sabe tan bien como yo que Savich es culpable del asesinato de Morris, así que

no me cabe duda de que comparte mi recelo ante su puesta en libertad. —Hizo una pausa para que calaran sus palabras—. Pero tampoco me cabe la menor duda de que, teniendo en cuenta las circunstancias, dictó sentencia en conformidad con la ley y con su propia conciencia.

El juez Laird hizo un leve asentimiento.

—Me alegra que comprenda la complejidad del asunto.

—Bueno, he tenido cuarenta y ocho horas para sopesarla. —Sonrió, pero si el juez poseía la menor intuición, tuvo que darse cuenta de que su gesto no era amistoso—. Discúlpeme, mi compañera me pide que me reúna con ella.

—Naturalmente. Disfrute de la velada. —El juez se hizo a un lado y Duncan pasó rozando su cuerpo.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Dee Dee por la comisura de la boca cuando Duncan la tomó del brazo y la llevó hacia la barra.

—Me ha dicho que disfrute de la velada, lo que, a mi modo de ver, incluye tomar una copa.

Abrió paso para ambos ayudándose del codo y pidió un *bourbon* con agua para él y una Coca-Cola *light* para ella. Otro detective de su departamento se les acercó, sosteniendo con gesto envarado una copa en una mano mientras mantenía en equilibrio un plato lleno a rebosar de entremeses con la otra.

—Eh, Dunk —dijo con la boca llena de salsa de cangrejo—, preséntame a tu nueva pavita.

—Vete a tomar por el culo, Worley.

—Vaya, vaya. ¡Pero si habla igual que la detective Bowen!

Worley era un buen detective, pero formaba parte de los «patanes» a los que se había referido antes Dee Dee. Nunca sin su palillo en la boca, ahora sostenía uno en la comisura, incluso mientras comía canapés de su plato. Él y Dee Dee mantenían una pugna por ver quién conseguía insultar mejor al otro. Por lo general obtenían resultados parejos.

—Ya te vale, Worley —le advirtió Duncan—. Dee Dee es una de las homenajeadas esta noche. A ver si te comportas.

Dee Dee siempre se conducía como una poli. Después de trabajar con ella durante dos años, Duncan creía que quizá fuera la única manera que tenía de funcionar. Incluso esa noche, a pesar de la falda y el brillo de labios que se había puesto para la ocasión, pensaba como una poli.

—Dile a Worley lo que hemos encontrado en tu casa.

Duncan le describió la lengua cortada e indicó un pedazo de carne en su plato.

—Tenía más o menos ese aspecto.

—Joder. —Worley se estremeció—. ¿Cómo sabes que Morris era su legítimo propietario?

—No es más que una suposición, pero creo que bastante acertada, ¿no te parece? Mañana la llevaré al laboratorio.

—Savich te está tocando los cojones —dijo Worley.

—Le gusta hacerse el gracioso.

—Pero ir a por ti donde vives... —Worley se colocó bien el palillo y se metió el discutible pedazo de carne en su boca—. Para eso hace falta un par. Y bien, Dunk, ¿estás acojonado?

—Sería idiota si no lo estuviera —respondió Dee Dee por él—. ¿Verdad, Duncan?

—Supongo —respondió él, ausente. Se estaba preguntando si, cuando llegara el momento del duelo final, sería capaz de matar a Savich sin escrúpulos. Así lo suponía, pero sabía a ciencia cierta que Savich no dudaría en matarlo a él.

En un esfuerzo por distender el ambiente, Worley dijo:

—De veras, Dee Dee, hoy hasta estás atractiva.

—Para lo que te va a servir a ti...

—Si me emborracho lo suficiente, es posible que incluso empieces a parecerme una mujer.

Dee Dee no perdió comba.

—Lo malo es que yo no podría emborracharme nunca lo suficiente para que tú empieces a parecerme un hombre.

Era la típica guasa entre compañeros de trabajo. Los hombres de la Unidad de Crímenes Violentos siempre estaban metiendo caña a Dee Dee, pero respetaban sus aptitudes, su dedicación y ambición, de todo lo cual andaba sobrada. Cuando la situación lo requería, se dejaban de bromas, y sus opiniones se respetaban exactamente igual que las de sus colegas, a veces más incluso. «Intuición femenina» había dejado de ser un mero tópico. Gracias a la perspicacia de Dee Dee, habían llegado a creer en ella.

Consciente de que podía defenderse sin su ayuda, Duncan se desentendió y dejó vagar la mirada por entre el gentío.

Más adelante, recordaría que fue el cabello de la mujer lo primero que le llamó la atención.

Estaba justo bajo una de las luces empotradas del techo, unos diez metros por encima de su cabeza, que hacía las veces de foco, dando a su pelo un aspecto casi blanco y haciéndola resaltar como si fuera la única rubia entre la muchedumbre.

Lucía un peinado recogido en un moñito en la nuca, de una sencillez que rayaba en la austeridad pero definía a la perfección la forma de su cabeza y dejaba a la vista la airosa largura de su cuello. Estaba admirando su pálida nuca cuando una mujer anodina que le impedía ver el resto de su cuerpo se apartó, y entonces le vio la espalda, toda ella, tentadores centímetros cuadrados de piel desnuda desde el cuello hasta la cintura, incluso un poquito más abajo.

No sabía que se pudiera llevar joyas en esa parte del cuerpo, pero allí estaba: un broche de lo que tenía todo el aspecto de ser diamantes centelleaba desde la parte inferior de la espalda. Imaginó que las piedras debían de estar calientes en contacto

con su piel.

Con sólo mirarla, su propia piel se había puesto caliente.

Alguien se acercó a la mujer por detrás, le dijo algo, y al volverse ella, Duncan tuvo ocasión de verle la cara por primera vez. Luego se preguntó si se había quedado literalmente con la boca abierta.

—¿Dunk? —Worley le dio un codazo—. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

—Te he preguntado qué tal en la cárcel.

—Ah, de maravilla.

El otro detective se inclinó hacia él y le comentó con una sonrisa lasciva:

—¿Tuviste que quitarte de encima a algún compañero de celda en plan romántico?

—No, estaban todos esperándote a ti, Worley.

Dee Dee lanzó una carcajada tan repentina que le salió como un bufido. Exclamó:

—Muy buena, Duncan.

Se volvió otra vez, pero la rubia se había marchado de donde la había visto. Escudriñó el gentío con mirada impaciente hasta que la volvió a localizar. Hablaba con una pareja madura de aspecto distinguido y tomaba sorbos de vino blanco con aparente desinterés tanto en la copa como en la conversación. Sonreía con amabilidad, pero sus ojos tenían un aire distante, como si no estuviera del todo vinculada con lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Estás babeando. —Dee Dee se había colocado a su lado y seguido la dirección de su mirada hasta dar con la mujer—. De veras, Duncan —le dijo, exasperada—, te estás poniendo en evidencia.

—No puedo evitarlo. Ha sido lujuria a primera vista.

—Para el carro.

—Me parece que no puedo —admitió él.

—Querrás decir que no quieres.

—Así es, no quiero. No sabía que ser alcanzado por un rayo fuera tan agradable.

—¿Un rayo? —preguntó Dee Dee.

—Desde luego. Y me quedo corto.

Dee Dee observó a la mujer con mirada crítica y se encogió de hombros.

—Es mona, supongo. Si te gustan altas, esbeltas, con el pelo perfecto y la piel impoluta.

—Por no hablar de su cara.

Tomó un ruidoso sorbo de su *Cola light*.

—Sí, eso también. Tengo que darte la razón cuando la tienes. Como siempre, tu radar sexual ha dado con la tía más estupenda de toda la sala.

Duncan le lanzó una mirada traviesa.

—Es un don que tengo.

La pareja se apartó de la mujer y la dejó sola en medio del gentío.

—La señora parece un poco perdida y solitaria —comentó Duncan—, como si tal vez necesitara que un poli grande y fuerte acudiera a rescatarla. Sostenme esto. — Apartó la copa en dirección a Dee Dee.

—¿Has perdido la cabeza? —Se plantó delante de él para cortarle el paso—. Eso sería el colmo de la estupidez. No pienso quedarme aquí y ver cómo te destruyes.

—¿De qué estás hablando?

Dee Dee lo miró y cayó en la cuenta de repente.

—Ah, no lo sabes —dijo.

—¿El qué?

—Está casada, Duncan.

—Joder. ¿Estás segura?

—Con el juez Cato Laird.

—¿Qué te ha dicho?

Elise Laird dejó su bolso adornado con piedras preciosas encima del tocador y se quitó las sandalias. Cato había subido a su dormitorio antes que ella, y ya estaba desvestido y en bata, sentado en su lado de la cama.

—¿Quién? —preguntó ella.

—Duncan Hatcher.

Retiró una horquilla de su cabello.

—¿Quién?

—El hombre con el que hablabas en la zona de acceso mientras esperábamos nuestro coche, cuando he ido a pagar el servicio de aparcamiento. Seguro que te acuerdas: alto, de rasgos duros, le vendría de maravilla cortarse el pelo, con la constitución de un jugador de fútbol americano. De hecho, jugó al fútbol, en Georgia, me parece.

—Ah, sí. —Ella dejó caer las horquillas al lado del bolso y se deshizo el moño para luego pasarse los dedos por el cabello a guisa de peine. De cara al espejo, ofreció una sonrisa al reflejo de su marido—. Me ha preguntado si llevaba cambio. Tenía que dar propina al aparcacoches y los billetes más pequeños que le quedaban eran de diez.

—¿Sólo te ha pedido cambio?

—Hummm. —Con las manos a la espalda, ella intentó soltar el cierre del broche de diamantes en la parte inferior—. ¿Me ayudas con esto, por favor?

Cato se levantó de la cama y se acercó a ella por detrás, le desabrochó el cierre, retiró con cuidado el alfiler de la seda negra y luego le tendió el broche y posó las manos sobre sus hombros para darle un suave masaje.

—¿Te ha llamado Hatcher por tu nombre?

—La verdad es que no lo recuerdo. ¿Por qué? ¿Quién es?

—Es un detective de Homicidios.

—¿De la policía de Savannah?

—Héroe condecorado con un máster en Criminología. Tiene sesera además de músculos.

—Qué impresionante —dijo la rubia.

—Hasta ahora ha sido un agente ejemplar —aclaró el juez.

—¿Hasta ahora?

—Declaró en mi sala esta semana, en un juicio por asesinato. Cuando las circunstancias me obligaron a enunciar el juicio nulo, perdió los estribos y adoptó un tono injurioso. Lo declaré en desacato y lo sentencié a dos días de cárcel. Ha quedado en libertad esta misma tarde.

Ella soltó una risilla.

—Entonces seguro que no me conocía —dijo—. Si hubiera sabido quién era, habría evitado hablar conmigo. —Se quitó los pendientes—. ¿Era su esposa la mujer que estaba con él?

—Su compañera de trabajo. Me parece que no está casado. —El juez apartó el vestido de los hombros de Elise, haciendo que se le deslizara por los brazos para desnudarla hasta la cintura y contemplarla en el espejo—. Supongo que no puedo echarle en cara que lo intentase.

—No ha intentado nada, Cato. Me ha pedido cambio.

—Podía habérselo pedido a cualquier otro, pero te ha elegido a ti. —La rodeó con los brazos y tomó el peso de sus senos en las palmas de las manos—. He pensado que igual te había reconocido, que igual os conocíais de antes.

Al tiempo que miraba los ojos oscuros de su esposo en el espejo, dijo:

—Supongo que es posible, pero de ser así, no lo recuerdo. Ni siquiera habría recordado hablar con él esta noche si no lo hubieras mencionado.

—¿No te resulta atractivo ese pelo tirando a rubio que apunta greñas? ¿No te gusta su aspecto desaliñado?

—Prefiero con mucho las sienes entrecanas y el rostro bien afeitado.

La cremallera en la parte posterior del vestido era breve. Cato sonrió al espejo mientras se la bajaba, siguiendo la hendidura entre sus nalgas, y luego dejaba caer al suelo el vestido de manera que se quedara únicamente con un tanga de encaje negro. Le dio la vuelta para que estuviese de cara a él.

—Esto es lo mejor de estas veladas tan aburridas, volver a casa contigo. —La miró, a la espera—. ¿No dices nada?

—¿Tengo que decirlo? Ya sabes que siento lo mismo.

Cato le cogió la mano y se la llevó hasta su miembro erecto.

—Te he mentado, Elise —susurró mientras guiaba sus movimientos—: lo mejor es esto.

Media hora después, ella se levantó de la cama, se dirigió al armario sin hacer

ruido, cogió un albornoz y se lo puso. Hizo una breve pausa en el tocador y luego fue hacia la puerta, que lanzó un chirrido al abrirse. Volvió la mirada hacia la cama, pero Cato no se movió.

Salió con sigilo de la habitación y bajó de puntillas. Su insomnio preocupaba a su marido. A veces bajaba y se la encontraba en el sofá de su estudio, viendo un DVD de una de sus películas preferidas. A veces estaba leyendo en la sala de estar, a veces sentada en el solárium, contemplando la piscina iluminada.

Cato la compadecía por su incapacidad para dormir y la instaba a que se pusiera en tratamiento para remediarlo. La reprendía por abandonar su cama sin despertarlo cuando tal vez él podría haberla ayudado a relajarse para conciliar el sueño.

De un tiempo a esta parte, había empezado a preguntarse si la preocupación de su marido venía motivada por su insomnio o por su merodear nocturno por la casa.

Siempre quedaba una lamparilla encendida en la cocina, pero la ruta le resultaba tan familiar que podría haber encontrado el camino a oscuras. Al margen de lo que hiciera cuando iba a la planta baja, siempre se servía un vaso de leche —que aseguraba le ofrecía ayuda— y dejaba el vaso vacío en el fregadero para tener la seguridad de que nunca la pillaran en un embuste.

De pie ante el fregadero, mientras tomaba sorbos de leche que no le apetecían, confiaba en que Cato nunca la pillara en la patraña que le había colado esa noche.

El detective sabía quién era y la había llamado por su nombre.

—¿Señora Laird?

Al volverse, lo primero que le llamó la atención fue su altura. Cato era alto, pero Duncan Hatcher lo sobrepasaba varios centímetros. Tuvo que levantar la cabeza para mirarlo a la cara. Cuando lo hizo, cayó en la cuenta de que se le había acercado más de lo debido, aunque no tanto como para llamar la atención al respecto. Sus ojos tenían un lustre ebrio, pero no le notó la lengua pastosa al hablar.

—Soy Duncan Hatcher.

No le tendió la mano, pero bajó la mirada hacia la de ella como si esperara que fuera a estrechársela, cosa que no hizo.

—¿Qué tal, señor Hatcher?

Tenía una sonrisa encantadora, y ella sospechó que lo sabía. También tuvo la audacia suficiente para decirle:

—Lleva un vestido precioso.

—Gracias.

—Me gusta el alfiler de diamantes ahí abajo.

Ella asintió con serenidad a modo de agradecimiento.

—¿Es lo único que lo sostiene?

Era un comentario de lo más inadecuado, igual que la insinuación que había en sus ojos, unos ojos de un tono gris claro, enigmáticamente peligrosos.

—Adiós, señor Hatcher.

Estaba a punto de darse media vuelta cuando él se le acercó un paso más, y por un

instante pensó que iba a tocarla.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—¿Cómo dice?

—¿Cuándo volveremos a vernos? —insistió Hatcher.

—Dudo mucho que eso ocurra.

—Desde luego que nos veremos. El caso es que cada vez que un juez me acusa de desacato y me mete en la cárcel, me empeño por todos los medios en follarme a su mujer.

Hizo que sonara como una promesa. La impresión la dejó incapaz de hablar ni de moverse, tanto así que, durante varios segundos, sencillamente se quedaron allí plantados, mirándose.

Entonces ocurrieron simultáneamente dos cosas que les obligaron a desviar la mirada. La mujer que, según sabía ahora, era su compañera de trabajo, cogió a Duncan Hatcher por el brazo y se lo llevó a rastras hacia el vehículo que acababa de traer un aparcacoches. Y Cato apareció en su visión periférica. Cuando se le acercaba, ella se volvió hacia él y se las arregló para sonreírle, aunque el movimiento de los músculos de la cara le salió rígido y forzado.

Su marido siguió con mirada recelosa a Hatcher mientras la mujer lo metía a empujones en el asiento del acompañante de su coche. Elise temió que Cato le pidiera explicaciones acerca de la breve conversación, pero no lo hizo, al menos hasta después de llegar a casa, y para entonces ya había tenido tiempo de pergeñar una mentira.

Pero ahora se preguntaba por qué le habría mentado a su marido al respecto.

Vertió el resto de la leche que no le apetecía nada por el fregadero y dejó el vaso bien a la vista. Al salir de la cocina, volvió hasta los pies de la escalera curvada del vestíbulo, donde se detuvo a escuchar. La casa estaba en silencio. No detectó movimiento alguno en el piso superior.

Entonces enfiló a paso ligero el pasillo central hasta el despacho de Cato. Cruzó la habitación a oscuras, pero una vez detrás de la mesa, encendió la lámpara, que proyectó sombras oscuras por toda la estancia, especialmente sobre las estanterías hasta el techo que conformaban la pared detrás de la mesa.

Abrió el falso estante que ocultaba la caja fuerte empotrada y probó a abrirla, a sabiendas de que no cedería. La caja fuerte se mantenía cerrada en todo momento, y a pesar de que llevaban casi tres años casados, Cato no le había confiado nunca la combinación.

Volvió a colocar el estante de libros falsos y retrocedió para observar la pared revestida de estanterías en su totalidad. Luego, tal como había hecho muchas veces, la dividió en secciones, centrándose en un estante cada vez para dejar que su mirada fuera pasando poco a poco de un volumen al siguiente.

Había infinidad de escondites en la estantería.

En un estante justo por encima de su cabeza se fijó en que uno de los volúmenes

encuadernados en cuero sobresalía apenas un centímetro del borde. Se acercó de puntillas y levantó el brazo por encima de la cabeza para seguir investigando.

—¿Elise?

Ella se volvió de súbito con un grito ahogado.

—¡Cato! Dios bendito, qué susto me has dado.

—¿Qué estás haciendo?

Con el corazón en la garganta, sacó el alfiler de diamantes del bolsillo del albornoz donde había tenido la previsión de meterlo antes de salir del dormitorio.

—Mi broche.

«¿Es lo único que lo sostiene?»

Le sorprendió que su memoria retrocediera hasta el insinuante comentario de Duncan Hatcher en ese momento, cuando su marido la miraba con curiosidad, a la espera de una explicación.

—Iba a dejarlo aquí, encima de tu mesa con una nota, para que lo vieras antes de marcharte por la mañana —le explicó—. Creo que hay alguna piedra un poco suelta. Debería echarle un vistazo un joyero.

El juez entró en la habitación, echó un vistazo al alfiler en la palma de su mano abierta y luego la miró a los ojos.

—No me has comentado lo de las piedras sueltas antes.

—Se me ha olvidado. —Le ofreció una sonrisa menuda, sugerente—. Me he distraído.

—Me lo llevaré al centro mañana y lo dejaré en la joyería.

—Gracias. Lleva décadas en tu familia. No querría ser responsable de que se perdiera alguna piedra.

Cato miró la estantería a espaldas de su esposa.

—¿Qué querías coger?

—Ah, uno de los volúmenes no está alineado como es debido. Acabo de darme cuenta, y ya sé lo puntilloso que eres en lo que respecta a esta habitación.

Avanzó hasta quedar a su lado, levantó el brazo y empujó el tomo de jurisprudencia hasta su lugar.

—Ya está. Supongo que la señora Berry lo habrá movido mientras quitaba el polvo.

—Supongo.

Cato le puso las manos en la parte superior de los brazos y se los acarició con suavidad.

—¿Elise? —le dijo en voz queda.

—¿Sí?

—Si quieres algo, lo que sea, basta con que me lo pidas, cariño.

—¿Qué podría querer? Tengo cuanto deseo. Eres generoso hasta decir basta.

Su marido la miró intensamente a los ojos, como si buscara algo tras la firmeza de su mirada, y luego le propinó un leve apretón en los brazos antes de soltárselos.

—¿Te has tomado la leche?

Ella asintió.

—Bien, pues vamos a la cama. A lo mejor ya puedes conciliar el sueño.

Esperó a que ella saliera primero. Cuando iba camino de la puerta, Elise se volvió hacia él. Cato seguía observándola desde detrás de la mesa. La intensa luz de la lámpara hacía resaltar sus rasgos y subrayaba su ceño pensativo.

Entonces apagó la luz y la habitación quedó a oscuras.

Capítulo 3

Duncan no necesitaba luces para tocar.

De hecho, le encantaba tocar en la oscuridad, cuando daba la impresión de que la negrura producía la música y que ésta no guardaba relación alguna con él. Era más o menos así incluso con las luces encendidas. Cada vez que tocaba el teclado de un piano, cedía el control a otra entidad que moraba en su subconsciente y emergía sólo en esas ocasiones.

«Es un don divino, Duncan», le dijo su madre cuando él intentó explicarle el fenómeno con el reducido vocabulario de un niño. «No sé de dónde viene la música, mamá. Es raro. Sencillamente... lo sé».

Tenía ocho años cuando ella decidió que era hora de que empezara con sus clases de música. Cuando lo sentó en la banqueta del piano, señaló la tecla del do en el centro del teclado y empezó a darle nociones fundamentales sobre el instrumento, descubrieron, con mutua consternación, que ya sabía tocar.

Él no era consciente de que pudiese. Se llevó una impresión mayor incluso que la de sus asombrados padres cuando empezó a interpretar himnos conocidos. Y no reproducía simplemente melodías nota por nota, sino que sabía tocar acordes sin saber siquiera qué era un acorde.

Como es natural, hasta donde alcanzaba a recordar, había oído a su madre ensayar himnos para la misa del domingo, lo que explicaría por qué los conocía, pero también era capaz de interpretar cualquier otra cosa: *rock*, *swing*, *jazz*, *blues*, temas *folk*, música *country*, clásica. Cualquier melodía que hubiera oído alguna vez, era capaz de tocarla.

—Tocas de oído —le dijo su madre mientras le acariciaba la mejilla con tanto cariño como orgullo—. Es un don, Duncan. Tienes que estar agradecido.

No se sentía ni remotamente agradecido, sino más bien avergonzado por su «don». Lo consideraba algo más parecido a una maldición y rogó a sus padres que no alardearan de ello, ni le dijeran siquiera a nadie que poseía aquel talento tan insólito.

Desde luego no quería que sus amigos lo supieran. Se pensarían que era un mariquita, un memo o un bicho raro. No quería tener ningún don, lo que quería era ser un chaval común y corriente. Quería hacer deporte. ¿A quién le importaba un carajo tocar el estúpido piano?

Sus padres intentaron hacerle entrar en razón, le dijeron que no pasaba nada porque alguien hiciera deporte y fuera también músico, y que sería una pena que desperdiciara su talento musical.

Pero él sabía lo que hacía. Después de todo, era él quien iba a la escuela todos los días, no sus padres. Tenía muy claro que se reirían de él si alguien llegaba a averiguar que tocaba el piano y tenía almacenadas en la cabeza melodías de las que ni siquiera

conocía el título.

No dio el brazo a torcer ante los argumentos de sus padres. Cuando los ruegos no dieron resultado, recurrió a la obstinación. Una noche, después de pasarse toda la cena discutiendo al respecto, juró que no volvería a tocar un teclado en la vida, que ya podían encadenarlo al taburete del instrumento y dejarlo sin comer ni beber ni ir al baño hasta que tocara, que incluso así se negaría. Ya verían el disgusto que se llevaban cuando se marchitara y muriera de sed encadenado al taburete.

No cedieron a su melodramática promesa, pero a la larga, tampoco consiguieron obligarlo a tocar, de manera que se llevó el gato al agua. El compromiso fue que tocaría sólo para ellos y sólo en casa.

Aunque nunca lo reconocería, disfrutaba de aquellos recitales privados, adoraba en secreto la música que pasaba de su cerebro a sus dedos sin esfuerzo, de una manera casi mecánica, sin que tuviera que instarla a brotar.

A los treinta y ocho años seguía siendo incapaz de leer una sola nota. Una partitura tenía para él el aspecto de un montón de líneas y garabatos, pero con el paso de los años, había pulido y refinado su talento innato, que seguía manteniendo en secreto. Cada vez que algún amigo le preguntaba por el piano que tenía en el salón, respondía que lo había heredado de su abuela, lo cual, por otra parte, era cierto.

Tocaba para perderse en la música. Tocaba para su disfrute íntimo o cuando necesitaba abstraerse, vaciar su mente de todo lo mundano, y permitirle que desentrañase algún problema espinoso.

Como esa noche. Savich no había dicho ni pío desde el incidente de la lengua cortada. El laboratorio del Buró de Investigación de Georgia había confirmado que pertenecía a Freddy Morris, pero eso no les facilitaba en absoluto la tarea de colgarle el asesinato a Savich.

Savich estaba en libertad, en libertad para seguir adelante con su lucrativo negocio de tráfico de drogas, en libertad para matar a cualquiera que lo importunara. Y Duncan era consciente de que en alguna parte de la agenda de Savich había una anotación: probablemente su nombre tenía un asterisco de gran tamaño al lado.

Intentaba no darle vueltas. Tenía otros casos, otras responsabilidades, pero lo reconcomía constantemente pensar que Savich estaba en la calle, a la espera, aguardando el momento propicio para atacar. De un tiempo a esta parte Duncan se andaba con más cuidado, estaba un poquito más alerta, no iba a ninguna parte desarmado, pero en realidad no era miedo lo que sentía, sino algo más parecido a la anticipación.

Esa noche, el sobrecargado sentimiento de expectación que tenía lo estaba manteniendo despierto. Había buscado refugio de su inquietud en el piano. En la oscuridad de la sala, enredaba con una melodía compuesta por él mismo cuando sonó el teléfono.

Miró de soslayo el reloj: trabajo. Nadie llamaba a la 1:34 de la mañana para informar de que no había habido ningún asesinato. Respondió al segundo tono.

—¿Sí?

Cuando empezaron a ser compañeros, Dee Dee y él habían hecho un trato. Sería a ella a quien llamarían en primer lugar si los necesitaban en el escenario de un homicidio. De entre los dos, él era quien más probabilidades tenía de seguir durmiendo a pesar del teléfono. Dee Dee era la yonqui de la cafeína y la que tenía el sueño ligero por naturaleza.

Duncan esperaba que fuera ella quien llamaba, y así era.

—¿Dormías?

—Más o menos.

—¿Estabas tocando el piano? —preguntó Dee Dee.

—Yo no toco el piano.

—Ya. Bueno, pues deja lo que estés haciendo. Tenemos trabajo.

—¿Quién se ha cargado a quién?

—No te lo vas a creer. Recógeme dentro de diez minutos.

—Dónde... —Pero ya hablaba sólo. Dee Dee había colgado.

Subió al piso de arriba, se vistió y cogió la pistola. Menos de dos minutos después de la llamada de su compañera, ya estaba en el coche.

Duncan vivía en una casa adosada en el distrito histórico del centro de la ciudad, a escasas manzanas de la comisaría, el venerable edificio de ladrillo que todo el mundo en Savannah conocía como «el cuartel».

A esas horas, las estrechas calles bordeadas de árboles estaban vacías, y se saltó tranquilamente un par de semáforos en rojo de camino a Abercorn Street. Dee Dee vivía en una bocacalle de aquella arteria principal en un pulcro dúplex con un jardincito bien arreglado por el que paseaba arriba y abajo cuando aparcó él delante.

Se montó de inmediato y se abrochó el cinturón, luego se llevó las manos a las axilas, primero a una y luego a la otra.

—No paro de sudar. ¿Cómo puede haber un ambiente tan cálido y húmedo a estas horas de la noche?

—A estas horas de la noche hay cantidad de cosas cálidas y húmedas, Dee Dee.

—Pasas demasiado tiempo con Worley, Duncan.

Duncan sonrió.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Vuelve hacia Abercorn —respondió Dee Dee.

—¿Qué hay en el menú esta noche?

—Un tiroteo.

—¿En alguna tienda?

—Agárrate. —Dee Dee tomó aire y lo expulsó—. En casa del juez Cato Laird.

Duncan volvió la cabeza hacia ella de golpe, y sólo entonces se acordó de frenar. El coche se detuvo de repente, proyectándolos hacia delante hasta que el cinturón de seguridad los devolvió a su posición.

—Eso es todo lo que sé —aseguró ella en respuesta a su incredulidad—. Te lo

juro. Han matado a tiros a alguien en casa de los Laird.

—¿Han dicho...?

—No. No sé quién.

Otra vez con la vista al frente, se pasó la mano por la cara y luego retiró el pie del freno y lo llevó con fuerza sobre el acelerador. Chirriaron las llantas y ardió el caucho conforme atravesaban a toda velocidad las calles vacías.

Habían transcurrido dos semanas desde la gala de entrega de premios, pero en los momentos tranquilos, y a veces también durante los de mayor agitación, le sobrevenía algún *flashback* de su encuentro con Elise Laird. A pesar de lo breve que había sido, y de que él estaba ebrio, lo recordaba con toda nitidez: los rasgos de su cara, el aroma de su perfume, la manera en que casi se había atragantado ella cuando le dijo lo que le dijo. Se había portado como un auténtico imbécil. Era una mujer preciosa que no había hecho nada para merecerse un insulto semejante. Pensar que tal vez estuviera muerta...

Carraspeó.

—No sé adonde voy —dijo.

—Ardsley Park. Washington Street. —Dee Dee le facilitó la dirección—. De lo más distinguido.

Él se limitó a asentir.

—Ya.

—¿Estás bien, Duncan?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno, ¿no te da mal pálpito todo esto? —preguntó Dee Dee.

—¿Mal pálpito?

—Venga —dijo ella en tono áspero—. El juez no es una de tus personas preferidas.

—Eso no significa que tenga la esperanza de que haya muerto.

—Eso ya lo sé. Sólo decía...

La fulminó con la mirada.

—Sólo decías..., ¿qué?

—¿Lo ves? A eso me refiero. Cada vez que surge su nombre reaccionas de manera exagerada. Siempre te toca una fibra sensible.

—Dejó que Savich se fuera sin más —le recordó Duncan—, y a mí me metió en la cárcel.

—Y tú quedaste como un gilipollas delante de su esposa —apuntó ella, adoptando un tono similar al suyo—. Aún no me has explicado qué le dijiste. ¿Tan malo fue?

—¿Qué te hace pensar que dije algo malo?

—El que, de otra manera, me lo habrías contado.

—De otra manera... —Duncan dobló una esquina a más velocidad de lo adecuado y se saltó una señal de *stop*.

—Mira, Duncan, si no puedes abordar esta investigación como cualquier otra,

tengo que saberlo.

—Es una investigación como cualquier otra —replicó él.

Cuando giró hacia Washington y vio en la manzana siguiente los vehículos de emergencias, se le quedó la boca seca. La calle estaba dividida por una amplia mediana con frondosos robles y arbustos de camelias y azaleas. A ambos lados había casas solariegas construidas décadas atrás con dinero «de familia».

Se abrió paso a bocinazos por entre los vecinos en pijama arracimados en la calle y apretó con ganas la bocina para que se apartaran un cámara y un periodista de televisión que estaban acaparando una buena perspectiva de la impresionante casa colonial con las cuatro columnas acanaladas que sostenían la galería de la segunda planta. La gente que salía de paseo los domingos acostumbraba aminorar la velocidad para admirar el edificio. Ahora era el escenario de un tiroteo mortal.

—¿Cómo logran llegar tan rápido las camionetas de televisión? Siempre nos sacan ventaja —se lamentó Dee Dee.

Duncan detuvo el coche junto a la ambulancia, y nada más apearse, lo asaltaron con preguntas de mirones y periodistas. Hizo caso omiso de ellos y echó a caminar hacia la casa.

—¿Tienes guantes? —le preguntó a Dee Dee por encima del hombro—. Se me han olvidado los guantes.

—Siempre se te olvidan. Tengo un par de repuesto.

Dee Dee tenía que dar dos pasos por cada zancada de Duncan por el sendero hacia la entrada, bordeado de arriates de begonias minuciosamente cuidadas. Ya habían colocado la cinta amarilla en torno a la casa para acotar el escenario del crimen. El poli del barrio que estaba en la puerta los reconoció y levantó la cinta lo suficiente para que pasaran agachados.

—Dentro, hacia la izquierda —les indicó.

—No deje que nadie ponga pie en el jardín —instruyó Duncan al agente—. De hecho, mantenga a todo el mundo del otro lado de la mediana.

—Hay otra unidad en camino para ayudarnos a contener el área —dijo el agente.

—Muy bien. ¿El equipo forense?

—Han llegado enseguida.

—¿Quién ha llamado a la prensa? —quiso saber Duncan.

El poli se encogió de hombros por toda respuesta.

Duncan entró en el imponente vestíbulo, cuyo suelo era de mármol blanco con diminutos cuadrados negros ubicados aquí y allá. La caja de la escalera rodeaba una pared curvada hasta la segunda planta, y encima de sus cabezas había una araña de luz de cristal iluminada a plena potencia. Se veía un enorme adorno de flores frescas encima de una mesa con patas talladas de color dorado a juego con el espejo alto justo encima.

—Qué elegancia —comentó Dee Dee entre dientes.

Otro policía de uniforme los saludó por su nombre y luego les indicó con un

golpe de cabeza una amplia abertura abovedada hacia la izquierda. Entraron en lo que parecía ser la sala de visitas protocolaría, donde había una chimenea de mármol rosa y, encima de la repisa, un feo bodegón al óleo con un cuenco de verduras frescas y un conejo muerto. Enfrente de un largo sofá con media docena de cojines ribeteados había dos sillas a juego, y entre aquél y éstas, otra mesa con patas doradas. El suelo de lustrosa madera noble estaba cubierto por una alfombra de tonos pastel, y todo ello se veía iluminado por una segunda araña de luz.

El juez Laird, de espaldas a ellos, estaba sentado en una de las sillas.

Al reparar en la implicación lógica de ver vivo al juez, Duncan notó que se le desplomaba el estómago.

El juez, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha, hablaba en voz queda con un poli llamado Crofton, que estaba precariamente encaramado al borde del sofá, como si temiera ensuciarlo.

—Elise ha venido a la planta baja, pero eso no era nada fuera de lo habitual —oyó Duncan que decía el juez con voz desgarrada de emoción. Levantó la mirada hacia el policía y añadió—: Insomnio crónico.

Crofton se mostró comprensivo.

—¿Qué hora era? Cuando ha bajado su esposa.

—Me he despertado, a medias, al levantarse ella. Por costumbre, he echado una mirada al despertador: eran poco más de las doce y media, me parece. —Se pasó la mano por la frente—. Creo que sí. En cualquier caso, he vuelto a dormirme. Los..., los disparos me han despertado.

Estaba diciendo que alguien que no era él había disparado contra su esposa y la había matado. ¿Quién más estaba en casa esta noche?, se preguntó Duncan.

—He bajado a la carrera —continuó—. He ido de habitación en habitación..., estaba fuera de mí, enloquecido. La he llamado por su nombre, una y otra vez. Cuando he llegado al despacho... —Volvió a echar la cabeza adelante—. La he visto ahí, desplomada detrás de la mesa.

Duncan tuvo la sensación de que una mano lo aferraba por la garganta. Le costaba respirar.

Dee Dee le propinó un codazo.

—Ahí está Dothan.

El doctor Dothan Brooks, médico forense del condado de Chatham, era un tipo gordo que no se avergonzaba de serlo. Sabía mejor que nadie que los alimentos grasos pueden acabar contigo, pero llevaba la peor dieta posible, como si de un desafío se tratara. Aseguraba haber visto maneras mucho peores de morir que las complicaciones derivadas de la obesidad. Teniendo en cuenta los tipos de muerte tan horribles que había visto en el transcurso de su propia carrera, Duncan no descartaba que tuviera cierta razón.

Conforme se les acercaba, el forense se quitó los guantes de látex y se sirvió de un pañuelo blanco bien grande para enjugarse la frente sudorosa, que había adoptado

la tonalidad de un bistec crudo.

—Detectives. —Siempre daba la impresión de estar sin aliento, y probablemente lo estaba.

—Te nos has adelantado —señaló Dee Dee.

—No vivo muy lejos. —Miró en derredor y añadió con un poco de amargura—: En la zona más pobre del barrio, eso seguro. Vaya casa, ¿eh?

—¿Qué tenemos?

—Una del treinta y ocho directa al corazón. Entrada frontal. Herida de salida en la espalda. La muerte ha sido instantánea. Sangre en abundancia, pero, para lo que suelen ser los tiroteos, bastante limpio.

Para disimular su desazón, Duncan cogió el par de guantes de látex que le pasó Dee Dee.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó ella.

Brooks se hizo a un lado y les hizo una señal en dirección al fondo del largo vestíbulo.

—En el despacho. —Mientras caminaban, el forense levantó la mirada—. Podría enviar a uno de mis hijos a una universidad de élite con lo que cuesta esa araña de luz.

—¿Quién más ha estado aquí? —indagó Dee Dee.

—El juez. Los polis que han llegado en primer lugar al escenario, aunque juran que no tocaron nada. He esperado a que llegara vuestro equipo forense. No he entrado hasta que me han dado permiso. Siguen ahí, recabando pruebas e intentando ponerle nombre al tipo ése.

—¿El tipo ese? —Duncan se detuvo en seco—. ¿Tienen detenido al que apretó el gatillo?

Dothan Brooks se volvió y miró a ambos con perplejidad:

—¿Es que no os ha dicho nadie lo que ha ocurrido aquí?

—Salta a la vista que no —respondió Dee Dee.

—El muerto en el despacho era un intruso —explicó—. La señora Laird le ha disparado. Ella es la que ha apretado el gatillo.

El ruido de movimiento en lo alto de la escalera les hizo levantar la mirada. Elise Laird venía escaleras abajo seguida de una agente uniformada. Sally Beale era negra como el ébano y poseía la dureza del acero. Su hermano mellizo era defensa del equipo de fútbol americano de los Green Bay Packers. Sally resultaba físicamente imponente ya sólo por su tamaño, pero además tenía un semblante de lo más severo.

Sin embargo, Duncan tenía la mirada fija en Elise Laird, cuya cara parecía recién lavada. No cabía atribuir su palidez al resplandor de la llamativa araña de luz, porque incluso sus labios se veían exangües. Tenía el semblante compuesto, no obstante, y los ojos sin asomo de lágrimas.

Había matado a un hombre, pero no había llorado por ello.

Llevaba el pelo sujeto a la nuca con una goma, en una cola de caballo

despiadadamente tirante. Calzaba mocasines de gamuza rosa e iba vestida con unos vaqueros gastados y desteñidos y un jersey blanco que tenía todo el aspecto de ser de cachemira. Con una temperatura exterior de en torno a 32 °C, el jersey parecía fuera de lugar. Duncan se preguntó si Elise sentiría escalofríos, y por qué.

Al ver a Duncan, se detuvo tan de súbito que la agente Beale estuvo a punto de tropezar con ella. La pausa fue breve, pero duró lo suficiente para que la detectara Dee Dee, que lanzó una mirada perspicaz a su compañero.

Cuando Elise llegó a los pies de las escaleras, su mirada se cruzó con la de Duncan durante varios compases antes de desviarla hacia Dee Dee, que se adelantó para presentarse:

—Señora Laird, soy la detective Dee Dee Bowen. Éste es mi compañero, el sargento detective Duncan Hatcher. Creo que ya se conocen.

—Cariño, ¿te encuentras mejor después de ducharte? —El juez entró procedente de la sala de estar y se dirigió rápidamente hacia su mujer, le pasó un brazo por encima de los hombros y le tocó la mejilla pálida con el dorso de un dedo. Sólo entonces reparó en el resto de los presentes, pero sin mediar saludo, dijo, dirigiendo la pregunta a Duncan—: ¿Por qué lo han enviado a usted?

—Tiene el cadáver de un hombre en su casa.

—Pero usted investiga homicidios. Esto no ha sido un homicidio, detective Hatcher. Mi mujer le ha disparado a un intruso al que ha sorprendido mientras robaba en mi despacho, donde tengo valiosas piezas de coleccionista. Al encararse con él, ha disparado contra ella, y mi esposa no ha tenido otra alternativa que proteger su propia vida.

El procedimiento habitual era mantener separados a los testigos de un crimen hasta que hubieran sido interrogados, de manera que ninguno pudiera tener la menor influencia en la declaración del otro. Un juez acostumbrado a dirimir casos de asesinato debería saberlo.

Duncan, consternado, le dijo:

—Gracias por el resumen, juez, pero preferiríamos oír lo que ha ocurrido directamente de la señora Laird.

—Ya ha prestado declaración a estos agentes —dijo señalando a Beale y Crofton.

—He hablado con ella en primer lugar —asintió Crofton—. Es a grandes rasgos lo que dice él.

—Ésa es la versión de la señora —confirmó Beale, que se golpeó la palma de la mano con su libreta—. También la del señor.

El juez se mostró ofendido.

—No es una versión, sino un relato fidedigno de lo ocurrido. ¿Es necesario que Elise lo repita esta noche? Ya está bastante traumatizada.

—Aún no hemos visto a la víctima, ni el escenario —señaló Dee Dee—. Una vez que hayamos echado un vistazo y hablado con los del equipo forense, sin duda tendremos preguntas para la señora Laird.

Duncan miró de soslayo a Elise. Aún no había abierto la boca, tenía los ojos fijos en un punto a corta distancia, como si se hubiera desligado de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Centrándose de nuevo en el juez, Duncan dijo:

—Intentaremos que sea lo más breve posible. Desde luego no querríamos agravar el trauma que ha sufrido la señora Laird esta noche. —Se volvió para dirigirse a Sally Beale—: ¿Por qué no la llevas a la cocina? Dale algo de beber. Crofton, tú puedes seguir con el juez.

Al juez Laird no le hicieron ninguna gracia las órdenes de Duncan dirigidas a mantenerlo separado de su esposa, pero aceptó con un leve asentimiento. Al tiempo que le acariciaba el brazo a su mujer, dijo:

—Si me necesitas, estoy en la sala.

Sally Beale posó su ancha mano sobre los hombros de Elise, con firmeza pero también con amabilidad.

—Me vendría bien tomar una Coca-Cola o algo así. ¿Y a usted?

Sin romper su silencio, Elise se fue con la agente. Dee Dee lanzó a Duncan una mirada de interrogación a la que él respondió encogiéndose de hombros para luego ir pasillo adelante hacia donde estaba el médico forense.

—¿Qué te parece, Dothan? ¿Crees que se trata de un caso de defensa propia?

—A ver qué te parece a ti.

Duncan y Dee Dee se detuvieron en el umbral del despacho. Desde esa perspectiva, no se veía más que los zapatos de la víctima. Preguntaron a los técnicos forenses si podían entrar.

—Eh, Dunk. Dee Dee —dijo el que estaba a cargo de la supervisión de la recogida de pruebas, un tipo menudo con pinta de empollón llamado Baker, que tenía más aspecto de tratante de antigüedades que de poli encargado del desagradable trabajo de rebuscar entre los desechos de la muerte violenta—. Hemos rastreado toda la habitación, pero me parece que no pasó de donde lo veis ahora. Hizo saltar el cierre de una ventana. —Señaló hacia la ventana en cuestión—. Hemos encontrado una palanqueta para neumáticos entre los arbustos. Tenemos moldes de escayola de las huellas a los pies de la ventana. Las huellas correspondientes aquí dentro no llegan más allá de la mesa. Eran huellas embarradas, de manera que ahora están un tanto borrosas.

—¿Y eso por qué?

—Los Laird las han difuminado al acercarse para ver si estaba muerto.

—¿Los Laird? ¿En plural? —preguntó Dee Dee.

Baker asintió.

—Ella, en cuanto le ha disparado al tipo. El juez, cuando ha llegado a la habitación y ha visto lo ocurrido. Se ha hecho una composición de lugar y ha llamado a Emergencias de inmediato. Al menos eso es lo que les han dicho a Crofton y Beale.

—Ya. ¿Cómo llegó hasta aquí el intruso? Hasta la casa, quiero decir —preguntó

Dee Dee.

—Ni idea —respondió Baker—. Hemos encontrado huellas en los cajones de la mesa, pero podrían ser del juez, su esposa, el ama de llaves. Ya veremos. Le hemos quitado un Ruger de nueve milímetros de la mano derecha. —Mostró una bolsa para pruebas—. Tenía el dedo en el gatillo. Estamos casi seguros de que ha disparado, o al menos olía como si lo hubiera hecho.

—Le he embolsado las manos —señaló Dothan Brooks.

—Hemos retirado un proyectil de esa pared de ahí. —Duncan y Dee Dee se volvieron para mirar hacia donde señalaba Baker y vieron un agujero de bala en la pared a unos dos metros y medio del suelo.

—Si intentaba darle a la señora Laird, tenía una puntería penosa —comentó Dee Dee, haciéndose eco de lo que pensaba Duncan.

—Quizás ella lo ha sorprendido, lo ha pillado con las manos en la masa, y ha disparado tan aprisa que no ha tenido tiempo de apuntar —conjeturó Duncan.

—Eso hemos pensado —coincidió Baker, que señaló hacia el fotógrafo, ocupado en guardar sus bártulos en la maleta metálica—. Tenemos fotografías desde todos los ángulos. He hecho bocetos de la habitación y tomado medidas. Estará todo listo cuando lo necesitéis, si es que lo necesitáis. Hemos terminado.

Y con esas palabras, salió seguido por su equipo.

Duncan entró en la habitación. La víctima yacía en el suelo, entre una mesa más grande que el coche de Duncan y una estantería llena de libros encuadernados en cuero y chismes que parecían poco comunes, antiguos y caros. La alfombra a sus pies seguía húmeda de sangre.

El hombre era blanco, aparentaba unos treinta y cinco y casi parecía avergonzado de verse en semejante situación. A Duncan le habían enseñado sus padres a respetar la nobleza de la vida, incluso en sus formas más innobles. Su padre solía recordarle que todos los hombres eran obra de Dios, y se había criado convencido de ello.

Con el tiempo había adquirido dureza y objetividad suficientes para hacer el trabajo que hacía, pero seguía siendo incapaz de mirar un cadáver sin notar una punzada de tristeza. El día que dejara de sentirla, abandonaría. Si alguna vez llegaba el momento en que dejara de sentir compasión por una vida arrebatada, sabría que su alma corría peligro. Se habría convertido en uno de los descarriados; se habría convertido en Savich.

Tuvo la sensación de que debía pedir disculpas a esa persona anónima por la humillación que ya había sufrido y seguiría sufriendo hasta que obtuvieran de ella todas las respuestas que pudiese ofrecer. Ya no era una persona, sino un cadáver, un indicio, la prueba A.

Duncan se arrodilló y observó su rostro mientras le preguntaba en voz queda:

—¿Cómo te llamas?

—Tanto el juez como la señora Laird aseguran no conocerlo —dijo Dothan.

Las palabras del forense arrancaron de repente a Duncan de la introspección en

que estaba sumido y lo hicieron centrarse en el trabajo que tenía ante sí.

—¿Aseguran?

—No leas entre líneas. Me limito a repetir lo que me ha dicho el juez a mi llegada.

Duncan y Dee Dee cruzaron una mirada cargada de intención y luego registraron los bolsillos del muerto con la esperanza de encontrar algo que Baker hubiera podido pasar por alto, pero todos los bolsillos estaban vacíos.

—Ni llaves del coche, ni dinero, ni identificación. —Volvió a escudriñar el rostro del hombre al tiempo que hacía memoria, intentando localizarlo entre los maleantes que se había topado en la investigación de otros homicidios—. No me suena.

—A mí tampoco —coincidió Dee Dee.

Duncan se incorporó y dijo:

—Dothan, me gustaría saber desde dónde se ha hecho el disparo fatal. ¿A qué distancia estaba la señora Laird cuando le ha disparado?

—Te daré mi mejor estimación.

—Que suele ser acertada de narices —admitió Duncan.

—Baker es un tipo de fiar, pero haré mis propios cálculos de la distancia entre la puerta y la mesa —dijo Dee Dee, al tiempo que sacaba una cinta métrica del bolsillo.

—Bueno, a menos que me necesitéis, me voy —dijo el forense, que se metió el pañuelo húmedo en el bolsillo del pantalón—. ¿Estáis listos para sacarlo de aquí?

—¿Dee Dee? —preguntó Duncan.

—Cuatro metros ochenta. —Tomó nota de la medición en su libreta y luego paseó la mirada por la habitación—. Me parece que voy a hacer mi propio boceto de la habitación, pero no hace falta que te quedes —le dijo al médico forense.

—Entonces, voy a llamar a los de Emergencias. —Miró en derredor con expresión avinagrada—. Qué cosas tan bonitas se pueden comprar con dinero, ¿eh?

—Sobre todo con dinero de familia. La Compañía Naviera Laird fue fundada por el abuelo del juez, y él es el último descendiente —les informó Dee Dee—. No hay ningún otro heredero —añadió, con las cejas arqueadas.

—Seguro que ni siquiera pesa una hipoteca sobre esta casa —refunfuñó Dothan, que se dio media vuelta para marcharse—. ¿Creéis que habrá algún garito de comida mexicana abierto a estas horas? —Se lo veía falto de resuello cuando salió de la habitación caminando pesadamente.

Mientras dibujaba en su libreta, Dee Dee dijo:

—Uno de estos días se va a venir abajo.

—Pero morirá feliz.

Duncan no tenía la cabeza puesta en la salud del médico forense en absoluto, sino que estaba observando que la ropa y el calzado de la víctima parecían nuevos, si bien baratos, como los que llevaría un preso nada más salir de la cárcel.

—Lo primero que vamos a hacer mañana es comprobar quién ha sido excarcelado recientemente, sobre todo los que cumplían condena por allanamiento de morada.

Seguro que no tenemos que ahondar mucho para dar con este tipo.

Los técnicos de Emergencias entraron con una camilla sobre ruedas y Duncan se hizo a un lado mientras metían el cuerpo sin identificar en la bolsa negra y cerraban la cremallera, lo subían a la camilla y se lo llevaban. Lo acompañó hasta la puerta principal, desde donde alcanzó a ver la muchedumbre de curiosos que se había ido formando al otro lado de la mediana. A lo largo de la calle había aparcadas más camionetas de noticias.

Las flores en el jarrón del vestíbulo vibraron levemente, alertándole de la llegada de Sally Beale.

—Le he hecho repetir de cabo a rabo lo sucedido —le dijo a Duncan en voz baja—. No ha titubeado ni ha cambiado una sola palabra. Está lista para firmar la declaración.

Contempló la calle dividida e intentó imaginarla antes de que pasara a ser el escenario de un crimen. Sin los destellos de las luces de emergencia y los mirones, debía de ser un lugar sosegado.

—Sally, tú has sido la primera en llegar, ¿verdad?

—Crofton y yo estábamos a un par de manzanas cuando nos han llamado de la central.

—¿Has visto algún vehículo en marcha por la zona?

—Ni uno solo.

—¿Algún coche abandonado?

—Ni siquiera un ciclomotor, y las otras patrullas han estado escudriñando todo el vecindario en busca del medio de transporte del merodeador. No han encontrado nada.

Desconcertante: un asunto complicado que requería explicación.

—¿Están preguntando a los vecinos? —indagó Duncan.

—Dos equipos están yendo puerta por puerta. Hasta el momento, todo el mundo dormía, nadie ha visto ni oído nada.

—¿Ni siquiera los disparos? —Se volvió hacia la agente, que estaba encogida de hombros.

—Son casas grandes, con grandes jardines.

—¿Se ha duchado la señora Laird?

—Ha dicho que se sentía vulnerada —le explicó Beale—. Ha preguntado si había algún inconveniente.

Era una reacción típica que alguien quisiera ducharse después de que hubieran allanado su casa, pero a Duncan no le pareció adecuado, teniendo en cuenta que había un cadáver ensangrentado en la planta baja.

—¿Estaba manchada de sangre?

—No, y he estado con ella en todo momento en la planta superior. Lo único que llevaba era el albornoz. Me lo ha dado y yo se lo he dado a Baker. No he visto que hubiera ni rastro de sangre, pero el juez sí que tenía manchado el dobladillo de la

bata, de cuando ha ido a ver el cadáver. Ha pedido permiso para vestirse. Baker también tiene su albornoz.

—De acuerdo, gracias, Sally —dijo Duncan—. Que estén separados hasta que estemos listos para tomarles declaración.

—Muy bien.

Duncan regresó al despacho, donde Dee Dee estaba examinando la mesa del juez.

—Todos estos cajones siguen cerrados.

—La señora Laird debió de sorprender al ladrón nada más empezar.

La detective levantó la cabeza y le ofreció una mirada con las cejas arqueadas.

—¿Tú te tragas lo del robo?

—Creo que es hora de que les preguntemos cómo ha ocurrido todo esto exactamente.

Capítulo 4

—¿Quién va primero, ella o el juez?

Duncan se lo pensó.

—Vamos a hablar con los dos juntos.

Dee Dee dejó traslucir su sorpresa, así como un punto de desaprobación.

—¿Y eso?

—Pues porque ya les han tomado declaración por separado Crofton y Beale. Sally Beale me ha dicho que la segunda vez que la señora Laird ha dado su versión era igual que la primera y que está preparada para firmar su declaración.

»Si de verdad ha disparado contra un ladrón que se coló en su casa, y seguimos dándoles la vara, va a dar la impresión de que dudamos de su palabra, y eso parecerá una represalia por mi acusación de desacato. Lo único que conseguiríamos es cabrear al juez. Gerard me tendrá por las pelotas si doy pie a otro altercado con él.

—De acuerdo —asintió Dee Dee—, pero ¿y si resulta que la señora Laird no se estaba protegiendo de un ladrón?

—No tenemos ninguna razón para dudar de ellos, ¿verdad?

Dejó a Dee Dee para que diera vueltas a lo que acababa de decirle y siguió su olfato hasta dar con la cocina, donde Sally Beale y Elise Laird estaban sentadas a la mesa en el rincón del desayuno, hablando en voz baja. Al entrar él, la agente de policía, con ademanes de persona corpulenta, se apoyó en la mesa para ponerse en pie.

—Ya hemos terminado. —Cerró la tapa de su libreta con canutillo de espiral—. Lo tengo todo anotado.

El rostro de Elise Laird no había recuperado ni rastro de color. Ella le lanzó una mirada inquisitiva y Duncan percibió cierta aprensión tácita.

—Ya estamos listos para hablar con usted en la sala de estar, señora Laird.

Regresó a la habitación de ambiente protocolario, donde Crofton y el juez Laird estaban ahora en compañía de una mujer de cabello entrecano y aspecto austero que vertía líquido caliente de una tetera de plata en tazas de porcelana.

Sally Beale, que había escoltado a Elise Laird desde la cocina, llegó a la zaga de Duncan y reparó en su curiosidad.

—El ama de llaves —dijo en un tono de voz grave como un retumbo—. No sé qué Berry. Ha entrado en la cocina hace veinte minutos como si fuera la propietaria. —Lanzó una risilla—. A punto ha estado de darle un patatús cuando ha visto mi mole negra sentada a la mesa de la cocina.

—¿No vive aquí?

Negó con la cabeza.

—Por lo visto, el juez la ha llamado para que entrara de servicio y ha venido sin

perder un instante. Está preparada para presentar batalla por él.

Duncan ofreció a la agente una mirada cargada de intención por encima del hombro.

—¿Por él... pero no por la señora Laird?

—Mientras hervía agua y preparaba la bandeja del té, ni siquiera ha dirigido la palabra a la señora de la casa. Se podría fundir un cubito de hielo en el culo de esa tía.

—Se encogió de hombros con gesto indolente—. Me limito a decir lo que veo.

El juez se levantó y recibió a su esposa con un cálido abrazo. Estaban hablando en voz queda, pero Crofton se encontraba lo bastante cerca para oírles, de manera que Duncan dedujo que el juez Laird no hacía sino preguntar a su esposa qué tal lo llevaba.

Crofton, que intentaba mantener en equilibrio la taza y el platillo de porcelana sobre la rodilla mientras anotaba algo en la libreta, dio la impresión evidente de sentirse aliviado cuando aparecieron Duncan y Dee Dee.

—Ahora se encargarán de ustedes los detectives. —Dejó la taza y el platillo en la mesa más próxima y salió de la habitación junto con Beale.

Duncan y Dee Dee ocuparon las sillas a juego delante del sofá, donde estaban sentados el juez y su esposa uno junto al otro, con los muslos pegados. Ninguno había tocado las humeantes tazas de té que había delante de ellos. Laird ofreció una taza a Duncan y Dee Dee. Él rehusó y ella se dirigió con una sonrisa al ama de llaves de cara avinagrada:

—¿Tiene Coca-Cola *light*?

La mujer salió de la estancia en busca del refresco.

—¿Lo han retirado? —preguntó Laird.

Duncan supuso que el juez se refería al cadáver.

—Sí, ya va camino del depósito.

—Que es el sitio que le corresponde —masculló con desagrado el juez.

Elise Laird inclinó levemente la cabeza y Duncan reparó en que tenía las manos firmemente entrelazadas y se había bajado las mangas del jersey sobre los dorsos como para mantenerlas calientes.

El ama de llaves regresó con la Coca-Cola *light* de Dee Dee y la sirvió en un vaso alto de cristal sobre una bandejita con un paño de adorno y una servilleta de encaje. Para orgullo suyo, y para sorpresa de Duncan, Dee Dee dio las gracias al ama de llaves con suma cortesía. En cualquier otro momento, la detective se habría partido el pecho de risa, o de desdén, ante miramientos tan pretenciosos.

En respuesta a un gesto del juez, la señora Berry se retiró y dejó a los cuatro a solas. El juez pasó el brazo por los hombros a su esposa y la atrajo hacia sí, la miró con gesto de preocupación y luego se centró en Duncan.

—Hemos relatado a los otros agentes todo lo que sabemos. Han tomado notas en abundancia. No sé qué más podemos añadir, aunque estamos dispuestos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para resolver este asunto tan rápido como sea posible. —

Su expresión era de sinceridad y preocupación.

—Detesto pedirles que vuelvan a contarnos lo ocurrido, pero la detective Bowen y yo tenemos que oírlo en persona —dijo Duncan—. Seguro que lo entienden.

—Naturalmente. Vamos a quitárnoslo de en medio para que la señora Laird pueda acostarse.

—Intentaré importunarles lo menos posible —aseguró Duncan, con su sonrisa más alentadora—. Sea como fuere, juez, mientras les tomamos declaración, le ruego que no haga comentarios ni responda a menos que se le pregunte directamente. Haga el favor de no decir nada que pueda influir a la señora Laird a la hora de hacer memoria. Es importante que oigamos...

—Entiendo el procedimiento, detective. —Aunque la interrupción del juez fue grosera y su tono brusco, mantuvo una expresión tan agradable como la de Duncan—. Continúe, por favor.

El aire condescendiente de Laird sacaba de quicio a Duncan. El juez estaba acostumbrado a llevar la batuta. En su sala del tribunal, era él quien ejercía una autoridad despótica, pero ahora estaban en terreno de Duncan, y el maestro de ceremonias era él. Para evitar que la ira le jugara una mala pasada, Duncan creyó más indicado dejar que Dee Dee empezara, que les hiciese entrar en materia poco a poco. Ya tomaría él las riendas cuando llegaran al meollo del asunto.

Dirigió a Dee Dee un asentimiento disimulado y ella respondió a la indicación de inmediato:

—¿Señora Laird? —Dee Dee aguardó a que Elise levantara la cabeza para mirarla—. ¿Puede contarnos lo que ha ocurrido esta noche?

Antes de empezar, Elise respiró hondo.

—He bajado a por algo de beber.

—Lo hace casi todas las noches —terció el juez, desoyendo la advertencia de Duncan de que no hablara hasta que se le pidiera permiso.

Duncan prefirió dejarlo pasar, por una vez.

—Tiene usted insomnio crónico, ¿no es así? —preguntó al recordar lo que había oído que le decía a Crofton el juez.

—Sí. —Dirigió la respuesta a Dee Dee, no a él—. Iba camino de la cocina cuando...

—Perdone. ¿Cuándo ha sido eso? —preguntó Dee Dee.

—En torno a las doce y media. Recuerdo haber mirado el reloj poco después de medianoche. Era cerca de media hora después cuando me he levantado para bajar. He pensado que un vaso de leche me ayudaría a conciliar el sueño. A veces me ayuda.

Hizo una pausa como si esperara algún comentario al respecto, pero al ver que nadie decía nada, continuó:

—Estaba en la cocina cuando he oído un ruido.

—¿Qué clase de ruido?

Se volvió hacia Duncan y sus miradas se encontraron por primera vez desde aquel

momento en la cocina.

—No estaba segura de lo que había oído. Sigo sin estarlo. Creo que podían ser sus pisadas, o un topetazo contra un mueble, algo por el estilo.

—De acuerdo.

—Fuera lo que fuese, he tenido claro que el ruido procedía del despacho —aclaró la señora Laird.

—¿No podría identificar el ruido pero está segura de su procedencia?

El juez frunció el ceño ante el escepticismo implícito en la pregunta de Dee Dee, pero no se manifestó al respecto.

—Sé que parece extraño —reconoció Elise.

—Así es.

—Lo lamento. —Levantó las manos para enseñar las palmas—. Así es como ha ocurrido.

—No veo por qué no puede esperar todo esto hasta mañana por la mañana —se quejó el juez.

Antes de que Duncan tuviera oportunidad de reprenderlo, Elise dijo:

—No, Cato, prefiero hablar del asunto ahora, mientras todavía lo tengo reciente.

El juez contempló el rostro de su esposa, observó la resolución en su semblante y lanzó un suspiro.

—Si te ves con ánimo...

Al asentir ella, el juez dividió entre Dee Dee y Duncan una mirada impaciente que fue a parar a éste.

El juez continuó:

—Ha oído un ruido, ha caído en la cuenta de su procedencia, ha pensado, como pensaría cualquier persona racional, que teníamos un intruso.

Duncan miró a Elise.

—¿Es eso lo que ha pensado?

—Sí, he pensado de inmediato que había alguien dentro de la casa.

—Tienen un sistema de alarma —le recordó el detective.

Duncan había visto el teclado numérico en la pared del vestíbulo junto a la puerta principal. Había visto asimismo un detector de movimiento en el despacho y supuesto que también contaban con detectores similares en las demás habitaciones. Las casas de este calibre solían tener casi siempre sofisticados sistemas de alarma. Un juez que había enviado innumerables criminales a la cárcel debía querer por fuerza que su casa estuviera protegida contra cualquier ex presidiario con ganas de revancha.

—Tenemos un sistema de seguridad monitorizado de vanguardia —dijo el juez.

—¿No estaba conectado? —indagó Duncan.

—Esta noche, no —replicó el juez.

—¿Por qué no? —El juez estaba a punto de responder, pero Duncan levantó la mano para indicarle que quería oír la respuesta de labios de Elise—. ¿Señora Laird?

—Yo... —Titubeó, lanzó un carraspeo y luego dijo con más convicción—. Esta

noche no he conectado la alarma.

—¿Es usted quien suele conectarla?

—Sí, todas las noches, por rutina.

—Pero esta noche se le ha olvidado. —Dee Dee lo dijo en tono neutro, pero en realidad estaba preguntando a la señora Laird cómo había podido olvidar esa noche lo que hacía todas las noches de manera rutinaria.

—No se me ha olvidado, exactamente —dijo la mujer.

Las preguntas sobre la alarma la habían incomodado, y un testigo incómodo era un testigo que o bien ocultaba información, o bien mentía abiertamente. Ante un testigo incómodo había que ensañarse.

—Si no se le ha olvidado, ¿por qué no estaba conectada la alarma? —indagó Duncan.

Ella abrió la boca para responder, pero finalmente no salió ninguna palabra.

—¿Por qué no estaba conectada, señora Laird? —repitió.

—Ah, por el amor de Dios —se quejó el juez—. Me veo obligado a incurrir en una falta de tacto, pero teniendo en cuenta que todos somos mayorcitos...

—Juez, por favor...

—No, detective Hatcher. Puesto que mi esposa se siente demasiado violenta para responder a su pregunta, la voy a responder por ella. Esta noche nos hemos tomado una botella de vino en el *jacuzzi*, y luego nos hemos ido directamente a la cama a hacer el amor. Después, Elise estaba... Bueno, digamos que no tenía muchas ganas de levantarse para conectar la alarma.

El juez hizo una pausa para que calaran sus palabras. El aire en la habitación adquirió de pronto una extraña quietud, se tornó caliente, denso, o así le pareció a Duncan, que empezó a notar su propio pulso y sintió una extraña tirantez en el cuero cabelludo.

Al cabo, el juez puso fin al tenso silencio.

—Ahora ¿podemos dejar esto atrás y hablar del hombre que ha intentado matar a Elise?

Un sistema de alarma desactivado era un punto importante en la investigación de un allanamiento de morada que había desembocado en un tiroteo mortal. Como detective a cargo del caso, Duncan debería haberse centrado en ello. Pero, en vez de eso, le estaba resultando difícil dejar a un lado la idea de una botella de vino y Elise Laird en una bañera burbujeante, por no hablar de Elise Laird en la cama, saciada de sexo hasta el extremo de la inmovilidad.

Y cuando le vino a la cabeza una visualización erótica de la escena, no era Cato Laird quien yacía en la cama con ella.

Como si le leyera el pensamiento, Dee Dee le lanzó una mirada de reproche y luego pasó a la siguiente pregunta con la señora Laird.

—Al oír el ruido, ¿qué ha hecho?

Agradecida tal vez por la nueva dirección que tomaba el interrogatorio, Elise se

volvió hacia Dee Dee.

—He pasado por la despensa del mayordomo, que es el camino más corto desde la cocina hasta el vestíbulo. Al llegar al vestíbulo, ya no me cabía duda de que había alguien en el despacho.

—Y eso ¿por qué? —se interesó Dee Dee.

Ella encogió sus hombros esbeltos.

—Instinto. He notado la presencia de un hombre.

—¿De un hombre? ¿Ha sabido que era hombre por mero instinto?

Elise volvió la mirada hacia Duncan.

—Lo he supuesto, detective Hatcher. —Siguió mirándolo un momento y luego se volvió hacia Dee Dee—. Tenía miedo, estaba oscuro, he notado que había alguien dentro de casa. He..., he cogido una pistola del cajón en la mesa de la entrada.

—¿Por qué no ha ido a toda prisa hasta el teléfono más cercano para llamar a Emergencias?

—Ojalá lo hubiera hecho. Si tuviera que pasar por ello otra vez...

—Serías tú la que estaría camino del depósito de cadáveres. —Cato Laird tomó una de sus manos y la estrechó entre las suyas mientras le plantaba un beso en la sien, cerca del nacimiento del pelo.

Duncan interrumpió sus tiernos ademanes.

—¿Sabía que había una pistola en el cajón?

—Sí.

—¿La había utilizado con anterioridad?

La mujer se mostró ofendida:

—Claro que no.

—Entonces ¿cómo sabía que estaba allí?

—Tengo varias armas, detective —dijo el juez—. Las guardo a mano. Elise sabe dónde están. Me aseguré de ello, y también insistí en que hiciera un cursillo para aprender a utilizar esas armas a modo de protección en caso de que surgiera la necesidad.

Sacó buen partido al cursillo, pensó Duncan. Le había atravesado el corazón a un hombre de un balazo. Él era buen tirador, pero dudaba que fuera capaz de tener semejante puntería bajo presión.

Para apaciguar otro momento tenso, Dee Dee instó a Elise:

—De manera que ya tiene la pistola...

—Me he dirigido hacia el despacho. Al llegar a la puerta, he encendido la luz, pero le he dado al interruptor que no era y se ha encendido la del vestíbulo, no la del techo del despacho. Están en la misma caja. Sea como sea, me he iluminado a mí misma, no a él, aunque podía verlo, de pie detrás de la mesa.

—¿Qué ha hecho él?

—Nada. Se ha quedado ahí plantado, inmóvil, con cara de pasmo, mirándome. Le he dicho: «Fuera de aquí. Vete». Pero no se ha movido.

—¿Ha dicho algo?

Sostuvo la mirada a Duncan varios segundos, y luego contestó:

—No.

Duncan estaba absolutamente seguro de que mentía, aunque se preguntó por qué. De todas maneras, decidió no poner en duda sus palabras de momento.

—Adelante.

—De pronto ha levantado el brazo, como una marioneta a la que acabaran de tirar del hilo. Ha aparecido su mano y antes de que cayera yo en la cuenta de que llevaba un arma, ha disparado. Yo..., he reaccionado al instante.

—Le ha devuelto el disparo.

Asintió.

Nadie habló durante unos instantes. Al cabo, Dee Dee dijo:

—Su puntería ha sido excepcionalmente buena, señora Laird.

—Gracias —respondió el juez.

En tono más quedo, Elise dijo:

—He tenido suerte.

Ni Duncan ni Dee Dee comentaron nada al respecto, aunque la detective lo miró de soslayo para ver si él creía que cabía atribuir semejante disparo a la suerte.

—¿Qué ha ocurrido después, señora Laird?

—He comprobado si tenía pulso.

Duncan recordó que Baker le había dicho que las huellas embarradas de la víctima habían quedado difuminadas, probablemente por los pasos de los dos miembros del matrimonio Laird.

—Ha caído de espaldas, lo he perdido de vista —dijo ella—. Estaba aterrada, temía que estuviera...

—¿Todavía vivo? —aventuró Dee Dee.

Elise se mostró ofendida otra vez.

—No, detective Bowen —dijo con irritación—. Temía que estuviera muerto. Al levantarme por la mañana, no tenía intención de acabar con la vida de un hombre esta noche.

—No quería dar a entender nada semejante.

El juez dijo en tono brusco:

—Ya está bien, detectives, ya vale de preguntas. Les ha dicho lo que necesitan saber. El derecho es claro en lo que respecta a lo que constituye defensa propia. Este intruso estaba en nuestra casa, y representaba un peligro inminente para la vida de Elise. En el caso de que hubiera sobrevivido, lo estarían acusando de varios delitos, incluido asalto a mano armada. Dispararle estaba justificado, y creo que mi esposa se muestra desmesuradamente generosa al desear que hubiera sobrevivido.

Duncan le lanzó una mirada penetrante.

—Vuelvo a recordarle, juez, que se trata de mi investigación. Considérela mi equivalente de su sala del tribunal. He tenido la deferencia de permitirle que esté

presente mientras tomo declaración a la señora Laird, pero si insiste en aportar una sola palabra más sin que se lo pidamos, quedará excusado y llevaré a cabo la entrevista sólo con ella.

Al juez se le puso rígida la mandíbula y sus ojos relucieron de resentimiento, pero agitó la mano con aire despreocupado, aunque en vez de un gesto de concesión, pareció que estaba dando permiso a Duncan para continuar.

El detective volvió a centrar su atención en Elise.

—¿Le tomó el pulso?

Apartó la mano de su marido, que se la estaba sujetando, cruzó los brazos a la altura del pecho e hizo ademán de abrazarse.

—No quería tocarlo, pero he hecho de tripas corazón. He entrado en la habitación...

—¿Aún tenía la pistola?

—La había dejado caer. Estaba en el suelo, ahí, junto a la puerta.

—Muy bien —dijo Duncan.

—He entrado en el despacho y rodeado la mesa, me he arrodillado y le he puesto los dedos aquí.

Se tocó la garganta aproximadamente donde debía de tener la carótida. Duncan observó que tenía los dedos muy finos. Parecían exangües, fríos, mientras que la piel de su garganta...

El detective apartó la mirada de su cuello y la desvió hacia el juez.

—He oído que le decía al agente Crofton que al llegar al despacho, ha encontrado a Elise desplomada detrás de la mesa.

—Así es. Estaba hundida en la silla detrás de la mesa. He pensado..., bueno, ya se puede imaginar qué miedo me ha sobrevenido. Creía que estaba muerta. Me he precipitado hacia ella y entonces he visto al hombre en el suelo. No me avergüenza reconocer que en ese momento he sentido alivio.

—Tenía sangre en el albornoz.

Se estremeció de repugnancia.

—Ya había abundante sangre en la alfombra debajo de él. He debido de rozarla con el dobladillo cuando me he inclinado sobre él cuerpo para ver si tenía pulso. No lo tenía.

—¿Qué hacía usted en esos momentos?

Si Dee Dee no le hubiera planteado la pregunta a Elise, se la habría hecho Duncan, que estaba observándola con el rabillo del ojo. Ella escuchaba con toda su atención el relato de su marido. Si había dicho algo que se contradecía con lo que ella había visto, no dio la menor señal.

—Yo estaba... No hacía nada. Estaba sentada en la silla, paralizada.

Tan paralizada que no lloró. Recordó que tenía los ojos secos, sin indicios de haber llorado. No había derramado una sola lágrima, pero al menos no mentía al respecto.

El juez dijo:

—Elise estaba conmocionada. Probablemente yo recuerdo más a partir de ese momento que ella. ¿Puedo hablar?

Duncan comprendió que lo trataba con condescendencia, pero lo dejó pasar.

—Desde luego, juez —dijo con exagerada amabilidad.

—He recogido a Elise de la silla y la he sacado de la habitación. He pasado por encima de la pistola, que estaba en el suelo justo a la entrada del despacho, tal como ha dicho. La he dejado ahí y no he vuelto a tocar el cadáver, ni nada más de la habitación. He acomodado a Elise aquí, en la sala de estar, y usado ese teléfono para llamar a Emergencias. —Señaló un teléfono inalámbrico en una mesita—. No ha entrado nadie al despacho hasta el momento en que han llegado los agentes.

—Mientras les esperaban ¿le ha preguntado a su esposa por lo ocurrido?

—Claro. Me lo ha explicado a trompicones, pero he captado lo esencial. En cualquier caso, saltaba a la vista que ha interrumpido un intento de robo.

«No salta a la vista desde mi perspectiva, juez». Duncan no dijo en voz alta lo que pensaba porque no tenía sentido sulfurar sin necesidad al juez. Sea como fuere, había detalles que era necesario investigar y explicar más a fondo antes de que estuviera listo para estampar el sello de la defensa propia sobre el caso y darle carpetazo. Averiguar la identidad del fallecido sería el primer paso, así podrían arrojar alguna luz sobre sus motivos para encontrarse en el despacho del domicilio de los Laird.

Duncan sonrió a la pareja.

—Creo que eso es todo lo que necesitamos esta noche. Es posible que quede algún cabo suelto que atar mañana. —Se incorporó con la intención de dar por concluida la entrevista—. Gracias, sé que no ha sido fácil. Les pido disculpas por haberme visto obligado a hacerles pasar por esto.

—Sólo está cumpliendo con su deber, detective. —El juez le tendió la mano y Duncan se la estrechó.

—Sí, así es. —En el momento en que soltaba la mano del juez, añadió—: Por el momento, el despacho sigue siendo escenario de un crimen. Si les supone algún inconveniente, lo lamento, pero hagan el favor de no retirar nada.

—Claro.

—Una pregunta más —dijo Dee Dee—. ¿Alguno de ustedes ha reconocido al individuo?

—Yo no —respondió Elise.

—Yo tampoco —aseguró el juez.

—¿Está seguro? Porque la señora Laird ha asegurado haber encendido la luz que no era. La habitación debía de estar en penumbra. ¿Ha encendido usted la luz cenital del despacho, juez?

—Sí, así es. Le he explicado al agente Crofton como, al entrar en la habitación, he encendido la luz.

—De manera que, con la luz cenital, ha podido echarle un buen vistazo al

hombre, ¿verdad?

—Lo he visto a la perfección. Tal como he dicho, nos era desconocido, detective Bowen. —Compensó la dureza de su voz ofreciéndose amablemente a acompañarlos hasta la salida, pero antes de dejar a Elise, se inclinó hacia donde ella permanecía sentada en el sofá—. Ahora mismo vuelvo, cariño, y te llevo arriba.

Ella asintió y le dedicó una débil sonrisa.

Duncan y Dee Dee salieron de la habitación con él, y cuando llegaron al vestíbulo, Dee Dee dijo:

—Juez, antes de irnos, me gustaría medir a qué altura está el agujero de bala en la pared. Sólo me llevará un segundo.

La petición pareció fastidiarlo, pero se limitó a contestar:

—Desde luego. —Y le hizo señal de que la siguiera al despacho.

Duncan permaneció en una pose engañosamente relajada, con las manos en los bolsillos de los pantalones, y siguió con la mirada a su compañera y el juez, que abandonaban el vestíbulo, hasta que dejó de oír su conversación.

Beale y Crofton estaban charlando en la puerta principal. A juzgar por los retazos que alcanzó a oír Duncan, estaban hablando de las ventajas e inconvenientes de diversos garitos de carne a la barbacoa y procurando hacer caso omiso de periodistas y curiosos que aún merodeaban por la calle, a la espera de que ocurriera algo emocionante.

Volvió la mirada hacia la sala de estar, donde Elise seguía en el sofá. Había cogido la taza de té sin levantar el platillo de la mesita de centro. Rodeaba la taza con ambas manos, tan delicadas como la porcelana, y tenía la mirada perdida en el té.

Duncan dijo en voz baja:

—Estaba borracho.

Ella no se movió ni mostró la menor reacción, aunque a él no le cupo duda de que le había oído.

—Además, estaba cabreado con su marido.

Ella contrajo los dedos con un poco más de firmeza en torno a la taza.

—Ni lo uno ni lo otro son excusa para que le dijera lo que le dije, pero yo, esto...

—Miró hacia ambos extremos del vestíbulo. Seguía vacío, así que podía hablar con libertad—. Quiero que sepa que..., lo que le dije no tenía nada que ver con usted.

Ella levantó la cabeza y la volvió hacia él. Tenía el rostro todavía pálido, los labios sin color, lo que hacía que sus ojos parecieran excepcionalmente grandes, lo bastante grandes para que un hombre se precipitara en ellos y se sumergiera en el verdor de sus profundidades.

—Ah ¿no?

Capítulo 5

Robert Savich tenía un color de piel poco común. A la gente solía llamarle la atención ese tono café con leche, legado de su abuela materna, una jamaicana que había venido a Estados Unidos en busca de una vida mejor. A los treinta y cuatro años se dio por vencida en su empeño al abrirse las venas en la bañera del prostíbulo donde vivía y trabajaba. Su cuerpo exánime lo descubrió otra de las prostitutas, su hija de quince años, la madre del pequeño Robert.

Sus ojos azules se habían transmitido generación tras generación en la familia Savich, un linaje infame, no mucho más prometedor que el que le había correspondido por parte materna.

En apariencia, se le aceptaba por lo que era, pero era consciente de que ni los negros de pura cepa ni los blancos de raza llegarían a admitir por completo su mezcla de sangre, ni lo acogerían como uno de los suyos. Los prejuicios encontraban tierra abonada en todas las razas, no reconocían fronteras, impregnaban todas las sociedades de la tierra, por mucho que se denunciaran a voz en cuello.

De manera que desde que tuvo uso de razón, Savich entendió que debía crear un dominio que fuera exclusivamente suyo. Un hombre no lograba un objetivo egoísta de semejante calibre siendo un buen tipo, sino más bien mostrándose duro, más listo y despiadado que sus rivales. Un hombre sólo podía conseguirlo provocando el miedo de todos aquéllos a quienes conociera.

El joven Robert había asimilado las duras experiencias de la infancia y la juventud y las había tornado a su favor. Cada año de pobreza, maltrato y alienación era como una capa más de barniz, que se fue volviendo más rígido y protector, hasta ahora, que era impenetrable. Eso era especialmente cierto en lo tocante a su alma.

Había dirigido su inteligencia y sus instintos empresariales hacia una cierta clase de comercio. Cuando tenía doce años ya pasaba *crack*. A los veinticinco, en un «golpe de estado» que incluyó cortar el gaznate a su mentor delante de unos rivales aterrados, se estableció como señor de un feudo criminal. Los que no conocían su nombre hasta ese momento no tardaron en oír hablar de él. Sus competidores empezaron a aparecer muertos de formas espantosas. Su bien merecida reputación de crueldad se propagó rápidamente, surtiendo el efecto de sofocar cualquier motín con el que se hubiera llegado a soñar siquiera.

Su reino del terror se había prolongado durante una década y lo había enriquecido más allá de sus expectativas. Las rebeliones de menor calado propiciadas por aquéllos lo bastante temerarios o estúpidos como para contrariarlo eran extinguidas de inmediato. La traición suponía la muerte para el traidor.

Bien lo sabía Freddy Morris, aunque ya no podría contárselo a nadie.

Cuando entraba en el aparcamiento del almacén desde el que dirigía su taller de

máquinas, establecimiento del todo legal, Savich volvió a lanzar una risilla imaginando la reacción de Duncan Hatcher al encontrarse el regalito que le habían dejado en la nevera.

Duncan Hatcher había empezado siendo una china en su zapato, poco más que un fastidio. En un principio, su cruzada para destruir el imperio de Savich había sido en cierta manera entretenida, pero la determinación de Hatcher no menguaba. Cada derrota no hacía sino reafirmar su tesón. A Savich ya no le hacía ninguna gracia. El detective se había convertido en una amenaza cada vez más peligrosa de la que tenía que encargarse, y pronto.

La paulatina introducción de la metanfetamina en los estados suroccidentales había abierto un nuevo y vigoroso mercado, una fuente de beneficios en perpetua expansión para el negocio de Savich. Pero también era una tarea sumamente agotadora que requería vigilancia constante. Savich estaba ocupadísimo controlando a aquellos que fabricaban y vendían «meta» bajo sus órdenes. Y también le costaba lo suyo evitar que los empresarios independientes le pisaran el terreno.

Cualquier idiota con una caja de jarabe para la tos y una lata de combustible podía montarse su propio negocio. Por suerte, la mayoría de los principiantes hacían saltar en pedazos sus laboratorios improvisados, con ellos dentro, sin que él tuviera que ayudarlos. Pero si resultaba relativamente fácil de producir, la «meta» era más fácil incluso de vender: puesto que se podía ingerir de formas diversas —esnifarla, fumarla, inyectársela o sencillamente tragársela—, siempre había algo adecuado a cada usuario.

Era una industria lucrativa, y Savich no quería que Duncan Hatcher se la fastidiara.

El taller de máquinas en la planta baja del almacén era ruidoso, desagradable y bochornoso en comparación con el oasis de frescor en la *suite* de su despacho en la planta superior. Las dos áreas estaban separadas por un breve trayecto en un traqueteante montacargas, pero desde el punto de vista estético, estaban a varios mundos de distancia.

No había reparado en gastos para rodearse de lujos. Su sillón de cuero detrás de la mesa era mullido como la mantequilla. El acabado de su mesa tenía la suavidad del satén y el mismo lustre. La alfombra del suelo estaba tejida con hebras de seda, la más elegante que cabía comprar con dinero.

Su secretario era un homosexual llamado Kenny, cuya familia estaba profundamente arraigada en la buena sociedad de Savannah y, desgraciadamente para Kenny, tenía unos genes de lo más longevos. Kenny esperaba con impaciencia que murieran sus ancianos padres y le dejaran, como hijo único y heredero, la fortuna derivada de la fabricación de papel a la que deseaba echar mano desde mucho tiempo atrás.

Mientras tanto trabajaba para Savich, un hombre siniestro, misterioso y emocionante, que constituía un anatema para los pesados de sus padres por toda

suerte de razones, y que se había ganado la lealtad imperecedera de Kenny al estrangular lentamente a un matón con tendencias homofóbicas que lo abordó a la salida de un bar gay y a punto había estado de matarlo a palos.

Su relación laboral les reportaba beneficios mutuos. Savich prefería a Kenny antes que una secretaria porque las mujeres, invariablemente, acababan por propiciar una relación de carácter sexual, cuya intensidad dependía de la mujer en cuestión, y él siempre había seguido el criterio de mantener separados el sexo y los negocios.

Además, las mujeres se dejaban engatusar fácilmente por los halagos, o por la mera amabilidad. Polis y agentes federales acostumbraban servirse de esta debilidad femenina como medio para obtener información. En cierta ocasión probaron esa táctica con la intención de incriminarlo, pero el plan se vino abajo cuando su secretaria desapareció en circunstancias misteriosas. Nunca la encontraron, y Kenny la sustituyó.

Kenny se puso en pie de un salto en cuanto Savich cruzó el umbral de la *suite* de su despacho. Aunque su perfecto peinado permaneció impecable al asentir en dirección a la puerta cerrada del despacho privado de Savich, saltaba a la vista que se encontraba en un estado de gran nerviosismo.

—Tienes una visita que no está dispuesta a aceptar una negativa —dijo en un exagerado susurro teatral.

Instantáneamente alerta ante el peligro de una emboscada..., lo primero que le vino a la cabeza fue «Hatcher», Savich echó mano de la pistola que llevaba oculta a la espalda.

Su secretario arqueó las cejas depiladas en un gesto asustado.

—No se trata de eso. Si se tratara de eso ya te habría avisado. Me parece que te conviene ver a esta visita.

Savich, que ahora sentía más curiosidad que recelo, se llegó hasta la puerta de su cámara privada y la abrió. Su huésped miraba por la ventana con la espalda vuelta hacia él. Al oírlo entrar, se volvió y se quitó las gafas de sol que ocultaban buena parte de su cara.

—¡Elise! Qué sorpresa tan inesperada y agradable. Siempre eres un bálsamo para los ojos cansados.

Ella no correspondió a su amplia sonrisa ni a sus halagos.

—Me alegra oírlo, porque necesito que me hagas un favor.

El rango de detective que tenía Duncan le ofrecía pocas ventajas con respecto a sus colegas, pero una de ellas era un despacho privado al fondo de la angosta estancia que albergaba la Unidad de Crímenes Violentos.

Duncan saludó a Dee Dee con un gesto de cabeza al pasar por delante de su mesa. Llevaba un donut metido en la boca, una taza de café de plástico en la mano, la chaqueta de *sport* colgada de un dedo de la otra mano a guisa de gancho y un

periódico debajo del brazo. Entró en su despacho, pero antes de que pudiera sentarse, Dee Dee, que lo había seguido hasta la oficina del tamaño de un armario, dejó una carpeta encima de su mesa de un decidido manotazo.

—Se llamaba Gary Ray Trotter.

Duncan no tenía buen despertar. De hecho, detestaba las mañanas. Le llevaba un rato hacerse a la idea de la luz diurna y calentar las calderas. Dee Dee, por otra parte, era capaz de pasar de cero a cien en cuestión de segundos.

A pesar de haber estado hasta las tantas en casa de los Laird, debía de haberse puesto manos a la obra horas antes. Otros detectives habían ido llegando paulatinamente a la UCV a lo largo de la mañana, con aspecto de estar ya agotados por causa de la empalagosa humedad en el ambiente al aire libre. Dee Dee, cosa habitual, era la más animada de todos, y prácticamente rebosaba energías.

Duncan levantó el brazo y dejó caer el periódico sobre la mesa. Colgó la chaqueta en el respaldo de la silla, posó el café, que a punto estaba de quemarle la mano a pesar de la protección de cartón en torno a la taza, y le dio un mordisco al donut antes de quitárselo de la boca.

—¿Nada de «buenos días»? —preguntó de mal humor.

—Dothan también se ha puesto a trabajar temprano —le dijo Dee Dee mientras él se dejaba caer en su silla—. Ha tomado las huellas al cadáver de los Laird. Gary Ray Trotter era un criminal reincidente, de modo que lo he identificado en cuestión de minutos. Este tipo tenía cantidad de delitos a sus espaldas. —Indicó la carpeta que seguía intacta encima de la mesa—. Oriundo de Baltimore, a lo largo de los últimos doce años había ido trabajándose gradualmente la costa este, cumpliendo condenas en cárceles diversas por asuntos de poca importancia hasta hace un par de años, cuando le echó agallas y se pasó al robo a mano armada en Myrtle Beach. Lo soltaron en libertad condicional hace tres meses. Su agente de la condicional llevaba dos sin tener noticias suyas.

—Vaya, veo que has estado entretenida —comentó Duncan.

—He supuesto que uno de los dos tenía que darle un empujón al asunto, y ya sabía que no ibas a ser tú.

—Por eso trabajamos tan bien juntos, ¿sabes? —ironizó Duncan—. Reconozco tus puntos fuertes.

—O, más bien, yo reconozco tus puntos débiles. —Sonriendo ante la pulla, abrió la carpeta con un golpe de muñeca y echó un vistazo a la primera página—. Ya me parecía que su ropa era nueva, como la de un preso recién salido. —Para cuando terminó de leer los antecedentes de Gary Ray Trotter, ya se había comido el donut y estaba chupando el azúcar de los dedos—. No tenía un historial delictivo muy impresionante —señaló mientras retiraba la tapa de plástico de la taza de café.

—Exacto. Así que no lo entiendo —dijo Dee Dee.

—No entiendes el qué.

Dee Dee acercó una silla a la mesa de Duncan y tomó asiento.

—Robar en casa de los Laird me parece un poco ambicioso para Gary Ray.

Duncan se encogió de hombros. Apuntó:

—Igual quería dejarlo después de un golpe de los buenos, largarse con un buen estallido.

—Qué gracioso.

—No he podido evitarlo.

—Nunca había sido acusado de allanamiento de morada —dijo Dee Dee.

—Eso no quiere decir que no lo cometiera.

—No, pero leyendo sus antecedentes, no parece precisamente un tipo listo. De hecho, su primer delito a los dieciséis años fue el robo de un buldócer —señaló Dee Dee.

—Me ha parecido que era una errata. ¿De verdad robó un buldócer?

—Se lo llevó de la carretera en construcción donde trabajaba como encargado de desviar el tráfico, ya sabes, esos tipos con el chaleco anaranjado y la banderita.

—Ya.

—Bien, así que Gary Ray roba un buldócer y se lo lleva a la granja de sus padres, donde lo deja aparcado fuera. A la mañana siguiente, llega la cuadrilla de obreros a trabajar, descubren que falta el buldócer, llaman a la policía, que...

—Siguieron las roderas hasta donde estaba.

—¡Bah! —exclamó Dee Dee—. ¿Cómo se puede ser tan tonto?

Duncan se echó a reír.

—¿Dónde iba a revender un buldócer?

—¿Ves a lo que me refiero? Nuestro Gary Ray no era muy astuto que digamos. Hay un buen trecho de robar un buldócer a entrar en una casa con un sofisticado sistema de alarma. No estaba conectado, pero Gary Ray no lo sabía cuando fue hasta la ventana con una palanqueta.

Haciendo de abogado del diablo, Duncan dijo:

—Había tenido años para perfeccionar sus habilidades.

Dee Dee no admitió la teoría de Duncan y dijo:

—¿Y eso no incluiría ir preparado? ¿Llevar las herramientas del oficio? Supongamos que Gary Ray se había convertido en un ladrón de primera. Lo dudo, pero supongámoslo. Un ladrón que supiera desactivar sofisticados sistemas de alarma, cortar el vidrio para meter el brazo y abrir las ventanas, cosas así.

—El típico ladrón armado al estilo de Hollywood con juguetitos de última generación.

—Algo así —dijo ella—. Pues bien, ¿dónde estaban los bártulos de Gary Ray? Lo único que trajo consigo era la palanqueta.

—Y un Ruger de nueve milímetros —recordó Duncan.

—Bueno, eso también. Pero nada para abrir cerraduras ni reventar cajas fuertes. Nada que pudiera utilizar para descerrarajar el cajón de una mesa.

—Esas cerraduras suelen ser sencillas, de las que se abren con una llavecita. Si

me das cinco segundos, te la podría abrir con un imperdible —aseguró Duncan.

—Gary Ray no llevaba ni siquiera eso. Y además, aunque fueras el ladrón más imbécil de todos los tiempos, ¿no procurarías llevar guantes para no dejar huellas dactilares?

Ninguna de las cuestiones que había abordado Dee Dee cogía de nuevas a Duncan. A su regreso a casa a altas horas, había hecho todo lo posible por dormir, pero tenía la cabeza ocupada con un embrollo de pensamientos acerca de la versión de Elise Laird de los sucesos que habían desembocado en la muerte de un hombre, y acerca de la insistencia del juez en que aceptaran la versión de su esposa sin ningún género de dudas.

Ya había sopesado todas y cada una de las discrepancias que había citado Dee Dee. Antes incluso de saber que Gary Ray era un delincuente inepto, el allanamiento parecía mal planificado y ejecutado con muy poco esmero. El fracaso estaba prácticamente garantizado.

Aun así, siguió discutiendo cada uno de los puntos.

—Das por sentado que Gary Ray planeó el robo. —Dee Dee propinó unos golpecitos a la carpeta—. Según esto, era drogodependiente. Era estúpido para empezar y luego se cargó las pocas neuronas que tenía a fuerza de sustancias controladas.

—Supón que se moría de ganas de meterse, que no tenía dinero, ve una casa en la que tiene que haber por fuerza algo de valor, algo que pueda trincar y vender en cosa de media hora. Al menos podría meterse un buen pico gracias a un pisapapeles de cristal o un candelabro de plata.

Dee Dee lo pensó unos instantes y luego negó con la cabeza.

—Quizá me lo tragaría si estuviéramos hablando de una zona comercial. Se carga el escaparate y roba una tienda de aparatos electrónicos o algo así. Aunque la alarma estuviera sonando, podría entrar y salir en cuestión de segundos con algo de valor en el bolsillo. Pero en una zona residencial a las afueras, no —continuó—. Sobre todo a pie. No se ha encontrado ningún coche con el que se lo pueda vincular. Lo he comprobado nada más llegar esta mañana. ¿Qué hacía en el vecindario sin un coche en el que huir?

—Eso ya me lo pregunté anoche —reconoció Duncan—. Lleva reconcomiéndome desde entonces. ¿Cómo llegó hasta allí y cómo tenía previsto largarse?

—Si no tenía coche, ¿de dónde salió la palanqueta? —preguntó ella—. Que, si lo piensas bien, es una herramienta de lo más chapucera para un ladrón.

La intensa humedad había incrementado el factor de ensortijamiento del cabello de Dee Dee, que barrió el aire como una escoba rígida cuando volvió a negar con la cabeza.

—No, Duncan, algo no encaja.

—¿Qué piensas tú?

Dee Dee apoyó los brazos en el borde de la mesa de Duncan y se inclinó hacia delante.

—Me parece que la señora Laird, la de la carita de ángel, no nos está contando lo que hay.

Maldición, eso era lo que estaba pensando él también.

No quería creerlo, había pasado las primeras horas de la mañana intentando convencerse de que Elise Laird era tan inocente como una monja, no había dicho una mentira en su vida, nunca había eludido la verdad siquiera.

Pero el instinto visceral del detective le decía lo contrario. Su máster le decía lo contrario. Quince años de trabajo como policía le estaban diciendo que algo no funcionaba, que la compañera del juez en la bañera había omitido algo intencionadamente o, peor aún, se lo había inventado todo.

A todas luces la detective ponía en tela de juicio la veracidad de Elise, y Dee Dee no estaba al tanto de la breve conversación que había mantenido en privado con Elise.

Se dijo que no debía buscarle ninguna otra connotación, que no tenía importancia, y que debía olvidarlo. No obstante, además de revisar los elementos del tiroteo que no acababan de casar, su mente se remontaba una y otra vez a ese momento en que una sencilla pregunta de dos palabras había pasado a ser flirteo preliminar.

«Ah ¿no?»

Cada vez que pensaba en ello, en el tono ronco de su voz, la expresión de sus ojos, sentía una profunda reacción física. Como ahora.

Para un poli, constituía una reacción mala y peligrosa ante una mujer que acababa de matar a un hombre de un tiro. Para un poli que había criticado a colegas suyos por cometer deslices similares tanto de juicio como morales, era hipocresía.

También resultaba de lo más inconveniente, ahora que Dee Dee estaba sentada frente a él, mirándolo, a la espera de su juicio sobre el relato de Elise Laird.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó en un tono de voz relativamente normal—. Su pasado, quiero decir.

—¿Cómo quieres que esté al tanto de su pasado? —preguntó Dee Dee—. Ella y yo no nos movemos en los mismos círculos precisamente.

—La reconociste el día de la ceremonia de entrega de premios.

—De las fotos en el periódico. Si leyeras algo además de la sección de deportes y el crucigrama, también la habrías reconocido.

—¿Sale a menudo?

—Siempre con un aspecto sensacional, vestida de alta costura, unida por la cadera al juez. Es sin duda alguna todo un trofeo para su señoría.

—Indaga un poco, Dee Dee, a ver qué encuentras sobre ella. Yo voy al depósito de cadáveres a darle la vara a Dothan para que dé prioridad a la autopsia de Gary Trotter. Ya pondremos resultados en común a mi regreso. —Vació la taza de café y luego, procurando no mostrarse cohibido, se levantó y fue a coger la chaqueta.

—¿Duncan?

—¿Sí?

—Acabo de darme cuenta de una cosa.

Temió que Dee Dee estuviera a punto de decir algo como: «Acabo de darme cuenta de que la esposa del juez te la ha puesto dura», pero lo que dijo fue:

—Acabo de darme cuenta de que no estamos abordando este asunto como un caso de defensa propia. Lo investigamos como otra cosa, ¿no es cierto?

Casi habría preferido oírle decir lo primero.

Llamó al forense desde el coche e insistió hasta que éste accedió a poner a Gary Ray Trotter en primer lugar. El doctor Dothan Brooks ya había abierto el cadáver para cuando llegó Duncan.

—Hasta el momento, todos sus órganos son de peso y tamaño normales —dijo Dothan por encima del hombro mientras ponía un pedazo de tejido en la balanza.

Duncan se apoyó en la pared para escuchar y observar al médico forense, que realizaba su trabajo de manera metódica. Sólo miraba el cadáver de vez en cuando, aunque no porque fuera especialmente aprensivo. De hecho, le fascinaba la información que podía llegar a ofrecer un cadáver.

Pero su fascinación le hacía sentir culpable. Tenía la sensación de no ser mejor que los que se precipitaban hacia el lugar donde se había producido una tragedia con la siniestra esperanza de alcanzar a ver sangre y miembros esparcidos.

El forense terminó y dio la vuelta a la carcasa humana para que la cerrara su ayudante. Después de lavarse, Dothan se reunió con Duncan, que lo esperaba en su despacho.

—La causa de la muerte es obvia —dijo al entrar resollando—. Tenía el corazón hecho papilla. El orificio de salida era del tamaño de una ensaladera.

—Antes de llegar yo ¿has visto alguna otra herida, contusiones, rasguños?

—¿Te refieres a si se metió en alguna pelea? ¿Alguna clase de forcejeo? —El forense negó con la cabeza—. No había nada debajo de las uñas salvo mugre común y corriente, y tenía restos de pólvora en la mano derecha. Se había roto un dedo del pie derecho, tiempo atrás. No tenía cicatrices quirúrgicas ni estaba circuncidado.

—¿A qué distancia dirías que le dispararon? —indagó Duncan.

—Cuatro metros y medio, más o menos.

—Aproximadamente la distancia entre la puerta del despacho y la mesa. —Recordó que Dee Dee la había calculado en cuatro metros ochenta—. Así que la señora Laird decía la verdad.

—Sobre eso, sí. —Dothan desenvolvió el sándwich de ternera en conserva que lo esperaba encima de la mesa—. Almuerzo temprano. ¿Quieres la mitad?

—No, gracias. ¿Crees que la señora Laird mentía sobre alguna otra cosa?

Brooks tomó un enorme bocado, pero se limpió la mostaza de las comisuras de la boca con sorprendente delicadeza. Masticó, tragó, eructó y luego dijo:

—Es posible. Tal vez no. Está el asunto de quién disparó primero.

—Dijiste que Trotter murió al instante, lo que significa que tuvo que disparar primero —recordó Duncan.

—Entonces tendrías que creer que estaba ciego, y no lo estaba, o que era el peor tirador de la historia del crimen.

—Quizás apuntó alto deliberadamente. Sólo intentaba asustarla con un disparo de advertencia.

—Podría ser —dijo Dothan, asintiendo al tiempo que masticaba—. O quizás ella lo sobresaltó al aparecer en el umbral. Trotter tuvo una reacción refleja y disparó al azar.

—Ella no lo sobresaltó. Dijo que le advirtió que se marchara. Él se quedó allí plantado, mirándola, luego levantó el brazo de pronto, así lo explicó la señora Laird, y disparó.

—Hummm —dijo el forense con un buen bocado de sándwich en la boca—. Entonces supongo que estaba sumamente nervioso, lo que explicaría que no acertara ni de lejos con su disparo. Otra posibilidad —hizo una pausa para tomar un sorbo de refresco Dr. Pepper de un vaso de plástico del tamaño de una papelerita pequeña— es que estuviera a punto de realizar el disparo cuando lo alcanzó la bala. Su dedo se contrajo en un movimiento reflejo y culminó la acción de apretar el gatillo mientras caía de espaldas. —Tragó—. Ahora que lo pienso, eso coincidiría con el ángulo de la bala al entrar en la pared.

Representó el movimiento, fingiendo caer hacia atrás, con el dedo índice a guisa de cañón de una pistola imaginaria. Al retroceder, apuntó hacia un punto en lo alto de la pared, muy por encima de la cabeza de Duncan.

—¿Es posible que ocurra algo así? —preguntó Duncan—. ¿Un movimiento reflejo semejante en el momento en que tu corazón estalla hecho pedazos?

Brooks se metió el resto del sándwich en la boca.

—He visto heridas de bala mortales con explicaciones más extrañas incluso. Ni te imaginas hasta qué punto pueden resultar inverosímiles.

—Entonces ¿qué quieres decir con eso? —preguntó Duncan.

—Quiero decir que cualquier cosa es posible, detective, pero, por suerte para mí, es cosa tuya averiguar lo que ocurrió en realidad.

—Los he llevado al solárium, señora Laird.

—Muy bien.

La señora Berry había subido para ponerla al tanto de que los mismos detectives de anoche estaban en la entrada y habían preguntado por ella.

—¿Puede llevarles algo de beber? Coca-Cola *light* y té con hielo.

La formidable ama de llaves asintió.

—¿Les digo que bajará ahora mismo?

—Haga el favor.

Elise cerró la puerta del dormitorio y se quedó allí de pie, planteándose qué preguntas le harían hoy los detectives.

¿No le habían creído anoche?

En caso contrario, no habrían regresado hoy, ¿verdad?

Cabos sueltos, había dicho el detective Hatcher. La expresión podía hacer referencia a infinidad de detalles tan persistentes como carentes de importancia. O podía ser una manera moderada de referirse a discrepancias de mucho más calado.

Se temía lo último.

Eso la había impulsado a ir a ver a Savich esa mañana. Había sido arriesgado, pero quería ponerse en contacto con él lo antes posible, y llamarlo por teléfono podía ser más peligroso incluso que acudir a su lugar de trabajo. No estaba segura de que el teléfono de su casa no estuviera pinchado, y las llamadas desde un móvil podían rastrearse.

Cato se había levantado a su hora de costumbre y se había vestido sin hacer ruido para ir a trabajar. Ella fingió estar dormida hasta que salió de su habitación, y entonces, en cuanto el coche abandonó el sendero de entrada, se vistió a toda prisa y salió de casa, con la esperanza de hacer lo que tenía previsto y regresar antes de que llegara a trabajar la señora Berry.

Sin perder de vista el espejo retrovisor, estaba bastante segura de que nadie la había seguido. A pesar de las prisas, se había ceñido a los límites de velocidad porque no quería que le pusieran una multa de la que hubiera tenido que dar explicaciones a Cato.

Había regresado a casa apenas unos minutos antes de que llegara el ama de llaves, y llevaba en el dormitorio desde entonces, caminando arriba y abajo, repasando mentalmente los acontecimientos de la noche anterior mientras intentaba decidir cómo conducirse a continuación.

La detective Bowen y Duncan Hatcher la esperaban abajo. Temía el encuentro, pero aplazarlo más hubiera resultado sospechoso. Fue al tocador, se recogió el pelo en una cola de caballo, pensó en cambiarse de ropa y luego decidió que no tenía tiempo. Cogió una barra de brillo de labios, pero luego cambió de opinión al respecto también. La detective Bowen vería con recelo su vanidad, y Duncan Hatcher...

¿Qué pensaba de ella?, se preguntó. Qué pensaba de ella en realidad.

Reflexionó al respecto durante unos preciosos instantes y luego, incapaz de convencerse de lo contrario, hizo otra cosa antes de salir de la habitación.

El solárium era una parte de la terraza rodeada de vidrio, con suelo de mármol azul de Pensilvania, amueblada con piezas de mimbre cubiertas de cojines con estampados de flores. A la señora Berry se le daban mejor las plantas que la gente. Helechos, palmeras y demás plantas tropicales florecían en macetas a su cuidado.

Cuando entró Elise en la estancia, Dee Dee Bowen estaba sentada en una de las sillas de cara a la puerta. Duncan se encontraba de pie en el tabique de ventanas que daban al resto de la terraza y la piscina, cautivado al parecer por la fuente en el centro.

La detective Bowen se puso en pie.

—Hola, señora Laird. Disculpe que hayamos venido sin anunciar. ¿Es mal momento?

—No, en absoluto.

Al oír el nombre de ella, Duncan se volvió de la ventana. Elise lo miró de soslayo y luego entró en la estancia y se sumó a la detective Bowen en la zona con asientos.

—La señora Berry llegará enseguida con algo de beber —dijo, al tiempo que indicaba a la detective Bowen que volviera a sentarse, para luego tomar asiento enfrente de ella.

—Muy amable. Hace mucho calor al aire libre.

—Sí.

Acotado el tema de conversación del tiempo, se sumieron en un silencio incómodo. Elise era consciente de que Duncan, todavía de pie cerca de la ventana, la observaba, pero se resistía a mirar en dirección a él.

Al cabo, Bowen dijo:

—Tenemos algunas preguntas más.

—Antes de marcharse anoche ya nos dieron a entender que así sería.

—Sólo son unas cosillas que nos gustaría aclarar —dijo la detective.

—Lo entiendo.

—Durante la noche ¿pensó en algo que olvidara mencionar? ¿Algo que pudo pasar por alto?

—No.

—Es normal en situaciones de gran tensión. —La mujer le sonrió—. Han llegado a llamarme en plena noche, al recordar de repente algún detalle olvidado.

—Les dije lo que recordaba exactamente tal y como lo recordaba —dijo Elise.

El suave tintineo de vasos de cristal anunció la llegada de un carrito, empujado por la señora Berry.

—¿Quiere que las sirva, señora Laird? —Su tono de voz era tan frío como la condensación en el cubo de hielo. Elise no advirtió a ciencia cierta si se estaba mostrando desdeñosa con sus invitados o con ella. Probablemente con todos.

—No, gracias. —Agradecida de tener oportunidad de moverse y zafarse de la mirada atenta de los detectives, se levantó de la silla y se acercó al carrito—. Creo que prefiere la Coca-Cola *light*, ¿no es así, detective Bowen?

—Estupendo.

Elise vertió el refresco de cola en un vaso con hielo y se lo llevó. Dee Dee lo aceptó con una sonrisa despreocupada de la que Elise receló de inmediato. Luego se volvió y levantó la mirada hacia Duncan Hatcher, que seguía con la mirada fija en

ella.

—¿Quiere algo?

Duncan miró el carrito y preguntó:

—¿Eso es té?

—Con azúcar. La señora Berry cree que no se puede hacer de otra manera.

—Mi madre es del mismo parecer. Con azúcar me va bien. —Su sonrisa era tan despreocupada como la de Dee Dee Bowen, pero eso hizo desconfiar a Elise aún más, cosa que él no llegó a advertir.

Elise se preguntó si la decisión que había tomado antes de bajar era temeraria.

Claro que, habría sido más temerario hacer cualquier otra cosa.

Estaba sirviendo un vaso de té con hielo a Duncan Hatcher y se disponía a pasárselo cuando Cato entró en la habitación a paso firme:

—Por lo visto, no me han advertido de la visita.

Capítulo 6

—¿O es que pasaban casualmente por el vecindario? —añadió el juez en tono menos amable.

Está cabreado, sin duda, pensó Dee Dee. Tal como había predicho Duncan que se pondría en cuanto se enterara de que habían interrogado a su mujer —o habían intentado hacerlo— sin que estuviera él presente. Estaban en su derecho, claro, pero habían acordado no tocarle las narices al juez a menos que les resultara inevitable.

La señora como se llamara, el ama de llaves, debía de haberlo llamado inmediatamente después de su llegada, probablemente antes de subir a decirle a Elise que habían venido. Estaba claro que la empleada del hogar era leal al juez y no guardaba mucha simpatía a la señora.

Elise se ofreció a servirle a su marido un vaso de té.

—No, gracias. —La besó en los labios y luego se retiró y le acarició la mejilla—. ¿Qué tal lo llevas?

—Bien —dijo ella.

—¿Sigues conmocionada?

—Creo que lo estaré durante una temporada.

—Es comprensible —admitió Laird.

La hizo sentarse en el pequeño sofá, apenas lo bastante amplio para acomodar a ambos, llevó su mano hasta la rodilla de él y la cubrió con la suya propia.

—¿Qué desean saber?

Dee Dee vio tensarse la mandíbula de Duncan, que dijo:

—Me gustaría saber si desean llamar a su abogado antes de que empecemos. No tenemos inconveniente en esperar a que llegue.

El juez respondió secamente:

—No será necesario. Pero presentarse aquí sin previo aviso ha sido un truco barato y, a decir verdad, indigno de usted, detective Hatcher.

—Les presento mis disculpas a usted y a la señora Laird. —Duncan tomó asiento en uno de los sillones de mimbre de cara a la pareja—. El nombre del individuo que murió en su despacho anoche era Gary Ray Trotter.

Al igual que Duncan, Dee Dee observó atentamente sus rostros por si reflejaban el menor indicio de conocerlo. No detectaron ni un parpadeo siquiera, ni en la mirada implacable del juez ni en los límpidos ojos verdes de Elise.

El juez miró de soslayo a su esposa. Al entender ella su pregunta implícita, negó con la cabeza. Al tiempo que volvía la mirada hacia ellos, el juez Cato Laird dijo:

—No lo conocemos. Creo que ya se lo dejamos bien claro anoche.

—Esperábamos que el nombre les refrescara la memoria, les permitiera recordar..., —apuntó Dee Dee.

—Es evidente que no, detective Bowen —la interrumpió el juez.

—Por su sala del tribunal va y viene mucha gente —le recordó Duncan—. Trotter era un criminal reincidente. Quizá compareció alguna vez ante usted.

—Lo recordaría.

—¿Recuerda a todos los implicados en todos los casos que le ha correspondido dirimir? —preguntó Dee Dee—. Vaya, es impresionante.

El juez le lanzó otra mirada cargada de impaciencia y luego se dirigió a Duncan:

—¿Era un criminal reincidente? Entonces ¿qué estamos discutiendo? Ese Trotter entró en mi casa y disparó contra mi mujer, obligándola a protegerse. Gracias a Dios que ella tenía mejor puntería. Él murió, ella no. No espere que derrame ni una sola lágrima por él.

—No lo esperaba en absoluto.

El juez respiró lenta y profundamente, como para calmarse.

—Entonces me parece que no entiendo por qué han venido hoy aquí. ¿Por qué creen necesario obligar a Elise a revivir algo tan aterrador?

—Hay algunos puntos que debemos aclarar antes de cerrar el caso —aseguró Dee Dee.

—Elise les dijo todo lo necesario anoche. Como juez que lleva años oyendo testimonios ante los tribunales, puedo decir con toda sinceridad que su relato de lo que ocurrió fue exhaustivo.

—Estoy de acuerdo, y agradecemos su cooperación anoche —dijo Dee Dee a la pareja, sonriéndoles a ambos—. La identificación de Gary Ray Trotter ha respondido nuestras preguntas principales, pero ha dado lugar a otras, me temo.

—Como ¿por ejemplo? —inquirió el juez.

Dee Dee profirió una suave risilla.

—Bueno, juez, no era un maleante muy hábil. De hecho, era más bien un pringado que a duras penas se las arreglaba como delincuente.

—¿Y bien?

—Pues que el detective Hatcher y yo nos preguntábamos por qué eligió su casa para cometer un robo.

—No tengo ni idea.

—Nosotros tampoco —reconoció Dee Dee sin tapujos—. Trotter tenía antecedentes que se remontan a su adolescencia, sobre todo atracos, pero era un memo. Por ejemplo, en cierta ocasión entró en una tienda con un palo en el bolsillo a modo de pistola y exigió el dinero de la caja, pero pagó con la tarjeta de crédito de su hermana la gasolina que había puesto en el coche que utilizó para huir.

El juez esbozó una sonrisa irónica.

—Lo que me parece que explica por qué no hizo carrera como maleante.

—Supongo —exclamó Dee Dee con una breve risilla—. Anoche no trajo siquiera guantes, ni instrumental de ninguna clase para cometer un allanamiento, ¿no le parece increíble? Da que pensar, ¿no cree?

—¿Qué?

Entonces la detective dejó de sonreír.

—¿Qué demonios hacía Gary Ray Trotter en su despacho.

Tras otro momento de tenso silencio, el juez dijo:

—Una cosa sí que sé a ciencia cierta: intentó matar a mi esposa.

Duncan aprovechó sus palabras para intervenir:

—Eso es otro asunto que debemos aclarar, señora Laird.

—¿Qué hay que aclarar? —insistió el juez.

—¿Está absolutamente segura de que Trotter disparó en primer lugar?

—Claro que está segura.

—Se lo he preguntado a ella, juez.

—Mi esposa ha sufrido una terrible experiencia.

—Y yo tengo que hacer mi trabajo —contraatacó Duncan—, lo que implica hacerle preguntas desagradables. Si no tiene estómago para resistirlo, juez, puede irse.

Elise levantó una mano para impedir que el juez dijera lo que estaba a punto de decir en respuesta al desaire de Duncan.

—Por favor, Cato, quiero responder sus preguntas. No quiero que quede la menor duda con respecto a lo que ocurrió.

Había llamado a su marido por su nombre de pila, pero Dee Dee observó que sus ojos verdes no se habían apartado ni un instante del rostro de Duncan, ni los del detective de los suyos.

—Tal como les dije anoche —continuó—, cuando encendí por equivocación la luz del vestíbulo...

—Perdone. ¿Le importa relatárnoslo donde ocurrió?

—¿En el despacho?

—Si no es demasiado inconveniente.

—A Elise le será muy difícil entrar en esa habitación hasta que la hayan limpiado y se hayan deshecho de todo lo que pueda recordarle lo que ocurrió —señaló el juez.

—Me hago cargo de que no será fácil —reconoció Duncan, pero no retiró la petición.

El juez miró a su esposa.

—¿Elise?

—Quiero ayudar tanto como esté en mis manos.

Los cuatro se trasladaron al vestíbulo y Duncan se acercó a la elegante consola. Debajo del tablero de mármol había un fino cajón que iba de lado a lado de la mesa.

—¿Sacó la pistola de este cajón?

—Sí, salí de la despensa del mayordomo por esa puerta —respondió ella, al tiempo que la señalaba—. Me detuve aquí un momento. No oí nada, pero, como les dije anoche, intuí una presencia en el despacho y fui a la mesa a coger la pistola.

Duncan toqueteó uno de los tiradores del cajón.

—¿Hizo algún ruido?

—Me parece que no. Al menos intenté no hacerlo.

—¿Cerró el cajón?

—No..., no lo recuerdo —dijo, vacilante—. Yo diría que no.

—No lo cerró —terció el juez—. Estaba abierto cuando llegaron los dos primeros agentes en respuesta a nuestra llamada a Emergencias. Recuerdo habérselo señalado.

Dee Dee tomó nota mental de leer el informe redactado por los agentes Crofton y Beale.

Duncan siguió con el itinerario.

—¿Caminó desde la mesa hasta la puerta del despacho?

—Sí.

—¿Llevaba zapatillas? —preguntó Dee Dee.

—Iba descalza.

—¿Cree que Trotter la oyó acercarse? —preguntó Duncan—. ¿O no tuvo el menor indicio de que estaba usted aquí y era consciente de su presencia hasta que se encendió la luz?

—Si me oyó llegar al despacho, ¿por qué no se largó a toda prisa por la ventana?

—Eso iba a preguntarle a continuación —dijo Duncan con una sonrisa candorosa.

—Entonces, debí de sorprenderlo al darle al interruptor —dijo Elise—. Al encenderse la luz, se quedó de piedra.

—¿Es ésta la caja de interruptores? —Duncan apretó uno de los interruptores y se encendió la luz del techo del despacho. El otro encendió una lámpara en el vestíbulo directamente encima de sus cabezas. Levantó la mirada hacia la luz y luego la desvió hacia el estudio—. Dee Dee, ¿quieres hacer de Trotter? Ponte detrás de la mesa.

La detective retiró la cinta que delimitaba el escenario del crimen con una equis en la puerta abierta, y luego entró en el despacho y ocupó su posición tras la mesa.

Duncan dijo:

—¿Es más o menos ahí donde estaba?

Elise respondió con un leve asentimiento.

—Sí, ahí...

—¿Qué estaba haciendo, señora Laird?

—Nada. Estaba ahí de pie, mirándome. Me miraba fijamente, como un ciervo sorprendido por las luces de un coche.

—¿Estaba apoyado en la mesa, como si hubiera estado intentando forzar el cajón?

—Mis ojos tardaron varios segundos en acostumbrarse a la claridad repentina. Tal vez estaba inclinado sobre el cajón de la mesa, no lo sé. La primera imagen mental que tengo de él es ahí de pie detrás de la mesa, mirándome, inmóvil.

—Ajá. —Duncan miró hacia Dee Dee detrás de la mesa como si imaginara a Gary Ray Trotter—. ¿Y qué fue lo que dijo? —Volvió a aproximarse a Elise.

Ella no se intimidó ni vaciló.

—No dijo nada, detective Hatcher. Ya se lo dije anoche.

Duncan asintió lentamente.

—Así es, me lo dijo, pero usted sí le habló, ¿correcto? Le ordenó que se marchara.

—Sí.

—¿Hizo algún movimiento en dirección a la ventana?

—No, no se movió en absoluto salvo para levantar el brazo. De pronto, como si hubieran tirado de un hilo sujeto al codo.

—¿Así? —Dee Dee hizo una demostración del movimiento.

—Algo por el estilo, sí. Y antes de que me diera cuenta siquiera de que llevaba pistola, disparó. —Elise se llevó una mano a la garganta como si de pronto le resultara difícil respirar.

El juez se acercó y le pasó el brazo por la cintura.

—Señora Laird —preguntó Duncan—, ¿cabe la posibilidad de que hiciera un disparo de advertencia cuyo único fin era el de intentar asustarla?

—Supongo que es posible.

—¿Creyó que estaba en peligro de muerte?

—Creí que lo estaba. Todo ocurrió muy deprisa.

—Pero no tanto como para que usted no tuviera tiempo de suponer que estaba en peligro de muerte.

—Es una suposición razonable, ¿no le parece, detective? —preguntó el juez en tono enojado—. Si un hombre que se ha colado en tu casa dispara su arma, aunque lo haga con pésima puntería, ¿no es lógico suponer que estás en peligro de muerte y actuar en consecuencia?

—Parece lógico, sí —reconoció Dee Dee—. Pero el doctor Brooks aventuró otra teoría que merece la pena tener en cuenta. Sugirió que tal vez Trotter estaba cayendo de espaldas cuando abrió fuego, que su dedo apretó el gatillo en un gesto reflejo. Eso explicaría que su disparo saliera tan desviado.

Duncan no apartaba la mirada de Elise.

—Pero eso supondría que usted disparó primero.

—Pero no fue así —insistió el juez—. Se lo ha dicho una docena de veces. ¿Por qué siguen machacándola de este modo?

Duncan desvió la mirada del rostro descompuesto de Elise Laird y miró al juez.

—Porque tengo que entender sin asomo de duda lo que ocurrió. Detesto tener que hacerle estas preguntas a la señora Laird, pero estaba presente esta mañana cuando le hacían la autopsia al cadáver de Gary Ray Trotter y creo que, maleante o no, tengo el deber de dilucidar por qué acabó como acabó. Usted es un cargo público, juez. Tiene la obligación ante los ciudadanos de cumplir con su deber, igual que yo. A veces no es grato en absoluto. De hecho, la mayor parte del tiempo no lo es. —Se volvió hacia Elise—. ¿Está absolutamente segura de que Trotter disparó primero?

—Absolutamente.

—Perfecto. Entonces, ya está. —La afirmación del juez vino seguida por un tenso

lapso de silencio. Al cabo, dijo—: Admiro su sentido del deber, detective Hatcher. Le agradezco que persiga la verdad de esa manera. Elise y yo hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos para ayudarlo a cumplir esos deberes tan ingratos que tiene. ¿No se ha parado a pensar que quizás a nosotros también nos gustaría oír una explicación de lo que ocurrió aquí anoche? Quizá nos gustaría más incluso que a usted y a la detective Bowen. Elise se ha mostrado tan clara como le ha sido posible. ¿Está convencido ahora de que fue un allanamiento de morada que se torció?

Duncan dejó que la pregunta quedara en suspenso al menos quince segundos antes de responder:

—Sí, creo que sí.

«Y una mierda», pensó Dee Dee.

—Bien —dijo el juez—. Entonces, si no hay nada más, espero que nos disculpen. —Ya se volvía, listo para acompañarlos a la salida, cuando Elise lo detuvo.

—Me gustaría saber... —se le quebró la voz, tragó saliva y lo intentó de nuevo —: Me gustaría saber si Trotter tenía familia. ¿Esposa, hijos?

—No —respondió Duncan—. El pariente más cercano era un tío en Maryland.

—Me alegra oírlo. Habría sido horrible que...

—¿Les acompañó a la salida? —El juez miró pasillo adelante con la esperanza de que lo siguieran.

Dee Dee salió de detrás de la mesa. Cuando pasaba junto a Elise, ésta le tomó la mano.

—Detective Bowen, quiero hacerme eco de las palabras de mi marido. Sé que no hacen más que cumplir con su deber.

Sorprendida por su reacción, Dee Dee intentó pensar algo neutro que constituyera una respuesta adecuada, tanto si Elise mentía como si estaba diciendo la verdad.

—No creo que sea fácil para ustedes, tampoco.

—No lo es, pero si se me ocurre algo que añadir, prometo llamarles.

—Eso sería de gran ayuda —dijo Dee Dee.

—¿Me pueden dar su tarjeta?

—Aquí tiene. —Duncan se sacó una del bolsillo de la chaqueta y se la entregó.

—Gracias, detective Hatcher. —Cogió la tarjeta y también le estrechó a él la mano.

Dee Dee era enérgica como uno de esos perros cubiertos de pelo leonado que parecen borlas dementes. Una ex novia de Duncan tenía uno así. El maldito bicho ladraba sin parar. Era el animal más hiperactivo que había visto en su vida, hasta hoy, que Dee Dee estaba a punto de salir brincando de su propia piel.

—Oculto algo, Duncan. Lo sé. Lo siento en los huesos.

Los «huesos» de Dee Dee rara vez se equivocaban. En este caso concreto, esperaba que así fuera. Quería concluir el caso ante sus jefes y congraciarse con el

juez. Nunca había estado muy a favor del juez Laird, mayormente porque estaba convencido de que era un chaquetero: un día se mostraba duro con los criminales y al siguiente se mostraba a favor de proteger sus derechos civiles. Sus opiniones cambiaban con la marea de la opinión pública, sumándose únicamente a la que era mayoritaria en cada momento.

Duncan no podía admirar a un hombre para el que la popularidad era más importante que la convicción, pero era consciente de que para ganar elecciones, el juez tenía que hacer política. Y desde luego no quería granjearse la enemistad del juez de un tribunal superior. Y eso era lo que con toda probabilidad ocurriría si seguía fastidiando a la esposa del juez por causa de lo que su compañera sentía en los huesos.

Por desgracia, sus propios huesos le decían lo mismo, sobre todo tras la última entrevista.

Volvió el volante hacia la derecha y cruzó dos carriles seguido por furiosos bocinazos e improperios. Dee Dee se cogió al apoyabrazos de la puerta del acompañante.

—¿Qué estás haciendo?

—Tengo sed. —Los neumáticos rebotaron contra el bordillo cuando Duncan estuvo a punto de saltarse la entrada a un McDonald's.

—Has tomado té con hielo azucarado. «La señora Berry cree que no se puede hacer de otra manera» —dijo Dee Dee, pestañeando mientras imitaba el arrastrado acento sureño de Elise Laird.

—Me han puesto té con hielo. No lo he tomado. Además, ¿no te has saltado una de tus dosis de cafeína? No es que la necesites, claro —añadió entre dientes cuando se inclinaba hacia el interfono para hacer el pedido.

—¿Quieres que regresemos para hablar con algún vecino? —preguntó Dee Dee.

—¿De qué nos iba a servir? Ya lo hicieron anoche, y nadie informó de robos ni allanamientos recientes. Nadie vio a Gary Ray Trotter merodeando por el barrio. Nadie oyó nada fuera de lo normal anoche.

—Quizá la señora Laird abrió la puerta y lo invitó a pasar.

—Eso es mucho suponer, Dee Dee.

Tras recoger las bebidas en la ventanilla, regresó a la carretera y de inmediato se pegó al parachoques trasero de la camioneta de una madre que llevaba a los críos a jugar al fútbol.

—¿Qué le pasa hoy a todo el mundo? —comentó mientras adelantaba a la camioneta—. La gente conduce como si hubiera hielo en la carretera.

—¿Qué prisa tienes?

Cambió de carril de un volantazo para sortear un autobús escolar local que iba a escasa velocidad.

—Ninguna —dijo Duncan—. Lo que pasa es que detesto el maldito tráfico, tan lento.

Sin hacer caso de sus quejas, Dee Dee dijo:

—Muy bien, así que no dio la bienvenida a Trotter como si fuera un invitado; entonces, hay algo que no encaja.

—Te creo. ¿Qué te hace pensar eso?

—En general...

—No te andes con generalidades. Concreta.

—Vale. En concreto, su reacción cuando planteaste la pregunta de si había disparado antes que Trotter. Se quedó blanca como la leche.

Supongo que «blanca como la leche» era una manera de describir con exactitud la expresión de Elise.

—La apreté bastante, y ella se ciñó a su historia.

—Cosa que suele hacer la mayoría de los buenos embusteros.

—¿Crees que miente? —inquirió Duncan.

—Quizá no miente —puntualizó Dee Dee—. Sencillamente no dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Estás volviendo a caer en generalidades. Ponme un ejemplo, Dee Dee.

—No lo sé, no puede ser específica —dijo ella, poniéndose a la altura de su irritabilidad—. Sencillamente no se comporta como una mujer que mató a un pobre ladrón anoche.

—La señora no sabía que fuera un pobre tipo. Gary Ray Trotter no parecía un pringado cuando estaba en su casa, al amparo de la oscuridad, a punto de abrir fuego contra ella. ¿Crees que debería haber esperado a ver su currículum antes de dispararle?

Su sarcasmo le valió una mirada feroz.

—Y estaba lo bastante preocupada como para interesarse por si Trotter tenía familia —señaló la detective—. Le angustiaba la posibilidad de haber dejado huérfano a algún niño.

—Reconozco que ha sido un detalle.

—¿Por qué crees que era un «detalle»?

—¿Por qué la defiendes?

—No la defiendo.

—Pues a mí me lo parece.

—Bueno, a mí me parece que estás haciendo justo lo contrario. Crees que todo lo que hace y dice la gente viene marcado por la insinceridad.

—Todo no. Por ejemplo, creo que sí iba descalza.

Esta vez fue ella la que recibió una mirada torva.

—Lo único que digo —continuó Dee Dee—, es que tengo la impresión de que el amable comentario sobre la familia de Trotter lo ha hecho para que lo oyeras tú.

—¿Para que lo oyera yo?

—Venga, Duncan, haz el favor de despertar. Responde mis preguntas, pero cada vez que quiere hacer hincapié en algo, como su sinceridad, te mira a ti.

—Son imaginaciones tuyas.

—Ni de coña —lanzó Dee Dee—. Esa señora sabe muy bien por qué lado untar la tostada.

—Y eso ¿qué significa?

—Que eres hombre.

—Cosa que, en el contexto de esta discusión, no tiene la menor importancia.

—Claro. —Dee Dee utilizó el mismo tono que cuando él negaba saber tocar el piano. Durante unos instantes, estuvo absorta en sus pensamientos mientras removía los cubitos de hielo de su refresco con la paja—. ¿Sabes otra cosa? Creo que el recelo también ha empezado a hacer mella en el juez.

—Ahora sí que te estás imaginando cosas que no existen —aseguró él—. Nunca se aleja más de un palmo de ella. La trata como si fuera de porcelana.

—Cierto, tiene una actitud muy protectora, casi como si temiera que puede llegar a necesitar su protección.

—Es su marido —le recordó Duncan.

—También es un juez que ha escuchado horas de declaraciones bajo juramento en su sala, como nos ha recordado hoy. Ha elogiado a su esposa por lo exhaustivo de sus recuerdos, pero apuesto a que él también reconoce una mentira cuando la oye. Y se ha puesto tremendamente a la defensiva cuando le hemos hablado de la teoría de Dothan acerca de que Trotter fue alcanzado y apretó el gatillo en un gesto reflejo mientras caía. El juez Laird la ha descartado sin más explicaciones ni discusiones. Su mujer no disparó primero. Punto. No hay más que hablar. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Lo que me lleva a creer que su señoría tal vez esté poniendo en tela de juicio la versión de su esposa.

Llegaron al cuartel y Duncan dejó el coche en una plaza del aparcamiento, pero ninguno de los dos hizo ademán de apearse. Él se inclinó hacia delante, se cruzó de brazos encima del volante y miró por el parabrisas a los civiles y al personal de la policía que cruzaban de aquí para allá la entrada de la calle Habersham.

Notó que Dee Dee lo miraba, pero dejó que fuera ella la que rompiera el grave silencio.

—Mira, Duncan, sé que es difícil ver más allá de ese rostro; de ese cuerpo. Aunque sé que patanes como Worley han propiciado especulaciones acerca de mi orientación sexual, soy hetero. Pero ser hetero no me convierte en ciega ante el atractivo de Elise Laird. Aprecio, de acuerdo, aprecio y..., envidio su aspecto y el efecto que causa en el sexo contrario. Ahí lo tienes, he sido sincera. Ahora te toca a ti sincerarte conmigo. —Se detuvo, pero al no decir nada él, siguió adelante—: ¿Puedes, con toda sinceridad, en plan «te juro por lo más sagrado que soy sincero», ser objetivo cuando la miras?

—Soy un poli.

—Con pene. Y ese órgano en particular tiene fama de cometer errores de cálculo. Entonces Duncan se volvió y la miró.

—¿Sabes de alguna vez, cuando sea, que haya puesto en peligro una

investigación?

—No. Contigo es bien o mal, blanco o negro, no hay medias tintas. Por eso, en cuanto me ascendieron a detective, hice todo lo posible porque me asignaran como compañera tuya.

—Entonces ¿de dónde sale eso, Dee Dee?

—Nunca habíamos investigado un caso en el que hubiera implicada una mujer que te atrajera. Y te sentiste atraído por Elise Laird en cuanto la viste en la gala de entrega de premios. Eso no puedes negarlo.

—Era un rostro bonito entre la muchedumbre.

—Que tú comparaste con ser alcanzado por un relámpago.

—Eso fue antes de saber su nombre —dijo Duncan—. Y desde luego fue antes de que disparara contra un hombre y lo matara.

—¿De manera que tu atracción por ella murió junto con Trotter? ¿Ya no te tira la entropierna en esa dirección?

Él se sirvió del pulgar para enjugarse unas gotitas de sudor de la frente.

—Esa mujer es veneno, Dee Dee. ¿Te crees que no lo sé? —El ceño fruncido de su compañera le dio a entender que no era exactamente una respuesta directa a su pregunta y que aún debía convencerla—. En primer lugar —razonó—, está casada.

—Con un hombre al que aborreces.

—No tiene importancia.

—¿Seguro?

—No tiene importancia —repitió Duncan con énfasis. Dee Dee no contraatacó con ninguna otra argumentación, pero aún se la veía dubitativa, de manera que Duncan dijo—: He tenido unas cuantas novias y rollos pasajeros.

—Eso es quedarse corto.

—Dime una sola que estuviera casada. —Ella guardó silencio—. Exacto. He llevado hasta el extremo el asunto de la moral sexual para adaptarlo a mi estilo de vida y satisfacer la necesidad del momento, pero tengo mi límite en el adulterio, Dee Dee.

Ella asintió.

—De acuerdo, te creo. Pero si no estuviera casada...

—Sigue siendo la principal implicada en una investigación en curso.

Dee Dee alegró el gesto.

—En curso. ¿Significa eso que no vamos a darle carpetazo todavía?

—No —dijo él con gravedad—. Todavía no. Tengo la sensación de que algo no encaja, igual que tú.

—Es ella. Es... ¿Cómo es esa palabra tan guay? ¿Insincera?

—La indagación que has llevado a cabo sobre su pasado no ha servido de gran cosa, ¿verdad?

Dee Dee fue enumerando con los dedos lo que había averiguado acerca de Elise Laird:

—No tiene ficha policial, ninguna deuda digna de mención y no se publicó nada sobre ella en la prensa local antes de que se casara con Laird. Salió de la nada.

—Nadie sale de la nada.

La detective pensó en ello un momento.

—Tengo una amiga vinculada a la alta sociedad. A menudo la mejor fuente de información es el chismorreó a la antigua usanza.

—Procura llevar las pesquisas con discreción —dijo Duncan.

—Ni siquiera tendré que pedir información. Con sólo mencionar a Elise Laird, seguro que me llueven comentarios. Esta amiga disfruta como loca con los chismes.

Se bajaron del coche, pero al llegar a la altura de la escalera de entrada, Duncan siguió acera adelante, y Dee Dee le preguntó adonde iba.

—Hace ya días que les debo una llamada a mis padres. Puedo hablar con ellos mejor aquí que en la oficina, con tanto revuelo.

Ella entró y Duncan siguió la acera delante del edificio que daba a la avenida Oglethorpe, dejó atrás un coche patrulla blanco y negro de 1953 aparcado a la entrada a modo de mascota y continuó hasta llegar a mitad de la manzana, donde había una verja de hierro forjado que servía de acceso al Cementerio Colonial Park.

Algún que otro aguerrido turista sacaba fotos desafiando al calor de primera hora de la tarde, leía las placas históricas e intentaba descifrar las inscripciones talladas en las losas de las tumbas. Duncan se fue hasta uno de los bancos de madera a la sombra y tomó asiento, pero no sacó el teléfono móvil para llamar a sus padres, sino que se quedó mirando las lápidas ladeadas y los panteones de ladrillo a medio desmoronar.

Alcanzó a imaginar los espectros de héroes de la Guerra de Secesión devolviéndole la mirada expectantes, a la espera de ver qué hacía. ¿Haría lo que sabía que era correcto, o, por primera vez en su carrera, iría en contra de lo que le dictaba su conciencia?

Por encima de los tejados aledaños descollaban las torres gemelas de la catedral de San Juan Bautista, otro recordatorio de que transgredir era cuestión de voluntad.

A pesar de las mudas advertencias, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la nota que había dejado allí después de que Elise Laird se la pasara a escondidas en el momento en que se estrecharon la mano.

La había notado de inmediato, emparedada entre ambas palmas. Ella le había cogido la mano con fuerza para que la nota no cayera al suelo y la delatara. Sus ojos le habían rogado que no lo hiciera.

A pesar de su mirada de súplica, debería haber acusado recibo de la nota allí mismo, si no de inmediato, sin duda en cuanto Dee Dee y él se quedaron a solas. Debería haber puesto a su compañera al tanto, haberla abierto y leído por vez primera al mismo tiempo que ella.

Pero no lo había hecho.

Ahora, en la palma de la mano, se le antojaba tan caliente como un ascua. La volvió varias veces, examinándola. La hoja blanca había sido doblada varias veces

para formar un cuadrado pequeño. No pesaba prácticamente nada y tenía un aspecto inocuo, pero Duncan no se confió. Al margen de lo que dijese, le supondría un problema.

Si contenía información sobre el tiroteo de anoche, constituía una prueba, que ya era culpable de estar ocultando.

Si era personal, bueno, eso lo comprometería más aún.

En el primer caso, sería un asunto legal. En el segundo, un asunto moral.

Aún no era tarde para enseñársela a Dee Dee. Podría inventar alguna excusa para no habérsela mostrado antes, que ella probablemente no creería pero aceptaría sin darle más vueltas, motivada por su tremenda curiosidad por leer el contenido de la nota. La abrirían, la leerían y analizarían juntos el mensaje.

Fuera de eso, en un gesto casi igual de honorable, podría destruirla e irse a la tumba preguntándose qué decía.

Sin embargo, con manos húmedas, falto de resuello y con el corazón latiéndole a toda prisa, mientras los espíritus de los fundadores de la nación lo observaban con severa desaprobación y las torres de la iglesia señalaban hacia los cielos como para poner a Dios al tanto de su error, fue desplegando lentamente la nota. Las palabras estaban escritas con letra pulcra.

«Tengo que verle a solas. Por favor.»

Capítulo 7

Elise estaba viendo el DVD de una película, la versión cinematográfica de una novela de Jane Austen. La había visto al menos una docena de veces y era capaz de recitar los diálogos prácticamente de memoria. El vestuario y los decorados eran suntuosos, la fotografía preciosa. Las tribulaciones que sufría la heroína eran superficiales y se resolvían sin mayores problemas. El desenlace era feliz.

A diferencia de la vida real, razón por la que le gustaba tanto la historia.

—Estaba en lo cierto —anunció Cato al entrar en el estudio, donde había una televisión de pantalla panorámica y la considerable colección de películas en DVD de Elise.

Ella buscó el mando a distancia y bajó el volumen al mínimo.

—¿Sobre qué?

Se sentó al lado de ella en el sofá.

—Gary Trotter no llegó a pasar por mi sala. En cuanto se han ido los detectives, he llamado al despacho para ordenar que revisaran los archivos; bien a fondo. Nunca he presidido un tribunal en el que se juzgara a Gary Ray Trotter.

—Si hubiera comparecido en calidad de testigo, ¿lo sabrías?

—Determinar algo así requeriría más horas de trabajo de las que estoy dispuesto a invertir. Además, tengo casi plena seguridad de que lo que les he dicho a los detectives era correcto. No había visto nunca a ese hombre. Tú aseguraste que tampoco lo conocías.

—Lo aseguré porque es verdad.

Transcurrido un compás de espera, él dijo:

—No quería dar a entender ninguna otra cosa, Elise.

—Lo lamento. No tenía intención de parecer molesta.

—Tienes razones para estarlo. —La besó con ternura, y, al separarse, ella le preguntó si le apetecía beber algo—. Me encantaría, gracias.

Elise se acercó al pequeño bar, cogió una pesada licorera llena de *whisky* escocés yladeó el cuello del recipiente sobre un vaso de cristal.

—¿Conoces a Robert Savich?

Elise estuvo a punto de dejar caer la licorera.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Savich, ¿has oído hablar de él?

Volvió a centrar su atención en escanciar el *whisky*.

—Hummm, ese nombre me suena de algo.

—No me extraña, sale en las noticias de vez en cuando. Es un pez gordo en el negocio del tráfico de drogas, entre otras cosas.

Manteniendo una expresión impasible, echó dos cubitos de hielo a la copa de su

marido, se la llevó de regreso al sofá y se la ofreció.

—Espero que esté a tu gusto.

Él tomó un sorbo, dictaminó que estaba en su punto y mantuvo la mirada fija en ella por encima del borde del vaso.

—Savich es la razón de que Hatcher te esté apretando tanto las tuercas.

Ella agarró un cojín y se lo llevó al pecho.

—¿Qué tienen que ver el uno con el otro?

—¿Recuerdas que te comenté que acusé de desacato a Hatcher y lo metí en chirona?

—Dijiste que se puso furioso porque declaraste nulo un juicio.

—El de Savich.

—Ah.

—El detective Hatcher sigue resentido conmigo —dijo Cato—. Y tú estás pagando por ello.

Elise entrelazó los dedos con los flecos del cojín.

—Se limita a hacer su trabajo.

—Reconozco que está obligado a hacer preguntas difíciles en cualquier investigación, pero a ti te ha tenido a la defensiva desde el principio, igual que su compañera.

—No le caigo nada bien a la detective Bowen.

—Celos —comentó él, restándole importancia con un gesto desdenoso—. Está que se muere de envidia, y salta a la vista por qué. Pero ella es insignificante.

—A mí no me da esa impresión —murmuró Elise al recordar el recelo con que la miraba la otra mujer, tanto anoche como hoy.

—Bowen ha recibido alguna distinción, como bien sabes, pero Hatcher es el estándar por el que se mide. —Lanzó una risilla e hizo tintinear los cubitos en el vaso—. Y es una vara de medir de lo más exigente.

—¿A qué te refieres?

—Es listo, y es un policía honrado. Bowen lo admira. Sus aliados son los de ella, y eso atañe también a sus enemigos.

—Dudo que te considere un enemigo, Cato —dijo Elise.

—Quizá la palabra sea un poco fuerte, pero estamos en discordia desde hace tiempo, y ahora se está vengando contigo.

—¿Hay más agua bajo el puente que el reciente juicio nulo?

—Han llegado a mis oídos sus quejas. Cree que no soy lo bastante estricto. —Se encogió de hombros como si la crítica no fuera con él—. Es un reproche común entre los policías duros.

—No es precisamente Harry *el Sucio*.

La comparación hizo sonreír a Cato.

—No, no es tan duro. De hecho, ese tipo es una contradicción. Una vez, cuando prestaba testimonio en el juicio del presunto asesino de un niño, se le llenaron los

ojos de lágrimas al describir el escenario del crimen, el cuerpecillo de la víctima. Si lo hubieras visto aquel día en el estrado, te habría parecido un blandengue.

»Pero tengo entendido que adopta otra personalidad cuando interroga a un sospechoso, sobre todo cuando sabe que el sospechoso miente o le está dando largas. Se comenta que puede perder los estribos e incluso llegar a las manos. —Acarició el cabello a su esposa—. Hoy has podido entrever esa faceta suya, ¿verdad?

—En ningún momento me he sentido amenazada físicamente —respondió, sólo medio en broma.

Cato respondió en el mismo tono:

—No se atrevería. Pero su manera de preguntarte acerca de quién disparó primero, si tú o ese tal Trotter, rozaba el acoso. —Tomó un sorbo de su copa con aire pensativo—. Quizá convenga llamar a su supervisor, Bill Gerard, o incluso al jefe de policía Taylor.

—No lo hagas, por favor.

Su tono cortante le sorprendió.

—¿Por qué no?

—Porque... —Se interrumpió para pensar una respuesta verosímil—. Porque no quiero que el incidente cause más revuelo. No quiero que se airee más de lo que se ha aireado ya.

Mientras la estudiaba, el juez posó la copa en la mesita de centro y ciñó su mano a la curva del cuello de su esposa. Tenía los dedos muy fríos.

—¿De qué tienes miedo, Elise?

Su corazón dio un salto mortal, pero se las arregló para esbozar una sonrisa de perplejidad.

—No tengo miedo.

—¿Temes que las preguntas que te están haciendo Hatcher y Bowen acerca de lo de anoche puedan llevar a..., alguna parte? ¿Algo más desagradable incluso que lo ocurrido?

—¿Qué podría ser más desagradable que la muerte de un hombre?

Él la observó fijamente durante unos segundos y luego le sonrió con ternura.

—Tienes razón. No me hagas caso. Era una tontería. —Le soltó la mano y se puso en pie—. Acaba de ver la película. ¿Quieres que la señora Berry te traiga algo?

Ella rehusó el ofrecimiento con la mano.

Cato cogió la copa y se la llevó consigo. Una vez en la puerta, se volvió:

—¿Cariño?

—¿Sí?

—Si no hubieras estado en la planta baja anoche, todo este incidente se podría haber evitado. Quizá Trotter nos habría robado, pero eso no habría sido el fin del mundo. Todo está asegurado a buen precio. Quizá, de ahora en adelante, deberías limitar tus paseos por la casa en plena noche al piso de arriba.

Ella le ofreció una débil sonrisa.

—Probablemente sea buena idea.

Él le devolvió la sonrisa, y parecía a punto de marcharse cuando titubeó por segunda vez.

—Hay otra razón para que Hatcher siga fastidiándonos, ¿sabes?

—¿Cuál?

—Así tiene una excusa para mirarte. —Rió entre dientes—. Pobre cabrón.

Duncan estaba en su despacho, sentado frente a la mesa desordenada, revolviendo mensajes de llamadas telefónicas en un intento de parecer ocupado a los ojos de Dee Dee y otros detectives que esa tarde se encontraban en sus respectivas mesas. Y se arrepentía en lo más hondo de haber abierto la nota, maldita sea.

No alcanzaba a adivinar cuál podía ser la intención de Elise Laird al pasársela, pero el resultado era que lo había convencido de que su explicación del tiroteo en el que había muerto Gary Ray Trotter era falsa. Había algo más que el mero hecho de que a un maleante estúpido se le hubiera acabado la suerte de una vez por todas. Si hubiera sido estrictamente un caso de defensa propia, no le habría pasado a escondidas una nota al detective que supervisaba la investigación para pedirle que se reuniera con ella.

Cosa que no iba a pasar.

No iba a pasar.

Dejó a un lado los mensajes de teléfono sin responder, apoyó los pies encima de la mesa y buscó un bloc de hojas amarillas en el que anotar pensamientos a medida que le sobrevenían.

Además de la nota, había otras razones por las que él y Dee Dee consideraban que la historia de Elise Laird era difícil de aceptar. Una era el robo en sí. Resultaba extraño que Trotter fuera a pie por un barrio elegante como Ardsley Park. El área residencial estaba delimitada por bulevares transitados, pero por las calles dentro de sus confines no solía haber otros viandantes que madres con cochecitos o gente que salía a hacer ejercicio. Un hombre caminando por allí media hora después de medianoche habría resultado sospechoso de inmediato. Un criminal experimentado, por muy inútil que fuera, lo habría sabido y tendría un coche cerca para huir.

Además, era una coincidencia disparatada que Trotter hubiera elegido entrar en esa casa precisamente la noche que la señora Laird olvidó conectar el sistema de alarma.

De acuerdo, el vino y el sexo podían hacer que te entrara pereza, pero la saciedad no había vencido su insomnio. No se había sumido en un tranquilo sueño poscoital. No, había bajado a tomar un vaso de leche que la ayudara a dormir. Al merodear por la casa a oscuras, ¿no debería haberse acordado de que había dejado la alarma sin conectar?

En segundo lugar, cuando oyó un ruido procedente del despacho, ¿por qué no

regresó en silencio a la cocina y se sirvió del teléfono para llamar a Emergencias? ¿Por qué había sido su primera reacción coger una pistola y enfrentarse al intruso?

En tercer lugar, Trotter no parecía un tipo capaz de echarle tantas agallas en el caso de ser sorprendido con las manos en la masa. Más bien parecía de los que dan media vuelta y se largan de allí cagando leches. Sólo un ladrón con una confianza suprema en sí mismo se habría quedado para batirse en duelo, sobre todo si había ido con la única intención de robar algo.

A Duncan se le atravesó esa noción. Dio marcha atrás mentalmente y la abordó de nuevo para luego subrayar lo de «si había ido con la única intención de robar algo» y dibujar un interrogante de gran tamaño encima.

—Eh, Dunk.

Otro detective asomó la cabeza por la puerta. Era Harvey Reynolds, pero todo el mundo lo llamaba Kong debido al parecido de su piel con la de un gorila. Cada centímetro de su cuerpo a la vista estaba cubierto de vello negro y espeso. Nadie se atrevía a especular sobre el aspecto de las zonas de su cuerpo que no estaban a la vista.

Esa apariencia simiesca se veía agravada por el cuello ancho, el pecho abombado y las piernas cortas, pero, a pesar de su aspecto amedrentador, no podría haber sido mejor tipo. Entrenaba el equipo de béisbol de la liga infantil de sus hijos gemelos y estaba chiflado por su esposa, que no era demasiado atractiva, convencido de que le había sonreído la suerte al tener una maravilla de mujer como ella. Duncan, que había coincidido con su esposa en varias ocasiones, estaba de acuerdo con Kong. Era una maravilla. Saltaba a la vista que estaban locos el uno por el otro.

—¿Puedes prestarme oídos un instante? —preguntó Kong.

Duncan tenía ganas de profundizar en la idea persistente que acababa de anotar, pero lanzó el bloc encima de la mesa e indicó a Kong que pasara.

—¿Qué vende el equipo ese de la liga infantil esta semana? ¿Chocolatinas? ¿Suscripciones a alguna revista?

Kong le ofreció una sonrisa bonachona.

—Cítricos del valle.

—¿De qué valle?

—No tengo ni zorra idea —admitió Kong—. Ya te daré la vara con eso luego. Ahora vengo por trabajo. —Kong se ocupaba de personas desaparecidas en la Unidad de Víctimas Especiales, o UVE, y a veces sus casos coincidían. Acercó una silla y se sentó a horcajadas con los brazos velludos apoyados sobre el respaldo—. ¿Se sabe algo de Savich después de lo del juicio nulo?

—Ni rastro de él —dijo Duncan.

—Qué putada, ¿eh?

—Y que lo digas.

—No llegó a cargársela por aquellos dos... Bonnet, se llamaba, ¿no?

—Sí, y antes un tipo llamado Chet Rollins —dijo Duncan con firmeza.

—Eso es. No lo llevaron a juicio por aquéllos, ¿verdad?

—No —dijo Duncan y negó con la cabeza.

—Estaba convencido de que esta vez lo tenías pillado. ¿Va a seguir como si tal cosa después de llevarse por delante a Freddy Morris también?

—Si yo puedo evitarlo, no.

—Ese picha floja del fiscal... —murmuró Kong.

Duncan se encogió de hombros.

—Dice que tiene las manos atadas hasta que le llevemos algo sólido.

—Sí, pero aun así... ¿Tienen algo los federales?

—No, que yo sepa —convino Duncan.

—¿Siguen mosqueados?

—Ah, sí. Me parte el corazón. No me llaman nunca, no me escriben...

Kong lanzó una risa.

—Bueno, cualquier cosa que esté en mi mano para ayudarte a atrapar a ese hijo de puta de Savich...

—Gracias. —Duncan señaló con un gesto de barbilla la hoja de papel que tenía Kong en su zarpa velluda—. ¿Qué te cuentas?

—Meyer Napoli.

Duncan soltó una carcajada y dijo:

—Hoy debes de haber estado mirando debajo de las piedras.

Meyer Napoli era bien conocido entre los miembros de la policía como un detective privado que se especializaba en sisar a sus clientes inmensas sumas de dinero sin hacer prácticamente otra cosa que formular promesas que rara vez llegaba a cumplir.

No era impropio de él ganarse a ambas partes para sacar mayor tajada. Si una esposa lo contrataba para que pillase a un marido infiel con las manos en la masa, se sabía que Napoli acudía al susodicho marido y, por una cantidad de dinero, le prometía volver a la esposa sin prueba alguna. También tenía por costumbre consolar a la desdichada esposa haciéndole que volviera a sentirse de nuevo una mujer deseable.

—¿Bajo qué piedra has encontrado a Napoli? —quiso saber Duncan.

Kong se tiró del lóbulo de la oreja, del que brotaba un mechoncillo de pelos negros.

—Bueno, ahí está el problema. No lo he encontrado.

—¿Cómo?

—La secretaria de Napoli nos ha llamado esta mañana y ha dicho que no ha aparecido por su despacho para reunirse con un cliente al que tenía citado. Ha llamado tanto a su casa como a su móvil una docena de veces por lo menos, pero no ha dado con él. Nunca pasa nada parecido. Siempre está en *contacto*, asegura ella. Siempre, sin la menor excepción.

»De manera que ha ido a su casa a ver si estaba muerto o algo así.

Ni rastro de él. Entonces nos ha llamado a nosotros. Lleva llamando cada hora desde entonces, insistiendo en que le ha ocurrido algo. Dice que no se saltaría toda una mañana de citas con clientes, pasara lo que pasase. Según ella, nunca se toma un día libre, ni siquiera por enfermedad, y si lo hiciera, no se iría sin hacérselo saber a ella.

»Nos estaba dando tanto la lata que, coño, he cedido. He ido a su oficina y le he explicado que a menos que haya pruebas de juego sucio, no declaramos a un adulto oficialmente desaparecido hasta transcurridas veinticuatro horas desde la última vez que fue visto. Ella ha dicho que en su casa no había ningún indicio de juego sucio, pero que debía de haberle ocurrido algo grave, porque si no habría ido a trabajar.

Duncan supuso que Kong tenía una buena razón para contarle todo eso, y deseó que fuese al grano. Su estómago le había recordado que era hora de comer desde hacía rato. Había sido un día muy largo tras una noche muy corta. Estaba listo para llevarse a casa un plato de pollo cocinado, abrir una cerveza y tal vez tocar el piano con objeto de crear el ambiente adecuado para hacer alguna asociación libre de ideas acerca de Trotter, especialmente acerca de qué hacía en casa de los Laird y por qué no había intentado salir por patas cuando lo sorprendieron.

También necesitaba pensar en la nota de Elise Laird, por qué se la había dado a él, y por qué él no la había puesto en conocimiento de su compañera.

Kong seguía hablando:

—Supuse que el despacho privado de Napoli sería sacrosanto, que estaría cerrado, ¿sabes? Pero su secretaria estaba tan nerviosa que no se ha dado cuenta de que yo echaba un vistazo a los documentos que Napoli tenía encima de la mesa mientras ella se retorció las manos, preguntándose dónde estará su jefe.

En ese momento, Kong le mostró la hoja que había traído consigo, en la que Duncan vio una lista de nombres escrita a máquina.

—¿Y eso?

—He memorizado unos cuantos nombres que he visto entre los papeles esparcidos sobre la mesa de Napoli —explicó Kong—. Y he mecanografiado esta lista nada más regresar a la oficina para que no se me olvidaran.

»A decir verdad, creo que Napoli se ha escondido para evitar a alguien a quien tiene cabreado, o bien un cliente insatisfecho y furioso, o bien alguna tía a la que se estaba tirando. Pero si ese cabronazo se ha visto metido en algún lío, como está convencida la secretaria, he supuesto que estos nombres nos vendrían bien. Así tenemos por dónde empezar a buscarlo. —Duncan asintió para dar a entender que seguía el razonamiento de Kong—. Ahora bien, ¿por qué te vengo con todo este asunto? —Kong señaló un nombre hacia la mitad de la lista—. ¿No es éste tu tipo?

Duncan leyó el nombre. Con un lento ademán, bajó los pies de la mesa, le cogió la hoja a Kong y volvió a leerlo. Luego, en un tono de voz seco y rasposo, dijo:

—Sí, es mi tipo.

—Fue escandaloso —dijo Dee Dee—. Desde su primer encuentro hasta el altar en menos de tres meses.

No había mucha distancia del cuartel al despacho de Meyer Napoli en el centro, pero Dee Dee la aprovechó para ponerlo al tanto de lo que había averiguado acerca del pasado de Elise Laird.

—Los noviazgos breves no son tan insólitos ni escandalosos —observó Duncan.

—A menos que un distinguido juez de un tribunal superior se case con la camarera de una coctelería. Vaaale —dijo Dee Dee en tono arrastrado en respuesta a la severa mirada de Duncan—. Elise trabajaba en el bar del club de campo del juez Laird.

—¿Que es el...?

—El Silver Tide, naturalmente. Sea como sea, nada más conocerla, el juez empezó a jugar al golf todos los días, a veces dos turnos, pero pasaba la mayor parte del tiempo en el hoyo diecinueve.

Duncan aparcó junto a la acera delante del edificio de oficinas cuadrado y desproporcionadamente bajo y colocó un cartelito en el parabrisas que lo identificaba como policía para evitar que una de las infames controladoras de estacionamiento de Savannah le pusiera una multa. Abrió la puerta del coche y bajó con la esperanza de que le diera un poco el aire, pero no se movía ni una brizna, y resultaba sofocante. El sol se había puesto pero el calor que seguía emanando de la acera le cocía las suelas de los zapatos.

—¿Quieres oír lo que he averiguado ahora o lo dejamos para luego? —preguntó Dee Dee mientras se acercaban a la puerta del edificio de oficinas.

—Ahora.

—El juez era un soltero recalcitrante al que le gustaban los líos ocasionales con viudas y divorciadas sin la menor intención de casarse. ¿Por qué compartir la fortuna de la familia? Pero Elise lo deslumbró. Se enamoró como un colegial. Se rumorea que ella se lo cepilló hasta volverlo majara, hizo que se enganchara a ella y luego se negó a dormir con él a menos que se casaran, y no antes.

—¿Por qué demonios tarda tanto este ascensor? —Aunque el aire acondicionado en el interior del edificio era un alivio, no contribuyó mucho a despejar el mal humor de Duncan, que él mismo achacaba al calor sofocante. Oprimió con fuerza varias veces el botón del ascensor, pero no oyó ningún ruido mecánico que indicara el menor movimiento en la caja—. Vamos por las escaleras, son sólo un par de tramos.

Dee Dee subió tras él por los peldaños de agregado, que acusaban depresiones debidas a décadas de tránsito a pie. No era una construcción de primera, como confirmaba el olor a moho aferrado a las viejas paredes.

—A los amigos y colegas del juez les escandalizó el compromiso —continuó Dee Dee—. El pedrusco que le compró... ¿Te has fijado?

—No.

—De talla marquesa; seis quilates, según cuentan. Yo diría que se quedan cortos.

—¿Tú te has fijado?

Dee Dee no solía prestar atención a las joyas.

—No he podido evitarlo —le contestó, un poco a la zaga, cuando volvían el descansillo de la segunda planta—. Esta tarde casi me deja ciega cuando estábamos en el solárium. ¿No te has fijado en el arcoíris que proyectaba sobre la pared?

—Me parece que no —dijo Duncan.

—Estabas muy ocupado mirándola a los ojos —apuntó Dee Dee.

Duncan se detuvo a media zancada y volvió la vista por encima del hombro.

—¿Que estaba...?

—Bueno, es verdad —dijo ella a la defensiva.

—Estaba interrogándola. ¿Qué iba a hacer, tener los ojos cerrados?

—Da igual. Venga... —Le indicó que siguiera adelante con un gesto. Él continuó escaleras arriba y ella retomó el relato—. De manera que el juez, embelesado, monta un bodorrio por todo lo alto. Teniendo en cuenta las circunstancias, hubo quien lo consideró el colmo del mal gusto y la vulgaridad, y atribuyó su extravagancia a una novia codiciosa y exigente.

Duncan había llegado al rellano de la tercera planta. Delante de sí tenía un pasillo bordeado de puertas de despachos diversos con nombres estarcidos en negro sobre vidrio esmerilado. Un contable diplomado, un abogado, un dentista que ofrecía empastes al irrisorio precio de veinte dólares. Todos habían acabado la jornada y estaban ya cerrados, pero por una puerta entornada hacia mitad de camino asomaba un haz de luz en forma de cuña que iluminaba el pasillo, por lo demás en penumbra. Oyó a Kong hablando con la secretaria de Napoli, cuya voz acusaba altibajos cargados de emoción.

Antes de sumarse a ellos, Duncan quería acabar aquella conversación con Dee Dee. Se volvió de cara a ella, cortándole el paso.

—¿Qué circunstancias?

—¿Cómo dices?

—Has dicho que las circunstancias hicieron que la boda fuera vulgar y de mal gusto.

—La novia no tenía pedigrí ni familia en absoluto, o al menos no fue ningún pariente a la boda. No poseía educación formal, ni propiedades, ni un fondo fiduciario, ni una cartera de acciones: nada que sirviera como recomendación. No aportó nada a la relación salvo..., bueno, lo evidente.

»Y se vistió de blanco. Un vestido sencillo, nada muy ostentoso, pero desde luego blanco, lo que algunos consideraron la peor infracción del protocolo. Lo que sí hizo, no obstante, fue encargarse de invitaciones personalizadas: buena calidad, de tono marfileño, con el remite en letras de color gris paloma. Envió notas de agradecimiento manuscritas en nombre propio y en el del juez a todos los que les hicieron un regalo de boda. Y tiene una letra muy bonita.

Sí. Duncan ya había visto su letra. Con el entrecejo fruncido, dijo:

—¿Te estás inventando todas esas gilipolleces, Dee Dee?

—No, te lo juro.

—¿De dónde has sacado esa información? —urgió Duncan.

—La amiga de la que te hablé. Nos conocemos desde que íbamos juntas a un colegio de monjas. Mis padres tenían que ahorrar hasta el último centavo para pagar mi matrícula. Su familia es muy acomodada, pero trabajamos amistad porque las dos detestábamos el colegio.

»Pues bien, la llamé y le mencioné el tiroteo en casa de los Laird, del que ella ya había oído hablar, porque ha causado un revuelo de aquí te espero. Su madre está muy puesta, desde luego, y tiene contactos a través de los que le llegan todos los chismorreos de la alta sociedad. Si te va esta clase de asuntos, es una fuente digna de confianza.

Duncan se pasó la manga por la frente y dejó la tela húmeda.

—¿Hay algo más? ¿De qué color era el ponche en la recepción?

Ella le frunció el ceño, pero siguió adelante.

—La señora Laird nunca deja de responder a una invitación, tanto si la acepta como si la rehúsa. Es evidente que adquirió ciertas habilidades sociales al convertirse en la señora de Cato Laird, y tiene un gusto sorprendentemente bueno para vestir, aunque siguen considerándola «gentuza», y al pronunciar esa palabra bajan el tono de voz para hacer hincapié. La toleran debido al juez, pero no la aceptan ni de lejos. Y de tenerle cariño, mejor ni hablamos.

—¿Sabes a qué me suena a mí todo eso? —dijo Duncan—. A que la gente de buen tono de Savannah ha encontrado un blanco fácil para su malicia. Ahí tienes un montón de chismosas presumidas y envidiosas que renunciarían a su pedigrí por tener el físico de Elise Laird. Sacrificarían las perlas de la bisabuela a cambio de unos pechos como los de ella.

—Es curioso que menciones ese atributo en particular. —Dee Dee dio los últimos pasos necesarios para llegar a su altura en el rellano—. El círculo de amistades del juez podría haber pasado por alto sus demás defectos, incluso el hecho de que trabajara en la coctelería de su club de campo. Después de todo, es un club de élite cuyos miembros son únicamente «lo más granado». Pero lo que no pueden perdonarle es lo que era antes de entrar a trabajar como camarera en una coctelería.

—¿Y qué era?

—Camarera en un garito de *topless*.

Capítulo 8

El mirto cesposo desprendía humedad, igual que Duncan. Con los codos en tensión y los brazos apoyados en el suave tronco del árbol, tenía el cuerpo casi en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a éste mientras estiraba el músculo de la pantorrilla izquierda.

Había dejado la cabeza colgando entre los brazos y el sudor resbalaba de la cara a la acera de ladrillo cubierta de liquen delante de su casa adosada. La acera estaba combada por causa de las raíces de los robles que bordeaban la calle y formaban una suerte de dosel sobre la misma. Duncan agradecía la sombra.

Rompiendo con la tradición, se había levantado pronto y decidido salir a correr antes de que el sol empezara a calentar de veras, antes de que hiciera subir la temperatura de en torno a veinticinco grados a las seis y media a los treinta y cinco hacia las nueve. Aun así, con el aire denso como la sopa de pescado, cada inspiración era un trabajoso jadeo.

La mayoría de la gente dormía ese sábado por la mañana. En la mañana siguiente, una mujer regaba los helechos de su porche. Poco antes, Duncan había visto a un hombre paseando su perro por Forsyth Park. Apenas había coches en las calles.

Cambió de pie para estirar la otra pantorrilla. Su estómago lanzó un rugido, recordándole que la noche anterior había pasado del pollo para llevar y había regresado directo a casa tras salir del despacho de Meyer Napoli. Mientras estaba allí, había perdido el apetito, y se saltó la cena.

Luego intentó interesarse por un partido de béisbol en la tele. Al no conseguirlo, se sentó al piano, pero no estaba inspirado para tocar y por una vez no le había ayudado a ordenar ideas que lo inquietaban. Había dado alguna que otra cabezada entre largos periodos de desvelo. Todavía inquieto al amanecer, apartó de una patada la molesta sábana y se levantó, con la mente tan liada como la noche anterior.

—¿Detective Hatcher?

Se volvió con un sobresalto y vio que la tenía a poco más de un metro. El ritmo cardiaco, que durante los estiramientos había vuelto a bajar a un nivel normal tras el ejercicio, se le disparó nada más verla.

Miró más allá de donde se encontraba ella, casi como si esperara ver que alguien le estaba gastando una broma. No se habría sorprendido más si se hubiera encontrado con una escandalosa muchedumbre pertrechada con globos y matracas pasándose en grande a su costa.

Pero la acera estaba despejada. La mujer que regaba los helechos ya no estaba en el porche. No había ni rastro del perro y su dueño. Nada, ni una sola hoja que se moviera en el denso aire. Sólo su aliento sin resuello perturbaba la quietud.

—¿Qué demonios hace aquí?

—¿Es que no leyó mi nota?

—Sí, la leí.

—Entonces...

—No es buena idea que nos veamos a solas. De hecho, este encuentro acaba de tocar a su fin —indicó Duncan.

Se fue camino de los peldaños de entrada a su casa, pero ella se desplazó hacia un lado para cortar el camino.

—No se vaya, por favor. Estoy desesperada por hablar con usted —dijo la señora Laird.

—¿Sobre el tiroteo mortal en su casa?

—Sí.

—Muy bien. Estoy interesado en oír lo que tenga que decir, tengo un despacho. Dentro de media hora la detective Bowen y yo nos reuniremos allí con usted.

—No, tengo que hablar en privado, sólo con usted.

Duncan se fortaleció frente a su urgencia expresada en voz baja.

—Puede hablar conmigo en comisaría.

—No, no puedo. Esto es muy delicado para hablarlo allí.

Delicado, una palabra de lo más molesta, sin duda.

—De lo único que tenemos que hablar usted y yo es de un tal Gary Ray Trotter, muerto y diseccionado —dijo Duncan.

Unas pocas hebras de cabello pálido se habían desprendido del desaliñado moño de Elise. El peinado parecía una ocurrencia de última hora, algo que se había hecho cuando salía por la puerta a toda prisa. Iba vestida con una camiseta de algodón ceñida y una falda que caía desde un amplio cinturón por encima de las caderas hasta rozarle las rodillas con la cenefa, e iba calzada con sandalias. Era un típico atuendo estival, sin nada destacable salvo que ella era la mujer que lo vestía y daba forma a esa ropa común y corriente.

Asintió en dirección a las escaleras que subían a la puerta de entrada.

—¿Podemos entrar?

—Ni pensarlo —dijo Duncan.

—No puedo permitir que me vean con usted —exclamó ella.

—Claro que no, maldita sea. Debería habérselo pensado antes de venir. Además, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—He aparcado en Jones.

Una calle más allá. Así se las había arreglado para llegar hasta él sin que la oyera ni la viera hasta que ella quiso.

—¿Cómo sabía que vivo aquí?

—He mirado la guía telefónica. He supuesto que el A. D. Hatcher que aparecía debía de ser usted. ¿De qué es inicial la A? —Al no obtener respuesta, ella dijo—: Me he arriesgado mucho al venir.

—Me parece que disfruta corriendo riesgos, como pasarme una nota prácticamente delante de las narices de su marido —le recordó Duncan.

—Sí, me arriesgué a que la viera Cato, y me arriesgué a que usted me delatara, pero no lo hizo. ¿Le enseñó la nota a la detective Bowen?

Duncan notó que se le calentaba la cara y rehusó contestar.

—Ya me parecía que no lo haría —dijo ella en voz queda.

Avergonzado y furioso, Duncan le preguntó:

—¿Qué ha hecho, escabullirse del juez esta mañana? ¿Dejarlo dormido en la cama?

—Tenía que ir a jugar al golf a primera hora. —Se le acercó otro paso—. Tiene que ayudarme, por favor.

No lo tocó, pero notó un calor tal en las ingles que fue como si lo hubiera hecho. «¿No te tira la entrepierna?», recordó que le había preguntado Dee Dee: una descripción de lo más acertada. Ojalá llevara encima algo más sustancial que el pantalón corto de nailon con que había salido a correr.

—La ayudaré —dijo en un tono de voz neutro—. Como agente de policía, tengo el deber de ayudarla, así como el de resolver el caso en que está implicada, pero no aquí, ni ahora. Deme tiempo para adecentarme. Llamaré a la detective Bowen y concertaremos una cita. No tiene por qué ser en una comisaría. Dígame un lugar y nos veremos allí.

Antes de que hubiera terminado, ella había bajado la cabeza y la meneaba de lado a lado, arrepentida.

—No lo entiende. —Elise habló en un tono de voz apenas lo bastante alto para que la oyera—. No puedo hablar de esto con nadie más.

—¿Por qué yo?

Ella levantó la cabeza y le lanzó una mirada cargada de intención. Sus miradas se cruzaron y quedaron suspendidas la una en la otra. Hubo un entendimiento tácito entre ellos y el aire vibró con un calor que no era el de la temperatura ambiente.

A los ojos de Duncan, todo se tornó borroso salvo el rostro de Elise. Esos ojos, insondables como el remanso en el que solía zambullirse de cabeza, a pesar de que le habían advertido que era una temeridad. Esa boca, torneada como si dar placer fuera su especialidad.

De pronto se abrió la puerta principal del adosado contiguo, lo que les provocó un sobresalto. Elise retrocedió hasta un hueco que servía de portal bajo los peldaños de entrada, donde nadie podía verla.

—Buenos días, Duncan —saludó la señora de al lado mientras recogía el periódico del porche—. Sí que has madrugado hoy.

—Quiero hacer ejercicio antes de que empiece a subir el calor.

—Vaya, vaya, eso sí que es disciplina, pero más vale que te andes con cuidado, guapo, no vayas a hacer demasiado esfuerzo.

—No se preocupe.

Cuando ella volvió a meterse en su casa y cerró la puerta, Duncan se agachó para entrar bajo las escaleras en aquella suerte de caverna húmeda, sorprendentemente fresca y oscura, que hacía las veces de entrada a un apartamento en el sótano que había puesto en alquiler cuando adquirió la casa adosada. Su último inquilino se había largado dejándole a deber tres meses, y no se había molestado en volver a alquilarla. Se había quedado sin los ingresos adicionales, pero le gustaba tener para él solo las cuatro plantas de la casa.

Elise estaba en la sombra, con la espalda apoyada en la puerta.

—Quiero que se vaya de aquí —susurró Duncan en tono furioso—. Ahora. Y no vuelva a pasarme ninguna nota. ¿Qué es esto, el instituto? No sé qué se trae entre manos...

—Gary Ray Trotter vino a nuestra casa a matarme.

La respiración agitada de Duncan resonó con fuerza en la zona semienclaustrada. Casi rozaba con la coronilla el techo bajo de ladrillo, donde brotaban helechos de las grietas en el cemento. Apenas había sitio para dos en un espacio tan reducido. Duncan estaba lo bastante cerca de ella como para notar el dobladillo de su falda contra las piernas, su aliento sobre el pecho desnudo.

—¿Qué...?

—Le disparé en defensa propia. No tenía alternativa. De no haberlo hecho, me habría matado él. Para eso lo enviaron. Había sido contratado para matarme. —Sus palabras brotaron en torrente, atropellándose unas a otras. Una vez que hubo acabado, hizo un alto y tomó aire con una inspiración breve y profunda.

Duncan se quedó mirándola mientras recomponía las palabras apresuradas de manera que cobraran sentido, pero ni siquiera después de encontrarles sentido fue capaz de creerlas.

—No puede hablar en serio.

—¿Doy la impresión de estar bromeando? —preguntó Elise.

—¿Trotter era un asesino a sueldo?

—Sí.

—¿Quién lo contrató?

—Mi marido.

El teléfono estaba sonando cuando acompañó —o más bien empujó— a Elise hasta la puerta principal. La rodeó y cogió el aparato de un zarpazo, mirándola directamente mientras se llevaba el auricular a la oreja.

—¿Sí?

—¿Estás levantado? —preguntó Dee Dee.

—Sí.

—Pareces sofocado.

—Acabo de volver de correr.

—Se me han ocurrido algunas ideas acerca de lo que averiguamos anoche. — Duncan siguió mirando fijamente a Elise con absoluta concentración. Ella lo miraba con la misma intensidad. La voz de Dee Dee lo recondujo a la realidad—: ¿Duncan?

—Sigo aquí. —Vaciló y luego dijo—: Mira, Dee Dee, estoy empapado en sudor, a punto de fundirme sobre el suelo del salón. Deja que me dé una ducha y después te llamo.

—Vale, pero date prisa.

Cuando colgaba, cayó en la cuenta de que había tomado otra decisión imprudente. Ya se había situado en un área peligrosamente ambigua al no contarle a Dee Dee lo de la nota, pero ahora había optado por no decirle quién se encontraba en su cuarto de estar, haciendo afirmaciones insensatas sobre un crimen que estaban investigando. En ambos casos, se había saltado el procedimiento policial y su código ético personal. Sabía que en algún momento tendría que dar explicaciones, y eso le hizo ponerse terriblemente furioso con la mujer responsable de su mala conducta profesional y de las emociones encontradas que lo asaltaban cada vez que estaba cerca de ella; e incluso cuando no lo estaba.

Mientras Duncan volvía a dejar el teléfono en la mesita al lado del sofá, ella dijo con voz ronca:

—Gracias.

—No me dé las gracias aún. Sigo siendo un poli con un muerto en el depósito, y usted es la señora con el arma humeante en la mano.

—Entonces ¿por qué no le ha dicho a su compañera que estoy aquí?

—Esta mañana me siento generoso —respondió Duncan en un tono de ligereza muy poco acorde con su estado de ánimo—, sobre todo con las damiselas en apuros. —Se le acercó con pasos medidos, y ella mantuvo el tipo y no retrocedió, cosa que dijo mucho a su favor—. Ése es el papel que interpreta, ¿no?

—No interpreto ningún papel. He acudido a usted porque no sé qué otra cosa hacer.

—Porque me ve como un pardillo.

—¡Es policía!

—¡Un policía que le dijo que quería follársela! —Le recordó Duncan.

Su franqueza la cogió desprevenida, pero se recuperó enseguida:

—Usted mismo me dijo que ese comentario tenía mucho más que ver con mi marido que conmigo.

—Así era —aseguró, preguntándose si ella se lo creía; preguntándose si él mismo se lo creía. Siguió adelante, lo que obligó a Elise a retroceder—. Pero al verse metida en un lío, lo recordó. Mató a un hombre por razones que aún están por dilucidar, pero, qué suerte, el detective que investiga el tiroteo mortal cree que está como para comérsela.

A estas alturas tenía a Elise contra la pared y estaban prácticamente pegados el uno al otro. Duncan apoyó la mano cerca de su cabeza y se inclinó hacia ella:

—Así que se inventa esa historia de un asesino a sueldo para intentar ablandarme por la vía de la compasión de manera que no sea capaz de ver que es culpable.

—No es ninguna historia, es la verdad.

—¿El juez Laird quiere un divorcio instantáneo?

—No, me quiere muerta —afirmó Elise.

La convicción con la que hablaba obligó a Duncan a hacer una pausa momentánea, y ella la aprovechó para apartarse.

—La quiere muerta, dice...

—Quizá debería ducharse —dijo ella.

—Lo siento, tendrá que soportar el olor.

—No huele mal, pero ¿no le pica el sudor reseco?

Duncan se rascó en un movimiento reflejo el centro del pecho, donde el vello se le había vuelto apelmazado y salado de sudor.

—Puedo soportarlo —dijo.

—No me importa esperar a que...

—¿Por qué la quiere muerta su marido? —preguntó, levantando el tono de voz para acallarla—. ¿Y por qué es un gran secreto que sólo puede contarme a mí?

Ella cerró fugazmente los ojos, volvió a abrirlos y dijo:

—He acudido a usted con esto, lo he buscado en persona, porque tuve la sensación de que sería más...

—¿Crédulo?

—Receptivo. Desde luego mucho más que la detective Bowen.

—¿Porque yo soy hombre y ella mujer?

—Su compañera da la impresión de ser hostil. Por la razón que sea, no hay muy buena química entre nosotras.

—Por contraste, ¿cree que hay buena química entre nosotros?

Ella bajó la mirada.

—Tuve la sensación..., creí... —Cuando levantó la cabeza y lo miró, sus ojos eran implorantes—. ¿Querrá al menos escucharme dejando a un lado cualquier prejuicio?

Él se cruzó de brazos, plenamente consciente de que era un ademán a la defensiva. Al mirarlo así, parecía que los ojos de Elise lo tocaran, y sentía las mismas reacciones físicas que si, en efecto, lo hubiera tocado.

—De acuerdo, la escucho. ¿Por qué la quiere ver muerta su marido?

Ella se tomó un momento, como si ordenara las ideas.

—Usted y la detective Bowen repararon en que la alarma no estaba conectada.

—Porque usted y el juez mantuvieron relaciones sexuales, creo recordar.

—Sí, y luego intenté levantarme para conectarla, pero Cato no me permitió abandonar la cama. Tiró de mí para que volviera a tumbarme y...

—Ya me hago una idea. Estaba cachondo —opinó Duncan.

A ella no le hizo gracia el comentario. Cambió de expresión, pero no dijo nada

con respecto a su vulgaridad.

—Cato no quería que la alarma estuviera conectada esa noche. Quería que Trotter entrara en casa. Una vez que estuviera yo muerta, podría decir sin faltar a la verdad que conectar la alarma formaba parte de mi rutina, y que él me había impedido hacerlo. Diría que nunca se lo perdonaría, que si me hubiera dejado levantarme de la cama, la tragedia se habría evitado. Asumiría la responsabilidad de mi asesinato y, al hacerlo, se ganaría la compasión de todo el mundo. Es una estrategia brillante, ¿no lo ve?

—Sí, lo veo. Pero cuando estaba en la cocina y oyó el ruido, ¿por qué no llamó a Emergencias para que enviaran ayuda de inmediato?

—No sabía cuánto tiempo tenía. —Contestó ella de inmediato, como si supiera que iba a hacerle esa pregunta y necesitara tener una respuesta preparada—. Mi instinto fue protegerme, así que cogí la pistola del cajón en la mesa del vestíbulo.

Duncan se tiró del labio inferior como si estuviera sopesando sus palabras.

—Quería tener el arma por si Trotter la atacaba antes de tener oportunidad de llamar a Emergencias.

—Supongo que fue eso lo que pensé —dijo ella—. No tengo claro lo que se me pasó por la cabeza en absoluto. Fue una mera reacción. Estaba asustada.

Elise se dejó caer sobre el taburete del piano y se cubrió la cara con las manos para friccionarse la frente con las yemas de los dedos. Esa posición dejaba al descubierto su nuca, y la mirada de Duncan dio con ella, igual que había dado con ella la noche de la gala. Parpadeó para ahuyentar la imagen de sí mismo besándola allí.

—Estaba asustada —dijo—, pero tuvo valor para entrar en el despacho.

—No sé de dónde lo saqué. Creo que tal vez tenía la esperanza de haberme equivocado. Esperaba que lo que había oído fuera la rama de un árbol al golpear contra el alero, o un mapache en el tejado, cualquier cosa. Pero sabía que no era así. Sabía que había alguien allí, esperándome.

»Llevaba esperándolo varios meses. No un robo en casa, específicamente, pero sí..., algo. Era el momento que tanto temía. —Se llevó el puño al pecho, justo encima del corazón, lo que hizo que la tela de la camiseta se le ciñera aún más a los pechos—. Lo sabía, detective; lo sabía. —Tras susurrar esas palabras, levantó la cabeza y lo miró—. Gary Ray Trotter no era un ladrón al que sorprendí en pleno robo, sino el hombre que había venido a matarme.

Duncan se cogió el puente de la nariz entre índice y pulgar y cerró los ojos como si estuviera haciendo un esfuerzo de concentración, intentando ordenar los detalles en su cabeza. En realidad, tenía que hacer algo para evitar ahogarse en esos malditos ojos suyos o quedarse mirando fijamente sus pechos. Sentía deseos de arrastrarla hacia sí, besarla y ver si su boca cumplía las expectativas. En vez de hacerlo, se pellizcó la piel entre las cuencas de los ojos hasta que le dolió una barbaridad. Eso lo ayudó a centrarse; al menos un poco.

—Gary Ray Trotter no encaja precisamente con el perfil de un asesino a sueldo, señora Laird. —Se aferró al apellido para restablecer con toda claridad quién era.

—Eso no puedo explicarlo.

—Inténtelo.

—No puedo —dijo Elise, y se le quebró la voz.

Duncan se acuclilló delante de ella, y a punto estuvo de ponerle las manos en las rodillas. Ahora estaban cara a cara, a escasos centímetros uno del otro. A tan corta distancia, debería haber sido capaz de detectar cualquier fingimiento.

Debería haber sido capaz.

—El juez Cato Laird la quiere muerta —dijo.

—Sí.

—Es un hombre rico y poderoso.

—Eso no lo exime de que quiera que me asesinen.

—¿Pero contrata a un asesino de tres al cuarto para hacerlo? —Duncan meneó la cabeza con escepticismo.

—Sé que suena inverosímil, pero le juro que es verdad.

Escudriñó sus ojos en busca de indicios de paranoia o alucinaciones inducidas por fármacos, pero no detectó ninguno.

Su marido la adoraba, de manera que no era probable que ella estuviera intentando estimular su rutinaria existencia provocando cierta diversión.

¿Esquizofrenia? Era posible. ¿Una mentirosa compulsiva? Tal vez.

También cabía la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad, aunque las probabilidades eran tan nimias como para resultar insignificantes. Conociendo a Cato Laird, conociendo a Gary Ray Trotter, sencillamente no encajaba.

Lo que sospechaba Duncan, lo que le decía ese instinto que hacía de él tan buen detective, era que estaba intentando proteger su precioso culito, y que, debido a lo que le había dicho la noche de la gala de entrega de premios, intentaba servirse de él para hacerlo.

Lo que no sabía aún era por qué necesitaba protección su culito, pero, sobre la base de lo que Dee Dee y él habían descubierto anoche en el despacho de Meyer Napoli, no tardaría en averiguarlo. Mientras tanto, le cabreaba que ella lo creyera tan fácil de manipular, y tenía ganas de decírselo.

De momento, no obstante, iba a seguirle el juego.

—Inverosímil es exactamente la palabra que utilizaría yo, señora Laird. No consigo encontrar sentido a la idea de que el juez contratara a alguien tan inepto como Trotter.

—Lo único que sé es que si no hubiera disparado la pistola cuando lo hice, y yo no disparé primero, por muchas teorías en sentido contrario que desplieguen ustedes, estaría muerta. Cato habría contado su historia sobre un ladrón atrapado con las manos en la masa, y ¿quién no iba a creerle?

Elise se levantó tan de súbito que a punto estuvo de derribar a Duncan.

—Es juez de un tribunal superior. Proviene de una familia rica e influyente. A nadie se le ocurriría pensar que sería capaz de contratar a alguien para matar a su esposa.

—A mí no se me ocurriría nunca, desde luego —admitió Duncan.

La inflexión de su voz hizo que ella se diera la vuelta lentamente para mirarlo a la cara.

Él se encogió de hombros y agregó:

—Bueno, tendría que estar loco, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—Venga —dijo Duncan en un tono tan burlón como su sonrisa—. ¿Qué hombre en su sano juicio querría librarse de una mujer como usted?

Ella lo miró atentamente durante un largo instante y luego dijo con suavidad, vencida:

—No me cree.

La sonrisa del detective se esfumó, y adoptó un tono severo:

—Ni una sola palabra.

—¿Por qué? —La voz de Elise sonó aflautada. De no haber estado sobre aviso, habría jurado que estaba genuinamente perpleja.

Para no caer en la trampa, Duncan lanzó un bufido sardónico.

—El juez tiene una camarera *topless* a jornada completa.

Ella respiró hondo mientras la derrota calaba en ella más hondo aún.

—Oh.

—Sí, oh.

—Puesto que trabajaba en un bar de *topless*, soy automáticamente una embustera, ¿no es así?

—En absoluto, señora. Pero tampoco es que otorgue credibilidad a su historia, ¿no cree? Después de todo, el juez puede mirar tanto como quiera, tocar tanto como quiera, meter tanto como quiera, y no tiene que dejar propina. Usted es el sueño húmedo de cualquier hombre.

Ella siguió mirándolo durante varios segundos, su dolor y su desconcierto rápidamente convertidos en ira.

—Qué cruel es, detective.

—Eso me lo dicen mucho, sobre todo la gente que sé que me está mintiendo.

Ella le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta a paso firme, pero él cruzó la habitación en tres largas zancadas y la alcanzó cuando estaba con la mano en el pomo, la cogió por los hombros y le hizo darse la vuelta.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó.

—¡Ya se lo he dicho!

—El juez contrató a Trotter para asesinarla.

—¡Sí!

—¡No me venga con tonterías! Lo he visto con usted. No puede quitarle las

manos de encima. —La mujer intentó zafarse de él, pero Duncan no se lo permitió—. Es su posesión más preciada, señora Laird. El diamante de talla marquesa de seis quilates en su mano izquierda la sacó del mercado y a él le granjeó baños de burbujas y el derecho a repetir postre en la cama. Y todo es legal, limpiamente corroborado por un certificado de matrimonio. Entonces ¿por qué iba a querer verla muerta? —Ella guardó silencio y lo fulminó con la mirada—. ¿Por qué? —insistió—. Si voy a dar crédito a esa historia tan triste, tengo que oír algún móvil. Démelo.

—¡No puedo!

—Porque no lo hay.

—Lo hay, pero no puedo arriesgarme a decírselo. No..., ahora no.

—¿Por qué?

—Porque no me creería —afirmó ella.

—Quizá la crea.

—No ha creído nada de lo que le he contado —dijo ella con gesto de pesar.

—Es cierto, no lo he creído. Cato Laird no tiene ningún móvil para matarla. Usted, por el contrario, tiene un motivo excelente para venir aquí e intentar que me ponga de su lado.

—¿De qué me habla?

—No quiere que averigüe la verdad sobre lo que ocurrió esa noche.

—Yo...

—¿Qué vinculación tenía Trotter con usted. Señora Laird?

—Ninguna. No lo había visto nunca.

—Ah, pues yo creo que sí. Creo que sabía que la estaba esperando en el despacho, y por eso, en vez de llamar a Emergencias, se armó con una pistola cargada que, por cierto, sabía disparar con precisión mortífera. —Duncan inclinó el rostro cerca del de ella y dijo en un susurro teatral—: Estoy a un paso de enchironarla por asesinato.

No era cierto, pero quería ver su reacción.

Ella se quedó muy quieta, muy pálida y con aspecto de estar muy asustada. Duncan continuó:

—Bueno, veo que ahora ya me presta atención. ¿Quiere cambiar su versión?

Ella redobló los esfuerzos por zafarse de él.

—Venir aquí ha sido un error.

—Desde luego que sí, maldita sea.

—Estaba equivocada con usted. Pensaba que me creería.

—No, lo que pensaba era que si venía a mi casa con un aspecto tan tentador como una cama deshecha, se me iría de la cabeza el pobre Gary Ray Trotter. Y si una cosa llevaba a otra y acabábamos en el catre, quizás abandonara la investigación del tiroteo de una vez por todas.

Furiosa a estas alturas, Elise le propinó un empujón en el pecho.

—Suélteme.

Él la zarandéó levemente, exigiendo una respuesta:

—¿No es ésta la razón de este encuentro secreto?

—¡No!

—Entonces, dígame qué motivo podría tener Cato Laird para querer matarla.

—No me creería.

—Póngame a prueba.

—¡Ya lo he hecho!

Ella prácticamente le lanzó las palabras a la cara, y respondió a su mirada furiosa con otra igual de airada. Ahora ninguno de los dos se movía, salvo por el vaivén del pecho de ella contra el de él. Duncan era terriblemente consciente de todos y cada uno de los puntos en que sus cuerpos estaban en contacto. Elise continuó:

—La única razón que tenía para venir era la esperanza de convencerlo de que mi marido va a matarme. —Su voz, ronca de emoción, se transmitió vibrante de su cuerpo al de él—. Y como no me cree, lo hará, y, es más, se saldrá con la suya.

Capítulo 9

—Tenía hora para jugar al golf por segunda vez a las once y diez —dijo Dee Dee mientras se echaba a la boca varias galletitas saladas en forma de pez.

Ella y Duncan estaban en el bar del Club de Campo Silver Tide, abarrotado ese sábado a primera hora de la tarde. La línea de verano de Ralph Lauren estaba ampliamente representada, y Duncan tenía la sensación de estar llamando la atención con su chaqueta de *sport*, pero la funda bajo la axila con la nueve milímetros le habría hecho llamar la atención mucho más.

Entre los clientes había figuras de la política, médicos con consulta privada, promotores inmobiliarios que emigraban por millares cada invierno a las urbanizaciones con campo del golf en el sur, y Stan Adams, el abogado defensor que representaba a toda una camarilla de criminales profesionales, entre los que destacaba Roben Savich. Adams miró y volvió a mirar cuando entraron Dee Dee y Duncan, pero luego fingió cuidadosamente que no existían.

Mejor así, pensó Duncan. Tal como se sentía en ese momento, no sabía si habría podido contenerse en el caso de que el abogado le hubiera lanzado alguna pulla con respecto a su famoso cliente. Aunque Savich había mantenido la discreción desde que se declarara nulo su juicio, a Duncan ni se le había pasado por la cabeza que hubiera interrumpido su actividad criminal, pero era lo bastante listo como para andarse con sumo cuidado hasta que las cosas marcharan más tranquilas.

Duncan también suponía que estaba calculando el mejor momento y la manera más efectiva de tomarse la revancha. Estaba seguro de que lo haría. Prácticamente se lo había prometido aquel día en la sala del tribunal. Era sólo cuestión de tiempo. Por desgracia, como agente de la ley, Duncan no podía ir a por Savich sin que mediara provocación. Tenía que aguardar de brazos cruzados y darle vueltas, cosa que probablemente divertía de lo lindo a Savich.

Después de ver sus placas, el camarero del Silver Tide les puso a Dee Dee y a él las copas gratis. El bar tenía una atmósfera agradable: madera noble, plantas exóticas en macetas, lámparas de latón, una música animada sin llegar a hacerse molesta. La limonada que había pedido Duncan la habían exprimido a mano. El aire acondicionado era suficiente para mantener el calor y la humedad al otro lado de los amplios ventanales tintados. La vista del campo de golf verde esmeralda era espectacular. No era mal lugar para pasar una tarde de calor sofocante.

Duncan habría preferido estar en cualquier otra parte.

Dee Dee se limpió las migajas de galletitas de los dedos y comentó:

—Ésa debe de ser la sustituta de la señora Laird.

Le indicó con la cabeza una joven atractiva que llevaba una bandeja de copas a un grupo de cuatro hombres de mediana edad, quienes dejaron de hablar de golf el

tiempo suficiente para comérsela con la mirada y flirtear.

—Ella y el juez llevan casados cerca de tres años —señaló Duncan—. ¿No es eso lo que me dijiste? Probablemente ya habrán pasado por aquí más de una docena de camareras desde que se fue la señora Laird.

Dee Dee se volvió hacia la puerta al entrar otro grupo de hombres, entre los que no estaba Cato Laird.

—Ha jugado dos rondas de principio a fin, empezando antes de las siete de la mañana. ¿Cómo es posible que alguien haga algo así por voluntad propia?

—A mí tendrían que obligarme apuntándome con un arma.

—¿No te gusta el golf? —preguntó Dee Dee.

—Es muy lento, muy pasivo, no hay acción suficiente.

—Tocar el piano no es precisamente un deporte de acción.

—Yo no toco el piano.

—Claro. —Ella miró el reloj de pulsera—. El tipo de recepción nos ha dicho que estaba a punto de acabar.

Al menos Elise no le había mentado con respecto a la hora que tenía su marido para jugar al golf. Había dicho que era temprano.

Había dicho cantidad de cosas.

Lo último que dijo era que su marido iba a matarla, y que cuando lo hiciera, saldría impune, y que la culpa la tendría Duncan por no creerla.

Luego se había retorcido hasta zafarse por fin, y se largó dando un portazo. El leve forcejeo lo había dejado con una erección condenada al fracaso y la respiración más trabajosa que durante su carrera de más de siete kilómetros por el espeso aire del amanecer. Tan furioso y frustrado se había sentido, con ella por arrastrarlo a su pequeño drama, y consigo mismo por permitirselo, que descargó un puñetazo contra la puerta principal.

Aún le dolía. Flexionó y contrajo los dedos en un intento de aliviar el dolor punzante.

Tras el arrebato de mal genio, había engullido una botella de agua de dos litros debajo de la ducha con el agua bien fría, lo que redujo su sudoración y le desinfló la polla, tan esperanzada como decepcionada. Luego llamó a Dee Dee, tal como había prometido.

Ella llegó a su casa a la hora acordada, trayendo consigo un surtido de magdalenas para desayunar y dos cafés para llevar, porque, según le dijo, «el tuyo es asqueroso».

Dee Dee ya tenía el plan del día perfectamente desarrollado. Malhumorado, Duncan le recordó que era el miembro de más antigüedad del equipo, el mentor.

—Tú eres la pupila.

—Si quieres apelar al rango, muy bien —aceptó Dee Dee—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Creo que deberíamos encararnos con el juez para ver qué dice acerca de lo que

averiguamos anoche. Me muero de ganas de ver su reacción.

—Eso es lo que acabo de decir.

—Por eso consentí en que fueras mi compañera. Eres lista. —Mientras hurgaba en la bolsa de comida para llevar, dijo con el ceño fruncido—: ¿No has comprado ninguna de arándanos?

Mantuvo a propósito aquel tono de conversación de pullas entre amigos, porque mientras estaban en su casa adosada, temía que Dee Dee percibiera de alguna manera que Elise había ido allí. Desde que dejó pasar a su compañera por la puerta había estado esperando a que ella se detuviera en seco y dijera: «¿Acaba de estar aquí Elise Laird?», porque, para él, la esencia de aquella mujer era poderosa y penetrante, alcanzaba a sentirla, a olerla, a saborearla.

A mitad de la segunda magdalena, le sugirió a Dee Dee que llamara al Club de Campo Silver Tide.

—¿Y eso?

—Es sábado. Tengo la corazonada de que el juez está jugando al golf.

La llamada de Dee Dee al club confirmó lo que Elise le había dicho. Informaron a Dee Dee de que el juez estaba jugando su segunda ronda. Su plan consistía en estar esperándolo cuando acabara, pillarlo relajado y desprevenido, soltarle lo que habían averiguado anoche y sopesar su reacción.

Ahora llevaban esperando más de media hora. Duncan estaba a punto de pedir otra limonada, por hacer algo, cuando la camarera se les acercó.

—Acaban de llamar de recepción para que les digamos que el juez Laird está almorzando en la terraza.

Les indicó una puertaventana hacia un extremo del bar que se habría hacia una loggia, o al menos así llamó la camarera a la galería al aire libre bajo un frondoso entoldado de glicinias.

—Por ahí se va directo al comedor de la terraza.

—Espero que esté a la sombra —murmuró Duncan.

Las mesas de la terraza estaban, en efecto, a la sombra de parasoles blancos del tamaño de paracaídas, ribeteados con flecos de algodón trenzado. Cada mesa tenía una maceta de geranios de un color rosa intenso en el centro. El juez estaba sentado a una de ellas con una servilleta de tela plegada sobre los pantalones de lino y una copa de algo que parecía *whisky* escocés ante sí.

Se levantó al verles acercarse. A ellos les habían avisado de que estaba en la terraza, pero a él también lo habían puesto al tanto de que los detectives lo esperaban en el bar. No le sorprendió verlos, pero tampoco pareció estar especialmente molesto.

Como es natural, tenía público. Duncan reparó en las curiosas miradas que le lanzaban los otros comensales mientras el juez le estrechaba la mano a él y a Dee Dee y los invitaba a sentarse a la mesa.

—Estoy a punto de almorzar. Espero que se unan a mí.

—No, gracias —respondió Dee Dee—. Hemos desayunado tarde.

—Una copa, al menos. —Hizo una señal al camarero, que se acercó a toda prisa. Dee Dee pidió una Coca-Cola *light* y Duncan se pasó al té con hielo.

—¿Qué tal el partido? ¿Los partidos? —se corrigió Dee Dee, que ofreció al juez su mejor sonrisa. Las mujeres en torno a ella llevaban vestidos de playa y tops, dejando a la vista bronceados bien cuidados y uñas de los pies sometidas a pedicura. Si estaba cohibida por su traje oscuro a medida y sus zapatos corrientes de suela plana, no daba el menor indicio de ello, cosa que a Duncan le pareció admirable.

El juez reconoció modestamente un ochenta en la primera ronda, un ochenta y cuatro en la segunda. Mientras ella lo felicitaba, él se fijó en que Duncan se limpiaba una gotita de sudor de la frente.

—Me hago cargo de que hace calor aquí fuera, detective Hatcher. —Sonrió a modo de disculpa—. Lo hago por deferencia hacia mi esposa, que a veces tiene frío con el aire acondicionado. Prefiere la terraza al termostato a quince grados en el interior.

Duncan estaba a punto de señalar lo evidente —que su esposa no se encontraba allí— cuando notó que le daba un vuelco el estómago a la vez que el juez sonreía de oreja a oreja.

—Ahí llega.

Se puso en pie, dejó la servilleta encima de la mesa y salió al encuentro de Elise, que seguía a la camarera camino de la mesa. Cato Laird la abrazó. Ella se quitó las gafas para devolverle el abrazo, y, por encima del hombro de su marido, vio de pie junto a su silla a Duncan, que no era consciente siquiera de haberse levantado.

Ella abrió los ojos un poquito más de lo debido, pero apartó la mirada tan rápido que Duncan pensó que tal vez lo había imaginado. En cuanto el juez la soltó, volvió a ponerse las gafas de sol.

Iba vestida de un blanco deslumbrante, como para contrastar su color con el de las sombrillas, con una sencilla blusa sin mangas y una falda holgada. El atuendo era de buen gusto. Correcto. Sin enseñar más de lo debido.

Entonces ¿por qué a Duncan se le fue la cabeza directamente a lo que había debajo?

Tuvo la sensación de que le acababan de propinar una patada en las pelotas. Por segunda vez a lo largo de la mañana, la aparición inesperada de Elise Laird lo había llevado al límite de su resistencia, una sensación que le era ajena.

Hasta ahora, sus relaciones con las mujeres dependían de su estado de ánimo, su nivel de interés y el tiempo del que disponía. El interés de las mujeres solía darse por descontado. Nunca se aprovechaba indebidamente de su atractivo, e incluso se las arreglaba para mantener una cierta amistad con la mayor parte de sus ex novias. En aquellas raras ocasiones en que su interés no era correspondido, lo encajaba como mejor podía y no volvía la vista atrás. Ninguna mujer le había partido el corazón.

Sólo se había declarado una vez: a una amiga de la infancia con quien tenía una relación muy estrecha. El catalizador había sido la celebración de su trigésimo quinto

cumpleaños. Señaló a su amiga que ya no eran jóvenes precisamente, que ambos seguían solteros por alguna razón, y que tal vez esa razón era que deberían casarse el uno con el otro. Interpretó la respuesta de «¿Has perdido la cabeza?» como una negativa, y entonces comprendió lo que ella ya sabía: se querían mucho, pero no estaban enamorados.

Había estado con más mujeres que algunos hombres, con muchas menos que otros, pero nunca con una sospechosa en una investigación. Y nunca con una mujer casada. Elise Laird era ambas cosas, lo que hacía que la atracción que sentía por ella, insólitamente intensa, no sólo fuera desafortunada, sino que le estuviera vetada por completo.

Pero el hormigueo que notaba en sus sensores no se atenía a razones.

El juez la acompañó hasta la mesa y le sostuvo la silla. Luego tomó asiento y volvió a ponerse la servilleta en el regazo para, acto seguido, tomar la mano de su esposa y asirla con fuerza entre las suyas.

—He llamado a Elise y le he preguntado si le apetecía almorzar conmigo. Me ha parecido conveniente que se aireara un poco. —Le dirigió una sonrisa afectuosa.

—Es evidente que a mí también me lo ha parecido. Gracias por invitarme. —Le devolvió la sonrisa y luego miró a Dee Dee por entre la maceta de geranios que las separaba—. Hola, detective Bowen.

—Lamentamos inmiscuirnos en su almuerzo, señora Laird, pero supongo que es mejor que esté usted presente. Estábamos a punto de poner al juez al día de nuestras últimas averiguaciones.

Elise se volvió hacia Duncan con un gesto brusco:

—¿Qué averiguaciones?

—Algo que surgió anoche. —Mientras pronunciaba esas palabras, cayó en la cuenta de que estaba asegurándole que no le había dicho nada a Dee Dee acerca de que había ido a verle a su casa. Su alivio evidente no le quitó el menor peso de encima.

Llegó el camarero con su refresco y el de Dee Dee, junto con una limonada para Elise. Era como la que él había tomado en el bar, sólo que la suya la habían servido con una fresa del tamaño de una manzana ensartada en una espina de plástico transparente.

El juez pidió otro *whisky*. El camarero preguntó si querían ver el menú, pero el juez dijo que ya le avisarían cuando estuvieran listos. Dee Dee pidió una pajita y el camarero se deshizo en disculpas por no haberla traído. Estas distracciones permitieron a Duncan y a Elise cruzar una larga mirada. O al menos ella miraba en su dirección, porque él no podía verle los ojos a través de las gafas de sol.

A Duncan le resbalaban gotas de sudor por el torso, y no era sólo por el calor. La tensión en la mesa era palpable. Aunque se comportaban como si estuvieran tranquilos en compañía de los demás y fingían que era una reunión informal, todos eran conscientes de que no se trataba de eso.

Nadie dijo nada hasta que trajeron la pajita de Dee Dee. Ella dio las gracias al camarero con un asentimiento, retiró el envoltorio y la metió en el vaso.

—Juez Laird, ¿le suena a usted Meyer Napoli?

El juez se echó a reír.

—Claro. Lo he tenido en la sala del tribunal más veces de las que puedo recordar.

—¿Como acusado? —indagó Dee Dee.

—Sólo como testigo —respondió el juez, imperturbable.

—¿De qué parte?

—Dependiendo del caso, ha presentado testimonio tanto para la Fiscalía como para la defensa.

—¿Quién es? —preguntó Elise.

—Perdona, cariño. —El juez se volvió hacia ella—. Meyer Napoli es un detective privado.

—¿Ha oído hablar de él en alguna ocasión, señora Laird?

Elise se quitó las gafas de sol y lanzó a Dee Dee una mirada penetrante.

—Si hubiera oído hablar de él, no preguntaría.

Se había formado una arruga en el ceño del juez.

—Ha mencionado algo de unas averiguaciones.

El juez dirigió el comentario a Duncan, así que él respondió:

—Meyer Napoli ha desaparecido. Se ha hecho oficial esta mañana. Hace más de veinticuatro horas que nadie lo ha visto o ha tenido noticias suyas. Su secretaria, que parece ser la persona más cercana a él, está convencida de que ocurre algo extraño.

El juez estaba pendiente de todas y cada una de sus palabras. Cuando Duncan se interrumpió sin más, él se encogió de hombros levemente.

—Es una pena. Espero que la secretaria se equivoque, pero ¿qué tiene que ver con nosotros? ¿Qué posible relación podría tener la desaparición de un detective privado con lo que ocurrió en nuestra casa anteanoche?

Duncan le sostuvo la mirada a Elise.

—Encontramos el nombre de Gary Ray Trotter entre los documentos encima de la mesa de Napoli.

Elise entreabrió los labios, pero Duncan no esperaba que dijese nada, y no lo hizo. De hecho, nadie habló durante un rato considerable.

Al cabo, Dee Dee carraspeó:

—El detective que investiga la desaparición de Napoli vio el nombre de Trotter en unos apuntes. En realidad era una notita adhesiva personalizada: «De la mesa de Meyer Napoli». Al detective le llamó la atención, teniendo en cuenta que Trotter había..., muerto recientemente. Supuso que al detective Hatcher y a mí nos parecería interesante, y tenía razón. Anoche hablamos con la secretaria de Napoli.

—¿Y bien? —preguntó el juez.

—Y nada —replicó Dee Dee—. Trotter no había concertado cita alguna con la secretaria para ver a Napoli. Ella no recuerda que fuera a la oficina nadie con ese

nombre, pero, claro, eso no significa que Trotter y Napoli no se vieran en alguna otra parte. Es evidente que así fue, o que tuvieron alguna clase de contacto, porque la secretaria confirmó que la letra en la nota adhesiva era la de Napoli. —Columpió la mirada entre el juez y Elise.

El juez lanzó una risilla.

—Ha dado por supuestas un buen número de cosas, detective. Cualquiera de ellas podría constituir un hecho, o ninguna. Tal vez Napoli se enteró por algún rumor de que Trotter había muerto mientras cometía un crimen, su nombre le recordó algo y lo anotó para no olvidar consultarlo más adelante. ¿Quién sabe dónde se cruzaron sus caminos? Quizá Trotter le debía dinero. —Le dirigió una sonrisa amable, en cierta manera condescendiente—. ¿No es eso tan verosímil como sus suposiciones?

A Duncan no le habría sorprendido que Dee Dee se hubiera lanzado por encima de la mesa para borrarle de un puñetazo ese aire de superioridad. No se lo habría echado en cara, desde luego.

En vez de eso, Dee Dee ofreció al juez una sonrisa impertérrita.

—El detective Hatcher me regaña constantemente por sacar conclusiones precipitadas. Es uno de mis defectos. Sea como sea, esta vez coincide conmigo.

El juez miró a Duncan para que explicara sus palabras, pero Duncan señaló a Dee Dee con un movimiento de cabeza para indicar que ella seguía teniendo la palabra.

—¿Y bien? —dijo el juez.

—La ética de Meyer es cuestionable —señaló Dee Dee—, pero tiene reputación de poseer una memoria como un cepo de acero.

No habría necesitado una nota para acordarse. Si escribió el nombre de Gary Ray Trotter fue por alguna razón.

Elise había estado siguiendo la conversación en silencio, pero con toda su atención.

—¿Insinúan con eso que...? —Entonces negó con la cabeza en un gesto confuso y preguntó—: ¿Qué están insinuando?

—Creo que yo puedo contestar a eso, cariño —dijo el juez—. Están insinuando que hay una relación entre Napoli y Trotter, y por asociación, entre Napoli y nosotros. ¿Estoy en lo cierto, detective Bowen?

Teniendo en cuenta la actitud irritable del juez, ella respondió con notable tranquilidad:

—No estamos insinuando nada, juez Laird, pero nos ha parecido una enorme coincidencia que menos de veinticuatro horas después de que fuera mortalmente herido en su casa, el nombre de Trotter apareciera en la mesa de un detective privado que, vaya coincidencia también, ahora ha desaparecido. Es curioso, como mínimo.

—Lo siento. No puedo explicar que resulte tan extraño.

Dee Dee continuó con su típica tenacidad.

—Haga el favor de intentarlo, juez Laird. Si hubo alguna conexión, por mucho

tiempo que haga o remota que fuera, podría explicar cómo es que Trotter decidió robar en su casa. Me parece improbable que la eligiera al azar. Nos resulta difícil hacer encajar ese elemento tan peculiar del caso. ¿Por qué les escogió a ustedes para cometer un robo?

—Por desgracia, el señor Trotter no está en situación de aclarármelo, de manera que dudo que lleguemos a saberlo nunca —dijo—. Es posible que oyera hablar de nosotros a través de Napoli, supongo, si tuvieron algo que ver, aunque fuera de pasada. Aparte de eso, no se me ocurre ninguna otra posibilidad.

—¿Nunca ha tenido contacto directo con Napoli?

—Fuera de la sala del tribunal, no. Mi esposa no había oído hablar de él hasta hace escasos minutos.

—¿Es así, señora Laird? —preguntó Dee Dee.

—Así es. No había oído hablar nunca de Napoli. Ni de Trotter.

Dee Dee tomó el último sorbo de Coca-Cola con ayuda de la pajita.

—Entonces supongo que les hemos hecho perder el tiempo. Gracias por el refresco. —Hizo ademán de coger el bolso de mano y el juez lo interpretó como señal de que la entrevista había tocado a su fin.

—La ensalada de gambas es excelente —comentó—. Me gustaría invitarles.

Dee Dee se lo agradeció pero rehusó la invitación, y el juez se incorporó y les estrechó la mano. Luego la detective dirigió una sonrisa a Elise y se despidió de ella.

Duncan estaba a punto de pasar de largo ante la silla de Elise cuando vaciló y le tendió la mano, casi como para demostrarse a sí mismo que podía hacerlo. En primer lugar, no resultaba fácil estrechar la mano a una mujer que ha hecho que te empalmes, y además lo sabe. Y en segundo lugar, estaba pensando en lo que ocurrió la última vez que se dieron la mano.

—Adiós, señora Laird.

Ella vaciló también, y le estrechó la mano. ¿O más bien se la aferró?

—Adiós.

Le resultó aún más difícil apartar la mirada de ella que retirar la mano. Siguió a Dee Dee hacia el interior del club de campo y luego a través del comedor. Aguardaron hasta haber llegado al vestíbulo y dado el recibo de su vehículo al aparcacoches para hablar.

—¿Qué te parece?

Antes de que Duncan pudiera responder, se les acercó tranquilamente Stan Adams.

—Vaya, detective Hatcher, ya veo que usted y el juez Laird han hecho las paces desde el juicio de Savich. —Dirigió una sonrisa burlona a Duncan y luego saludó a Dee Dee.

—¿A esto se dedica en su tiempo libre? —le preguntó Dee Dee—. ¿Pasa el rato en el club de campo hasta que Savich cometa otro asesinato?

El abogado se echó a reír, pero recobró la seriedad cuando volvió a dirigirse a

Duncan:

—¿Está investigando el tiroteo mortal acaecido en la casa del juez la otra noche? ¿Cómo se llamaba el tipo, Trotter?

A Duncan no le sorprendió que Adams estuviera al tanto del incidente. Como había dicho la amiga de Dee Dee con contactos entre la alta sociedad, la historia había dado que hablar, y, además, había aparecido en el periódico; con sutileza. El juez, que por lo general se regodeaba siendo el centro de atención de los medios de comunicación, debía de haberle reclamado algún favor pendiente al director editorial.

El asunto se había enterrado en la página diez y los detalles eran casi inexistentes. Según el breve artículo, Trotter era un ladrón que intentó acabar con la vida de la señora Laird, y luego murió. Por lo que sabían los lectores del periódico, bien podría haber muerto de un ataque al corazón o de cólera.

—Yo creía que era un caso de defensa propia —afirmó Stan Adams—. ¿Cómo es que siguen en ello?

—Como usted, siempre estamos intentando fomentar el negocio. —La sonrisa de Duncan fue tan afable como la del abogado, pero igualmente falta de sinceridad.

Adams ya sabía que no iba a sacarles más información.

—Bueno, si resulta que la señora Laird necesita un buen abogado defensor, espero que me recomienden.

Se dio media vuelta y ya iba camino de la puerta de doble hoja de la entrada cuando Dee Dee le dijo:

—Ah, señor Adams, se me olvidaba. Ha llamado su dentista. Ya es hora de que se los vuelva a blanquear. —Y se propinó unos golpéenos con el dedo en los dientes.

El abogado hizo ademán de dispararle con una pistola imaginaria y le dijo:

—Muy buena, detective. Muy buena.

Luego se marchó, y Dee Dee masculló entre dientes:

—Gilipollas. Cada vez que me acuerdo del juicio nulo... —Lanzó un bufido y apretó el puño.

Duncan la estaba mirando sin verla de veras. No tenía la cabeza en Savich ni en su empalagoso abogado, sino en el juez, en sus pantalones de lino color crema, sus modales serenos y educados.

«Una copa al menos... La ensalada de gambas es excelente.»

No sudaba ni siquiera un poquito.

—Ahí está el coche —dijo Dee Dee, y se fue hacia la puerta, pero al ver que no la seguía, se volvió—: ¿Duncan?

Pero él continuaba pensando en el juez, que, en un ademán posesivo, había obligado a su esposa a que se cogiera de su codo.

«Dígame qué motivo podría tener Cato Laird para querer matarla.»

«No me creería.»

Llevado por una decisión de último momento, Duncan le dijo a Dee Dee que se adelantara.

—Yo me voy a quedar por aquí un rato.

Capítulo 10

El juez y la señora Laird se tomaron su tiempo con el almuerzo. Duncan llevaba espíandoles —miró el reloj de pulsera— una hora y doce minutos.

Dee Dee se había mostrado reacia a marcharse, y le recordó que si lo hacía, él tendría que ir a pie, pero Duncan dijo que pediría un taxi e insistió en que regresara al cuartel para ver si habían recibido los informes de balística sobre las dos armas disparadas en casa de los Laird.

Ante todo, estaban interesados en averiguar si la pistola de Trotter se había utilizado para cometer algún otro delito, pero luego habían decidido, qué demonios, ya que estaban en ello, que no les vendría mal analizar también la que había disparado Elise Laird.

Duncan también le había pedido a Dee Dee que le preguntara a Kong si había alguna novedad en la desaparición de Meyer Napoli. «Si Kong no está en su despacho, llámale al móvil». Cabía la posibilidad de que la secretaria del detective privado se equivocara y su jefe se hubiera quedado en casa de alguna nueva novia. De ser así, el caso, y por extensión la vida de Duncan, sería mucho más sencillo.

Tras despedir a Dee Dee, Duncan regresó al comedor informal del club de campo y pidió una mesa desde la que se veía perfectamente la de los Laird en la terraza. El juez había pedido un sándwich de rosbif, y Elise, la ensalada de gambas recomendada. Otros dos grupos se habían acercado a su mesa para conversar de pasada, pero la charla había sido sobre todo con el juez.

Hubo pocos silencios en la conversación de los Laird, y ambos parecían absortos por completo en ella. Tras acabar la comida, mientras esperaban a que retiraran sus platos, él le acarició el brazo desde el hombro hasta el codo, y en una ocasión se llevó la mano de su esposa a los labios y le besó la palma.

Durante los setenta y dos minutos que Duncan llevaba observándolos, no vio el menor indicio de que el juez quisiera verla muerta. Muy al contrario, Cato Laird parecía un hombre totalmente embelesado con una mujer a la que tal vez quisiera matar a polvos, pero, por lo demás, no tenía ninguna intención de asesinar.

Cuando el juez pidió la cuenta, Elise se disculpó y abandonó la mesa. No vio a Duncan al pasar por el comedor en el que estaba sentado. El detective se levantó y la siguió al pasillo vacío, y la vio entrar en el servicio de señoras.

Aguardó caminando arriba y abajo mientras lanzaba nerviosas miradas de reojo a la terraza. El juez firmó la cuenta, se guardó el recibo y se levantó.

—¡Joder! —exclamó Duncan entre dientes, pero por suerte para él, antes de que el juez llegara a la puerta, un grupo de hombres de otra mesa lo saludaron y se detuvo a hablar con ellos. Duncan confió en que tuvieran palique para rato.

Al percibir movimiento a su espalda, se volvió. Cuando Elise lo vio se detuvo en

seco con un pie fuera del servicio y el otro dentro.

—¿Está decidiendo si afrontarlo o escabullirse de vuelta al aseo?

Elise salió al pasillo y dejó que la puerta se cerrara tras de sí.

—Creía que se había marchado —dijo.

—Y yo creía que tal vez habría cambiado de parecer.

—¿Sobre qué? —preguntó ella.

—Sobre el montón de tonterías que me ha contado esta mañana.

—Es la verdad.

—Venga, venga. ¿Le parece bien hablar así de su marido después de que la haya invitado a un almuerzo tan romántico?

Cruzó por los ojos de ella un destello furioso, e intentó rodear a Duncan, pero él no se lo permitió, y le dijo:

—He visto su truquito con la cereza.

De postre, tanto ella como el juez habían pedido granizado de café con nata montada, y el juez le ofreció la cereza que coronaba la copa.

—La he visto inclinarse y arrancar la cereza del rabillo con los labios. Y he de reconocer, señora Laird, que ha sido *sexy* de cuidado: la clase de insinuación que le resulta inconfundible a cualquier hombre. Incluso con la cristalera tintada entre nosotros, me he excitado.

—Tengo que comportarme como si todo fuera normal —advirtió ella.

—¿Hace normalmente cosas como chupar fruta de esa manera para que él la vea?

—Duncan lanzó un bufido a modo de risilla—. Ese cabrón no se merece la suerte que tiene.

A Elise le subieron los colores del pecho a las mejillas. Duncan no sabía si el sonrojo venía motivado por la vergüenza o la ira, pero sospechó que se estaba enfadando por momentos. Sin apenas mover los labios, haciendo brotar las palabras entre dientes, Elise dijo:

—¿Es que no lo entiende? Si se huele lo que me traigo entre manos, estoy muerta.

—Hummm. Claro. Tiene sentido. Y la razón por la que su marido quiere que muera es... ¿Cuál?

—Tiene un motivo.

Duncan se acercó a ella y bajó el tono al tiempo que incrementaba la intensidad de su voz.

—Entonces, dígame cuál es.

—¡No puedo! —Ella miró por encima del hombro de Duncan y su rostro reflejó el sobresalto—. Cato.

Él se dio media vuelta para ver cómo entraba en el comedor Laird, que los vio de inmediato. Volviéndose de nuevo hacia Elise, Duncan dijo:

—Bueno, podría preguntarle si desea su muerte, y por qué.

Se lo soltó simplemente para ver su reacción.

El rostro de Elise perdió el color que lo llenaba apenas instantes atrás. El miedo

parecía genuino, o si no, era muy buena.

«No, por favor.»

Leer las palabras mudas en sus labios surtió un efecto más intenso que si las hubiera pronunciado en voz alta.

—Detective Hatcher, creía que se había marchado hace horas. —El juez sonreía cuando se sumó a ellos, pero a Duncan le resultó evidente que no se alegraba de verlo. Cato Laird dividió una mirada de curiosidad entre él y Elise—. Parece que están enfrascados en una conversación de lo más interesante.

—Me he topado con él de camino al aseo —aseguró Elise.

—Y le he dicho a la señora Laird que tenía que hablar con usted. A solas. —Observó a Elise con el rabillo del ojo y vio que contenía la respiración.

—Tengo hora para un masaje —respondió el juez—. Puede acompañarme al vestuario y hablar conmigo mientras me cambio.

—¿Abajo?

El juez asintió.

—Lo espero allí. Señora Laird...

Duncan la miró directamente a los ojos y luego se marchó.

El juez entró en el vestuario unos minutos después.

—Mi mujer no se encuentra muy bien —dijo sin preámbulos—. Tiene los nervios de punta, está inquieta, creo que le llevará un tiempo recuperarse.

—Se llevó un buen susto.

—Un susto tremendo. Mi taquilla está por ahí. —Llevó a Duncan por un pasillo de taquillas, y cuando llegó a la altura de la suya, empezó a introducir la combinación.

Duncan se sentó en un banco acolchado cerca de él.

—Antes de que se me olvide, he cargado el almuerzo a su cuenta: un bocadillo vegetal con pollo y un té con hielo. ¿Sabe lo que cobran cada vez que vuelven a llenar el vaso? También he dejado una propina del veinticinco por ciento.

—¿Veinticinco por ciento? Muy generoso por su parte —dijo el juez.

—He supuesto que tiene debilidad por el servicio de este restaurante.

Laird torció el gesto.

—Veo que ha investigado lo suyo.

—Me dedico a eso.

—Así que está al tanto de los antecedentes laborales de Elise. Supongo que también sabe lo que hacía antes de entrar a trabajar aquí en el club. —No era una pregunta, sino una afirmación—. ¿La menosprecia por ello?

—No, ¿y usted?

La brusca réplica de Duncan caldeó la ira del juez. El grueso candado golpeó contra la madera rojiza de la taquilla cuando lo soltó. Furioso, se volvió hacia

Duncan, pero entonces, en vez de abordar el asunto, perdió fuelle y tomó asiento en el extremo más alejado del banco.

Meneó la cabeza en un gesto de desprecio por sí mismo.

—Supongo que soy un cliché. En realidad, sé que lo soy. Ya sabía que lo sería cuando empecé a ver a Elise, no sólo aquí en el club, sino a citarme con ella.

—A acostarse con ella.

El juez levantó un hombro en un gesto despreocupado.

—Los rumores se propagaron como un fuego descontrolado entre amigos y colegas —narró—. Nuestro romance se convirtió en el chismorreó del club, y luego de toda Savannah, o al menos eso parecía.

—¿No le molestó?

—No, porque estaba enamorado. Todavía lo estoy. Hice caso omiso de los chismorreos en la medida de lo posible, pero luego un «amigo con buenas intenciones» —dijo Laird, ayudándose de los dedos para indicar las comillas— me invitó un día a almorzar con el único fin de ponerme al tanto de que esa camarera con la que salía no era compañera adecuada para un hombre de mi posición social. Me dijo dónde había trabajado antes de llegar al Silver Tide. Esperaba que me mostrara consternado, horrorizado, pero ya estaba al tanto de la ocupación anterior de Elise.

—Había llevado a cabo su propia investigación.

—No, Elise me lo contó. Fue sincera al respecto desde el primer momento, lo que me hizo quererla más si cabe. A aquéllos entre mis amigos que le volvieron la espalda, los considero antiguas amistades. ¿Para qué tener amigos así? Pero a Elise le molesta. Cree que he salido mal parado por causa de nuestro matrimonio.

—¿Y es así? —preguntó el detective.

—En absoluto.

—No ha aspirado a la reelección desde que se casó con ella. Es posible que los votantes se pongan del lado de esas antiguas amistades tuyas.

—Seguro que cualquier rival que se enfrente a mí hurgará en su pasado. Estamos preparados para eso. Estaremos a la altura de la situación y lo desestimaremos como algo carente de importancia, porque lo es.

—Salvo porque podría costarle la reelección. ¿Lo aceptaría sin problemas?

—¿Qué elegiría, detective, un cargo de juez o a Elise todas las noches en la cama con usted?

Duncan comprendió que lo estaban poniendo a prueba, le sostuvo la mirada al juez durante unos compases y luego dijo, inexpresivo:

—No hay color.

El juez se echó a reír.

—Ésa es exactamente mi opinión. —Levantó ambas manos con las palmas hacia arriba—. A los ojos de muchos, soy un hombre digno de compasión, un loco enamorado. Me enamoré de ella en cuanto la vi, y sigo enamorado.

Duncan extendió las piernas tanto como pudo delante de sí y se miró las punteras

de los zapatos.

—Le creo. —Aguardó varios segundos y añadió—: Lo que no creo es que usted no tuviera ningún asunto con Meyer Napoli salvo en la sala del tribunal. —Dejó de contemplarse el calzado y volvió la cabeza—: Sobre eso, mintió, juez.

Duncan salió victorioso del duelo de miradas. El reto inicial en los ojos del juez se fue difuminando poco a poco. Al cabo, suspiró con resignación:

—Es bueno, detective.

—Gracias, pero no necesito que me felicite, lo que necesito es que me dé una explicación.

El juez Laird respiró hondo y dejó escapar el aire lentamente.

—Lo hice para que Elise no se enterara de que contraté a Meyer Napoli para que la siguiera.

Duncan ya se había imaginado algo así.

—¿Porqué?

—No me enorgullezco de ello.

—No le he preguntado eso —dijo Duncan.

—No puedo creer que recurriera a contratar a ese...

—Tipo sórdido y corrupto —dijo Duncan, impaciente porque no obtenía una respuesta clara—. Napoli no tenía las mejores referencias en cuanto a integridad, pero lo contrató de todas maneras. Lo contrató para que siguiera a su esposa. ¿Por qué?

—Una vez más, es un cliché. La razón más antigua del mundo. —Miró a Duncan con tristeza.

—Tenía un lío.

La sonrisa vulnerable del juez no encajaba con el hombre que conocía Duncan, pero supuso que un cornudo es la criatura más humilde que existe.

—Tenía sospechas —respondió—, pero antes de decirle nada más, quiero que entienda que ocurrió hace meses. El año pasado.

—De acuerdo.

—Terminó hace ya tiempo —insistió el juez.

—De acuerdo.

Satisfecho tras haber disipado cualquier duda acerca de un asunto crucial, el juez dijo:

—Intenté hacer caso omiso de los indicios durante meses.

—Entonces, ¿tenía dolor de cabeza todas las noches? —preguntó Duncan.

Cato rió.

—No —dijo—. Incluso cuando más fuertes eran mis sospechas, Elise se mostraba tan apasionada en la cama como siempre. Nuestro apetito sexual mutuo no decayó en ningún momento.

Duncan intentó mantenerse imperturbable, pero aunque le hubiera sido imposible, el juez no se habría dado cuenta, porque estaba sumido en sus recuerdos.

—Siga, por favor.

—Eran otras cosas —dijo—. Los típicos indicios. Llamadas de teléfono que ella achacaba a que se habían equivocado de número.

Llegar tarde a las comidas sin una buena excusa para su retraso. Tiempo pasado fuera de casa para el que no tenía explicación.

—A mí me suena a lío amoroso. —Duncan se alegró perversamente de poner en tela de juicio la confianza de Cato Laird en el apetito sexual de su esposa por él.

—Yo también lo pensé. Llegué al punto de que no podía quitarme de la cabeza la idea de que estuviera acostándose con otro. Era incapaz de pensar en nada más. Si era cierto, tenía que averiguarlo, y tenía que saber de quién se trataba.

—Así que contrató los servicios de Meyer Napoli.

—Lo que indica hasta dónde llegaba mi desesperación. Me negué a ir a su despacho. Nos encontramos a última hora de la tarde en la zona de un campo de golf para practicar tiros de salida. ¿Sabía yo quién era su amante? ¿Desde cuándo tenía aquella aventura? —Meneó la cabeza asqueado—. No podía creer que estuviera hablando de mi esposa con un tipo de semejante catadura. Su manera de hablar, los términos vulgares que utilizaba, y que a mí me resultaba imposible emplear con respecto a Elise. Me pareció una tremenda equivocación, y a punto estuve de volverme atrás en ese mismo momento.

»Pero —continuó con un suspiro— había llegado hasta allí, y permanecer en la ignorancia me estaba amargando, de manera que le di el adelanto estipulado sobre su tarifa, y me marché. Fue la última vez que lo vi.

Duncan había estado siguiendo la historia, imaginando prácticamente todas y cada una de las palabras que iba a decir el juez antes de que las pronunciara. Era un relato conocido que había oído en muchas ocasiones a lo largo de su carrera. La pasión llevaba a alguien a mostrarse celoso y posesivo, lo que provocaba un tremendo caos, y con frecuencia derivaba en un asesinato.

Pero la última frase del juez no encajaba con el resto.

—¿La última vez que lo vio? ¿Napoli no le facilitó ninguna información?

—No, sí que me la facilitó —dijo el juez con el semblante tenso.

—¿Su esposa... tenía una aventura?

—No lo sé.

—Perdone, juez, me he perdido —admitió Duncan.

—Napoli se volvió a poner en contacto conmigo —explicó el juez—. Había seguido a Elise a varios encuentros clandestinos. Identificó al hombre. Tenía horas y lugares. Pero..., hice que se detuviera allí. Ya no quería oír nada más. No quería que me confirmara que estaba teniendo un lío.

—No es una reacción habitual, juez —dijo Duncan lentamente—. Es posible que el marido sea el último en enterarse, pero quiere enterarse.

—Enterarme no habría supuesto mucha diferencia en lo que respecta al amor que sentía por ella. No la habría dejado.

«Pero ¿habría sentido deseos de matarla por ello?», pensó Duncan.

—Así que nunca llegó a averiguar los detalles de aquellas citas clandestinas.

Con aspecto apenado, el juez negó con la cabeza.

—No.

—¿Llegó a enterarse ella de que usted lo había averiguado?

—No. No quería que supiera que me había rebajado hasta el punto de hacer que la espieran. Me avergonzaba de ello. Además, pocas semanas después de que despidiera a Napoli, dejó de tener importancia.

Duncan frunció el ceño, convencido de haberse perdido algo.

—¿Dejó su esposa de ver al tipo?

—Por así decirlo. —Tras un compás, añadió—: Los encuentros de Elise eran con Coleman Greer.

A media tarde, el Club *White Tie and Tails* estaba tan oscuro como si fuera media noche, salvo por las luces estroboscópicas que iluminaban a la chica que bailaba en el escenario, y las estrellas de neón rosas y azules que relucían en el techo.

Con horas de ventaja sobre el gentío del sábado por la noche que llenaría a rebosar el local después de anochecer, había un puñado de clientes sentados en torno al escenario semicircular, tomando copas mientras disfrutaban de la actuación de la bailarina. Sólo uno silbaba y aplaudía el número como loco.

Savich estaba en un reservado hacia el fondo del club, lo bastante lejos del escenario como para que el volumen de la música resultara tolerable. Estaba sentado en una banqueta alargada contra la pared, mirando hacia la sala: nunca dejaba la espalda desprotegida.

Vio cómo una camarera con zahones y sujetador de cuero negro acompañaba a Elise a través del laberinto de mesas y sillas vacías. Cuando llegaron al reservado, indicó a Elise que tomara asiento.

—¿Puedo traerle algo, señor Savich? —preguntó la camarera.

Savich lanzó a Elise una mirada inquisitiva y ella negó con la cabeza.

—¿Seguro? —le preguntó—. Perdona que lo diga, pero se te ve un tanto tensa, como si te viniera bien una copa.

—No, gracias.

Savich indicó a la camarera que se fuera con un gesto de la mano.

—Que no nos molesten —dijo.

Al alejarse, la chica meneó con más fuerza de lo habitual las nalgas desnudas.

—Es nueva. Intenta currárselo para llegar a bailarina. —Con una sonrisa, volvió a centrar la atención en Elise—. Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí. Kenny dijo que parecía urgente.

—Gracias por recibirme, avisando con tan poca antelación.

—Hablando de poca antelación, no me has dado mucho tiempo, Elise. Debes de tener más prisa de lo que me diste a entender el otro día.

—Así es —admitió ella.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Nada más. Sencillamente estaba ansiosa por volver a tener noticias tuyas.

Savich supo que mentía, pero lo dejó correr. Le resultaba entretenido su vano esfuerzo por ocultarle que alguna novedad la había inquietado. De otra manera, no habría ido a verlo un sábado por la tarde tras llamar «claramente alterada», según Kenny. Tantas ganas tenía de verlo que había accedido a reunirse con él en el club de *topless* donde se conocieron. Estaba a kilómetros —y años luz— de su casa, su club de campo, su vida actual como la señora de Cato Laird.

—¿Qué tal te sientes al volver al *White Tie and Tails*?

Ella paseó la mirada por el local.

—Me da la impresión de que ha pasado una eternidad desde que trabajé aquí.

—Aún hay quien te echa de menos —apuntó Savich.

—Lo dudo mucho. He visto que hay nuevos talentos.

—Pero algunas chicas dejan una impresión duradera. —Dejó que las palabras quedaran suspendidas en el aire unos instantes, y luego se recostó en el banco acolchado y sacó la pitillera y el encendedor de oro.

—Savich, ¿has podido...?

—Hatcher.

La sorpresa, quizá mezclada con algo más, le produjo un estremecimiento.

—¿Qué pasa con él?

Savich se tomó su tiempo para encender el cigarrillo.

—¿Todavía está a cargo del caso?

—Lo estaba hace una hora —dijo Elise.

—Duncan Hatcher, el detective de «Homicidios» —puntualizó—. ¿Por qué sigue investigando el tiroteo?

—Dijo que había cabos sueltos que despejar antes de que pudiera cerrar el caso.

—¿Y te lo tragaste? —preguntó, desdeñoso ante la ingenuidad de la mujer—. Está ahondando, Elise. Intenta encontrar algún punto débil en tu versión de la defensa propia.

—Se limita a hablar con nosotros.

—¿Contigo y tu marido?

—Ahora mismo está hablando con Cato en privado.

—¿Por qué en privado? —preguntó Savich.

Ella respiró hondo y expulsó el aire junto con las palabras:

—No lo sé.

—Hummm. Así que eso es lo que te ha asustado.

—No estoy asustada —indicó ella.

Su tono brusco hizo que Savich arqueara una ceja, lo que recordó a Elise que era ella quien le había pedido ayuda, y que no le estaba hablando con la deferencia que

correspondería a alguien en su situación. El gesto funcionó: Elise dio marcha atrás. Savich lanzó hacia el techo una bocanada de humo que se arremolinó a la luz de las estrellas de neón rosas y azules.

—Dime, Elise, ¿qué opinión te merece Duncan Hatcher?

—Es duro, tal como me previniste que sería.

Bajando el tono de voz, él dijo:

—Quizá sería más interesante preguntar qué piensa el detective Hatcher de ti, querida Elise, ¿no crees?

—Cree que soy una embustera.

—¿De verdad? —Con su firme mirada azul fija en ella, Savich se pasó la mano por la mejilla con gesto despreocupado—. Y ¿lo eres?

—No.

—Entonces no tienes nada que temer.

—Me temo que el detective Hatcher seguirá convencido de que soy una embustera.

—Hazle cambiar de parecer —se limitó a decir él.

—Lo he intentado. No me creyó.

—No me sorprende. Puede mostrarse encantador, o eso tengo entendido, pero bajo ese aspecto de atractivo muchacho sureño rudo y bronceado, es un poli de los pies a la cabeza; un puto madero —dijo, dejando a las claras su hostilidad hacia Hatcher—. No cerrará el caso mientras le quede una brizna de duda de que fue en defensa propia. Fíjate bien en lo que te digo, Elise. No dejará piedra por mover, y le encantaría encontrar algo desagradable debajo de alguna. Hay mala sangre entre él y tu marido.

—Eso ya lo sé. Hace poco tuvieron un encontronazo por causa de tu juicio nulo —le recordó Elise.

—Sí, y por ese motivo, a Hatcher le encantaría dejaros en una situación embarazosa a ti y al juez. En público, si es posible. Pero eso no es nada en comparación con los planes que tiene para mí. Es un hombre decidido a cumplir una misión cueste lo que cueste. Nunca olvida, y nunca se da por vencido.

—Eso me había parecido.

—Estás en una situación peligrosa, Elise.

Ella se cogió el labio inferior entre los dientes.

—No tiene ninguna prueba que desmienta lo de la defensa propia.

—Pero Hatcher es capaz de elaborar un caso a partir prácticamente de la nada, y, con la excepción de mi reciente juicio, obtiene condenas que se mantienen a pesar de las apelaciones. —Con un tono casi de admiración, añadió—: Ese tipo cree en lo que hace..., lo correcto contra lo incorrecto, el bien contra el mal. Es un cruzado, un defensor acérrimo de la ley. Incorruptible, al parecer.

Atrapado en sus propias palabras, pensó: «Incorruptible, al parecer».

A través de la cortina de humo de cigarrillo, Savich observó a su invitada. Era una

muchacha encantadora de veras: clase y atractivo sexual en un envoltorio despampanante. Una combinación de lo más tentadora. Hasta a un cruzado le resultaría difícil resistirse a algo así.

La sonrisa se originó a la par con sus pensamientos y se propagó lentamente por su cara.

—Querida Elise —dijo en un tono de voz empalagoso—. Vamos a hablar del favor que me pediste. Te alegrará saber que ya lo he concedido.

Capítulo 11

Cuando el agudo pitido de la alarma de seguridad dio señal de que la puerta principal de la casa se había abierto, Elise salió del dormitorio a toda prisa. Ya había llegado a lo alto de las escaleras cuando oyó el gorjeo indicativo de que estaban introduciendo el código. Cato estaba en casa.

Apareció en el vestíbulo a los pies de Elise y ella lo llamó por su nombre. Cato levantó la vista y la vio apoyada en la barandilla al final del tramo de escaleras.

—Hola, Elise, sigues despierta. Nada fuera de lo normal, ¿verdad? —En vez de subir a la primera planta, siguió vestíbulo adelante y desapareció de la vista de su esposa.

El encuentro con Savich la había afectado. Siempre la afectaban los encuentros con Savich.

A su regreso, la casa estaba vacía. La señora Berry tenía libres las tardes de los sábados, de manera que Elise ya esperaba que no estuviera en casa, pero le sorprendió ver que tampoco estaba Cato. Conforme la tarde fue dejando paso a la noche, lo llamó al móvil en varias ocasiones pero sólo encontró su buzón de voz. No había respondido a sus mensajes.

No era habitual en él que no se mantuviera en contacto. Además, era mala señal. Elise estuvo toda la tarde y hasta altas horas de la noche en un estado de enorme inquietud, preguntándose qué le habría dicho Duncan Hatcher a su marido.

Bajó las escaleras a paso ligero:

—¿Cato?

—Aquí.

Siguió la dirección de su voz hasta la cocina, y cuando entró, él se volvió hacia ella con un cuchillo de carnicero en la mano. Elise desvió la mirada de la hoja reluciente a su cara.

—¿Qué haces?

—Me preparo un sándwich. —Laird se hizo a un lado y le permitió ver el jamón sobre la encimera, junto con otros ingredientes para un sándwich—. ¿Te apetece uno?

—No, gracias. ¿No preferirías desayunar? Podría preparar...

—Me vale con esto. —Volvió a centrarse en cortar lonchas de jamón.

—He estado toda la noche llamándote al móvil. ¿Dónde has estado? —preguntó Elise.

—¿No has recibido el mensaje?

—No.

—Le pedí a la recepcionista del club que te llamara para decirte que me habían invitado a una partida de póquer de ésas con apuestas fuertes, y que volvería tarde a casa.

Rodeó a Elise camino del teléfono y oprimió el botón para activar la modalidad de altavoz. El tono estático indicó que no había ningún mensaje por escuchar.

—Hummm, qué raro. Por lo general es una chica de fiar.

Elise dudó que su marido le hubiera encargado a la recepcionista darle ningún mensaje. Si no quería que se preocupara, ¿por qué no la había llamado él mismo?

Cato se hizo el sándwich y lo cortó por la mitad con el cuchillo de carnicero.

—¿A qué hora has llegado a casa, Elise?

—En torno a las cinco, creo. Después de separarnos en el club, me han llamado de la modista para decirme que ya habían hecho los arreglos. He ido a recoger la ropa y luego de compras.

Era cierto a grandes rasgos, pero antes de ir a la *boutique* donde acostumbraba comprar, se había llegado hasta las afueras de la ciudad, donde estaba el Club *White Tie and Tails*, para encontrarse con Robert Savich.

Laird puso el sándwich en un plato y se lo llevó a la mesa en la zona del desayuno.

—¿Te has comprado algo?

—Un traje pantalón y un vestido de noche —dijo ella.

Cato se chupó un grumo de mayonesa del dedo.

—Luego te los pones para que los vea.

—Yo creo que te gustarán. —Se sentó delante de él para observar su expresión, intentando establecer contacto con la mirada, cosa que él evitaba una y otra vez—. No habías estado nunca fuera toda la noche. Ni una sola vez desde que nos casamos.

Cato masticó un bocado y se limpió la boca con la servilleta.

—Desde que nos casamos no había tenido nunca un día como el de ayer.

Tomó otro bocado, masticó y se limpió la boca de nuevo, todavía sin mirarla. El suspense estaba matando a Elise.

—La conversación con Duncan Hatcher me causó un gran disgusto. —A ella se le hizo un nudo en la garganta—. Ni siquiera Kurt, el nazi de los masajes, fue capaz de aliviar la tensión acumulada en los hombros y la espalda. —Tomó otro mordisco.

—¿Qué te dijo para disgustarte así? ¿De qué hablasteis?

—De nuestra relación. La tuya y la mía, no la mía y la suya —añadió Cato, y le mostró una sonrisa exenta de humor.

—Nuestra relación no le concierne en absoluto.

Entonces él la miró directamente.

—Pero él cree que sí.

—¿Por qué iba a creerlo? —inquirió ella.

—Dímelo tú.

—Lo siento, Cato. No sé a qué te refieres.

—Ya es la segunda vez que os encuentro cuchicheándoos al oído, Elise, absortos en vuestra conversación: la noche de la cena de gala y hoy en el club otra vez, y no me ha hecho gracia en ninguna de las dos ocasiones.

—La noche de la cena, era un desconocido que me pedía cambio. Hoy, cuando he salido del aseo, estaba en el pasillo, buscándote a ti.

Los ojos oscuros de Laird buscaron los de ella.

—Hoy no resultaba tan difícil dar conmigo, y aquella noche podría haber pedido cambio a una docena de personas más. Se está cruzando deliberadamente contigo. Ya debes de imaginar por qué, Elise. No puedes ser tan ingenua.

—¿Crees que Hatcher está interesado en mí, en plan romántico, Cato?

Él lanzó un bufido de burla.

—No tiene nada de romántico, le gustaría acostarse contigo para dejarme en ridículo.

Cato Laird había pasado fuera toda la noche por resentimiento y celos. Elise notó que el alivio hacía que sus pulmones se expandieran.

—¿Tú crees...?

—Sería la revancha definitiva por meterlo en chirona, ¿no crees? —dijo él—. ¿Seducir a mi mujer?

Aunque Duncan Hatcher le había dicho más o menos eso mismo la noche de la gala de entrega de premios, Elise sonrió y negó con la cabeza.

—Te equivocas, Cato. No tiene el menor interés en mí, al margen de la investigación.

—¿Qué hombre podría mostrarse inmune a ti, Elise? —Ella sonrió ante el halago—. Pero ¿qué me dices de ti...?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Qué opinión te merece el detective?

—¿Tienes que preguntármelo? —Le puso la mano en el antebrazo allí donde reposaba sobre la mesa y se lo apretó levemente—. Cato, desde la noche del tiroteo, el detective Hatcher no ha hecho otra cosa que acosarme. Sólo verlo me horroriza.

El semblante de Cato se relajó.

—Me alegra oírlo. —Apartó el plato a un lado y tendió la mano por encima de la mesa para acariciarle la mejilla—. Vamos a darnos un baño en la piscina.

—¿Ahora? Acabas de comer, y casi ha amanecido. ¿No estás muy cansado para nadar?

—No tengo ni pizca de sueño. Y por lo visto, tú tampoco. Y no he dicho que quiera nadar.

La cogió de la mano y salieron juntos. De camino, ella apretó el interruptor que encendía las luces de la piscina y el surtidor en el centro.

—No, déjalas apagadas —dijo él.

Se desnudó de la cabeza a los pies: era evidente que no estaba cansado en absoluto. Se acercó a ella, le deshizo el nudo de la bata y se la quitó junto con su camisón de noche de lencería. Cato pasó las manos por el cuerpo de su esposa con ademanes posesivos, más agresivos de lo habitual.

Elise respondió tal como se esperaba de ella, pero tenía la cabeza en otra parte.

Estaba pensando en Duncan Hatcher, que no la había traicionado hablando con su marido. ¿Suponía eso que la creía, aunque sólo fuera un poco?

Cato volvió a tomarla por la mano y la llevó escaleras abajo hasta el agua, la asió por la cintura y la hizo caminar hasta que dejó de hacer pie. Mientras su cuerpo flotaba pegado al de él, Elise reparó en que, en el centro de la piscina, el agua era profunda y oscura, igual que los secretos.

—¿Duncan? —Él gruñó algo semejante a una respuesta—. Es el tuyo.

—¿Hummm? —Levantó la cabeza de la almohada y abrió un ojo.

—Está sonando tu móvil.

—Ah, gracias. —Se frotó los ojos con una mano para despejarse y buscó el teléfono con la otra, lo abrió con un golpe de muñeca y contestó—: ¿Sí?

—¿Adivina a quién trajeron anoche y sigue en un calabozo?

—¿Qué hora es? —rezongó, mientras intentaba enfocar los números del despertador con ojos soñolientos.

—Gordon Ballew.

—¿Quién?

¿Cómo era que Dee Dee no sonaba grogui a pesar de ser domingo por la mañana?

—¡Gordie! —exclamó—. Gordie Ballew, uno de los chicos de Savich.

—Ya. —Con un gruñido, se volvió para ponerse boca arriba y se recostó en la cama. La mujer que dormía a su lado ya se había levantado y estaba en el otro extremo de la habitación, recogiendo la ropa para ponérsela de cualquier manera—. ¿Qué ha hecho?

—¿Qué más da? —respondió Dee Dee—. Siempre y cuando lo pillemos dispuesto a hacer un trato... Nos vemos allí.

Colgó antes de que él tuviera oportunidad de decir nada. Duncan dejó el móvil en la mesilla de noche y apoyó los pies en el suelo.

—Lo siento, pero tengo que irme a toda prisa. Es del trabajo.

—No pasa nada —dijo ella, asomando la cabeza por el cuello de la camiseta—. Tengo que marcharme de todas maneras.

La había conocido la noche anterior en uno de los locales de marcha de Market Square. Era menuda, atractiva y morena: eso era la suma total de lo que sabía de ella. La mujer le había contado algo, pero la música estaba alta, las copas cargadas, y, de todas maneras, no le había prestado mucha atención porque no estaba interesado en nada de lo que tuviera que decir.

No recordaba su conversación en absoluto, ni siquiera su nombre. No recordaba específicamente haberla invitado a su casa, pero debía de haberlo hecho. En cuanto al acto en sí, lo único que le resonaba era que había tenido buen cuidado de usar condón. Inmediatamente después de desmontar de su cuerpo, se había sumido en un profundo sueño.

No era típico de él llevarse a casa a una desconocida, pero le pareció que acostarse con alguien, el sexo mecánico y sin más sentido que sí mismo, le permitiría dejar de pensar en Elise Laird.

Qué iluso.

Su distracción debía de resultar evidente, y eso era injusto para cualquier mujer. Se sentía fatal al respecto, así que dijo:

—Mira, no tienes que salir corriendo de aquí sólo porque me vaya yo. Quédate. Duerme. Como si estuvieras en tu casa. Si esto no me lleva mucho, luego podemos ir a desayunar.

—No, gracias —dijo la mujer.

—Bueno, entonces, déjame tu número. —Intentó insuflar a su voz un poco de entusiasmo, pero estaba convencido de que no lo había logrado—. Me gustaría volver a verte.

—No, no te gustaría, pero no pasa nada. —La chica se fue camino de la puerta, pero antes de salir se volvió y le sonrió—: Tienes un buen polvo. Ya me dijo Savich que probablemente lo tendrías.

Gordon Ballew era uno de esos individuos abocados a la perdición antes de tomar la primera bocanada de aire. Su madre no estaba segura de quién era el padre, y tampoco creyó que importara mucho, porque, de todas maneras, no se quedó con la criatura.

Ni siquiera una pareja estéril desesperada por tener un hijo adoptado querría un crío con fisura de paladar, así que de la sala de partos, Gordie había pasado a depender del Estado, y había ido de un orfanato en otro hasta que fue lo bastante mayor para salir del sistema e intentar arreglárselas por su cuenta.

Toda su vida había sido un asalto interminable de burlas y humillaciones por causa de la boca deforme, sus problemas para hablar y su tamaño diminuto. Ahora, a los treinta y tres años, debía de andar por los 54 kilos, empapadito de la cabeza a los pies.

Duncan se habría compadecido de Gordie Ballew si no fuera porque nunca había intentado sacar partido de lo que le había caído en suerte, nunca había intentado invertir la caída en barrena hacia el fracaso que había sido su vida desde que salió del vientre de su madre a rastras como un gusano.

Después de despedirse de sus últimos padres de acogida, había entrado y salido de instituciones penales tantas veces que, según imaginaba Duncan, Gordie debía de sentirse en una galería penitenciaria como en su casa.

Lo observó con atención por el monitor de vídeo en la sala adyacente a la de interrogatorios, donde un miembro del equipo de lucha contra el narcotráfico llevaba varias horas machacándolo sin éxito.

—¿Se ha dado aviso al Departamento para la Lucha Contra la Droga?

Otro agente de Narcóticos negó con la cabeza y lanzó un bufido.

—Se han portado como unos cabrones al echarnos la culpa de que pelaran a Freddy Morris, así que me parece que no se lo debemos.

—¿Tuvimos la culpa de que pelaran a Freddy Morris? —preguntó Duncan.

—Y una mierda —respondió el agente, poniendo énfasis con un tono de voz quedo pero furioso.

—Lo cierto es que Savich consiguió daros esquinazo. A todos... —añadió Duncan.

El agente asintió con un gruñido, pero sin llegar a aceptar su parte de culpa.

—No veo cómo pudo hacer tal cosa.

—No pudo —dijo Duncan—. No sin ayuda.

El de Narcóticos le lanzó una mirada penetrante.

—¿Desde dentro? ¿Estás diciendo que alguien de los nuestros se fue de la lengua?

Era un tema delicado, un tema que había abordado anteriormente para encontrarse con un aluvión de protestas por parte de ambos equipos. Era algo que no dejaba de reconcomer a Duncan, pero lo dejó correr de momento.

—¿Dónde está el abogado de Ballew?

—Lo ha rechazado —le dijo el agente de Narcóticos—. Ha dicho que estaba listo para firmar una confesión, para ir a la cárcel sin pasar por la casilla de salida.

Dee Dee prácticamente estaba bailando de impaciencia.

—¿Vas a dejar que nos veamos las caras con él, o qué? —preguntó.

—Naturalmente —respondió el agente.

Cuando iban hacia la sala de interrogatorios, Dee Dee le preguntó a Duncan:

—¿Hiciste de poli bueno o de poli malo la última vez que interrogamos a Gordie?

—De malo. Vamos a seguir así.

—Vale.

El de Narcóticos abrió la puerta que daba al cuartucho gris y le dijo al agente que estaba conduciendo el interrogatorio que tenía una llamada.

—Además, los de Homicidios le tienen unas ganas de la hostia al colega... —decía el agente.

—¿Los de Homicidios? —chilló Gordie como un ratoncillo.

El agente de Narcóticos se hizo a un lado para dejar paso a Duncan y Dee Dee.

—Es todo vuestro. Que os divirtáis. —Salió tranquilamente y dejó que la puerta se cerrara a su espalda.

—Hola, Gordie. —Dee Dee tomó asiento a la mesita delante de él—. ¿Qué tal estás?

—¿A usted qué le parece?

Dee Dee hizo caso omiso de la actitud tras su respuesta y se presentó por su nombre.

—¿Nos recuerdas? Éste es mi compañero, Duncan Hatcher.

—Ya les conozco. —Gordie lanzó una mirada recelosa en dirección a Duncan,

que estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho y los tobillos cruzados.

—¿No te han traído nada de beber los de Narcóticos? ¿Qué te apetece? —Hizo ademán de ir a levantarse.

—Siéntate, Dee Dee —le dijo Duncan—. No necesita beber nada.

Dee Dee le frunció el ceño con aspereza fingida y volvió a dejarse caer en la silla.

—Has ido a elegir el peor momento para dejarte pillar, Gordie. Duncan está cabreado. Tenía planes para esta mañana, pero ahora está aquí contigo.

—Si tiene que irse, por mí no se preocupe, detective —bromeó Gordie a desgana.

El descaro del maleante no duró mucho. Bastó con que Duncan lo fulminase con la mirada para que se encogiera.

—Vamos a dejarnos de hostias —le dijo a Dee Dee—, enchirónalo por homicidio en segundo grado y así podré largarme.

—¿Ha muerto el tipo? —chilló Gordie—. No sangraba apenas. Juro que fue un accidente. No tenía intención de que saliera tan mal parado. Se metió con mi labio. Yo iba ciego. Ocurrió antes de que me diera cuenta. Dios santo. ¿Homicidio en segundo grado? Me declararían culpable de agresión, pero..., Dios bendito.

—Tranquilo, Gordie. —El tono sombrío de Duncan y la manera siniestra en que se apartó de la pared y se llegó a paso tranquilo hasta la mesa no le infundió la menor tranquilidad.

Gordie Ballew se echó a llorar, meneando arriba y abajo los hombros huesudos.

—Duncan, necesita un pañuelo de papel —comentó Dee Dee con amabilidad.

—No, nada de eso. —Duncan tomó asiento en la esquina de la mesa.

Gordie se limpió los mocos con la manga y levantó la mirada hacia él con miedo evidente.

—¿Ha muerto? Si apenas le pegué con una botella rota...

—Al tipo al que agrediste anoche lo atendieron y le dieron el alta —dijo Duncan.

Gordie sorbió ruidosamente por la nariz, miró boquiabierto a Duncan y luego a Dee Dee, que asintió para darle ánimos.

—Entonces ¿cómo es que están hablando de asesinato en segundo grado?

—Otro caso, Gordie. Freddy Morris —dijo Duncan.

El rostro de Gordie, enrojecido de ansiedad apenas unos momentos atrás, palideció. Se lamió los mocos del labio superior deforme y empezó a columpiar la mirada entre los dos policías, muerto de miedo.

—Está loco, Hatcher. Yo no tuve nada que ver con Freddy Morris. ¿Yo? ¿Está de broma?

—No, no estoy de broma. ¿Quieres pensarte otra vez lo del abogado?

Gordie estaba tan asustado que no reparó en lo que le decían.

—Yo..., yo nunca le he disparado a nadie. Me asustan las armas. Me ponen nervioso.

—Por eso no vamos a acusarte de homicidio en primer grado. No creemos que

fueras tú quien obligó al pobre Freddy a tumbarse en aquellas marismas, le cortó la lengua y luego le descerrajó un tiro en la nuca con un cuarenta y cinco. —Duncan hizo como si abriera fuego con una pistola e imitó un sonoro disparo con la boca.

Gordie se estremeció.

—Tengo que ir al baño.

—Puedes aguantarte.

—Duncan —dijo Dee Dee.

—He dicho que puede aguantarse.

Ella lanzó una mirada compasiva a Gordie y se encogió de hombros como si no pudiera hacer nada.

—Mira, Gordie —le advirtió Duncan—, nosotros sabemos, esos de Narcóticos de ahí fuera, los federales, todos sabemos que fuiste ni quien delató a Freddy Morris ante Savich.

—¿Está majara? ¿Savich? Me da más miedo que las armas. Si Freddy hubiera sido un poquito más listo, él también le habría tenido miedo, y se habría callado la boca.

Duncan miró de soslayo a Dee Dee con una sonrisa de satisfacción, como si esperara que lo felicitase por apuntarse un tanto. Cuando ya era tarde, Gordie cayó en la cuenta de que se había puesto en evidencia, e intentó rectificar de inmediato.

—Al menos eso se rumorea en la calle. He oído que Freddy Morris, bueno, ya saben, estaba en conversaciones con ustedes. Yo no lo sabía de primera mano.

—Yo creo que sí lo sabías, Gordie —respondió Duncan con toda tranquilidad.

—No —dijo, al tiempo que negaba con la cabeza rotundamente—. Yo, no. Nada de eso.

Se encogió en su silla, se limpió las palmas de las manos húmedas en los mugrientos vaqueros y parpadeó con fuerza como si no acabara de ver bien.

Duncan lo dejó sufrir un momento, y luego dijo:

—Háblame de Savich.

—Es un tipo de armas tomar, según he oído. Sólo conozco su reputación.

—Trabajas para él. Preparas y vendes metanfetamina para él —dijo Duncan.

—Paso alguna cosilla de vez en cuando, sí. No sé de dónde sale.

—Sale de Savich.

—No, no, él tiene un taller mecánico, ¿no? Fabrica máquinas o algo así, ¿verdad?

—¿Crees que soy maricón, Gordie? —le espetó Duncan.

—¿Qué? ¡No!

—¿Es eso lo que crees?

—No, yo...

—Entonces deja de tocarme los cojones. No eres lo bastante listo para quedarte conmigo. Eres uno de los camellos de confianza de Savich. Tenemos a aquellos chavalillos que testificaron en tu último juicio, ¿recuerdas? Dijeron bajo juramento que acuden a ti para pillar sobre seguro.

—Reconocí traficar de vez en cuando, ¿verdad? —Se volvió hacia Dee Dee, buscando su apoyo a la desesperada—. ¿No me ha oído reconocerlo ahora mismo?

—Te pasas de modesto, Gordie —dijo Duncan—. Savich depende de ti para grajearle adictos, futuros clientes, cuando apenas son unos críos. Les has dado aprobar «meta». Los tienes rebuscando en el botiquín de sus padres en busca de cajas de descongestivos. Eres una persona muy valiosa en el negocio de Savich.

El hombrecillo tragó saliva con dificultad.

—Hasta donde yo sé, su negocio es un taller de maquinaria.

—¿Temes que si hablas de él con nosotros vas a acabar como el pobre Freddy Morris?

—¿Saben lo que he oído? He oído..., he oído que a Freddy se lo cargaron por una mujer. Un tipo, no sé quién, quitó de en medio a Freddy porque se estaba cepillando a su parienta. Eso es lo que he oído.

Duncan habló en tono quedo pero amenazador:

—Estás quedándote conmigo otra vez. No me toques los cojones.

—No pienso decir nada sobre Savich —aulló el detenido con la voz desgarrada, y subrayó sus palabras dando golpecitos sobre la mesa con una uña sucia y mellada—. No conseguirán que diga nada, ni ahora ni nunca. —Dirigiéndose a Dee Dee, le suplicó en tono quejumbroso—: ¿Dónde está la confesión? Esos primeros polis, los que me detuvieron, ¿saben? Dijeron que les llevaría un rato terminar con el papeleo. Me han dejado esperando aquí y entonces han venido los de Narcóticos para meterme caña. Ahora ustedes. Lo único que quiero es que me dejen firmar una confesión diciendo que le tiré un viaje a ese tipo anoche con una botella de cerveza rota. Enciérrenme. Estoy listo para cumplir la condena.

—Podríamos llegar a un acuerdo —le propuso Dee Dee.

—Nada de acuerdos —dijo Gordie meneando la cabeza con terquedad.

—Podemos hacer que esta acusación de agresión a mano armada desaparezca sin más. —Duncan chasqueó los dedos a un par de centímetros de la nariz aplastada de Gordie—. O podemos cargarle con unas cuantas más. Es posible que inflemos esta acusación para convertirla en homicidio en grado de tentativa. Te caería más tiempo.

—Estupendo. Hágalo, Hatcher —dijo, poniendo en evidencia el farol de Duncan—. Prefiero ir a la trena que... Nada —masculló para terminar.

—¿Que acabar como Freddy Morris? —preguntó Dee Dee.

Pero su aparente amabilidad no surtió efecto, y ella y Duncan siguieron con él durante media hora más: no estaba dispuesto a incriminar a Savich.

—Ni siquiera por escupir en la acera —aseguró Gordie abiertamente.

Lo dejaron a solas, sin mostrar su hastío hasta estar fuera de la sala. Dee Dee se dejó caer contra la pared.

—Nunca me había esforzado tanto por ser amable. Qué ganas tenía de estrangular a ese capullo.

—Resultabas convincente. Hasta he pensado que empezabas a ablandarte. —

Duncan le estaba tomando el pelo, y ella lo sabía, pero ninguno de los dos estaba de humor para echar unas risas.

—Habéis hecho todo lo que estaba en vuestras manos —dijo uno de los agentes de Narcóticos que miraba con gesto malhumorado el monitor de vídeo, en el que se veía a Gordie mordiéndose un padastro sangrante—. No se le puede echar en cara. A Freddy Morris le cortaron la lengua. Savich llegó hasta Chet Rollins, que estaba en la cárcel. Alguien le metió una pastilla de jabón por el gaznate. Murió lentamente. Y ese Andre... ¿cómo se apellidaba?

—Bonnet —le recordó Duncan.

—En cuanto los del Departamento para la Lucha Contra la Droga llegaron a un acuerdo con él para que declarara contra Savich, su casa saltó por los aires, con su madre, su novia, los dos hijos de ésta y él mismo dentro.

—Los miembros del jurado no acordaron un veredicto para Savich y ese imbécil de ayudante del fiscal nos jodió en el nuevo juicio —comentó Duncan—. Se libró después de matar a cinco personas, incluida una criatura de tres meses.

—Estábamos convencidos de tener a Morris bien vigilado —dijo el de Narcóticos, que descargaba la frustración mascando chicle furiosamente—. Ese Savich es un cabronazo de lo más listo.

—No es tan listo —rezongó Duncan—. Ya lo pillaremos.

—Pues no parece que vayamos a pillarlo con ayuda de Gordie Ballew —comentó el otro agente de Narcóticos.

—Por mucho que hiciera un trato con nosotros, Gordie no es buen candidato —dijo Duncan. Todos lo miraron para que explicara sus palabras—. En primer lugar, se caga de miedo con sólo pensar en Savich. Se delataría antes de que pudiéramos tender ninguna trampa. En segundo lugar, está resignado a pasar la mayor parte de su vida en la cárcel.

»De hecho, creo que lo prefiere. ¿Por qué iba a arriesgarse a morir violentamente por delatar a Savich, cuando tiene garantizadas tres comidas al día y un alojamiento donde todo el mundo lo lleva tan mal como él? Es casi lo mejor que puede ocurrirle a un tipo tan patético como Gordie.

Todos mascullaron alguna palabra dando a entender que estaban de acuerdo, y luego Duncan y Dee Dee dejaron a los otros para que terminaran de redactar el papeleo por el cargo de agresión de manera que pudiera firmarlo Gordon Ballew.

—¿A quién conocemos que pueda rastrear mi casa en busca de micrófonos?

Por acuerdo tácito, Duncan y Dee Dee se habían reagrupado en el despacho de él. Ella abrió una lata de Coca-Cola *light* cuando Duncan le planteó la pregunta por sorpresa, lo que estuvo a punto de hacerle derramar el refresco.

—¿Crees que hay micrófonos ocultos en tu domicilio, Duncan?

Duncan le habló de la chica que había pasado la noche en su casa.

Incrédula, Dee Dee escuchó con la boca entreabierta.

—Duncan, qué estupidez...

—Lo sé, lo sé. —Levantó las manos en un gesto de rendición—. Me he portado como un idiota, lo confieso, pero ocurrió. Ahora tengo que controlar los daños en la medida de lo posible.

—Podría haberte matado.

—Savich se está guardando ese placer en concreto para él. Esto no era más que otra tomadura de pelo, su manera de hacerme saber lo vulnerable que soy.

—¿Merecía la pena esa mujer? —preguntó Dee Dee.

—Ni siquiera lo recuerdo —reconoció él—. No tenía ni idea hasta que me has despertado esta mañana. Cuando ha dejado caer la bomba, he saltado de la cama y la he perseguido escaleras abajo, pero se ha marchado corriendo por la acera. La habría seguido, pero estaba con el culo al aire, desarmado, y posiblemente en eso consistía su plan. Quizá Savich estaba escondido tras los setos, listo para pegarme un tiro en cuanto apareciera. Así que he vuelto a entrar, he cogido el arma y registrado la casa, pensando que tal vez estaba dentro. No era así, claro. Hasta donde he podido ver, no había nada fuera de su sitio.

—Salvo el lado de la cama donde ha dormido ella.

—No podías dejarlo pasar, ¿verdad, Dee Dee?

—¿Se ha llevado algo?

—Me parece que no. No he visto que faltara nada, pero mientras estaba dormido, es posible que haya colocado alguna clase de dispositivo de vigilancia en mi casa. Quiero que alguien eche un vistazo lo antes posible.

En cuestión de media hora, habían localizado a un experto en asuntos de vigilancia que a veces trabajaba bajo contrato para la policía. Prometió registrar la casa a lo largo de la mañana y Duncan le facilitó la ubicación de su llave escondida, así como el código de la alarma, que había cambiado antes de salir de casa.

Cuando Duncan acababa de hablar con el experto, Dee Dee entrecruzó los dedos sobre la masa de estropajo que tenía por cabello y lanzó un suspiro de resignación.

—¿Qué voy a hacer contigo, Duncan?

—¿Castigarme en mi cuarto?

—¿Te pusiste condón, por lo menos?

—Sí —admitió él.

—Bueno, algo es algo. Y estás teniendo cuidado con la alarma de tu casa, eso está bien. Pero de ahora en adelante, pide referencias antes de llevarte a la cama a una mujer, ¿vale? Si Savich está...

—Cato Laird nos ha mentado.

Dee Dee dejó caer las manos de la cabeza.

—Creía que estábamos hablando de Savich.

—Ahora estamos hablando de los Laird —aclaró Duncan.

—Ayer te enteraste de algo después de despacharme del club de campo, ¿verdad?

Lo de que no sacaste nada de la charla en el vestuario con el juez era una mentirijilla, ¿a que sí? Me dijiste que había sido una pérdida de tiempo.

La había llamado por el móvil desde el taxi que lo llevó del club a su casa.

—Sí, te mentí —admitió él.

—¿Y eso?

—Quería tomarme una tarde libre.

—Pues fíjate en lo que pasó —comentó ella, burlona.

—Si te hubiera dado a entender que había averiguado algo que podía ser importante, ninguno de los dos habría tenido la noche libre, y, a mi juicio, nos venía bien a los dos.

—Te mataría —dijo ella con un gruñido—. Aunque no antes de que me digas lo que averiguaste.

—Nos mintió acerca de Meyer Napoli.

Le contó todo lo que le había dicho el juez Laird acerca de cómo contrató al detective privado para que siguiera a Elise.

—Está tan coladito por ella, que no le importa que su matrimonio le haya costado el respeto de amigos y colegas. Posiblemente incluso su próxima reelección. Sienten un apasionado apetito sexual el uno por el otro. Aunque ella tuvo una aventura, la quiere demasiado para echárselo en cara. Terminó. Pasó a la historia. El matrimonio continúa incólume. Todo el mundo es feliz.

—¿Ella no sabe que contrató a Napoli? —preguntó Dee Dee.

—Según él, no.

—Así que la señora decía la verdad cuando aseguró que no había oído hablar de él en su vida.

—Supongo —dijo Duncan.

—¿Y el juez está convencido de que la aventura terminó?

—Sí, terminó, eso seguro. El amante de la señora Laird era Coleman Greer.

Dee Dee le lanzó una mirada burlona.

Capítulo 12

Fueron a desayunar a una cafetería del centro, cerca del cuartel. Dee Dee pidió una tortilla de clara de huevo con queso bajo en calorías, tomates frescos y una tostada de pan integral. Duncan comió dos huevos fritos, sémola con mantequilla fundida, varias salchichas y tostadas con salsa de carne.

—Qué injusticia —comentó Dee Dee mientras lo veía untar un pedazo de salchicha en la salsa—. Voy a hacerme un muñeco de vudú con tu cara. Cada vez que coma algo bajo en calorías, voy a clavarle una aguja.

—Ya me pesará un día de éstos.

—Lo dudo —masculló ella—. Es una cuestión de genética. Una de las bromas más crueles que ha gastado Dios a la humanidad es la de que tienes oportunidad de ver aquello en lo que te convertirás. ¿Le has visto el culo a mi madre? Lo tiene como un granero.

—Pero no tiene arrugas.

—Porque tiene la cara redonda como un plato de tarta. Hoy voy a ir a verla. — Las visitas a sus padres siempre la ponían de mal humor y le provocaban una tendencia a la autocrítica.

—Seguro que comerás bien —comentó Duncan.

—Pero no hasta que hayamos ido al cementerio para presentar nuestros respetos al querido Steven. —Se plantó la mano en la frente y se frotó con fuerza el ceño—. Fíjate en lo que estoy diciendo. Mi hermano está muerto, yo sigo viva, ¿y le guardo rencor? ¿En qué clase de persona me convierte eso? En alguien horrible, en eso mismo.

—Mira, si prefieres tener esta conversación contigo misma, puedo irme y volver dentro de un rato, Dee Dee.

Ella dirigió a Duncan una sonrisa torcida.

—Perdona, pero ya sabes lo que detesto esas peregrinaciones a la tumba de Steven. Mi madre llora. Mi padre se queda mudo como una lápida. Cuando nos marchamos, me mira y sé lo que está pensando. Está pensando por qué, si tenía que perder a uno de sus hijos, tuvo que ser Steven.

—No está pensando eso.

—Ah, ¿no? Entonces ¿por qué hace que me sienta como si fuera una decepción colosal?

—Sencillamente no sabe cómo demostrarte lo orgulloso que está. Te quiere. — Eso era lo que siempre le decía Duncan, aunque sabía que ella no le creía. Ni siquiera estaba seguro de creerlo él mismo.

El hermano de Dee Dee había muerto en un accidente de coche una semana antes de terminar el instituto. Dee Dee, varios años menor, se había empeñado en ocupar el

lugar de su hermano, o al menos intentarlo. Dos décadas después de la tragedia, sus padres todavía lloraban al hermano y ella aún intentaba compensar su pérdida y ganarse el amor con que habían colmado al fallecido, su adorado rubito.

Su padre era militar de carrera, de manera que, nada más acabar la universidad, Dee Dee se había alistado en los marines. Tenía un historial de servicio impecable, pero no había conseguido impresionar a su padre. Una vez cumplido su deber, decidió no reengancharse y entró en la policía de Savannah. Subiendo puestos desde abajo, había llegado a detective en un tiempo récord. Pidió entrar en la Unidad de Crímenes Violentos y lo consiguió.

Tenía una aptitud innata para el trabajo policial, y parecía crecerse ante la adversidad, pero a menudo Duncan se preguntaba si la elección de su carrera no había sido sino otro intento de demostrar a sus padres que era capaz de hacer un trabajo difícil tan bien como cualquier hombre, o mejor. Tan bien o mejor de lo que podría haberlo hecho Steven.

La manera que tenía de fijarse objetivos y cumplirlos con creces era admirable, pero la búsqueda de la excelencia que hacía de ella una buena policía también la convertía en una persona descontenta. Al no estar nunca satisfecha con su rendimiento, se esforzaba constantemente por hacerlo mejor. Se afanaba en el trabajo hasta dejar de lado todo lo demás. Tenía pocos amigos y apenas aprovechaba ninguna ocasión para hacer vida social. Se mofaba de la mera idea de tener una relación sentimental, diciendo que no merecería la pena el esfuerzo necesario para conseguir que funcionara, y que, si llegaba a funcionar de milagro, no sería compatible con su carrera.

En numerosas ocasiones Duncan le había señalado lo desequilibrada que era su vida, y la había instado a que la compensara de algún modo, pero no era fácil ofrecer argumentos contra un adversario como la obsesión. Una vez que alguien la tenía tan interiorizada, dominaba su vida, regía sus decisiones, y, a la larga, podía abocarla al desastre.

Tuvo la sensación de que sus pensamientos sufrían un tropiezo al llegar a ese punto.

¿A quién pertenecía la obsesión en la que estaba pensando? ¿A Dee Dee o a él mismo? Había estado peligrosamente cerca de obsesionarse con Savich, y ahora con Elise Laird.

—¿Duncan?

Dee Dee lo sacó de tan inquietante introspección.

—¿Qué?

—Te decía que hablemos de la aventura de Elise Laird con Coleman Greer. De ese amor ardiente con semejante pedazo de tío —dijo, dándole el tonillo de una canción de Elvis.

«Estupendo.»

—No sabía que fueras tan aficionada.

—Pues vaya cosa.

—Era buen jugador —recordó él.

—¿Bueno? De los mejores, Duncan. Estuvo con los Braves durante tres temporadas.

—Ya me conozco las estadísticas. Seguro que mejor que tú —añadió él, preguntándose por qué de pronto estaba tan cabreado con el mundo, y con Dee Dee en particular. ¿Tal vez fuera porque creía que Coleman Greer era un pedazo de tío, y, por lo visto, también lo había creído Elise?

—¿Qué piensas tú de la aventura? —le preguntó Dee Dee.

Para demorar la respuesta, pidió a la camarera que le llenara la taza de café. La pregunta quedó sin contestar hasta que les retiraron los platos y empezó a tomar a sorbos el café recién servido.

—No se ha confirmado que tuviera una aventura. —Antes de acabar de decirlo, supo que la reacción de Dee Dee probablemente sería airada, como, en efecto, lo fue.

—¡Por favor! No me vengas con eso. ¿Una mujer se ve en secreto con Coleman Greer y crees que no se van a ir al catre? ¿Qué otra cosa iban a hacer? Déjame que te diga lo que creo yo —dijo Dee Dee.

—No dudaba que fueras a hacerlo. —A él no se le ocurría ninguna alternativa verosímil a lo de irse al catre.

—Creo que hay muchas probabilidades de que la señora Laird mintiera cuando dijo que no había oído hablar nunca de Meyer Napoli. No, déjame acabar —lo atajó al ver que iba a interrumpirla—. Se montó el numerito ese de la chica inocente tanto ante nosotros como ante su marido. Creo que, de alguna manera, descubrió que Napoli la seguía, y supuso que debía de haber sido su marido quien lo contrató, de manera que se encaró con Napoli.

—Te superas, Dee Dee. Estás sacando conclusiones sin nada que las respalde. Nada en absoluto. Cero.

—Haz el favor de escucharme, Duncan.

Duncan se encogió de hombros y le indicó que continuara.

—Sigue...

—Se encara con Napoli, que, como sabemos, tiene la estatura moral de un gusano. Ella le paga más que su marido, y el detective vuelve a Cato con las manos vacías...

—¿Qué? —le preguntó a Duncan cuando vio que estaba negando con la cabeza.

—Laird me dijo que Napoli le trajo pruebas de la aventura, pero que se negó a verlas u oírlas, ¿lo recuerdas?

Ella lo sopesó unos instantes y luego dijo:

—Vale, entonces igual fue Napoli quien acudió a ella, más tarde, después de que el juez hubiera rehusado sus servicios. Él le enseña las fotos, el vídeo, alguna clase de prueba de su infidelidad, le dice que quizá su marido ya no esté interesado en el material, pero seguro que otros lo estarán. Los medios de comunicación, tal vez.

Coleman Greer es famoso, etcétera. La chantajea. No sería impropia de Napoli una jugada sucia como ésta.

—No, pero ¿dónde entra Gary Ray Trotter en todo el asunto?

—Es el mensajero —afirmó Dee Dee.

—¿Ella mató al mensajero?

—Algo así.

A Duncan no le hacía ninguna gracia reconocer que durante la víspera, tras su conversación con el juez, había estado dando vueltas a hipótesis en la misma línea. Cato Laird había mentido en lo de que no conocía a Meyer Napoli al margen de la sala del tribunal, Elise podía haber mentido también, quizá de forma más convincente incluso.

—Tu hipótesis tiene su mérito —reconoció él—, pero siempre y cuando estemos siendo creativos y nos mantengamos en el terreno de la fantasía...

Dee Dee le dirigió una mueca.

—... vamos a abordarlo desde otra perspectiva. Supongamos que Napoli estaba chantajeando al juez. Tiene material comprometedor sobre la esposa del juez y su amante, el famoso jugador de béisbol. Es posible que el juez no quiera conocer los detalles, pero puedes apostar a que el público sí.

—Para evitar que el asunto salga a la luz, el juez le paga a Napoli de manera que la aventura de su mujer siga siendo un secreto de familia —apuntó Dee Dee.

—Exacto. Su señoría juega a dos cartas. No quiere que los trapos sucios de su mujer sean del dominio público ni quiere que su mujer sepa que está al tanto de esos trapos sucios. —Cerró los ojos para concentrarse mejor.

—¿Qué? —preguntó Dee Dee transcurridos unos instantes.

La hipótesis que había elaborado lo llevaba a un paso de creer el alegato de defensa de Elise, pero debía tener mucho cuidado a la hora de planteárselo a Dee Dee.

—¿Y si...?

—¿Qué? —lo apremió ella.

—¿Y si el juez Laird no se hubiera propuesto olvidar y perdonar la aventura, tal como quiso hacerme creer? ¿Y si ha estado reconcomiéndolo, como un cáncer en su matrimonio, en su amor por su esposa, en su amor propio y su virilidad?

Dee Dee frunció el ceño.

—Tendría que ser un actor de primera. Por lo que parece, adora el suelo que pisa su mujer.

—Sólo estoy especulando —dijo Duncan en un tono irritable.

—De acuerdo. Adelante.

—La noche del tiroteo, él obligó a su esposa a quedarse en la cama y no le dejó conectar la alarma.

—No nos consta que la obligara a quedarse en la cama.

Sí que la había obligado. Al menos eso le había dicho Elise.

—Vamos a suponer que sí.

—Espera —le dijo Dee Dee, que levantó la mano como un poli de tráfico—. ¿Estás diciendo...? ¿Qué estás diciendo? ¿Adonde quieres ir a parar con todo esto? ¿A que Trotter no era simplemente el intermediario de Napoli? ¿A que había ido con un propósito más vil?

Duncan se encogió de hombros como para decir que era posible, ¿no?

—Llevaba pistola, y disparó.

—¿Gary Ray Trotter? ¿Un ejecutor? ¿Una especie de matón a sueldo enviado para presionar al juez Laird? —comentó Dee Dee.

—O a la señora Laird.

—Detesto faltar al respeto a los muertos, pero, vamos, Duncan, ¿Gary Ray Trotter, asesino a sueldo?

—¿No te parece que la idea se tiene en pie?

—Ni con muletas —dijo Dee Dee.

De hecho, él tampoco lo creía. Cuanto más pensaba en ello, menos probable le parecía que un hombre de la inteligencia y los recursos de Cato Laird contratara a un chapucero crónico como Trotter para que cometiera un asesinato en su nombre. Elise Laird se estaba quedando con él, sencillamente no sabía por qué. Y estaba furioso consigo mismo por haberse fiado de ella lo más mínimo.

Pero ¿por qué iba a inventar semejante historia? «Para protegerse de una posible acusación, estúpido».

¿Por qué acudir a él precisamente? Más estúpido aún. Lo dominaba la lascivia y ella lo sabía.

Pero, maldita sea, Elise parecía genuinamente asustada cuando le dijo que iba a preguntarle a Cato qué motivo podía tener para querer que su esposa muriera. ¿Era ese motivo su aventura con Coleman Greer?

—¡Joder! —exclamó Duncan.

—¿Qué? —preguntó Dee Dee en respuesta a su imprecación.

—No sé qué. He estado dando vueltas y más vueltas a este asunto y aun así lo único que tenemos es un tiroteo con resultado de muerte que no acaba de encajar. Es...

—Sospechoso.

—A falta de una palabra mejor... Pero cuanto más ahondamos, menos...

—Menos parece defensa propia, Duncan.

—Aunque tampoco tenemos nada que contradiga lo de la defensa propia.

—Entonces, ¿por qué le estamos dedicando tanto tiempo? —quiso saber ella.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

Sí que lo sabía, pero aún no estaba dispuesto a contarle a Dee Dee lo de la nota de Elise Laird, la visita que le había hecho a su casa ni su alegación acerca de que su marido había contratado a Gary Ray Trotter para matarla.

—No...

—No le damos carpetazo por intuición. Ambos tenemos la sensación de que se nos escapa algo —dijo ella—. Y ese algo podría suponer la diferencia entre A: una mujer que se protege de un intruso en su casa.

—Y B: un homicidio.

—Una diferencia considerable. —Dee Dee observó a la camarera, que servía a otro cliente una porción de tarta de crema de coco—. Si Elise Laird come así, me corto las venas.

—No te cae bien, ¿verdad?

—La odio —dijo ella sin ambages—. No le vale con tener la belleza de Elena de Troya y llevar una vida de lujo en una maldita mansión, ¿verdad? Además tiene que tocarle en suerte ver a Coleman Greer desnudo.

—Eso no es odio, es envidia.

—Antes era envidia —reconoció ella—, pero se ha convertido en odio ahora que sé lo suyo con Coleman Greer.

—Tenemos que hablar con ella del asunto. —Duncan se juró a sí mismo que su interés en la aventura de Elise con el jugador de béisbol era estrictamente profesional. Podía ser esencial para la investigación. Tenía que ver su reacción cuando se mencionara el nombre de Greer, pero sólo porque su reacción podía ser reveladora y, por lo tanto, importante para el caso. De veras.

—Y que lo digas —coincidió Dee Dee—. Tenemos que preguntarle al respecto, hacerle saber que lo sabemos. —Entrecerró los ojos tal como acostumbraba hacer en las prácticas de tiro, cuando tenía la diana en el punto de mira—. Me gustaría saber especialmente si fue ella la responsable de que Coleman se suicidara.

Capítulo 13

El lunes, poco después de mediodía, Dee Dee entró a paso firme en el despacho de Duncan.

—Acabo de hablar con ella. Estará aquí dentro de cinco minutos.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto. La he localizado en el móvil. Estaba haciendo recados y ha dicho que viene directamente.

Después de desayunar, habían decidido tomarse el domingo libre, y dejar también que Elise Laird se lo tomara libre. Dee Dee había ido a casa de sus padres a comer. «A hacer penitencia», lo llamó ella.

Duncan fue al gimnasio a hacer ejercicio, incluidos cincuenta largos en la piscina. El resto del día lo pasó en su casa, donde, según el experto en vigilancia electrónica, no había ningún micrófono oculto, noticia que sólo le produjo un leve alivio.

Savich no había enviado a la mujer a poner ningún micrófono, sino a hacerle llegar un mensaje: Savich podía acceder a él cuando lo creyera oportuno, y, tal como había temido Duncan, probablemente no lo vería venir.

Vio la tele, resolvió un crucigrama y tocó el piano, pasatiempos para los que no hacía falta estar provisto de un arma letal. Aun así, tuvo la pistola consigo en todo momento. Incluso durmió con ella.

Había estado pensando en Elise más de lo que le convenía.

Al llegar Dee Dee y él a la oficina esa mañana, hablaron acerca de cómo iban a abordar la entrevista con Elise. Iba a ser complicado interrogarla sobre su aventura con Coleman Greer sin que saliera a relucir que lo habían averiguado a través de su marido. Duncan no quería provocar la ira del juez si podía evitarlo.

—¿Ha preguntado de qué queríamos hablar con ella? —le preguntó ahora a Dee Dee.

—Le he dicho que se trataba de un asunto delicado y que queríamos proteger su intimidad en la medida de lo posible.

—Ajá. ¿No ha indagado más?

—No —dijo Dee Dee.

—¿Ha dicho algo acerca del juez?

—Sólo que tenía intención de pedirle que se sumara a nosotros.

—Mierda.

—Pero la he disuadido, dándole a entender de nuevo que le convenía que el asunto siguiera siendo confidencial.

Duncan afirmó:

—El juez nos arrancará la piel a tiras si se entera.

—Yo diría que no será ella quien se lo cuente. Si el juez Laird está en lo cierto,

ella no llegó a enterarse de que su marido estaba al tanto de su aventura. ¿Por qué iba a confesársela ahora, Duncan?

—Podría ser el menor de dos males. Tal vez confiese que tuvo una aventura si se enfrenta a un procesamiento.

—Admitiría haber cometido adulterio, pero no haber asesinado a Trotter —dijo Dee Dee.

—No es una elección difícil —señaló Duncan—, sobre todo si tu marido ya te ha perdonado.

—El maridito también está al tanto de todos los entresijos de los procesos por asesinato —recordó Dee Dee—. Conoce a los mejores abogados defensores, y el precio no sería problema. Él podría salvarle ese culito suyo tan mono.

—Sí, podría...

Pero ¿querría hacerlo?, se preguntó Duncan. No si era cierto lo que aseguraba Elise acerca de que quería matarla.

—Podríamos aclarar el asunto en buena medida si lográramos hablar con Napoli —comentó Dee Dee, interrumpiendo los pensamientos de su compañero.

—Mira, Dee Dee: Kong dice que no tiene ninguna pista, ni siquiera consiguen dar con su coche. Tampoco han encontrado billetes de avión o autobús.

—¿Alquiler de un barco?

Duncan meneó la cabeza en el momento en que empezaba a sonar el teléfono de su mesa.

—Quizá Napoli entró en éxtasis y ascendió a los cielos.

—Eso iba a decir yo ahora mismo. —Duncan respondió al teléfono y le informaron de que la señora Laird acababa de llegar y estaba en el vestíbulo. Cubrió el auricular con la mano—. ¿Dónde lo hacemos? ¿En la sala de interrogatorios?

—Vamos a intentar que resulte lo más amistoso posible —sugirió Dee Dee—. ¿Qué tal aquí mismo?

Duncan le dijo a la recepcionista que la detective Bowen bajaría y acompañaría a la señora Laird hasta la Unidad de Crímenes Violentos. Mientras Dee Dee estaba ausente, llevó otra silla a su angosto despacho, y luego se sorprendió enderezándose la corbata y comprobando si llevaba la camisa por dentro del pantalón. ¿Qué demonios?, pensó, un tanto quejoso. No tenía una cita con ella, no era más que un interrogatorio.

Dee Dee estaba charlando como una cotorra, dándole conversación amigable a Elise mientras la hacía pasar por el estrecho espacio que separaba las mesas de los detectives. Elise, por su parte, no dijo nada hasta que llegó a la puerta abierta del despacho.

—Hola, detective Hatcher.

—Gracias por venir, teniendo en cuenta que la hemos avisado con tan poca antelación.

Le ofreció una silla, Dee Dee ocupó otra y él se sentó a su mesa.

—Nosotros...

—¿Debería llamar a un abogado? —preguntó Elise.

—Si usted quiere —respondió Duncan.

Elise miró de soslayo a Dee Dee y luego volvió a centrarse en él.

—Antes de que hagan ninguna pregunta, tengo una para ustedes.

—Me parece muy bien —aceptó Duncan.

—¿Por qué están investigando el tiroteo en mi casa como si fuera un homicidio?

—Eso no es cierto —aseguró Dee Dee.

Pero Elise no desvió la mirada de los ojos de Duncan.

—¿Qué saben, o creen saber, que les impide aceptar que disparé contra ese hombre en defensa propia?

—Si hiciera una encuesta entre asesinos convictos, señora Laird, lo más probable es que el noventa por ciento le dijera que cometió el hecho en defensa propia. Sencillamente no podemos aceptar su palabra.

—Ni la mía, por lo visto.

El tono mitigado de su voz dejó entrever que se refería a algo más que el mero asunto de la defensa propia. Duncan tampoco había aceptado su palabra con respecto a que Cato la quería muerta.

—Ni la suya.

Elise tomó aire para tranquilizarse un poco.

—¿Por qué me han pedido que venga hoy aquí?

—¿Qué hay de ese abogado? —le recordó Dee Dee.

—En primer lugar, dígame de qué se trata.

—Coleman Greer.

Cogida completamente por sorpresa, Elise preguntó, al tiempo que lanzaba una bocanada de aire:

—¿Cómo?

—Usted conocía al difunto Coleman Greer, el famoso primera base de los Atlanta Braves —afirmó Dee Dee.

Elise lanzó una mirada rápida a Duncan y luego dirigió un asentimiento a Dee Dee.

—Lo conocía bien. Éramos amigos.

—¿Amigos?

—Sí.

Nadie dijo nada durante unos instantes. Duncan y Dee Dee aguardaron para ver si daba más detalles, pero parecía conmocionada. Al cabo, miró a Duncan:

—¿Qué pasa con Coleman?

Antes de que él pudiera responder, Dee Dee dijo:

—Era un atleta asombroso.

—Tenía mucho talento.

—¿Era usted admiradora suya?

—Más amiga que admiradora. No presto mucha atención al deporte.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó la detective.

—Crecimos juntos —dijo. Al advertir que la miraban sorprendidos, añadió—: Fuimos a la escuela y luego al instituto. Éramos del mismo pueblo en la zona central de Georgia.

—¿Fueron novios en el instituto?

—No, detective Bowen. Sólo amigos.

—¿Mantuvieron su amistad después del instituto? —preguntó Duncan.

—Resultó difícil. Coleman obtuvo una beca para jugar al béisbol. Después de la universidad lo ficharon en las ligas menores. Seguro que ya sabe todo eso.

—Ya conozco su carrera como jugador. Lo que desconozco son sus relaciones personales. Eso es lo que nos interesa, cuál era su relación con él.

—¿Por qué? ¿Qué importancia puede tener?

—Eso estamos intentando determinar —apuntó Dee Dee.

—No hay nada que determinar —dijo ella—. ¿Cómo se han enterado siquiera de que Coleman y yo éramos amigos?

—Tenemos nuestros recursos.

Era una respuesta tan fatua que Duncan se hizo eco de la mirada burlona que lanzó Elise a Dee Dee.

—¿Perdió contacto con él mientras estaba en la universidad y las ligas menores?

—Jugar al béisbol le ocupaba todo el tiempo. Nos enviábamos postales, felicitaciones de Navidad, pero aparte de eso, no mantuvimos contacto muy estrecho.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Duncan.

Elise apartó la mirada y dijo en voz queda:

—Pocos días antes de su muerte.

—Antes de que se suicidara —la corrigió Dee Dee sin miramientos.

Con la cabeza gacha, Elise asintió.

—¿Le dio alguna indicación de que tuviera previsto acabar con su vida?

Ella levantó la cabeza y miró a Dee Dee con ferocidad.

—Si lo hubiera hecho, ¿no cree que habría tomado alguna medida para evitarlo?

—No lo sé —contestó la detective—. ¿La habría tomado?

La brusca pregunta de Dee Dee la dejó muda de asombro. Se quedó mirándola unos instantes y luego se volvió hacia Duncan:

—No lo entiendo. ¿Por qué me están haciendo preguntas sobre Coleman?

—¿Le resultan dolorosas? —preguntó Duncan.

—Claro.

—¿Por qué?

—¡Era amigo mío!

—Y su amante.

—¿Qué?

—¿Hace falta que lo repita?

—No, pero se equivocan. No éramos amantes. Éramos amigos.

Dee Dee soltó un bufido de incredulidad, pero Elise hizo caso omiso. Su atención estaba centrada en Duncan.

—Creía que esto iba a ser sobre Gary Ray Trotter. ¿Qué tiene que ver Coleman con el asunto? ¿Con nada de esto?

—¿Cuándo volvió a entablar contacto con él? Más estrecho que lo de las postales y las felicitaciones —quiso saber Dee Dee.

—Me llamó y me invitó a ir a verlo a Atlanta.

—¿Estaba su marido incluido en el reencuentro?

—No, eso fue cuando Coleman empezó a jugar en los Braves. Ni siquiera había conocido a Cato. Luego, una vez casada, invité a Coleman a cenar en nuestra casa. Cato es seguidor de los Braves, así que estuvo encantado de saber que Coleman era amigo mío.

Duncan intervino:

—¿Hicieron buenas migas?

—Muy buenas.

—Aparte de aquella cena, ¿volvieron a encontrarse?

—Coleman nos facilitó entradas de tribuna en uno de los partidos en casa. Después nos fuimos a cenar con él. Por lo que yo sé, son las dos únicas ocasiones en que él y Cato coincidieron.

Duncan se levantó de la silla y tomó asiento en la esquina de la mesa, para así estar a mayor altura y mirarla desde arriba.

—Sabe muy bien que no volvieron a verse —dijo—, porque habría sido de lo más enrevesado tener a su marido y a su amante...

—Coleman no era mi amante.

—¿Nunca lo veía a solas, sin su marido?

Elise titubeó.

—Yo no he dicho eso.

—Así que lo veía a solas, ¿no?

—A veces.

—¿A menudo?

—El calendario de Coleman era...

—¿A menudo?

Cediendo a la presión, Elise asintió:

—Cuando nos lo permitían nuestras respectivas agendas.

—¿Dónde se veían?

—Aquí en Savannah, por lo general.

—¿Dónde, aquí en Savannah?

—En distintos sitios.

—¿Restaurantes? ¿Bares?

—Coleman intentaba evitar los lugares públicos porque los seguidores no lo

dejaban en paz.

—Así que se veían en lugares que les permitieran estar en la intimidad. —Duncan hablaba con serenidad.

—Sí.

—¿Como habitaciones de hotel?

Ella vaciló y luego asintió.

—¿Qué le parecían a su marido esos encuentros en hoteles?

—No es una pregunta superficial —opinó Dee Dee.

Elise no respondió.

—No estaba al tanto, ¿verdad? —continuó Duncan—. No le informaba cuando iba a reunirse con un deportista de élite atractivo y famoso como Coleman Greer en la habitación de un hotel, ¿verdad? Porque no le habría hecho ni pizca de gracia.

Elise se incorporó de un brinco.

—No tengo por qué escuchar esto.

Duncan le puso una mano en el hombro.

—Puede escucharlo aquí y ahora, a solas, o puede escucharlo más adelante en presencia de un abogado y su marido.

Duncan notó en la mano el calor que emanaba del cuerpo de la mujer. Su respiración era rápida y somera, agitada.

—Coleman y yo éramos amigos y nada más que amigos.

—Que se encontraban secretamente en hoteles... —completó Duncan.

—¿Por qué no me cree?

—Porque nada de lo que me ha contado resulta creíble. —Alanceó los ojos de Elise con los suyos—. Nada.

—Le he dicho la verdad.

—¿Acerca de usted y Coleman Greer?

—Acerca de todo.

—¿Cuánto duraban esos encuentros tan íntimos? ¿Una hora, dos, más?

—Dependía.

—Aproximadamente —apuntó el detective.

—Un par de horas. No más, por lo general.

—Dependiendo del tiempo que pudiera ausentarse usted.

Elise dejó escapar aire de su boca lentamente.

—En eso tienen razón. Cato no estaba al tanto de mis encuentros con Coleman.

—Ah.

—Pero no es lo que piensan. No era un lío amoroso.

—Las habitaciones de los hoteles se utilizan para dos cosas. Una de ellas es dormir, y no creo que se encontrara con Coleman Greer para dormir.

—Hablábamos.

—Hablaban.

—Sí.

—¿Y nada más?

—No.

—¿Con toda la ropa puesta?

—¡Sí!

—¿De verdad espera que creamos...?

—¡Es la verdad!

—¿... que estaba en la habitación de un hotel con un hombre...?

—Un amigo, detective..., un amigo.

—¿... y no le echó un polvo?

Elise tomó aire de súbito y dio la impresión de que iba a decir algo, pero luego se lo pensó mejor y frunció los labios.

Duncan esbozó una sonrisa de satisfacción.

Hasta que ella no se encogió de hombros para hacerle apartar la mano, Duncan no cayó en la cuenta de que había estado apretándole el hombro todo el rato.

—¿Van a detenerme, detective Hatcher?

—Todavía no.

Elise cogió su bolso de mano y se largó a toda prisa.

Su repentina marcha dejó un vacío en la pequeña habitación. Duncan, con los ojos puestos en el umbral que acababa de cruzar ella, se pasó los dedos por el pelo y masculló una ristra de maldiciones. Largos instantes después, cayó en la cuenta de que Dee Dee seguía allí, mirándolo, con líneas paralelas en el ceño fruncido.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué?

—¿De qué iba todo eso? —dijo Dee Dee.

—¿El qué?

—El... —Dee Dee meneó la mano adelante y atrás como si estableciera una conexión entre su propio pecho y un punto invisible en el espacio—. Eso que había entre vosotros dos.

—¿De qué hablas?

—De tensión, algo, no lo sé. Fuera lo que fuese, saltaban chispas.

—Te lo estás imaginando, Dee Dee. Tanto hablar de Coleman Greer desnudo te ha puesto como una moto.

—Si dejas que esa mujer te nuble el juicio, el que va a ir de culo eres tú.

Duncan sopesó sus palabras.

—Dime cuándo he metido la pata.

—Al dejar que se fuera, Duncan.

—No tenemos nada que justifique retenerla, Dee Dee —dijo él, en voz más alta de lo necesario—. Sin pruebas, ¿cómo iba a hacerlo? Dios sabe que me hubiera gustado detenerla.

Antes de salir, Dee Dee lanzó una andanada de despedida.

—«¿Detenerla?» ¿Es una manera nueva de decirlo?

Durante el resto de la tarde, Dee Dee estuvo sentada a su mesa, ocupándose del papeleo de otro caso. Duncan también estuvo sentado a su mesa, pensando en Elise y preguntándose si era una embustera consumada o decía la verdad, aunque de cara a la galería estuviera enfrascado en datos sobre Savich.

Por inercia, llamó a su contacto en el Departamento para la lucha Contra la Droga.

—No ha hecho nada que pueda llamar la atención —dijo Duncan—. Eso me pone nervioso.

Averiguó por el agente que, tras recibir un chivatazo de un soplón, habían registrado uno de los camiones de Savich. Lo único que encontraron fue maquinaria y la documentación correspondiente a la carga, con los números de serie correctos y todo.

A Duncan no le sorprendió. Savich no iba a utilizar los camiones de su empresa para transportar drogas por la Interestatal 95. Mientras desmontaban y registraban el camión, había camionetas y vehículos corrientes cargaditos hasta arriba camino de los lucrativos mercados a lo largo de la costa este.

Consoló al agente por el fracaso de la misión.

—Yo tampoco pude echarle el guante por lo de Freddy Morris.

—¿Sigues a dos velas?

—Del todo —reconoció Duncan—. Lucille Jones no aparece por ninguna parte, y la Fiscalía no está dispuesta a llevar el caso a juicio a menos que tengamos algo sólido, como el cuchillo que utilizó Savich para rebanarle la lengua a Freddy, a ser posible manchado todavía de sangre.

—No va a pasar nada parecido.

—Aún podemos soñar.

La frustración de Duncan estaba a la altura de la del agente federal. Sospechaba que Savich estaba recibiendo información, probablemente a través de uno de los soplones pagados por la propia policía. Aunque tal vez no fuera así. Savich poseía unos sensores infalibles que le habían dado muy buen resultado a lo largo de su carrera criminal. Quizá sólo había intuido la traición de Freddy Morris y, reacio a correr el menor riesgo, tomó medidas de inmediato para eliminarlo.

Listo para poner fin a un lunes muy poco productivo, Duncan se fue pronto a casa. De salida, se pasó por la mesa de Dee Dee.

—¿Qué te dicen las tripas? Ella no levantó la mirada.

—¿Sobre qué?

—Laird. ¿Lo dejamos correr? Fue defensa propia. Caso cerrado.

—¿Es eso lo que quieres hacer?

—Si pudiéramos hablar con Napoli...

—Pero no podemos —afirmó Dee Dee.

—Y es como un picor que no puedo rascarme —dijo él—. Todo el asunto de la

conexión entre Napoli y Trotter.

—Nos sería de gran ayuda saber qué tenía Napoli acerca de la señora Laird. ¿Hasta qué punto podía ser perjudicial?

Duncan se quedó mirando por la ventana un momento, y luego dijo con resolución:

—Vamos a seguir trabajando en ello. Le daremos unos cuantos días más. Tal vez aparezca Napoli.

Ella levantó la mirada entonces, su sonrisa era radiante.

—Nos vemos mañana.

Sin embargo, antes de que hubiera transcurrido una hora, Dee Dee lo llamó al móvil.

—¿Qué haces?

—La compra —contestó él.

—¿La compra? Pero si tú no cocinas.

—De momento he cogido papel higiénico y cerveza.

—Lo imprescindible, desde luego.

Aliviado al ver que volvían a ser amigos, Duncan le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nos han emplazado para ir a casa de los Laird esta noche a las ocho —dijo Dee Dee.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Para qué?

—Me parece que no es para cenar.

—Nos vemos allí —concluyó Duncan.

Cuando faltaban treinta segundos para las ocho, se encontraron en el sendero que desembocaba en la puerta principal de la imponente casa.

—¿Se te ha ocurrido algo? —indagó él.

—El juez sólo ha dicho que estuviéramos aquí a las ocho, y aquí estamos.

—¿Por qué te ha llamado a ti?

—Porque era la que estaba aún en la oficina. —Dee Dee llamó al timbre, cuyo eco oyeron resonar en el interior de la casa—. Más nos vale no hacernos ilusiones de que vamos a obtener una confesión completa.

—¿Confesión, de qué?

—De cualquier cosa.

La señora Berry abrió la puerta y los miró como si olieran a aguas fecales.

—Les están esperando.

Los acompañó hasta la puerta abovedada que daba al salón. Cato Laird se encontraba de pie, de espaldas a la chimenea y el cuadro del conejo muerto entre las verduras frescas. Elise estaba sentada en el sofá. Ambos tenían una expresión solemne, pero la voz del juez fue bastante cordial cuando les dio las gracias por ir y

les invitó a tomar asiento. Esta vez no les preguntaron si querían tomar algo.

El juez tomó asiento en el sofá junto a su esposa, le cogió la mano y le dio unas palmaditas para infundirle ánimos.

—Elise me ha hablado de la entrevista que han tenido con ella esta mañana. Mi reacción inicial ha sido llamar a Bill Gerard y montar un buen revuelo. Han puesto a mi mujer en una situación terriblemente desventajosa. —Duncan y Dee Dee guardaron silencio por prudencia. El juez continuó—: Pero, pensándolo mejor, he cambiado de parecer con respecto a lo de ponerles una denuncia. Se merecen un rapapolvo por hacerle semejante jugarreta, pero no quería que se convirtiera en otro motivo de preocupación para Elise.

»Y, de hecho, estaba más furioso conmigo mismo que con ustedes. Es culpa mía que haya tenido que someterse a un interrogatorio tan desagradable. No podía vivir con algo así. —La miró de soslayo y luego volvió a centrarse en ellos—. De manera que le confesé haber contratado a Meyer Napoli para seguirla.

Duncan desvió la mirada hacia Elise, que lo observaba con hostilidad palpable.

—Meyer Napoli —Duncan repitió el nombre.

El juez dijo:

—He creído que Elise debía saber todo lo que se dijo durante nuestra conversación en el vestuario el otro día, detective Hatcher. No me enorgullezco de haberles mentado a usted y a la detective Bowen cuando dije que nunca había tenido tratos personales con Napoli. Lamento profundamente los asuntos que me traje con él, sobre todo teniendo en cuenta que derivaron en la muerte de Trotter, por lejana que sea la conexión entre una cosa y otra.

—Eso pensábamos nosotros cuando hemos hablado hoy con la señora Laird —dijo Dee Dee—. Que el allanamiento de Trotter guardaba cierta relación con Meyer Napoli.

—Sólo tuve tratos con él de pasada —aseguró el juez—. Aún me mantengo en mi teoría de que Trotter actuaba por su cuenta, y que cualquier conexión que pudiera tener con Napoli fue fortuita. Pero si lo miramos desde la perspectiva de un investigador, reconozco que justificaba una indagación más a fondo, sobre todo si Napoli tenía pruebas de una aventura entre Coleman Greer y mi esposa. De manera que me ha parecido que debíamos despejar cualquier duda —continuó—. Con un poco de suerte, explicando un par de asuntos clave, podremos dejar atrás este lamentable incidente de una vez por todas. Ahora que no queda ningún secreto entre Elise y yo, podemos ser perfectamente sinceros con ustedes. Adelante, pregunten.

Dee Dee fue directa al grano:

—Señora Laird, ¿tiene Napoli pruebas de una aventura entre usted y Coleman Greer?

—No existen tales pruebas, detective Bowen. No hubo ninguna aventura.

Leyendo el escepticismo en la cara de Dee Dee, el juez dijo:

—La creerá cuando explique la naturaleza de su relación.

—Nos dijo que eran amigos —señaló Dee Dee.

—Les dije que éramos amigos íntimos. El que hayan intentado convertir nuestra amistad en algo desagradable me ofende profundamente. —Mientras lo decía, lanzó a Duncan una mirada de odio—. Me duele tener que hablar de él en absoluto, pero ya que no me dan otra opción... —Hizo una pausa para respirar hondo—. Él y yo salimos unas cuantas veces en el instituto, pero fue siempre un amor platónico, nunca sexual, ni siquiera romántico. Éramos amigos, confidentes.

—Si eran tan íntimos —preguntó Dee Dee—, ¿cómo es que no supo que estaba pensando en suicidarse?

—Sabía que Coleman estaba deprimido, pero no comprendí hasta qué punto. Ojalá hubiera sido de otra manera.

—Estaba en plena forma —señaló Duncan—. ¿Qué motivos tenía para estar deprimido?

—Tenía el corazón roto.

Una respuesta tan sencilla dejó desconcertados a Duncan y Dee Dee.

—Le ruego que se explique, señora Laird —la instó él.

—La pareja de Coleman iba a abandonarlo.

—Pero usted no era esa pareja.

—No —dijo con firmeza—. No lo era.

—De manera que todas las veces que se vieron en secreto, usted...

—Le ofrecí un hombro sobre el que llorar.

—No tenían una relación carnal.

—¿Cuántas veces tengo que repetírselo, detective Hatcher?

—Siguen sin creerte, cariño —dijo el juez—. No te creerán hasta que les digas lo que me dijiste.

Lanzó a Duncan una mirada larga y medida, como para apremiarlo a que aceptara lo que estaba a punto de decir:

—Coleman no mantenía ninguna relación de carácter sexual conmigo ni con ninguna otra mujer. Su pareja era Tony Esteban, su compañero de equipo.

Capítulo 14

A pesar de estar tierra adentro, Atlanta era tan bochornosa como Savannah.

El calor dejó sin aliento a Duncan cuando salía del aeropuerto para pedir un taxi. El conductor era amigable y hablador, y estuvo charlando animadamente mientras sorteaba el tráfico de la autopista camino de Buckhead, donde Tony Esteban tenía el ático de un alto bloque de pisos.

Duncan había despertado temprano, consciente de que iba a ir a Atlanta. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Dee Dee, que sin duda habría querido acompañarlo. Supuso que el tesoro puertorriqueño de los Braves se mostraría reacio a hablar de su vida privada con la poli, pero que un agente lo intimidaría menos que dos.

Además, le apetecía pasar un tiempo alejado de Dee Dee. Tras despedirse del juez y su esposa la noche anterior, habían ido en sus respectivos coches a un restaurante, donde Duncan cenó más tarde de lo habitual y Dee Dee se limitó a ingerir Coca-Cola *light* en grandes cantidades y a despotricar incesantemente contra Elise Laird y sus mentiras.

—¡No puedo creer que tuviera la cara de decir que Coleman Greer era gay! ¿Es eso lo que nos quiere hacer creer? ¡Ni de coña!

—No encaja con el estereotipo, pero eso no significa que...

—Coleman Greer no era gay —dijo Dee Dee al borde de la furia. No estaba dispuesta a escuchar ningún argumento en sentido contrario y reprochaba tanto a Duncan como al juez que le dieran el menor crédito—. Tiene a su marido cogido por los huevos. La cree porque quiere creerla. Es lista de cuidado. Le contó precisamente la mentira que lo dejaba a él en buen lugar. Ella se quita el muerto de encima y además rescata el orgullo herido de su marido. Hace falta talento para algo así. Es una actriz, Duncan, una actriz como he visto pocas.

Cuando él consiguió meter unas palabras con calzador, dijo:

—Por mucho que lo que afirma sobre Greer fuera falso, eso sólo la convierte en culpable de adulterio. No estamos más cerca de obtener pruebas de que se cargó a Gary Ray Trotter por ninguna otra razón que no fuera la defensa propia.

—El asunto sigue siendo turbio, Duncan.

Sí, lo era. Lo bastante turbio como para que Duncan tomara un vuelo de Savannah a Atlanta, abonando el billete de su bolsillo. Ya intentaría que se lo reembolsaran más adelante. Aunque tuviera que financiarse el viaje por su cuenta, merecería la pena si el precio de la verdad resultaba ser el de un billete de avión. ¿Era Elise Laird una embustera manipuladora? De ser así, la investigación del tiroteo mortal seguiría adelante. En caso contrario, la vida de Elise estaba en peligro.

De un modo u otro, tenía que saberlo.

El taxista accedió a la entrada cubierta del alto edificio de apartamentos y

comentó que era un lugar de postín. Duncan coincidió con él, le pagó la carrera y entró en el vestíbulo de mármol, que lo recibió con aire acondicionado, aroma a lirios y música suave. En la mesa de recepción había un conserje uniformado.

—Buenos días, caballero. ¿Puedo ayudarlo?

—Buenos días, vengo a ver al señor Esteban. —Llevó la mano hasta el billeteo donde llevaba su identificación, y al hacerlo se aseguró de que el hombre viera la funda de su arma bajo la americana.

El conserje carraspeó:

—¿Lo está esperando el señor Esteban?

Duncan le ofreció una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

—No quería echar a perder la sorpresa.

—Tengo que llamarlo.

—Como quiera. No hay prisa.

Contradiendo su despreocupación, Duncan se apoyó en la mesa alta y observó con interés mientras el conserje se llevaba el auricular a la oreja y apretaba el botón de llamada del ático.

—Señor Esteban, lamento molestarle, pero hay un caballero que quiere verlo. Un tal..., señor...

—Sargento detective Duncan Hatcher, de la Policía Metropolitana de Savannah-Chatham. —Los departamentos de policía de la ciudad y el condado se habían fusionado un año atrás. Duncan rara vez utilizaba el nombre completo. Por una parte, sonaba estúpido. Por otra, era muy largo. En el tiempo que te llevaba identificarte ante un maleante, podían pegarte un tiro. En realidad, sólo lo utilizaba cuando quería quedar como un pez gordo.

El conserje repitió lo que acababa de decir, escuchó y luego le pidió al jugador de béisbol que esperase un momento.

—Quiere saber de qué se trata.

—De Elise Laird y un incidente en su casa la semana pasada.

Una vez más, repitió las palabras de Duncan por el auricular, y tras una breve pausa, dijo:

—El señor Esteban dice que no conoce a ninguna Elise Laird.

—La amiga de Coleman Greer.

La boca del conserje formó la pequeña circunferencia de una O y luego transmitió el mensaje a Esteban.

—Claro, señor Esteban. —Colgó—. Ya puede subir. Los ascensores están detrás de esta pared.

—Gracias.

El ascensor era tan rápido que a Duncan se le taponaron los oídos en el trayecto exprés de subida. Las puertas se abrieron a un vestíbulo de tamaño considerable. Tony Esteban lo esperaba en el umbral de la puerta de su casa. Era varios centímetros más bajo que Duncan, de constitución sólida, y, como bien sabía Duncan, tenía unos

brazos capaces de reventar las costuras de una pelota de béisbol. No llevaba nada salvo unas bermudas deportivas y un pedazo de oro colgado de una cadena de un centímetro de grosor al cuello.

—¿Hatcher?

—Es un placer, señor Esteban.

—Llámeme Tony —dijo, y le tendió la mano—. Adelante. —Hablabla sin apenas indicio de acento hispano.

—Vaya, la proverbial casita de cristal —comentó Duncan al entrar en el ático y echar un vistazo alrededor. Las vidrieras del techo hasta el suelo ofrecían una visión panorámica de la ciudad de casi 360 grados.

—¿Le gusta? Me costó una puta fortuna.

—Es que gana una puta fortuna.

Sonrió con ese gesto que lo había hecho inmensamente popular entre los seguidores y los medios de comunicación.

—¿Quiere algo de beber? —Llevó a Duncan hasta un pequeño bar por lo que le pareció un acre entero de espacio apenas amueblado y apretó el botón oculto que abría las puertas de espejo detrás de la barra para revelar todas las existencias—. Lo que prefiera. ¿Whisky escocés, *bourbon*, un batido? Tengo de todo.

—¿Qué tal un vaso de agua con hielo?

Esteban pareció decepcionado, pero accedió. Duncan esperaba que entrase detrás de la barra, así que le sorprendió oírlo gritar:

—¡Jenny!

En cuestión de segundos apareció Jenny, con su metro ochenta, altura debida en buena parte a unas piernas tan torneadas como bronceadas que parecían retocadas a la perfección por un diseñador gráfico. Tenía el cabello de color puesta de sol, los pechos enormes, y era preciosa. Llevaba minifalda, sandalias de tacón alto y un top no mucho mayor que un tirachinas que no dejaba nada a la imaginación.

—Jenny, te presento al señor Hatcher.

—Hola, señor Hatcher.

Duncan recuperó la voz:

—¿Qué tal, Jenny?

—Bien. ¿Se dedica usted al béisbol? —preguntó la beldad.

—Ah, no.

—Es un policía de Savannah, y tiene sed. Ponle un poco de agua con hielo. A mí prepárame uno de esos batidos de proteínas.

—¿De bayas y yogur? —preguntó Jenny.

—Sí, con todos esos complementos dietéticos.

La muchacha entró detrás de la barra para hacer lo que se le pedía, y Esteban indicó a Duncan con una señal que tomara asiento en uno de los sofás bajos de cuero blanco en un agrupamiento de piezas similares. Las mesitas entre unos sillones y otros eran de vidrio y metal forjado.

Una vez sentados, Esteban preguntó:

—¿Es aficionado al béisbol?

—Sí.

—¿Seguidor de los Braves?

—Claro —dijo Duncan.

—Bien. —Sonrió abiertamente—. ¿Ha hecho deporte alguna vez?

—Un poco. Sobre todo fútbol.

—¿Profesional?

Duncan sonrió y negó con la cabeza.

—Llegué a mi punto álgido en la universidad.

Mientras Jenny preparaba las bebidas, ellos estuvieron hablando de deportes y de la temporada que estaban haciendo los Braves.

—Enséñale tu anillo, cariño —le dijo Esteban a la chica después de que les hubiera puesto las copas.

Jenny tendió la mano izquierda hacia Duncan, que elogió el diamante, porque parecía ser la reacción que se esperaba de él.

—Casi diez quilates —le informó Esteban, aunque no había preguntado.

—¡Vaya! —Ofreció una sonrisa a Jenny—. ¿Es un anillo de compromiso?

—Se declaró mientras íbamos en globo —recordó ella con una mueca afectada.

—En Napa —añadió Esteban—. Una de esas cosas que se hacen en tierra de vinos.

—Qué romántico.

—Lo fue —aseguró Jenny.

—¿Ya hay fecha para la boda?

—El fin de semana de Acción de Gracias. No puede ser durante la temporada.

—Claro.

—La boda, la boda, la boda..., no sabe hablar de otra cosa. Flores, vestidos, cócteles de gambas, todas esas chorradas. Venga, cariño, ahora déjanos solos.

—Me alegro de conocerlo, señor Hatcher. Adiós.

—Adiós.

Esteban le propinó en cachete en el culito en forma de corazón conforme se alejaba repiqueteando con los tacones sobre el suelo de mármol. Cuando desaparecía por unas puertas de doble hoja, él comentó:

—Vaya tía, ¿eh?

—Es preciosa —admitió Duncan.

—Estoy loco por ella. ¿Ha visto alguna vez un cuerpo parecido? —preguntó Esteban.

—No, que yo recuerde.

—Se ha rellenado un poco la pechera. Lo pagué yo. Las quería más grandes, y pensé, ¿qué coño? Cuanto mayores, mejor ¿no?

—Eso he dicho yo siempre. —El gesto irónico de Duncan fue inadvertido por el

otro hombre, demasiado egocéntrico para oír nada que no fuera el sonido de su propia voz.

—Es una chica encantadora. Funde el dinero como si fuera agua, pero eso la hace feliz. Y me hace feliz a mí. Créame que no exagero si le digo —se acercó un poco a Duncan— que es capaz de sacarle los ojos a fuerza de chuparle la polla.

—Qué impresionante.

—No sabe hasta qué punto. —Esteban tomó un sorbo del batido y consultó el reloj de muñeca—. Tengo entrenamiento dentro de una hora. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estoy investigando un tiroteo fatal.

—Fatal quiere decir que ha muerto alguien, ¿no?

—Eso es. Ocurrió el jueves pasado en casa del juez Cato Laird y su esposa, Elise.

—Sí, ya recuerdo a Elise, ahora que me ha recordado quién es. ¿Murió?

—No. —Duncan le relató los hechos a grandes rasgos, intentando evitar cualquier palabra de más de cinco letras—. Parece ser que Elise hizo el disparo fatal en defensa propia. Se trata solamente de aclarar unas cosillas.

—¿Como cuáles?

—Tengo entendido que ella tenía una estrecha relación con Coleman Greer.

Esteban torció el gesto con pesar evidente.

—Colé *el Rey*, lo llamábamos. Vaya gilipollez hizo. Ya sabe, creen que llevaba muerto un par de días antes de que alguien se pasara por su casa a echar un vistazo. Oí que era horrible.

Se había volado la tapa de los sesos. Una escena horrible, desde luego.

—¿Qué sabe de su relación con Elise?

—Se conocían desde mucho tiempo atrás. Eran amigos de esos que de vez en cuando pegan un polvete, ¿sabe? Cuando no tienen a nadie más a quien llevarse a la cama.

—Ya sé a qué se refiere —dijo Duncan.

—Pues eran amigos de esos.

Duncan tomó un sorbo de agua con hielo e intentó adoptar un aire lo más despreocupado posible.

—¿Cuándo la conoció usted?

—La trajo a una fiesta de los Braves, no mucho después de que fichara por el equipo. Nos dejó a todos flipados, porque era una tía estupenda y Colé no había hablado nunca de ella. Pero él siempre era bastante reservado. No le iba la marcha a lo bestia.

—Y a usted, ¿le va la marcha a lo bestia?

Esteban se echó a reír.

—Bueno, hago lo que puedo.

—Y el matrimonio, ¿le hará cambiar de vida?

Esteban arqueó las cejas.

—Lo que ocurre fuera de casa, se queda fuera de casa, ¿sabe a qué me refiero?

—Desde luego —admitió Duncan.

Esteban tendió el puño y Duncan hizo lo propio para estrechar nudillos, haciendo un pacto de silencio entre hombres.

—Entonces, Colé *el Rey* trae a Elise a la fiesta de los Braves y es una tía preciosa.

—Sí.

—¿Y?

—Y nada. —Esteban cogió el batido y tomó un buen sorbo—. Ya está.

—Ah, ¿sí?

—No volví a verla y, como ya he dicho, Colé no hablaba demasiado de cosas así. De manera que supongo que es todo lo que puedo decirle.

Duncan se recostó contra el firme respaldo de cuero del sofá y apoyó un tobillo sobre la rodilla contraria.

—¿Sabe lo que me dijo Elise? Me dijo que usted y Coleman Greer eran amigos de esos que de vez en cuando echan un polvo, y que usted pensaba cortar con él, y que por eso se metió el cañón de la escopeta en la boca y apretó el gatillo.

A Esteban se le quedó la boca entreabierta. Se inclinó hacia delante y luego retrocedió. Abrió la boca un poco más para decir algo pero se encontró con que no tenía palabras. Al cabo, negó con la cabeza y dijo:

—Qué zorra. ¡Qué puta mentirosa!

—¿No es cierto?

—Claro que no es cierto, *mecagüen* la puta. —Se levantó del sofá y empezó a caminar arriba y abajo por el suelo de mármol, lanzando una salva de maldiciones en castellano.

—¿Por qué iba a decir algo así? —le preguntó Duncan.

Esteban lo atravesó con la mirada.

—¿Por qué? Yo le diré por qué. ¿Quiere saber por qué?

—¿Por qué?

—Muy bien, fue así. ¿La noche de la fiesta?

—¿Ésa en la que me acaba de decir que fue Elise «y nada»?

—No quería que pensara que soy gilipollas, un tío de éstos capaz de...

—¿Qué ocurrió en la fiesta, Tony?

—Colé se pilló una borrachera de cuidado y perdió el conocimiento. Esa chica, Elise, me tira los tejos. Y lo digo en serio, tío, estaba que se moría de ganas. Cachonda de la hostia, ¿sabe?

—Vale.

—La tenía encima todo el rato. Me puso nervioso.

—¿Nervioso?

—Sí, no quería que mi compañero de equipo se cabreara conmigo por culpa de una pava, pero dijo que lo suyo con Colé no iba en ese plan. Aseguró que eran amigos y que él querría que se lo pasara en grande en la fiesta. Me estaba diciendo

cosas así, y mientras, me sobaba la bragueta. Así que le di lo que venía buscando. Un par de veces. Después de todo, era una tía imponente. ¿Por qué no? ¿Sabe a qué me refiero?

Duncan asintió con un sonido gutural. Esteban volvió a tomar asiento.

—Continúe, por favor.

—Tenía un buen polvo, tío. No me habría importado pillar un poco más, pero a la mañana siguiente, me anotó todos sus números de teléfono y se puso a preguntarme cuándo iba a llamarla, y tal. A partir de entonces, empieza a llamarme todos los días, me pregunta cuándo va a verme, por qué no he llamado, que si no me gustaba, que cómo me atrevía a utilizarla y luego dejarla colgada como a una cualquiera. —Se interrumpió de repente—. ¿Vio aquella peli, *Atracción fatal*? Así se puso, como aquella tía, la zorra tarada del demonio. Casi esperaba volver a casa un día y encontrarme un puto conejito hirviendo en la cocina.

—¿Volvió a verla alguna vez?

Negó con la cabeza.

—Paso de esa mierda, tío. Supongo que se dio por vencida. Al final, dejó de llamarme.

—¿Qué dijo Coleman al respecto? —preguntó Duncan con un tono muy serio.

—No lo sabía. Al menos yo no se lo dije. No sé si ella le comentó algo. —Frunció el ceño en un gesto de repugnancia—. Joder, ya sabía que era una tía retorcida, y juró que me haría pagar por dejarla colgada, pero no supuse que se inventaría algo como que soy gay. ¿Gay? ¡Dios santo! —Lanzó una carcajada—. Bien pensado, es hasta gracioso.

—¿Decidiste por tu cuenta ir a Atlanta a ver a Tony Esteban?

—Sí.

En cuanto Duncan entró por la puerta del cuartel, Bill Gerard lo llamó a su despacho. El capitán Gerard era un buen poli con casi cuarenta años de servicio a sus espaldas. Era un supervisor ecuánime que se mantenía al tanto de todos los casos que investigaba la Unidad de Crímenes Violentos, y siempre estaba dispuesto a dar consejos cuando se los pedían, pero confiaba en que los detectives bajo su mando fueran capaces de hacer su trabajo sin que tuviera que controlar hasta el último detalle.

Sea como fuere, cuando la ocasión lo exigía, era capaz de meter buenas broncas. Duncan se preparó para una gorda.

—Han llamado de la directiva de los Braves —dijo Gerard, que se llevó ambas manos pecosas al cabello ralo de color jengibre—. Les mosqueó que no acudieras a ellos para entrevistarte con Esteban.

—Quería cogerlo desprevenido.

—Por lo visto, lo conseguiste, porque después de marcharte, se lo pensó mejor.

Fue a lloriquear a los de relaciones públicas del equipo porque un poli de Savannah había ido a hacerle preguntas acerca de una mujer implicada en un tiroteo fatal a la que apenas conocía. Temía que la prensa se enterara del asunto, lo sacara de quicio y acabara en el artículo de portada del *National Enquirer*.

»Los de relaciones públicas, tan nerviosos como él, llamaron al jefe de policía Taylor, que me llamó para ver qué demonios ocurría. —Escupió en un vaso de cartón y miró a Duncan por encima de las gafas para leer—. A mí también me gustaría saberlo, Dunk. ¿Qué demonios ocurre?

—No estoy convencido de que la muerte de Gary Ray Trotter fuera en defensa propia.

—Ah, joder.

A Gerard le gustaba cazar y pescar, leer libros sobre la guerra de Secesión y hacer el amor con la mujer que era su esposa desde la noche después de acabar secundaria. Ya tenía ganas de disfrutar de esas actividades tras su jubilación, para la que sólo faltaban dos años. Hasta entonces, quería hacer su trabajo bien y cumplir con sus cometidos, pero también eludir las trampas de la política burocrática de manera que pudiese abandonar la policía airoso y sin enemigos.

—¿No crees que la mujer del juez se limitara a proteger su vida? —preguntó.

—Creo que más bien estaba protegiendo su estilo de vida.

—Joder —repitió Gerard—. Esto no le va a hacer ni pizca de gracia a Cato Laird.

—Eso ya lo sé, Bill —aceptó Duncan—. Créeme si te digo que estuve dándole vueltas todo el viaje de regreso desde Atlanta. Es juez presidente de un tribunal superior. Juzga delitos graves. Lo último que le conviene a la policía es un juez resentido con los agentes que llevan a juicio a los criminales. Eso deja al departamento en una posición incómoda. Lo entiendo con todas sus implicaciones, pero tengo el deber de...

Gerard levantó la mano.

—Ninguno de mis detectives tiene que darme explicaciones, Dunk. Confío en ti, y confío más incluso en tu instinto.

No habría confiado tanto en él de haber sabido los secretos que se traía Duncan de un tiempo a esta parte, el código ético que había quebrantado: la nota de Elise, su encuentro en privado con ella en su casa. No habría confiado en él si hubiera sabido lo mucho que le había costado a Duncan tomar la decisión de seguir investigando el caso de Elise.

—¿Qué dijo Esteban que la implicara? —indagó Gerard.

—¿Está Kong por aquí?

Gerard le lanzó una mirada de perplejidad.

—No lo sé, ¿por qué?

—Me gustaría que él y Dee Dee se enteraran de esto. Así sólo tendré que contarle una vez.

—Voy a echar una meada. Hazles venir.

Se reunieron cinco minutos después. Dee Dee llegó con una lata de Coca-Cola *light* y una actitud de armas tomar. Estaba mosqueada con Duncan por irse a Atlanta sin ella y no molestarse siquiera en informarle del viaje de antemano. Él, sin embargo, no dejó que le afectara su enfado. Ya se le pasaría; pronto, a menos que se equivocara. Ella sospechaba desde el primer momento que Elise tenía un motivo ulterior, y Duncan estaba a punto de ofrecérselo.

Kong apareció, tan velludo, sudoroso y afable como siempre.

—¿Qué hay? —le preguntó a Gerard.

El capitán señaló a Duncan.

—La reunión la ha convocado él.

Duncan empezó por decir:

—Antes que nada, voy a dejar una cosa bien clara. Cuando sea mayor, quiero ser jugador de béisbol profesional. —Su descripción del ático de Tony Esteban iba destinada a tenerlos sonrientes, relajados y atentos para cuando llegara al meollo del asunto—. Había una escultura de metal rojo en el centro de la sala que parecía un instrumento de tortura, o tal vez un cisne. Y justo como en las pelis, aprieta un botón y se abren suavemente unas puertas de vidrio ahumado, y aparece un bar provisto de todas las bebidas imaginables. —Estaban absortos en sus palabras para cuando llegó a lo de Jenny—. El gran Hugh Hefner nunca ha tenido una chica así. Las piernas no se le acababan nunca y tenía unas tetas hasta aquí. —Hizo un gesto con las dos manos, manteniéndolas separadas de su cuerpo—. Bien a la vista debajo de un top ceñido, y cuando digo...

—Ya lo pillamos, Duncan —dijo Dee Dee—. Tenía las tetas grandes. ¿Qué te contó Esteban?

Ofreció a los hombres una mirada dándoles a entender que después les haría una descripción más detallada de los pechos de Jenny, y luego les relató su conversación con Esteban.

Cuando acabó, Gerard le pidió que aclarara algunos puntos.

—¿Fue la señora Laird quien te dijo que Coleman Greer era gay?

—Anoche, en su casa —respondió Duncan—. Nos llamaron a Dee Dee y a mí. La señora Laird parecía reacia a echar por tierra el mito...

—No es ningún mito —lo interrumpió Dee Dee.

—... de que Coleman Greer era todo un macho, pero nos dijo que tras su romance en el instituto, que fue platónico...

—Y una mierda —masculló Dee Dee.

—... le confesó lo que nunca había dicho a nadie: le gustaban los hombres.

—«Pongo a Dios por testigo...» —Dee Dee se llevó la mano al corazón en un ademán dramático—. En plan Escarlata O'Hara, lo juró.

—Coño, no me lo puedo creer —dijo Kong—. Mis chicos se van a quedar hechos polvo. Bueno, no hay nada de malo en ello. Vive y deja vivir, digo yo. Pero..., claro, uno preferiría que los astros del béisbol no fueran maricas. —Miró alrededor como

para pedirles su opinión—. ¿No os parece?

—Según Esteban, Coleman Greer era hetero.

—Perdona que te corrija, Bill —dijo Duncan—. Según Esteban, él es hetero. No podía hablar por Coleman Greer, y no lo sabe con absoluta certeza, pero Esteban duda mucho que fuera gay. ¿Cómo iba a serlo sin que se enterase nadie? ¿Cómo podía haberlo mantenido en secreto cuando vivía y viajaba en compañía de hombres durante seis meses al año? No cree que Coleman Greer fuera gay, pero sí sabe que él «no es un puto maricón».

—Lo que abre un agujero enorme en la versión de Elise Laird —señaló Dee Dee—. Estoy segura de que se inventó esa patraña porque sabía que su marido se aferraría a ella con uñas y dientes. Durante todas aquellas citas, no se estaba cepillando a su jugador de béisbol. No, lo consolaba porque su relación con su amante gay se había ido al traste. —Lanzó un bufido desdeñoso—. No tiene precio. Un detective privado contratado por tu marido para seguirte saca a la luz tu aventura, necesitas una mentira, y rápido. *Voilà!* Tu amante no es tu amante. Ni siquiera le gustan las chicas.

—¿Detective privado? —indagó Kong—. Aquí es donde entra en juego mi persona desaparecida, ¿verdad? El detective era Napoli, ¿no?

—¿Hay algo? —le preguntó Duncan.

—Nada. No hemos encontrado ni un pelo de su cabeza grasienta —dijo Kong.

—¿El juez contrató a Napoli? —preguntó Gerard, con evidente consternación.

—Dijo que estaba desesperado por averiguar si su esposa estaba teniendo una aventura o era producto de su imaginación —explicó Duncan—. Reconoció ante nosotros que Napoli le facilitó cierta información, pero, en el último momento, cambió de parecer y no quiso ver qué había descubierto.

—Y Kong encontró el nombre de Gary Ray Trotter entre los documentos encima de la mesa de Napoli.

—Así es, Bill —aseguró Duncan.

—Ahora ya veo hacia dónde vas con todo esto —dijo el capitán.

—Napoli tenía pruebas de la aventura de la señora Laird. Al juez le entró canguelo, no quiso averiguar la verdad, después de todo, y rehusó la información. Pero a Napoli le pudo la avaricia y llevó esas pruebas a la señora Laird para chantajearla. Ya fuera para protegerse a sí misma, o a Coleman Greer, o a ambos, accedió a darle una buena pasta. Gary Ray Trotter era quien iba a recoger el dinero. —Hizo una pausa y añadió—: Me limito a especular, pero todo encaja.

Permanecieron sentados en silencio un momento, sopesando el resumen de Duncan. Kong fue el primero en hablar:

—Pero ¿cómo iba a saber ella que Trotter iría a su casa esa noche en concreto?

—Tal vez lo acordaron así. —Duncan les contó a Gerard y Kong lo de su insomnio, su costumbre de bajar a la cocina a por un vaso de leche—. Es posible que Trotter estuviera a punto de dejar las pruebas, siguiendo las instrucciones...

—Pero ella se lo cargó antes —observó Dee Dee—. Igual fue él quien disparó en defensa propia, y no ella.

—Es posible —reconoció Duncan, que se tiró del labio inferior con aire meditabundo—. Pero si las cosas sucedieron así, ¿dónde están esas pruebas? Suponiendo que llevara un sobre consigo, ¿qué hizo la señora Laird con él?

—Hay cantidad de sitios donde esconderlo en ese despacho —le recordó Dee Dee—. Tal vez lo metió entre dos textos jurídicos mientras bajaba el juez, o en el cajón de algún mueble. No habría llamado la atención en absoluto, y podría haber ido a recogerlo más tarde.

—Supongo.

—Si Trotter iba a entregarle la información acordada, ¿por qué matarlo? —preguntó Kong.

—Para atar un cabo suelto. Estamos hablando de una chica de lo más fría —replicó Dee Dee.

—Qué curioso —dijo Duncan—. Tony Esteban dijo que iba caliente.

—Supongo que depende del punto de vista —dijo Dee Dee.

—Supongo que sí —cedió Duncan, adoptando un tono igual de mordaz que Dee Dee.

—La clave de todo es Napoli —dijo Gerard—. Si envió a Trotter a casa de los Laird, y la señora Laird lo estaba esperando, tenemos un caso de homicidio premeditado.

—O fue un allanamiento que se torció —contestó Duncan—, y un caso de defensa propia, tal como asegura ella. —O, pensó, había otra posibilidad, aquélla en la que quien debía morir era Elise, no Trotter, pero sólo tenía la palabra de ella para respaldarla, y tras su conversación con Esteban, la hipótesis resultaba más increíble que nunca.

—¿Qué tienen los de balística sobre las dos armas? —preguntó Gerard.

—Me ha llegado el informe esta tarde —dijo Dee Dee—. Las dos están completamente limpias. El juez compró la suya hace siete años.

—Mucho antes de conocer a Elise —comentó Duncan.

—La de Trotter no se ha vinculado con ningún crimen —observó Dee Dee—. No conduce a ninguna parte.

Dirigiéndose a Kong, Bill Gerard dijo:

—Hay que encontrar a Napoli.

—Tengo a todos los polis disponibles con los ojos abiertos de par en par y una oreja pegada al suelo. Ahora mismo, me parece que se ha esfumado en plan Jimmy Hoffa.

Entonces el capitán se volvió hacia Duncan:

—¿Cuál es el siguiente paso?

Duncan se lo pensó un momento.

—Supongo que volver a hablar con la señora Laird y decirle que Esteban negó

rotundamente ser el amante de Coleman Greer, a ver qué dice.

—Dirá que Esteban miente. —Eso conjeturó Dee Dee.

Gerard volvió a escupir en el vaso.

—Tienes el ceño fruncido, Dunk. ¿Qué se te está pasando por la cabeza? Algo me dice que no estás convencido.

Se levantó, fue hasta la ventana y miró con aire pensativo. Un carruaje de caballos lleno de turistas pasaba acompañado del ruido hueco de los cascos. El guía turístico señalaba las características arquitectónicas del cuartel y les contaba su historia.

—¿Convencido? —dijo Duncan—. Buena palabra, Bill, porque he estado preguntándome si no estaría Esteban intentando convencerme de que es heterosexual. Todo lo que dijo, su forma de comportarse, rozaba la exageración. Su prometida con pinta de Barbie, con ese anillo de compromiso más grande y pesado que un ancla, sus pechos de talla extra, que él pagó de su bolsillo. Lo de sacarle los ojos a fuerza de chuparle la polla.

—¿Cómo dices?

Se volvió hacia el despacho y le sonrió a Kong.

—Tendrías que haber estado presente. El caso es que estaba decidido a que no me quedara la menor duda con respecto a que es un macho de la cabeza a los pies, un hombre al que le gustan las mujeres.

—Siempre se comporta así —señaló Gerard—. ¿Lo has visto alguna vez que no estuviera pavoneándose?

—Es un creído de la leche —coincidió Kong.

—Sí, es posible que el pavoneo y la arrogancia no sean más que elementos de su personalidad. —Duncan volvió hasta su silla, pero no se sentó, sino que apoyó los brazos sobre el respaldo—. Pero imaginemos por un momento que Esteban y Coleman eran amantes. ¿Quién es la única persona del mundo que podía estar al tanto y sacarlo a la luz?

Gerard ofreció la respuesta:

—La amiga y confidente de Coleman durante tantos años, Elise Laird.

—Exacto. Cuando el conserje del edificio de Esteban anunció mi llegada, le dije que iba a hablar con él acerca de la amiga de Coleman Greer, Elise Laird. Tal vez en ese momento pensó que el juego había terminado, que su homosexualidad estaba a punto de salir a la luz, así que todo lo que dijo e hizo estaba calculado para contradecir cualquier cosa que ella hubiera podido contarme acerca de la relación de Coleman con su compañero de equipo.

—O quizá su mentira era una venganza contra Esteban por haberla dejado, tal como asegura él —arguyó Dee Dee.

—Es un ególatra. Toda esa historia de que le tiró los tejos bien podría ser un embuste —comentó Duncan.

Ella lanzó un bufido.

—Lo que ocurre es que no quieres que ésa sea culpable de asesinato.

—Pero tú sí —replicó él.

—No —respondió ella lentamente—, pero sólo porque tenga carita de muñeca y un cuerpo a juego, no tiene por qué ser inocente.

—Tampoco tiene por qué ser culpable, Dee Dee.

—¿Por qué no le aprietas las tuercas tal como haces con otros sospechosos?

—Hasta hoy no era sospechosa.

—Sólo porque tú no querías creer que lo era —contestó Dee Dee, furiosa.

—¡Eh! —Bill Gerard interrumpió la acalorada discusión—. ¿Qué os pasa a vosotros dos?

—A Duncan se le ponen ojos de ternero cada vez que ve a Elise Laird —dijo Dee Dee.

—Me estás cabreando, Dee Dee. —Duncan lo dijo en voz queda, sin apenas mover los labios para formar las palabras—. Dime algo que no haya hecho. —Ella se quedó mirándolo sin hablar—. Dime una sola cosa que no haya hecho —repitió, enfurecido.

Dee Dee miró a Bill Gerard al otro lado del despacho y lanzó un suspiro de resignación.

—No ha dejado de hacer nada. Ha llevado a cabo una investigación exhaustiva.

—Gracias —dijo Duncan con frialdad—. ¿He sido cauto? ¿He ido con más cuidado de lo habitual? Claro que sí, maldita sea, porque estamos a punto de ir a por la esposa del juez de un tribunal superior. Antes de hacerlo, creo que es nuestro deber indagar hasta la última posibilidad, porque si metemos la pata, nos van a dar por el culo y luego vamos a quedarnos en la calle.

Se produjo un silencio largo y tenso. Kong le puso fin diciendo:

—Ay.

Todo el mundo se relajó y dejó escapar una risilla, pero Duncan no estaba preparado para perdonar a Dee Dee, y no sonrió al mirarla.

—El asunto se reduce a lo siguiente, Dunk —le dijo Gerard—. Uno de los dos se está quedando contigo, ya sea la señora Laird o Tony Esteban. ¿Quién crees tú que es?

Ésa era la pregunta que se había hecho un millar de veces después de salir del ático de Esteban. ¿Creía al engreído jugador de béisbol o a la mujer que había matado a un hombre la semana anterior?

En voz queda, dijo:

—Elise Laird. —Miró de soslayo a Dee Dee, y luego se dirigió al capitán—. Hay muchas cosas en ese tiroteo que sencillamente no encajan, Bill. No me da buena espina. Creo que deberíamos traerla mañana, meterla en una sala de interrogatorios con un taquígrafo judicial y hacerlo público. Hay que machacarla, a ver si conseguimos sacarle algo en firme.

Gerard asintió, pero no parecía feliz.

—Va a armarse la de Dios es Cristo. Esta noche pondré al tanto al jefe de policía Taylor, porque no me cabe duda de que mañana el juez Laird le calentará las orejas. —Nadie lo contradijo—. Kong, si averiguas algo sobre Napoli, házmelo saber de inmediato.

—Eso haré.

Dee Dee era la única en el despacho que parecía feliz. Se levantó y dejó caer la lata de refresco en la papelería al tiempo que le decía a Duncan:

—Estaré en mi mesa, si quieres que repasemos el plan para mañana.

—Vale.

Cuando salía, Kong le dio un codazo a Duncan y le dijo en voz baja:

—Aún quiero oír eso de los ojos.

Duncan se quedó a solas con Gerard, que estaba sirviéndose de la corbata para limpiar las gafas.

—Lo que ha dicho tu compañera, ¿es cierto? ¿Te hace soñar despierto esa mujer?

—Tendría que ser un eunuco para no fijarme en ella, Bill. Y tú también.

—Ya la he visto. Te entiendo. Así que tengo que saberlo. ¿Puedes ponerte anteojeras y ser objetivo?

—Está casada.

—Eso no es lo que he preguntado, Dunk.

—Es la sospechosa principal en una investigación, Bill.

—Te lo digo otra vez.

—No tenemos pruebas fehacientes sobre las que levantar un caso de homicidio contra ella; todavía. Pero por recomendación mía estamos siguiendo adelante con la investigación, y si encontramos las pruebas necesarias, formularemos cargos.

Gerard volvió a ponerse las gafas y tendió la mano hacia un montón de documentos encima de su mesa.

—No necesito oír más.

Capítulo 15

—¿Elise?

Ella se dio media vuelta, consciente de que parecía culpable; consciente de que lo era.

—Cato —dijo, riendo sin aliento.

Él estaba en el umbral con la puerta abierta y una bolsa de compra en la mano.

—Me has asustado —dijo Elise—. ¿Cuándo has vuelto?

—Ahora mismo. ¿Qué haces? —Al entrar en el despacho, su expresión era de curiosidad, con una sombra de recelo.

—Esta habitación aún me pone nerviosa.

—Entonces ¿por qué entras?

—Estaba echando un vistazo a la reparación —explicó ella.

Indicó la pared remozada después de que extrajeran el proyectil del arma de Trotter.

La víspera los agentes de policía habían retirado la cinta que delimitaba el escenario del crimen y les habían dicho que podían utilizar la habitación cuando quisieran. Cato tenía obreros esperando para devolver a su estudio la perfección que lo caracterizaba antes del incidente.

La alfombra manchada de sangre había sido enrollada y sacada a cuestras, con instrucciones del juez de que fuera destruida. No quería volver a verla. Luego había contratado a profesionales para que limpiaran y sanearan la habitación.

—No he quedado contenta con el trabajo y ya sabía que tú tampoco darías tu aprobación —le dijo Elise ahora—. Estaba buscando en tu mesa la tarjeta del enlucidor, para llamarlo mañana a primera hora.

—Se quedó con la tarjeta la señora Berry —dijo el juez.

—Ah.

—Le pediré que vuelva a llamarlo.

—Creo que es lo mejor. Más vale que haga el trabajo como es debido. Ya sé lo mucho que te gusta esta habitación, Cato.

—Qué amable eres al preocuparte. —Sonrió—. ¿Quieres tomar una copa conmigo antes de cenar?

—Sí, claro. —Elise rodeó la mesa y miró la bolsa—. ¿Qué es eso?

—Un regalo.

—Hummm. —Tendió la mano hacia el papel de seda de color rosa que sobresalía.

—Puede esperar. —Cato dejó la bolsa en el suelo, le pasó los brazos por la cintura e intentó besarla, pero ella se apartó—. Quería darme una ducha antes de que llegaras a casa. Esta tarde he descansado, tal como sugeriste, e incluso he conseguido echar una siesta. Ni siquiera me he lavado los dientes aún.

—No me importa.

—Pero a mí sí. Voy arriba a ponerme presentable. Tú ocúpate de las copas.

—Mejor aún, preparo las copas y las llevo arriba.

—Mucho mejor. —Elise se desprendió de sus brazos y fue camino de la puerta.

—Toma, llévate la bolsa. —La recogió y se la pasó.

—¿Puedo echar un vistazo?

Él se echó a reír.

—Creo que lo harás tanto si te dejas como si no, así que adelante.

Poniéndose a la altura de su buen ánimo, Elise salió de la habitación, mientras decía por encima del hombro:

—Vodka con tónica, por favor. Con mucha lima y mucho hielo.

Elise subió las escaleras a paso ligero y fue directa al dormitorio, pero en cuanto cerró la puerta, se apoyó en ella, respirando con dificultad y con el corazón desbocado. Estaba temblando. Había estado a punto de que la pillara.

Tras su confesión de haber contratado los servicios de un investigador privado, Cato se había mostrado tierno y cariñoso, y le preguntaba con frecuencia si le había perdonado ya su desconfianza. Ella le aseguraba que tenía su perdón. Sus respuestas eran cálidas y afectuosas. En apariencia, no había nada fuera de lo normal.

Se lavó los dientes y se puso el vestido nuevo envuelto en papel de seda dentro de la bolsa. Se estaba perfumando cuando entró él en la habitación con dos copas, la miró y asintió para mostrarle su aprobación.

—Merecía la pena esperar para ver la diferencia.

—Gracias.

—¿Te va bien?

—Perfecto. —Elise hizo una pirueta sosteniendo la falda larga a ambos lados de su cuerpo.

—No es muy elegante —dijo—, pero lo he visto y me ha gustado.

—A mí también, mucho. Gracias.

Él se había quitado la chaqueta del traje y la corbata, y llevaba los dos botones superiores de la camisa desabrochados. Con una mirada cargada de intención, cerró la puerta del dormitorio.

Ella miró el reloj de pulsera.

—La señora Berry debe de estar esperando para servir la cena.

—Le he dicho que la mantenga caliente, para que podamos tomárnoslo con tranquilidad —dijo Cato Laird.

Cruzó la habitación y le ofreció la copa para luego hacerla entrecuchar con su vaso de *whisky*.

—Porque olvidemos el tiroteo y sus desagradables consecuencias.

—Brindo por ello.

Ambos tomaron un sorbo de su copa, y luego él la llevó hacia la cama, se sentó en el borde y la hizo colocarse de pie entre sus muslos abiertos. Dejó la copa en la

mesilla y le puso las manos en la cintura.

—No sé si puedo esperar a que acabes la copa.

Ella tomó varios sorbos del combinado y lo dejó en la mesilla junto al de él.

Cato movió las manos lentamente arriba y abajo por su tórax.

—¿Sigues enfadada conmigo, Elise?

—¿Por lo del detective privado? No, Cato. Te lo he dicho un montón de veces. ¿Qué otra cosa ibas a pensar? Todo indicaba una aventura. Fue una estupidez por mi parte no explicarte la situación de Coleman.

—Aunque lo hubieras hecho, no me habría parecido bien que te vieras con él en hoteles.

—No le avivaba el deseo —dijo con una leve risilla—. Ya lo intenté cuando estábamos en el instituto, y fue un desastre. No me quería de esa manera.

—Entonces no era únicamente gay, también debía de estar medio muerto.

Sonó el teléfono, y Cato lo miró de reojo, pero vio que estaba iluminada la luz de la extensión de la cocina, lo que indicaba que había respondido la señora Berry. Curvó la palma de la mano en torno a la nuca de Elise para hacerle bajar la cabeza a la altura de la suya.

A través del interfono, la señora Berry dijo:

—Juez Laird, lamento la intrusión. El detective Hatcher insiste en hablar con usted.

Cato sostuvo la mirada a Elise durante varios segundos, y luego retiró las manos de su cuerpo y cogió el auricular al tiempo que apretaba el botón rojo parpadeante en el panel del teléfono.

—¿Detective Hatcher?

Cuando Elise volvió a coger la copa, notó que le temblaba la mano y deseó que Cato no se diera cuenta.

—Ya veo —dijo él. La conversación duró apenas unos segundos más—. Reorganizaré mi agenda y allí estaremos. —Colgó el auricular lentamente y siguió con la mirada fija en el teléfono, sin decir ni palabra.

A ella le resultó imposible contener la ansiedad.

—¿Qué quería? Has dicho que allí estaremos. ¿Dónde?

—En comisaría. Mañana a las diez en punto.

—¿Por qué?

Entonces la miró.

—Tenemos un problema, Elise. O mejor dicho, la policía tiene un problema.

—¿Con qué?

—Tu relación con Coleman Greer. No te creen.

El coche de Duncan avanzaba lentamente por la calzada mientras iba comprobando las direcciones hasta que encontró la que buscaba. Se acercó al bordillo

y aparcó delante de la casa. Era un barrio peligroso con una alta tasa de delitos, que podía calificarse con exactitud de suburbio. Todas y cada una de las casas de la calle revelaban décadas de desatención y ausencia de reparaciones, pero ésa estaba particularmente destartada.

Cabía la posibilidad de que la oscuridad estuviera jugando una mala pasada a sus ojos, pero la estructura de madera parecía acusar una inclinación de varios grados. En el jardín no crecía nada salvo un roble solitario que estaba cubierto de musgo español. El árbol en sí daba la impresión de estar seco hasta las raíces.

Paró el motor del coche y sacó el arma de servicio de la funda. Con la pistola bien asida en la mano derecha, bajó del coche y echó un vistazo cautelosamente por las inmediaciones. La calle parecía vacía. O tal vez «abandonada» sería una palabra más precisa. En el interior de algunas casas de la manzana se veían luces, pero la mayor parte estaban a oscuras, vacías en apariencia. Las pocas farolas que aún tenían los vidrios intactos proyectaban una luz tenue que sólo servía para hacer más intensas las sombras.

La acera era irregular, con malas hierbas asomando por las amplias grietas. El cemento se descompuso en polvo bajo los zapatos de Duncan cuando fue camino del borde del jardín para contemplar la casa, que estaba a oscuras por completo.

Se planteó si era aconsejable estar allí. Como mínimo, no debería haber ido solo. Eso ya lo sabía, y así lo reconoció: era una manera de actuar temeraria y estúpida, y, hasta cierto punto, egoísta.

«Se trata de Savich. Ven solo.»

Eso y la dirección de la casa constituían la suma total del mensaje que le había dejado en el buzón del móvil una voz femenina ronca. Cuando comprobó los datos de la llamada, vio que la habían hecho a las 10:37 de la noche. En vez de un teléfono, aparecía la leyenda «Número privado».

Joder, desde luego.

Pensó de inmediato en la mujer que le había enviado Savich el sábado por la noche. ¿Se estaba sirviendo de ella otra vez? ¿Podía tener tanto descaro? No parecía un comportamiento propio de Savich, pero cualquiera que intentara predecir los movimientos de Savich se equivocaría el noventa y nueve por ciento de las veces.

Recorrió con sigilo el sendero hasta el porche de la casa, y volvió la vista por encima de los dos hombros, pero no vio movimiento alguno en la calle ni oyó sonido alguno. Los viejos tablones crujieron bajo su peso cuando cruzó el porche hasta la puerta.

Se dio cuenta de que había excelentes probabilidades de que estuviera metiéndose en una trampa que supondría su perdición. Había imaginado que Savich lo atacaría por sorpresa. ¿Estaba equivocado? ¿Habría optado Savich por un duelo cara a cara?

¿O tal vez, en el interior de esta casa, Savich le reservaba otra mortífera sorpresa? El cadáver de Lucille Jones, quizás. La prostituta que estaba haciendo pasar un buen rato a Savich tras el asesinato de Freddy Morris seguía desaparecida y, en

consecuencia, la policía no había tenido oportunidad de interrogarla. Cabía la posibilidad de que Savich la hubiera silenciado para siempre y dejado su cadáver allí para que lo encontrara Duncan.

Gordie Ballew también le vino a la cabeza. ¿Habría llegado a oídos de Savich su intento de hacer un pacto con Gordie para que se fuera de la lengua? Por suerte para Gordie, estaba a salvo tras los barrotes de la cárcel del condado.

Al margen de lo que le tuviera reservado esa vieja casa, había llegado el momento de la verdad. Duncan apartó la oxidada puerta de rejilla que colgaba de una sola bisagra y echó la mano al pomo, que giró bajo la presión de su mano. Tuvo que apoyar el hombro para conseguir que se abriera la puerta, hinchada por efecto de la humedad, y luego cruzó el umbral de la casa. El aire en el interior era sofocante, y tenía ese olor a cerrado de las casas antiguas deshabitadas, aunque no olía a carne en descomposición, observó con sensación de alivio.

Con el oído atento a cualquier sonido, se tomó un instante para orientarse. Era una casa sureña tradicional, construida antes de la llegada del aire acondicionado, cuando la ventilación cruzada era necesaria para refrescar el interior durante los brutales veranos. Antaño, quizás un siglo atrás, debía de haber sido una casa preciosa.

Delante de él se abría un pasillo con una escalera en un extremo y puertas de habitaciones a ambos lados. Avanzó con sigilo y se asomó prudentemente a la primera puerta a su derecha, la habitación estaba vacía. Se veía el revestimiento de la pared y varias generaciones de papel desvaído y hecho pedazos, así como un agujero en el techo del que una vez debió de colgar una araña de luz. Probablemente se había diseñado como comedor.

Cruzó el pasillo hasta la habitación de enfrente, que era la sala. Había papel pintado diferente, pero también desgarrado, así como cortinas deshilachadas que se veían frágiles como telas de araña colgadas ante las ventanas. La habitación estaba apenas amueblada.

Elise Laird se encontraba de pie en mitad de la sala.

A Duncan le hizo algo extraño el corazón; levantó el arma y la apuntó.

—Ha venido. —Su voz era poco más que un susurro, la misma voz susurrante que le había dejado el mensaje en el móvil. Se preguntó por qué no la había reconocido.

¿O sí la había reconocido?

¿Había sabido, a pesar de la mención del nombre de Savich, quién lo estaría esperando en aquella casa oscura y vacía? ¿Se había negado a reconocer que era su voz porque, de ser así, no habría podido ir con la conciencia tranquila? Savich era una justificación para acudir. Ella no.

—¿Qué demonios? —preguntó, furioso.

—Me he servido del nombre de ese criminal para hacerle venir.

—¿Cómo sabía que vendría?

—Cato me contó lo de su historia con él.

La observó durante un rato prolongado y tenso, y luego bajó la nueve milímetros, pero dejó una bala en la recámara y no volvió a enfundar. Se desplazó hasta quedar de espaldas contra la pared, y no a la puerta abierta.

Al percibir su recelo, ella dijo:

—No hay nadie más, si es eso lo que está pensando. Tenía que verlo a solas.

—¿De quién es esta casa?

Era la primera vez que la veía con el pelo suelto en vez de recogido. Le rozaba los hombros cuando movía la cabeza.

—Es propiedad de un amigo.

—Su amigo debería plantearse restaurarla.

—Ha estado ausente mucho tiempo. Me dio permiso para utilizar la casa si me hacía falta, a cambio de que la airease de vez en cuando.

Duncan asintió como si eso lo explicara todo, cuando en realidad no explicaba nada, sino que generaba más preguntas, aunque tendrían que esperar. Ya había bastante de lo que hablar.

—De acuerdo, he mordido el cebo y aquí estoy. ¿Qué quiere?

—No se trata de qué quiero, Duncan, sino de qué necesito. Su ayuda. Estoy desesperada.

Oír que lo llamaba por su nombre de pila fue como un puñetazo en el estómago. Intentó hacer caso omiso de la sensación, pero no pudo, y eso lo enfureció.

—Supongo que le ha dado esquinazo a su marido.

—No ha hecho falta. Su llamada le molestó, y se fue al club de campo. —Al ver su sorpresa, le explicó—: Muchos de sus colegas, incluido el fiscal de distrito, participan en un torneo de póquer. Esta noche tienen partida. Cato sabe que correrá el rumor de que la policía va a interrogarme de nuevo mañana, y quería dar la impresión de que no está preocupado. No me lo ha dicho así, claro, pero sé lo que piensa. Sea como sea, se ha ido. He esperado a que la señora Berry se fuera a casa y luego lo he llamado.

—Y me ha traído con artimañas a la casa de Boo Radley —especificó Duncan—. ¿Por qué?

—¿Quiere hacer el favor de guardar el arma?

—No.

—No tiene nada que temer de mí —susurró Elise.

«Sólo perder el empleo —pensó—, la carrera, mi integridad.»

—La única que debería estar asustada soy yo. —Con esas palabras, se le acercó varios pasos.

Duncan pudo oler su perfume, que era tenue, floral; embriagador. Iba vestida de una manera similar a cuando apareció en su casa adosada, con falda, sandalias y un top, ni remotamente tan exiguo o revelador como el de la prometida de Esteban, pero sí lo bastante exiguo para hacer que Duncan reparara en la forma de sus senos, que reparara en ellos hasta el punto de sentirse incómodo.

—Ya sé de qué van todos estos juegucitos suyos, señora Laird. Se trata de despistarme, de desviarme de la investigación, de evitar que la detenga por el asesinato de Gary Ray Trotter.

Ahí estaba. Eso sonaba bien. Él era el investigador y ella la sospechosa. Así estaban las cosas, y así tenían que estar, por mucho que se muriera de ganas de poner las manos sobre su cuerpo.

—¿Por qué no cree que le disparé a Trotter en defensa propia? ¿Por qué no me cree con respecto a Cato? ¿Con respecto a Coleman?

Duncan hizo una pausa para causar mayor impresión, y luego dijo:

—Me alegra que lo mencione. Hoy mismo he ido a Atlanta a ver a Tony Esteban. Su reacción le permitió ver hasta qué punto le sorprendía oírlo.

—¿Ha hablado con él?

—Sí, claro, señora Laird. Hemos tenido una charla amistosa.

—¿Qué ha dicho? —preguntó ella con tranquilidad.

—Usted no es su persona preferida.

—Ni él la mía.

—De hecho, la ha tildado de zorra psicópata, y cosas peores.

—Ni siquiera me conoce. Sólo lo vi una vez en una fiesta.

—En la que Coleman Greer perdió el conocimiento de tanto beber, y usted y su amigo Tony se quedaron en pelotas y se montaron una fiestecilla privada.

—¿Cómo?

—Le ahorraré el bochorno de relatar los detalles jugosos. Baste con decir que quien empezó con el asunto fue usted. Usted y Esteban se lo pasaron en grande mientras que el bobo de su acompañante, Coleman Greer, estaba incapacitado.

»Pero a la mañana siguiente, se convirtió en la pesadilla de todo hombre. Se puso en plan posesivo y pegajoso. Empezó a llamar insistentemente a Tony por teléfono. No quería desaparecer, y cuando quedó demostrado que él no quería nada más de usted que un par de revolcones, juró vengarse algún día, que resultó ser ayer, cuando nos dijo a la detective Bowen y a mí que era el amante gay de Coleman Greer.

Elise lo miró incrédula.

—¿Se lo han creído, detective?

—Más de lo que creo su versión, señora.

Elise buscó a tientas el brazo del sofá a su espalda, uno de los pocos muebles en la sala, y tomó asiento lentamente. Durante varios minutos permaneció con la mirada perdida.

Al cabo, miró a Duncan, al otro lado de la habitación.

—Miente. Sí, Coleman me invitó a la fiesta de los Braves, eso ya se lo dije. Y allí me presentó a Tony Esteban. Coleman se emborrachó esa noche, sí, pero lo hizo porque Tony flirteaba conmigo. Coleman ya estaba loco por él, y Tony le había llevado a creer que su interés era recíproco. —Duncan, escéptico, guardó silencio—. Tony Esteban es un farsante y un embustero. Aunque no fuera homosexual, o

bisexual, o lo que quiera que sea, no me habría sentido atraída por él. Es un tipo odioso, un ególatra. No tuve nada que ver con él esa noche ni ninguna otra.

—¿Lo está acusando de lo mismo que la acusa él? ¿Me está diciendo que él me ha contado todo eso sólo para vengarse de usted por rechazar sus insinuaciones?

—Me trae sin cuidado cuáles son sus motivaciones. Y me importa menos aún lo que pueda pensar de mí —dijo ella—, pero miente sobre su relación con Coleman. Tony le partió el corazón a mi amigo. Temía que lo suyo saliera a la luz, así que rehusó seguir viendo a Coleman a solas.

»Coleman estuvo angustiado durante meses por la ruptura. Fue entonces cuando nos vimos a menudo. Estaba destrozado y necesitaba a alguien con quien pudiera hablar abiertamente de su aventura, alguien en quien confiara sin reservas. Estaba desolado por el rechazo de Esteban y, al final, acabó suicidándose por ese motivo. Ésa es la verdad, se lo juro.

Duncan se quitó la americana y utilizó la manga de la camisa para enjugarse el sudor de la frente. Tenía calor y estaba inquieto.

Además, estaba peligrosamente cerca de creerle, así que arguyó con vehemencia contra sus palabras:

—Esteban tiene un bombón de pelirroja por prometida que le hace caso a todo como una foca amaestrada. Le pagó un aumento de pecho y un anillo de diamantes, y no sabría decir qué es más grande. Se casan este otoño.

—Claro que tiene una chica así, siempre tiene alguna —admitió Elise—. Era un motivo de disensión entre él y Coleman. Cada vez que Tony alardeaba de sus conquistas sexuales ante los compañeros de equipo, o se paseaba con su pavita de turno, Coleman se sentía herido.

»Pero la pose de macho de Tony no es más que eso, Duncan. El matrimonio será un fraude. ¿Es que no ve que monta todo ese número como mera fachada? La pelirroja es una cortina de humo. Dentro de un año probablemente esté embarazada. Ya se asegurará él de que así sea. A Duncan ya se le había pasado por la cabeza algo parecido, pero aún no estaba preparado para reconocerlo.

—¿Qué más...?

—Tony trató fatal a Coleman. Un día lo colmaba de afecto y al siguiente no le hacía el menor caso. Iba de un extremo al otro, y eso hacía muy infeliz a Coleman.

—Entonces ¿por qué estaba Coleman enamorado de él hasta las trancas?

Elise guardó silencio un momento, y luego dijo:

—Me parece que no podemos elegir de quién nos enamoramos, ¿no es así?

De pronto, dio la sensación de que la sala se tornaba más oscura, pequeña y sofocante. Duncan tenía la piel húmeda, y su cuerpo vibraba como un diapasón. Apartó la mirada de ella.

—No sé quién es gay, quién es hetero ni quién se estaba tirando a cada cual, y la verdad es que me trae sin cuidado —dijo—. Lo que importa es que Meyer Napoli tenía algo sobre usted. El juez le pagó por ello, pero Napoli es un tipo con iniciativa y

vio que podía sacar más pasta.

»Acudió a usted y la amenazó con sacar a la luz su sucio secretillo, fuera cual fuese, a menos que le pagara. Usted accedió, y le citó a altas horas de la noche en el despacho de su marido. Napoli dijo que muy bien, como usted quisiera, pero no es ningún bobo. Para cubrirse las espaldas, contrató a un pobre infeliz como Gary Ray Trotter para que hiciera de contacto por si usted no jugaba limpio.

»Por cierto, ¿qué llevó Trotter esa noche consigo? ¿Fotografías, grabaciones, vídeos porno? Quizá sí que se estaba cepillando a Coleman Greer, después de todo. Quizás, en el fondo, estaba protegiendo la intimidad y la imagen pública de su mejor amigo.

»Pero eso tampoco importa. Fuera la que fuese esa información que tenía Napoli, no sólo la dañaba a usted, sino también a su amigo, y, sobre todo, a su marido. Y por encima de cualquier otra cosa, quería salvaguardar su posición como la señora de Cato Laird.

»Fue al estudio, tal como habían acordado, esperando encontrarse a Napoli, pero resulta que allí estaba Trotter. Él le dijo algo, lo sé perfectamente, maldita sea, aunque usted lo negó. Después le disparó, puso la mercancía en lugar seguro e hizo que todo pareciera un robo. Es posible que incluso dejara allí la palanqueta, y que rompiera la ventana.

»Entra en escena Cato, mareado con sólo pensar en la posibilidad de perder a su amada. Lo tiene mimándola como no la había mimado nunca. Se traga enterita su historia de la defensa propia, y Trotter no puede contradecirla. —La miró con los ojos entornados—. Lo que ahora debe de estar reconcomiéndola es dónde estará Meyer Napoli, ¿no es así? Si no fuera por él, estaría a salvo. Es la única persona que puede fastidiarle el asunto.

Elise echó los hombros hacia delante e inclinó la cabeza.

Duncan se le acercó, le puso una mano bajo la barbilla y le hizo levantar la cabeza.

Insistió:

—¿No es así como ocurrió todo?

—Sí. —Para sorpresa de Duncan, Elise se puso en pie de un brinco y le tendió las manos unidas por la cara interior de las muñecas.

—Espóseme. Deténgame. Métame en la cárcel. Al menos allí estaré a salvo.

—¿De su marido?

—¡Sí!

—¿Porque va a asesinarla?

—¡Sí! No —dijo, al tiempo que negaba con la cabeza—. Él no. No lo haría él mismo. No es tan estúpido. Tuvo ocasión la otra noche en la piscina. Creí que iba a ahogarme y acabar de una vez por todas, pero no me mató entonces, ni lo hará en el futuro, sencillamente se asegurará de que muera.

—¿Por qué? —le espetó Duncan.

—Él... —Elise se interrumpió.

—¿Por qué?

—No puedo decirle por qué.

—Porque no hay ningún porqué, señora Laird.

Ella meneó la cabeza con violencia.

—Limítese a confiar en mí, por favor.

—¿Confiar en usted? —Duncan se echó a reír—. Ni de coña.

—¿Qué tengo que hacer para que me crea? ¿Aparecer muerta?

—Sería un comienzo.

Estupefacta, Elise tomó aire y retrocedió un paso.

—Mientras tanto —continuó él con el mismo tono frío en la voz—, nos veremos en el cuartel. Mañana. A las diez en punto.

Se alejó de Elise y se dirigió al centro de la sala, pero ella lo siguió, lo cogió por el brazo y le hizo darse la vuelta.

—No tengo nadie más a quien recurrir que pueda o quiera ayudarme. Estoy asustada. Cato sabe...

—¿Qué?

—Sabe, o al menos sospecha, que sé lo que intenta hacer. Por eso le hablé de Napoli, para quedar como un marido engañado, ganarse su simpatía frente a la esposa infiel. Le permitió establecer la conexión entre Napoli y Trotter y, finalmente, con Coleman, para hacer que yo parezca culpable. Todo forma parte de un plan ambicioso.

—De acuerdo —respondió Duncan—. Si es así, cuéntelo todo en su declaración oficial. Deje constancia de ello mañana durante el interrogatorio.

—No puedo. ¿Cómo iba a hacer algo así? Eso sería firmar mi sentencia de muerte. —Lo cogió más fuerte del brazo—. Por favor, Duncan.

—¿Qué me está pidiendo exactamente que haga?

—Deje de investigarme a mí. Empiece a investigar a Cato, y por qué vino Trotter a nuestra casa esa noche.

—¿Para matarla? —dijo Duncan.

—Sí.

—¿Cómo iba a saber un chapucero como Trotter que estaría usted paseando por su casa en plena noche?

—Debió de decírselo Cato. Debió de decirle a Trotter que esperara en el despacho a que bajase yo, lo que era inevitable.

—Cato la hizo quedarse en la cama para que la alarma no estuviera conectada y Trotter pudiera entrar.

—¿No parece verosímil? —le preguntó Elise.

Sí que lo parecía. Vio la esperanza en la expresión de Elise y se sintió tentado de crearla.

—Dígame por qué la quiere muerta su marido.

—No puedo —dijo en un suspiro angustiado—. No hasta que sepa, sin asomo de duda, que usted me cree; por completo.

—Entonces lo tiene difícil.

Antes de que pudiera darse media vuelta, ella le puso las manos sobre los hombros y se le acercó.

—Quieres creerme.

Él levantó las manos para retirar las de ella.

—No haga eso —le dijo, pero las manos de Elise permanecieron sobre sus hombros, y las de Duncan sobre las de ella.

—Sé que quieres. —Se puso de puntillas y rozó sus labios con los de ella, respirando muy cerca—. Créeme, Duncan, por favor.

Con un gruñido de furia y deseo frustrado, Duncan dejó caer la americana y la pistola al suelo y le cogió un puñado de cabello para hacerle echar la cabeza hacia atrás. Tal vez la habría soltado y se habría ido si ella le hubiese devuelto la mirada, si sus ojos hubieran ofrecido el más mínimo rastro de triunfo o desafío. Sin embargo, se cerraron.

—Maldita seas —susurró—. Maldito sea yo.

Su boca descendió sobre la de ella, y le metió la lengua mientras su brazo se curvaba en torno a su cintura y la atraía bruscamente hacia él. La sensación de ese cuerpo contra el suyo, su aroma y el sabor de su boca se combinaron para extinguir el último destello de conciencia, y lo recorrió un deseo que nunca había experimentado.

Ella le pasó los brazos por detrás del cuello y le introdujo los dedos entre el pelo. Su boca reaccionó con entusiasmo, cerrándose seductora en torno a su lengua y volviéndolo loco de tanto querer más, de querer más de ella, de quererla por completo.

Duncan la hizo retroceder hasta tenerla contra la pared y entonces le levantó el dobladillo del top. Debajo no había nada salvo Elise. Siguió tirando del top hasta que tenía los brazos por encima de la cabeza, la camiseta arrugada a la altura de los antebrazos. Duncan le asió ambas muñecas con una sola mano y se las inmovilizó contra la pared por encima de su cabeza.

Más tarde lamentaría no haber hecho una pausa en ese momento para contemplar su torso estirado, no haberse tomado tiempo para mirar aquello con lo que había fantaseado desde la primera vez que la vio en la gala de entrega de premios. Lamentaría no haber permitido que las yemas de sus dedos disfrutaran recorriendo su piel, no haberle tocado los pechos ni habérselos acariciado con la boca.

Pero en ese momento, lo empujaba un hambre primaria de poseerla. Metió la mano por debajo de su falda, le dio un cachete en el trasero y no encontró nada salvo su piel. Profiriendo blasfemias, o tal vez ruegos desesperados, la levantó contra su propio cuerpo y la llevó hasta el sofá.

Mientras se tendía, Elise acabó de quitarse el top y lo dejó a un lado. Él se desprendió impaciente de la funda que llevaba bajo la axila y la dejó caer al suelo, y

luego plantó una rodilla en el sofá y le remangó la falda hasta la cintura, tiró del tanga piernas abajo y centró la mirada en la matita de suave vello entre sus muslos. La respiración de Duncan era un sonido ronco y agitado en la habitación, por lo demás en silencio, mientras forcejeaba con la hebilla del cinturón y la bragueta, y luego le hacía separar los muslos y se montaba sobre ella.

Enfundado en el interior de Elise, le pasó los dedos por el pelo y enterró la cara en el hueco de su cuello. Se tomó unos segundos preciosos para congratularse de lo estupendo que era aquello, estar dentro de ella, rodeado por ella, poseyéndola.

Entonces empezó a moverse. Sus acometidas, duras y profundas, se derivaban de la frustración casi en la misma medida que de la pasión, y cobraban energía con los gemidos agitados de Elise. Aunque estuviera fingiéndolos, a Duncan no le importaba. Le gustaban; lo animaban a seguir.

Deslizándole las manos por debajo de las caderas, le hizo adoptar el ángulo adecuado y la mantuvo en esa posición mientras la penetraba cada vez con más fuerza, el ritmo cada vez más intenso, la fricción más y más caliente, hasta que se hizo añicos de placer. Su clímax fue largo e intenso, y lo dejó ahitó.

Cayó pesadamente sobre ella, su respiración, un sonoro jadeo húmedo contra la garganta de Elise. Podría haberse quedado en esa postura por siempre jamás, con ella bajo su cuerpo, en ese estado de dichoso letargo, pero antes incluso de haber recuperado el resuello, se incorporó e intentó apartarse de ella.

—No. —Elise se aferró a él—. No.

Elise tenía el cuerpo tenso y se le había formado un leve ceño entre las cejas. Con los ojos cerrados y la respiración agitada, se humedeció los labios y los frunció suavemente hacia el interior de la boca.

Deslizó las manos por debajo de la camisa húmeda de Duncan, le hincó las uñas en la piel de la espalda, resbaladiza de sudor, y meneó la pelvis contra la de él en un suave movimiento circular. El incremento de la presión la hizo respirar con más fuerza. Duncan se olvidó de dejarla, y en vez de eso le sujetó las caderas con las manos y la empujó con todo el cuerpo. Ella profirió un ronco gemido de deseo.

Duncan se restregó contra ella mientras sostenía sus caderas aún con más fuerza. Notó el aguijonazo de sus uñas en la piel. Empezó un levísimo balanceo, pero fue suficiente; más que suficiente. Con un gritito, Elise arqueó la espalda sobre el sofá y sus muslos le apretaron las caderas con fuerza. Duncan notó el orgasmo de Elise desde la punta de la polla, profundamente enterrada en ella, hasta el fondo de la garganta.

Cuando fue menguando, Elise se quedó jadeante debajo de él. Una farola brillaba del otro lado de la ventana, proyectando una sombra sobre sus pechos con la forma del encaje de las cortinas desgarradas. A Elise le resbaló una lágrima del rabillo del ojo al cabello húmedo de la sien, donde le latía una vena. Su pelo era un revuelo de seda pálida en la nuca, y los labios se le veían hinchados, casi magullados.

Deseaba intensamente quedarse tumbado con ella. Deseaba colmarla de besos

húmedos, aunque también suaves y cariñosos. Pero con eso lo habría condenado sin remedio. Había perdido la cabeza y respondido a un impulso carnal que más adelante podría achacar a la biología..., pero no tendría excusa para la ternura prolongada. Ahora estaba en pleno uso de sus facultades, y la enormidad de su locura se le vino encima como una losa.

Elise abrió los ojos y lo miró fijamente. Mientras murmuraba su nombre, levantó la mano hacia su mejilla, pero antes de que pudiera tocarlo, Duncan se apartó y se puso en pie. Vuelto de espaldas a ella, se subió los pantalones y se abrochó el cinturón como mejor pudo. Se dejó los faldones de la camisa por fuera, y recogió la funda del arma, pero no volvió a ponérsela.

Se las había visto con algunos de los criminales más despiadados de Savannah, pero el acto más valeroso que había tenido que hacer en su vida era dar media vuelta y mirar a esa mujer.

Ver que se había sentado en el sofá le produjo cierto alivio. Tenía otra vez la falda en su sitio, y aunque no se había puesto el top aún, lo sostenía pudorosamente sobre su pecho. Esa pose a la defensiva, típicamente femenina, se le quedaría grabada en la memoria para más adelante, cuando, al recordar lo vulnerable que le pareció en ese instante, sintiera un dolor en lo más hondo.

Pero eso sería más adelante.

Ahora, fue caminando hasta el pasillo, donde se agachó para recoger la americana y el arma reglamentaria del suelo. Por encima del hombro, dijo:

—A las diez en punto. Que esté presente su abogado, y no se retrase.

Capítulo 16

Nada más despertar, Elise se incorporó de súbito con el corazón desbocado e intentó tomar aliento.

Un momento estaba profundamente dormida, y al siguiente fue como si hubiera sonado una alarma estruendosa en el interior de su cabeza, que la despertó con una sacudida. Miró en torno a sí loca de inquietud, y aunque la rodeaba la oscuridad, recordó al instante dónde se encontraba, y por qué, y lo que había ocurrido.

Al marcharse Duncan, estaba tan afligida que había llorado hasta quedarse dormida. ¿Había dormido? Ella, la insomne crónica, ¿había dormido sin soñar? ¿Cuánto rato? ¿Media hora? ¿Más incluso? Mientras se ponía el top, intentó mirar la hora en su reloj de pulsera, pero estaba muy oscuro para ver las manecillas. ¡Cato! ¿Qué iba a decirle?

El sudor se le había secado sobre la piel, dejándosela tensa y reseca. Se pasó las manos por las mejillas y notó los regueros salados de las lágrimas. Buscó a tientas por el suelo la ropa interior, y, mientras se ponía las braguitas, cayó en la cuenta de que tenía que bañarse antes de ver a Cato.

Cogió el bolso de mano y, apenas segundos después de despertar, estaba buscando el camino de salida por la casa a oscuras tan aprisa como le era posible. Tenía que llegar a casa antes que Cato, porque, de otra manera, ¿cómo explicaría su ausencia? ¿Cómo explicaría su aspecto?

Sólo había una explicación para eso. Si la miraba, Cato sabría al instante lo que había hecho.

«Por favor, Dios mío, que siga jugando a cartas.»

Fuera cual fuese el estado de ánimo de Cato, tendría que soportarlo. Puesto que Duncan había dejado clara su intención de seguir adelante con la investigación, ahora ella no tenía otra alternativa que continuar fingiendo ante Cato que mantenían una relación de dicha matrimonial.

Salió por la misma puerta trasera por la que había entrado. El jardín era un descuidado sendero de malas hierbas y matojos que le rozaron las piernas desnudas al cruzarlo a la carrera.

Una puerta en la verja de madera al fondo del jardín se abría a una callejuela llena de baches, sin pavimentar y bordeada de cubos de basura y los desperdicios de una comunidad despreocupada: electrodomésticos oxidados, viejas llantas, muebles desechados, juguetes, herramientas e inmundicia.

El trayecto de regreso hasta donde había dejado el coche la llevó por entre las dos casas anejas a la que Duncan había descrito como la casa de Boo Radley. Él no lo sabía, pero *Matar a un ruiseñor* era una de sus películas preferidas. Cuando era niña, la veía cada vez que la pasaban por televisión. Probablemente había visto todas las

películas que ponían en la tele: comedias, melodramas, películas de misterio, le encantaban todas. Habían sido su vía de escape de la cruda realidad de su vida.

El vecindario alardeaba de varias casas al estilo de la de Boo Radley. Las que tenía Elise a un lado y otras estaban a oscuras, sin nada que indicara que alguien la estuviese observando tras las contraventanas, pero justo cuando creía que iba a pasar sin ser vista, saltó un gato de un estrecho alféizar, haciendo que le diera un vuelco el corazón. El gato lanzó un bufido y arqueó el lomo, y luego se fue como una flecha hacia la maleza.

El coche estaba aparcado hacia mitad de la manzana. Se le quitó un peso de encima al ver que no le habían roto ninguna ventana y que los tapacubos seguían en su sitio. Le habría resultado difícil explicarle a Cato que le habían destrozado el coche.

Al pasar por debajo de una farola, volvió a mirar el reloj, y cuando vio qué hora era, a punto estuvo de tropezar en la acera llena de baches. ¡Había estado durmiendo cuatro horas!

Frenética de ansiedad, hurgó en el bolso y sacó el móvil. Si había sonado, no había llegado a despertarla. Comprobó la pantalla. Bien: no había registro de ninguna llamada.

Cuando Cato anunció que pensaba ir al club de campo, ella le dijo que iba a tomarse una pastilla para dormir y que, con un poco de suerte, descansaría de cara al interrogatorio por la mañana. Para no correr el riesgo de perturbar el sueño que tanta falta le hacía, él había asegurado que no llamaría.

Bueno, al menos no la había llamado al móvil, pero tal vez hubiera llamado a casa.

Se planteó llamarle al móvil para ver dónde estaba. Si lo encontraba todavía en el club, podría decir que sencillamente quería saber qué tal le iba. Pero si estaba en casa, exigiría saber por qué no se encontraba allí, bien arropada y a salvo en la cama. Querría saber qué hacía fuera a esas horas, cuando se suponía que estaba disfrutando de un sueño medicado. Y entonces ¿qué? ¿Qué le diría a su marido?

No, mejor no llamar que correr el riesgo de ponerse en semejante aprieto. La mejor opción para no ser descubierta pasaba por llegar a casa antes que él. Con ese fin, recorrió a la carrera la distancia restante hasta su coche.

Abrió la puerta con el mando a distancia. El vehículo emitió un trino y los faros lanzaron un destello, aliviando momentáneamente la oscuridad de la calle desierta, lo que le hizo pensar en las luces estroboscópicas que se encendían y apagaban al ritmo de la música en su encuentro más reciente con Savich.

Abrió la puerta del coche, echó el bolso al asiento de al lado y se puso al volante. Apretó el botón de cierre centralizado nada más cerrar la puerta, puso el coche en marcha sin pérdida de tiempo y arrancó.

La mejor perspectiva: Cato seguía en el club y, tal como había dicho, la había dejado tranquila para que pudiera dormir. El sábado anterior había jugado a las cartas

hasta altas horas. Tal vez hubiera hecho lo mismo esta noche. Con un poco de suerte, lo habría hecho.

Una perspectiva algo más inquietante: seguía en el club, pero había estado llamando a casa para ver cómo se encontraba. De ser así, podría contarle que se había tomado dos pastillas de medicación sin receta. Eran más fuertes de lo que pensaba, y las pastillas la habían sumido en un sueño tan profundo que no había oído sus llamadas.

La peor perspectiva: Cato estaba en casa, esperándola furioso.

Para explicar su ausencia, podría decir que, a pesar de las pastillas, tenía un insomnio tal que había salido a dar una vuelta en coche. Era una excusa bastante floja, pero, al menos, resultaba verosímil.

Sin embargo, ¿cómo explicar los indicios inconfundibles de haber hecho el amor? Duncan no se había mostrado delicado, y ella tampoco.

«Me parece que no podemos elegir de quién nos enamoramos, ¿no es así?»

Él no había dicho nada en respuesta a su pregunta. No había hecho falta. La expresión de Duncan le había dicho lo que necesitaba saber; lo que ya sabía.

Una vez desencadenada, su pasión había sido explosiva e impetuosa. Había dejado marcas. A menos que fuera capaz de tomar medidas antes de que la viera Cato, sin duda repararía en el pelo revuelto y la falda arrugada, las rozaduras dejadas por la piel curtida de Duncan en torno a sus labios.

Con objeto de comprobar si la abrasión que notaba resultaba igualmente visible, miró hacia el retrovisor.

Un rostro le ofreció una sonrisa torcida desde el asiento de atrás.

Elise lanzó un grito aterrado y pisó el freno con fuerza en un acto reflejo.

—Señora Laird. No hemos llegado a conocernos. Permítame que me presente. — El hombre sacó una tarjeta de visita con un gesto ostentoso y la sujetó entre el índice y el corazón—. Meyer Napoli.

Tras dejar a Elise, Duncan había estado conduciendo sin rumbo un rato, sin saber muy bien en busca de qué: de redención, tal vez.

Pero no iba a encontrarla deambulando por las calles de la ciudad, ni en un bar, en el gimnasio o en un cine, opciones que fue sopesando una tras otra. Acabó en el cuartel.

Sólo había otro detective en la Unidad de Crímenes Violentos. Cuando entró Duncan, el agente hizo una broma sobre lo tarde que trabajaban. Duncan respondió en un tono acorde y luego se fue a su despacho y cerró la puerta para dar a entender que no quería conversación.

En el fondo de su mente, supuso que debía pensar que si trabajaba en el caso, sentado a su mesa revisando el contenido del expediente, podría llegar a racionalizar su encuentro privado con Elise.

Incluso después de tantas especulaciones con doble sentido sobre Savich, cuando había visto quién lo estaba esperando en el interior de la casa, podía decir sin que sonara descabellado que se había quedado únicamente porque iba en busca de la verdad, de una confesión, alguna prueba nueva. Lo que fuese.

«Únicamente.»

Si conseguía convencerse de ello, casi se podría exculpar por completo de lo ocurrido. Lo intentó durante varias horas, pero, al cabo, cejó en su pretensión. Se había quedado en aquella casa porque quería estar con ella, no por avanzar en el caso. Lo que había ocurrido en el sofá polvoriento no podía catalogarse como trabajo policial.

Reconocerlo le resultó liberador en cierta medida, pero no del todo. Aún tenía que vérselas con la verdad.

Ya que seguía regodeándose en su infracción, prefería hacerlo en la comodidad de su domicilio, así que se fue del cuartel y recorrió al volante de su coche las escasas manzanas hasta su casa adosada. A estas alturas, la madrugada estaba a medio camino entre el amanecer y la medianoche, pero en cuanto pasó por la puerta, buscó refugio en el piano.

Tocó *rock and roll*, *country* y temas clásicos, pero todas las melodías tenían un compás fúnebre. La música no le salvó el alma, como solía ocurrir. Poco después dejó de buscar alivio en ella y se tumbó en el sofá, se cubrió los ojos con el antebrazo y se abandonó a los remordimientos que había estado intentando dejar atrás desde que se despidiera de Elise.

Le cayeron encima como un yunque.

Desde el punto de vista profesional, no había justificación para lo que había hecho. Había mantenido relaciones íntimas con una sospechosa, lo que probablemente constituía la prohibición más importante, la primera de todas en la aplicación de la ley.

Dee Dee y los demás detectives se burlarían de él. Sus superiores lo sancionarían, si es que no lo despedían directamente. Pero por severo que fuera el castigo, no lo sería tanto como merecía, o tanto como lo estaba siendo consigo mismo. Había puesto en peligro una investigación, y eso no podía perdonárselo.

E incluso si se lo pudiera perdonar, había algo más: Elise estaba casada.

Duncan había sido el típico hijo de predicador, dispuesto a demostrar que no era más santurrón que los demás niños. Conforme crecía, había ido buscando problemas en los que meterse, y por lo general los había encontrado.

Durante la adolescencia, había dado rienda suelta a su vena más salvaje. El peor castigo que le habían impuesto era tener que aguantar dos oficios religiosos un domingo por la mañana con una resaca de tal calibre tras pasarse bebiendo el sábado por la noche que había estado a punto de llorar. Hasta tres veces tuvo que salir de la iglesia para vomitar una mezcla rancia de bilis y vino con sabor a manzana.

Su padre esperaba que el castigo le enseñara una lección, pero la experiencia sólo

le enseñó a elegir con más tino lo que bebía, a evitar las resacas y a apachucarse si las tácticas de escaqueo no funcionaban.

Para desesperación de sus padres, que tanto lo querían, Duncan estaba decidido a no ser distinto sólo porque su padre fuera pastor, lo que hizo de él un muchacho más intrépido que la mayoría de los adolescentes. Eso atraía especialmente a la exploración sexual. Había empezado pronto, y algunas de sus experiencias más memorables ocurrieron en la iglesia o sus inmediaciones. Mientras los diáconos hablaban de la adquisición de nuevos bancos o misales con su padre, él engatusaba a sus hijas para robarles besos en el armario de la sacristía, donde se guardaban los hábitos.

Tocó por primera vez un pecho en un campamento organizado por la iglesia. Fue después de la misa vespertina, en el paseo por el bosque desde el templo hasta las cabañas. Dos veranos después, perdió la virginidad en circunstancias similares. A la mañana siguiente, cuando elevaron plegarias de agradecimiento, la suya era probablemente la más sincera.

Había protagonizado aventuras de lo más alocadas durante la universidad, pero ¿quién no? La madurez lo había vuelto más cauto y precavido, excepción hecha del sábado anterior.

Había evolucionado del universitario cachondo dispuesto a cepillarse a cualquier otra estudiante que accediera, a ser un hombre más responsable que apreciaba de veras y respetaba a las mujeres. Al margen de lo mucho o poco que durase una relación, intentaba conducirse con honradez.

Eso incluía no meterse en el terreno de otro hombre, y desde luego suponía no tener conocimiento carnal de la esposa de otro hombre.

Durante más de cuarenta años sus padres habían disfrutado de un matrimonio estable, feliz y lleno de amor. No le cabía la menor duda de que seguían locamente enamorados y mantenían relaciones sexuales. Lo sagrado de la institución era un tema habitual en los sermones de su padre.

Duncan suponía que, a pesar de que había sido bastante gamberro, esa lección moral caló en él. El adulterio era uno de los pecados que no se debían cometer. Sencillamente no se hacía. Nunca se había visto tentado.

Pero ahora se había acostado con una mujer casada, y se avergonzaba de ello.

La auténtica vergüenza, sin embargo, era que, a pesar de todo, aún la deseaba.

Ése sería su castigo, saber que nunca podría poseerla.

Al margen de cómo acabara resolviéndose la investigación de la muerte de Trotter, nunca poseería a Elise.

Y la investigación no se la dejarían resolver a él.

No asistiría al interrogatorio de las diez en punto. Porque a las nueve y media, iría al despacho del capitán Bill Gerard y reconocería que, con respecto a la señora Laird, no había sido tan objetivo como aseguró. Ni siquiera tan objetivo como habría deseado. Se lo confesaría todo a Gerard y aceptaría la plena responsabilidad por lo

ocurrido, dejando a Elise al margen.

Le pediría a Gerard que no le contara a Cato Laird por qué se retiraba del caso, y probablemente Gerard accedería a la petición, no para evitarle a él un escándalo público, sino para evitárselo al juez, a Elise y a toda la policía.

Gerard tomaría alguna medida disciplinaria, posiblemente incluso le pediría la placa a Duncan. El día siguiente a esa misma hora, bien podía estar sin trabajo. Era justo lo que merecía.

Había otra persona a quien debía confesarse: Dee Dee. Sus demás colegas especularían acerca de por qué ya no seguía desempeñando su función, y probablemente algunos acertarían en sus suposiciones. Pero Dee Dee tenía que oír la verdad de sus labios. Se lo debía, como compañero y como amigo, porque, en tanto que compañero y amigo, ella le había advertido que no permitiera que sus sentimientos por Elise interfirieran en su investigación. Dudaba que fuera a responderle: «Ya te lo dije», pero aunque lo hiciera, se habría ganado ese derecho.

Tras decidir lo que haría, se levantó del sofá y subió a paso lento a la primera planta. Antes de hablar con Dee Dee, le parecía adecuado, además de simbólico, eliminar cualquier vestigio de Elise en su cuerpo.

Una vez en el cuarto de baño, fue a la ducha y abrió los grifos, y luego se quitó la ropa. Cediendo a un instante de debilidad, se llevó la camisa a la cara e inhaló la esencia de Elise, que parecía entretejida con la tela. Luego echó la prenda en el cesto de la ropa sucia con gesto impaciente antes de caer en la tentación de guardarla como una especie de recuerdo romántico.

Entró en la ducha, bajo la lluvia de agua.

Había contemplado sus actos desde un punto de vista práctico, profesional y moral, esforzándose por mantener sus emociones a raya, temeroso de que le impidieran tomar las decisiones más adecuadas. Pero el agua templada de la ducha disolvió su control. Con un gemido, se apoyó en las baldosas de la pared y se apretó las cuencas de los ojos con la base de los pulgares. El dolor que sentía en el pecho era remordimiento. Su conciencia estaba sufriendo un tormento. El arrepentimiento le había hincado sus afilados colmillos.

Aun así, deseaba a Elise con cada respiración.

No podía desconectar aquel deseo que parecía abarcarlo todo.

Tenaz y urgente al mismo tiempo, no se parecía a nada que hubiera sentido por otra mujer. Se había adueñado de él en cuanto la vio, y esa noche, tras poseerla, el deseo era más agudo incluso que antes.

Al día siguiente expiaría sus culpas. «Juro que lo haré», dijo en un suspiro desgarrado.

Pero esa noche...

Cerró los ojos firmemente y dejó que los recuerdos fluyeran por su mente con la misma libertad que la sangre por sus venas. Recordó cada detalle con nitidez. Revivió cada sonido, olor, sabor, cada roce, cada sensación que había experimentado. El

primer beso turbulento. Cuando la había descubierto húmeda de deseo por él. La dulce ondulación postrera del orgasmo de Elise.

Escapó de su garganta tensa un bronco gruñido. El agua templada caía sobre su cuerpo mientras una marea de sensaciones lo recorría por dentro, inexorable e inconteniblemente. Conforme se derramaba de su interior, notó un estremecimiento y se permitió decir, con toda la emoción que sentía, lo que nunca se había permitido decir: «Elise, Elise.»

Con la toalla a la cintura, fue del cuarto de baño a su dormitorio y se sentó en la cama. Estaba agotado físicamente, pero sabía que le sería imposible descansar hasta que se desahogara con Dee Dee, lo que no podía esperar al amanecer.

Cogió el móvil, respiró hondo, y antes de que tuviera oportunidad de arrepentirse, marcó su número, almacenado en la memoria del teléfono.

Dee Dee respondió al primer tono.

—¿Cómo te has enterado tan pronto? ¿También te ha llamado Worley?

—¿Qué?

—Sabes lo de Napoli, ¿no?

—¿Napoli? No. ¿Qué ocurre?

—Lo han encontrado en el puente de Talmadge, muerto y bien muerto. Dentro de diez minutos estoy en tu casa. —Colgó antes de que Duncan pudiera decir nada.

Durante varios segundos se quedó mirando el auricular en su mano, preguntándose si aquella extraña conversación había tenido lugar o simplemente la había imaginado. Luego, tras asimilar lo que había dicho, se levantó de la cama y se vistió a toda prisa, se peinó con los dedos el pelo húmedo y bajó tan aprisa que a punto estuvo de olvidarse de conectar la alarma de la casa antes de salir.

Enfilaba la acera delante de su domicilio cuando Dee Dee volvió la esquina de su calle, y Duncan le salió al encuentro a la carrera. Dee Dee se detuvo el tiempo justo para que se montara en el coche, y salió pitando.

—Has tardado más de diez minutos.

—He parado a coger unos cafés, gruñón. No te molestes en darme las gracias por ser lo bastante amable para asegurarme de que ingieras tu dosis diaria de cafeína, por favor.

Ella llevaba un vaso de tamaño gigante de Coca-Cola *light* entre los muslos, pero Duncan estaba tan agradecido por el café que se abstuvo de hacer ningún comentario.

—¿Seguimos enfadados? —preguntó ella, mirándole con el rabillo del ojo.

Duncan tomó un sorbo de café.

—No estaba enfadado contigo, Dee Dee.

—Estabas enfadado.

—Teníamos una diferencia de opinión. A veces ocurre, incluso entre personas del mismo parecer.

—Bueno, yo estaba enfadada contigo —apuntó ella.

Duncan la miró y Dee Dee se encogió de hombros.

—Primero por largarte a Atlanta sin mí.

—Tony Esteban no te caería bien, hazme caso —puntualizó Duncan.

—Luego estaba enfadada porque estabas siendo tan cabezota con lo de Elise Laird. Por un momento, me pareció que se te había ido la olla. Se me quitó un peso de encima cuando decidiste que se presentara en la comisaría mañana. O, mejor dicho, hoy.

—Espera, Dee Dee. Antes de que me otorgues un mérito excesivo, que no merezco, tengo que contarte una cosa. —Vaciló, intentando dar con palabras para su confesión que no la hicieran ponerse como una fiera—. Esta noche...

—Desde el momento en que entramos en casa de los Laird la noche del tiroteo, tuve la sensación de que algo no encajaba —dijo ella—. Sigo teniéndola. Y ahora, esto.

—¿Ahora, esto? ¿A qué te refieres?

Tomó la rampa de entrada al puente a velocidad excesiva. Duncan, que no acababa de sentirse cómodo en el puente, se cogió al reposabrazos e intentó no derramar el café sobre su regazo.

Prácticamente desde cualquier punto del centro de Savannah, se veía el puente conmemorativo Eugene Talmadge, en especial por la noche, cuando sus riostras provistas de potentes luces dominaban la línea del horizonte hacia el norte de la ciudad. Esa noche resultaba más visible incluso. En su cresta, los destellos de las luces de colores de varios vehículos de emergencia lo habían iluminado como si fuera el Cuatro de Julio.

—Los de la científica ya han llegado. Muy bien —comentó Dee Dee al ver su camioneta. Detuvo el coche y abrió la puerta de su lado.

Duncan tendió la mano por encima del salpicadero y le impidió salir.

—¿A qué te referías con «ahora, esto»?

Ella sacó la mano con la palma hacia arriba. Dijo, decidida:

—Me apuesto un helado con chocolate caliente contra una tortilla de clara de huevo a que nuestro difunto Meyer Napoli está vinculado de alguna manera con nuestro difunto Gary Ray Trotter.

Duncan bajó la mirada hacia la palma de su mano tendida y la entrechocó con la suya a regañadientes.

Dee Dee salió del coche escopeteada.

La confesión de Duncan tendría que esperar.

Muerto, a Meyer Napoli no se lo veía tan pulcro como lo había sido en vida.

Tan engreído como era, a Napoli no le habría hecho ninguna gracia dejar un cadáver así de desagradable. Su tez aceitunada se había tornado de un color

semejante al de la masa de galleta, y parecía aún más pálida bajo los destellos del *flash* del fotógrafo de la policía científica.

—Ha perdido litros de sangre por dentro —comentó Worley con el palillo en la boca, y se hizo a un lado para permitir a Duncan y Dee Dee ver mejor el vehículo, que estaba aparcado en el arcén del carril en dirección a la ciudad.

Napoli estaba en el asiento del conductor. Tenía la barbilla caída sobre el pecho; había muerto mirando el agujero de bala en la parte superior del abdomen y posiblemente preguntándose cómo era posible que una herida tan pequeña provocara semejante desangrado.

Tenía las manos sobre el regazo, con las palmas hacia arriba, creando una especie de represa para la sangre que había manado de la herida fatal. Tal vez había intentado contener la hemorragia interna presionando sobre el orificio de bala, hasta que se resignó a lo inevitable.

—La bala debe de haber atravesado varios órganos —les informó Worley—, reventándolos como globos de agua. Se ha desangrado.

—¿Es eso lo que ha dicho Dothan? —preguntó Dee Dee.

—Aún no ha llegado —respondió Worley—, pero he visto a suficientes hombres con un tiro en la barriga para saber qué aspecto tiene.

—¿Habéis encontrado el arma?

—Todavía no.

—¿La habéis buscado?

Worley se sacó el palillo de la boca y le torció el gesto a Dee Dee.

—No, detective Bowen. Soy un puto novato. No se me ocurriría buscar un arma en el escenario de un tiroteo.

Duncan terció antes de que se metieran en una de sus escaramuzas verbales:

—La ausencia de arma descarta el suicidio.

—Correcto —reconoció Worley—. Además, este gilipollas era demasiado soberbio para quitarse de en medio, aunque tal vez le dispararon con su propia pistola. Siempre llevaba una Taurus del veinticinco en una funda sujeta al tobillo, con una bala en la recámara.

—Un tipo confiado —bromeó Dee Dee.

—Alardeaba de ello. Una vez lo vi con mis propios ojos remangarse la pernera del pantalón y enseñarla. —Worley se inclinó y levantó la vuelta de la pernera izquierda del pantalón de Napoli con el extremo de un bolígrafo. Llevaba una funda sujeta con velero al tobillo. Estaba vacía.

—¿Hay casquillos? —preguntó Duncan.

—Ni rastro, y he mirado —añadió para que Dee Dee lo oyera—. Junto con los de la científica. Han buscado debajo del asiento, y nada.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Dee Dee.

—Eso tendrá que determinarlo Dothan, pero la sangre no está del todo coagulada, así que supongo que no hace mucho. Además, no puede hacer tanto, porque lo

habrían descubierto antes.

—Es una locura que le dispararan aquí en el puente —comentó Duncan—. Este lugar de los demonios está más iluminado que un centro comercial. Cualquiera que pasara podría haber sido testigo del asesinato.

—A mí también me ha parecido extraño —reconoció Worley—. Supongo que fue un crimen motivado por la pasión, no premeditado, un acto impulsivo. A estas horas de la mañana, apenas hay tráfico. El que lo peló, fuera quien fuese, ha tenido suerte. Le disparó y luego se largó antes de que pasara el siguiente coche.

»Claro que, cualquiera que pasara, pudo pensar que se le había averiado el coche o algo por el estilo. Está sentado y no hay sangre a la vista. De hecho, fue un agente de tráfico quien lo encontró. Se detuvo para decirle que pusiera en marcha el coche.

Había señales a intervalos regulares que prohibían asomarse, detenerse o aparcar en el puente.

—¿Habéis hablado con el de tráfico? —preguntó Duncan.

Worley asintió.

—Ha dicho: «No hay más que lo que veis».

—¿Estaba cerrada la puerta del coche?

—Sí. El patrullero ha echado un vistazo por la zona después de dar parte. No había nadie en las inmediaciones ni cerca del coche, según ha dicho. No ha visto nada, y no ha tocado nada salvo para abrir la puerta, usando un pañuelo para no borrar las huellas.

Duncan miró el cadáver y reparó en algo más:

—¿Alguna vez habéis visto a Napoli con un solo pelo fuera de lugar?

—Sí, es posible que hubiera un forcejeo —reconoció Worley—. Usaba esa gomina, ya sabéis, que le dejaba pegado al cráneo hasta el último pelo.

El cabello de Napoli seguía grasiento, pero parecía que le hubiera golpeado un viento huracanado. Tenía la corbata torcida, y sin embargo, estaba perfectamente erguido tras el volante, con los dos pies cerca de los pedales.

Worley, que no se caracterizaba por su sensibilidad, dijo en tono de mofa:

—No le haría ni puta gracia que le sacaran una foto así, ¿verdad?

—¿Algún otro indicio de pelea? —preguntó Duncan.

—Hay huellas de tacones cerca de la barandilla. Es posible que fueran de sus zapatos, aunque no está claro. No lo sabremos hasta que se los quitemos y comparemos, pero Baker y los suyos han acordonado las rozaduras para comprobarlas después, por si acaso.

A Duncan no le gustaban las alturas. No le entraban náuseas ni mareos como a alguien con vértigo, pero procuraba ceñirse al carril interior cuando pasaba por puentes o pasos elevados, y nunca se desviaba de su camino para colgarse de alturas o contemplar profundos barrancos.

Ahora, sin embargo, se dirigió hacia la barandilla del puente, donde la policía científica había colocado conos de tráfico anaranjados y cinta amarilla para delimitar

un perímetro en torno a un área de unos cinco metros cuadrados. Sorteó esa área, se acercó al pretil y miró el río Savannah, unos setenta metros más abajo.

Había marea baja, de manera que el río corría hacia el océano. Con la marea alta, fluía en dirección opuesta, cosa que dejaba perplejos a turistas y recién llegados hasta que se les explicaba el fenómeno. En la desembocadura, el agua dulce se mezclaba con el agua salada y formaba un estuario. La dirección de la corriente dependía de la marea. Debido a todas las corrientes cruzadas, aquel tramo del río, que se utilizaba como canal para el tránsito marítimo, era traicionero.

Duncan regresó con los demás.

—¿Tal vez intentaron robarle el coche? —Se había dado una oleada de casos en la ciudad. A menudo bien la víctima o bien el ladrón acababa muerto.

—¿Aquí en el puente, donde un viandante sería sospechoso de inmediato? —observó Dee Dee.

—Dee Dee tiene razón, Dunk —aseguró Worley—, esto es otra cosa. Ni siquiera se trata del coche de Napoli. —Esbozó una sonrisa ladina y se pasó el palillo a la otra comisura—. Por eso os he llamado. El coche está registrado a nombre de Cato Laird.

Capítulo 17

Duncan tuvo la sensación de que el puente había cedido bajo sus pies y se estaba precipitando al vacío. Se quedó mirando fijamente a Worley.

—¿Te he oído bien?

—Lo has oído bien —confirmó Dee Dee, con una mueca—. Me debes un helado con chocolate caliente. —Luego le preguntó a Worley si se había puesto ya en contacto con el juez.

—No ha contestado nadie al teléfono en su casa, pero el capitán Gerard tenía el número de móvil del juez por el asunto ese de Trotter. Lo ha localizado en el Club de Campo Silver Tide, donde estaba jugando al póquer con sus colegas abogados.

A Duncan le había parecido absurdo cuando Elise se lo contó pocas horas antes. Por lo visto, también se lo parecía a Dee Dee.

—¿Está jugando al póquer la víspera de que interroguen a su mujer por un tiroteo con resultado de muerte?

Worley se encogió de hombros.

—Debe de confiar en la inocencia de su esposa. O estar plenamente seguro de su influencia. Estaba apostando con el fiscal de distrito. Sea como sea, ha confirmado que el coche es suyo, el que su esposa suele conducir.

El corazón de Duncan había estado pasando de la quietud absoluta al desbocamiento más furioso. Seguía experimentando la sensación de que caía.

—El bolso de mano de la señora Laird estaba en el asiento del acompañante —les dijo Worley—. Lo hemos guardado en una bolsa como prueba.

—¿De qué? —preguntó Dee Dee.

—De lo que sea.

Duncan necesitaba sentarse y vomitar, pero tenía que mantener la calma, tenía que aparentar indiferencia personal, mostrarse interesado sólo en la medida en que era detective de Homicidios y Elise Laird una pieza clave en un tiroteo fatal.

Ahora en dos.

Consiguió articular las palabras justas para preguntarle a Worley si alguien había visto a la señora Laird o había oído algo sobre ella.

—Negativo. La última vez que la vio el juez fue entre las nueve y media y las diez. Dijo que iba a tomar un somnífero y a acostarse.

Pero no había tomado ningún somnífero ni se había ido a la cama, sino que se había encontrado con Duncan. Él la había visto después que su marido, con rastros de lágrimas en las mejillas, sosteniéndose el top contra los pechos, con aspecto de haber sido agredida.

—En cuanto Gerard se lo ha notificado al juez —siguió diciendo Worley, mientras hacía un gesto hacia el cadáver—, ha intentado localizarla en casa. Al ver

que no respondía, ha llamado a la criada y le ha dicho que fuera a su casa, a ver si la señora se encontraba bien. Él, la criada y Gerard, que me lo ha contado por teléfono, se han reunido en casa del juez. La señora del castillo no estaba, y nadie había dormido en su cama.

—¿Han probado a llamarla al móvil? —preguntó Dee Dee.

—Seguía en su bolso de mano —dijo Worley—, así que lo perdió antes de que la llamaran, o no respondió cuando la llamaron. —Desvió la mirada más allá de Dee Dee y Duncan, y comentó—: Ahí llega Dothan.

Conforme se acercaba el médico forense, vieron que estaba sin resuello por causa del esfuerzo de subir la pendiente desde donde había aparcado el coche. El sudor le resbalaba en gruesos regueros por la cara fofa.

—Ha aparecido Napoli, ¿eh?

Se hicieron a un lado y le dejaron sitio para que inspeccionara el cuerpo, aunque apenas podía encajar toda su mole en el espacio de la puerta abierta del coche.

—La bala le ha dado de lleno. Probablemente se ha desangrado.

—Ya os lo he dicho —se jactó Worley, y lanzó a Dee Dee una mirada engreída.

—Yo no he dicho lo contrario —dijo ella.

—No se puede asegurar hasta que lo movamos, pero no creo que haya orificio de salida —informó Worley—. No hay rastros de sangre en el asiento a su espalda.

—La bala ha debido de rebotar en la parte posterior de una costilla —observó el forense—. Le ha alcanzado el estómago, eso sin duda. Es posible que también le haya dado en el hígado, el bazo y un par de arterias: todo tocado o reventado, claro.

—Ha desaparecido la pistola que llevaba en la funda del tobillo y no hay casquillo por ninguna parte —señaló Duncan.

Brooks sacó una linterna y la enfocó hacia las manos ensangrentadas de Napoli, y luego se inclinó y olió ambas.

—Cualquiera diría que le vas a hacer una mamada —se mofó Worley.

—Eres como una espinilla en el culo de un cerdo, Worley —le soltó Dee Dee.

El forense no le hizo el menor caso.

—No huele a pólvora, así que no se disparó él mismo. ¿Se metió en una pelea?

—Creemos que hubo alguna clase de forcejeo —contestó Worley.

—Voy a embolsarle las manos. Podría tener tejido bajo las uñas.

—Sería un golpe de suerte —comentó Worley—, si pudiéramos pillar a Elise Laird con una prueba de ADN.

—Eh, vosotros.

El grito lo había lanzado Baker, de la policía científica, que estaba cerca del pretil, a un buen trecho del coche. Señaló algo en la calzada. Duncan fue el primero en llegar a su altura, pero cuando vio el objeto, se detuvo de repente, lo que obligó a Worley y Dee Dee a rodearlo.

Dee Dee se arrodilló.

—Dios santo. Duncan, ¿la reconoces?

Él negó con la cabeza, pero mentía. Pocas horas antes, esa sandalia iba sujeta al pie derecho de Elise.

—Yo sí. —Dee Dee se irguió y lo miró—. La señora Laird llevaba una sandalia como ésta el otro día cuando hablamos con ella y el juez en su solárium. Recuerdo las piedras de color turquesa. Estuve a punto de preguntarle dónde se había comprado unas sandalias así, pero supuse que no sería en ninguna tienda donde yo me las pudiera permitir.

Los tres detectives se apartaron para que el fotógrafo de Baker tomara fotos de la sandalia antes de que la pusieran en una bolsa de pruebas.

—¿Qué te parece a ti, Dunk? —le preguntó Worley.

Hizo un esfuerzo por salir de su ensimismamiento.

—No lo sé.

—¿Crees que la señora Laird se cargó a Napoli?

—¿Has visto alguna vez a un asesino que le pegara un tiro a alguien en el vientre y luego se dejara una sandalia perfectamente identificable? —dijo Duncan.

Mientras Worley y Dee Dee lo sopesaban, unas sirenas anunciaron la llegada a toda velocidad de un vehículo policial por el carril contrario. Cuando estaba a la altura del coche de Elise Laird, el todoterreno trucado frenó bruscamente junto a la mediana de cemento que dividía los carriles de entrada y de salida del puente.

En cuanto el vehículo se detuvo, se abrieron las puertas y Bill Gerard desmontó del asiento del conductor. El juez Cato Laird iba en el asiento del acompañante. Duncan no lo había visto nunca con un aspecto tan desaliñado. Él y Gerard pasaron por encima del murete, cruzaron los dos carriles de entrada a la ciudad a paso ligero y llegaron al coche en el arcén justo cuando regresaba el trío de detectives.

—¿Podemos acercarnos? —le preguntó Gerard a Worley, profiriendo la pregunta como un ladrido.

—Sí, señor. Los de la científica han acabado con el coche.

—¿Qué tenemos, Dothan? —indagó Gerard.

El médico forense le hizo un breve resumen de lo que había averiguado.

—Dudo que tardara mucho en morir.

—Me importa un carajo lo que tardase en morir. —Laird apartó a Gerard de un codazo y fusiló con la mirada a Dothan Brooks—. ¿Qué hay de mi esposa?

—No sé nada de su esposa. —El forense se sacó un pañuelo del tamaño de un mantel del bolsillo del pantalón y se enjugó la frente sudorosa.

Gerard se volvió hacia los detectives.

—¿Qué se sabe?

Su actitud era insólitamente brusca, quizá porque sus responsabilidades en la Unidad de Crímenes Violentos eran mayormente administrativas. Hacía mucho tiempo que no estaba en el escenario de un crimen, y por mucho que quien había sido asesinado fuera un tipo tan desagradable como Napoli, la experiencia nunca resultaba grata.

Pero, sobre todo, supuso Duncan, su jefe se sentía presionado por el juez a obtener respuestas lo antes posible.

Worley se sacó el palillo de la boca y le ofreció un relato sucinto de los hechos:

—Hace unos minutos, hemos encontrado una sandalia con piedras de color turquesa. Por allí. —Señaló hacia donde el fotógrafo seguía tomando instantáneas.

—Dios bendito. —Laird se pasó las manos por la cara de arriba abajo—. Elise tiene unas sandalias así. Quiero verla. —Echó a andar a largas zancadas en esa dirección.

—Quizá se sienta tentado de recogerla, juez. No la toque, por favor.

Fulminó con la mirada a Worley.

—No soy ningún idiota.

Duncan miró en dirección a él, y a pesar de lo mal que le caía, se compadeció de su situación. Si las circunstancias hubieran sido distintas, enormemente distintas, se estaría comportando exactamente igual que el juez. Estaría loco de preocupación, angustiado por lo que hubiera podido pasar, desesperado por obtener respuestas.

Pero no era el marido de Elise, ni siquiera era su amigo. No era nada salvo el detective que probablemente tendría que entregársela al fiscal para que presentara cargos contra ella. No podía desahogar la incertidumbre y el miedo que sentía en su interior. Tenía que hacer su trabajo.

—Me ha llamado el jefe de policía Taylor —decía Gerard, que les estaba hablando a sus subordinados en voz baja—. Me ha ordenado que supervise personalmente la investigación, que tiene prioridad con respecto a cualquier otra cosa que pueda ocuparnos ahora mismo. Dadle al juez lo que quiera, me ha dicho. Taylor quiere que todo el mundo se deje la piel en esto. ¿Entendido?

—Perdón —intervino Dee Dee—. ¿Se considera víctima a la señora Laird?

—Hasta que nada contradiga esa hipótesis. —Gerard los dejó para reunirse con el juez.

—Así que nuestra investigación acaba de entrar en el terreno de la política —masculló Worley—. De puta madre.

Dothan Brooks se les acercó, jadeante.

—¿Me puedo quedar con él?

Duncan dejó al médico forense con Dee Dee y Worley para que arreglaran el traslado del cadáver de Napoli al depósito. Regresó lentamente hasta los conos que acordonaban las huellas de tacones en la calzada y se acuclilló para observarlas de más cerca. Quizá no fueran las huellas de los tacones de Elise después de todo, sino roderas interrumpidas y huellas de tacones de otra persona. Muchas cosas podían haber dejado esas manchas negras en el pavimento de un puente tan transitado que confluía con varios grandes bulevares del centro de Savannah por un extremo y con la autopista estatal 17 de Carolina del Sur por el otro.

Volvió la mirada hacia el coche y calculó que estaba a unos cinco metros de las marcas. La sandalia se había encontrado junto al pretil, aún más lejos. Todo estaba en

el estrecho arcén de la carretera. Duncan se levantó y desanduvo sus pasos hasta el coche, inspeccionando la calzada con cuidado.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Worley al ver lo que hacía.

—Sangre.

—Le han disparado en el coche.

—Tal vez, o quizás ha recibido el disparo durante un forcejeo, allí donde están las rozaduras. —Duncan se expresaba con firmeza—. Ha retrocedido dando traspiés y se las ha arreglado para montarse en el asiento del conductor y cerrar la puerta.

—Pensando que podría marcharse al volante del coche.

—Es posible que sangrara a chorro por dentro, pero apenas perdía un reguerillo por fuera —señaló Duncan—. No goteaba nada, sobre todo si se estaba presionando la herida, como indican las manchas en las manos y la camisa.

—También cabe la posibilidad de que le hayan disparado donde lo hemos encontrado —dijo Worley—, al volante del coche de la señora Laird.

—¡Maldita sea! —exclamó Duncan, reconociendo que lo que decía Worley era cierto—. ¿Qué hacía un indeseable como Meyer Napoli al volante del coche de la señora Laird?

—Ni idea —reconoció Worley.

Habían hecho señal a la ambulancia de que se acercara, y el conductor fue sorteando los coches de policía que habían interrumpido temporalmente el tráfico en los carriles del puente de entrada a la ciudad, que a esas horas de la mañana no era muy denso. Worley volvió hacia donde Dee Dee estaba de charla con Dothan Brooks.

Al quedarse solo, Duncan regresó hacia el área acotada por conos de tráfico y miró con cautela por encima del pretil más cercano del puente, pero esta vez no se fijó en las aguas del río que corrían más abajo, sino en el propio puente.

Con casi setecientos metros de longitud, se había construido con objeto de sustituir un puente que había ido dejando de ser adecuado para el control del tráfico fluvial a medida que crecía la importancia de Savannah como puerto de mar.

Duncan había cruzado el puente un millar de veces, pero debido a su aversión a las alturas y a estar suspendido en el aire, no había quitado ojo de la carretera. Nunca había estudiado la estructura del puente, y desde luego nunca había contemplado tan de cerca su pasmosa construcción y sus inmensas proporciones.

Asomó el tronco tanto como se atrevía y examinó la infraestructura. Mientras calibraba mentalmente la altura de la torre más próxima, que sostenía las riostras, reparó en una escalera metálica que descendía hasta una especie de maquinaria, ni siquiera sabía cómo llamarla, en el vientre del puente. En el suelo de aquel trasto, vio algo que aleteaba, algo que no encajaba con el entorno.

Se dirigió al trote hacia la torre sin apartar la vista de aquel punto, con la esperanza de que lo que le había llamado la atención no desapareciera antes de que pudiese establecer con exactitud qué era. Cuando estaba directamente encima, se asomó por la barandilla y miró hacia el mecanismo bajo sus pies.

Lo que había visto era un trozo de tela, de colores claros, con aspecto suave, fuera de lugar en aquella estructura brutalmente masculina de hierro, acero y cemento.

Estaban trasladando el cadáver de Napoli del coche a la camilla con ruedas. Worley y Dee Dee habían obtenido permiso de los de la policía científica para investigar el interior del coche, y estaban ocupados en ello. Gerard estaba soportando una andanada de improperios por parte del juez Laird, que marcaba su diatriba con golpes al aire del dedo índice.

—¿Por qué se concentran sus detectives en lo que le ha ocurrido a Napoli? —le oyó decir Duncan—. ¡Tendrían que estar buscando a mi esposa!

Duncan volvió a concentrarse en la maquinaria ubicada en la parte inferior del puente y la escalera que la conectaba con el nivel en el que él se encontraba. Procurando mantener a raya el mareo cada vez más acuciante, centró su atención en el inmenso buque cisterna que avanzaba con suavidad por debajo del puente camino del mar. Sin embargo, el movimiento del bajel no hizo sino empeorar la sensación de vértigo.

Aun así, pasó una pierna por encima del pretil, subió a la pequeña plataforma en lo alto de la escalera y empezó a descender. Los travesaños metálicos estaban rodeados por barras que conformaban una suerte de jaula cilíndrica, pero entre una barra y la siguiente había mucho espacio, y no estaba muy seguro de que fueran a sostenerlo en el caso de que se precipitara de espaldas contra ellas.

Ya había recorrido la mitad del trayecto cuando oyó que Gerard exclamaba:

—¡Dunk! ¿Qué demonios estás haciendo?

Levantó la mirada: un error. Lo cegaron las luces en lo alto de la lene que iluminaban el puente. En dirección a la voz de Gerard, gritó:

—Hay algo allá abajo.

—¿Estás loco?

Eso lo dijo Dee Dee, prácticamente a voz en grito.

—Es probable —contestó él entre dientes.

—¡Vuelve aquí!

Sin hacerles el menor caso, siguió bajando. Por suerte, se había calzado deportivas al vestirse a toda prisa y las suelas de goma se adherían mejor que las de unos zapatos. Se había puesto un par de guantes de látex nada más llegar él y Dee Dee al escenario, y tenía las manos húmedas del sudor provocado por los nervios. No se atrevía a bajar la mirada hacia la corriente rápida del río, ahora encrespada con la estela del buque cisterna.

—¿Bill? —gritó hacia lo alto—. ¿Sabes algo de este trasto de aquí abajo?

—¿El montacargas?

—Supongo.

—Hay tres, uno para cada sección del puente. Están conectados a unos raíles a ambos lados, y se deslizan por la parte inferior del puente para que los trabajadores puedan acceder a las luces de navegación. Así pueden encargarse del mantenimiento,

llevar a cabo inspecciones, cosas así.

—De manera que, aparte de los obreros de mantenimiento, aquí no bajaría nadie, ¿verdad? —supuso Duncan.

—¡Algún idiota! —oyó que gritaba Dee Dee.

Los obreros de mantenimiento no llevaban ropa de material ligero que aleteara cuando no había viento sino apenas una brisa insignificante.

Se arriesgó a mirar hacia abajo y comprobó aliviado que sólo le quedaban tres travesaños por bajar. Descendió relativamente aprisa y subió al montacargas. De construcción sólida, era un ejemplo impresionante de inspiración e ingeniería, pero le alegró que fueran otros quienes se veían obligados a trabajar allí. A sus ojos, el largo trecho hasta el otro extremo del puente era una larga agonía, y más allá, sólo había aire sin asideros. Prefirió no pensar en la nada que se abría justo bajo sus pies.

En vez de eso, permaneció centrado en el área inmediatamente en derredor. Los focos que iluminaban el puente desde abajo eran como soles capaces de chamuscar los globos oculares. Procuró no mirarlos directamente mientras se ponía en cuclillas. El trozo de tela estaba enganchado a un perno que sujetaba la escalera al suelo del montacargas.

Un extremo de la tela estampada estaba cosido con dobladillo y el otro estaba claro que había sido arrancado de una prenda de vestir..., que en este caso era la falda que llevaba Elise esa misma noche.

Con la tela asida entre dos dedos enguantados, la desenganchó cuidadosamente de la pieza de metal donde había quedado prendida y luego la introdujo en una bolsa para pruebas de papel marrón. Se incorporó poco a poco y volvió a meterse la bolsa en el bolsillo.

Sus colegas le estaban haciendo preguntas a gritos. Ya no alcanzaban a verlo y estaban preocupados por su seguridad. Querían saber si se encontraba bien. Le estaban advirtiendo que se anduviera con cuidado. Oyó preguntar a Worley si había encontrado algo.

Haciendo un esfuerzo por desconectar de sus voces, dejó de lado su acrofobia y contempló el agua mucho más abajo, donde el río tenía más de doce metros de profundidad. Observó el buque cisterna, una lenta ciudad flotante que ahora se deslizaba por delante de los restaurantes y bares a lo largo de River Street y, en el extremo opuesto, los muelles en el Westin Resort.

Notó una tensión insólita en la garganta al caer en la cuenta de lo que implicaba no haber encontrado más que una de las sandalias de Elise y aquel pedazo de tela arrancada de su ropa.

Había muchas posibilidades de que no hubiera salido viva de ese maldito puente.

Capítulo 18

El juez Laird caminaba arriba y abajo por los escasos metros cuadrados de la oficina de la Unidad de Víctimas Especiales, hollando un sendero en el feo enmoquetado granate mientras mascullaba para sí afirmaciones en el sentido de que su mujer seguía con vida. También incurría periódicamente en diatribas acerca de la desidia y la ineptitud general con que se estaba llevando a cabo la investigación policial.

Exigía respuestas inmediatas a preguntas para las que nadie tenía respuesta alguna y se negaba a aceptar contestaciones sinceras como: «No lo sabemos, pero estamos haciendo todo lo posible por averiguarlo».

Por desgracia, habían dejado a Dee Dee para que se ocupara de él.

Tras acordonar una sección más amplia del puente para incluir el montacargas y la escalera que descendía hasta allí, Dee Dee había acompañado a Bill Gerard y al juez hasta la jefatura de policía mientras Duncan y Worley se quedaban atrás para coordinar la investigación, en la que estarían implicados otros organismos policiales.

No le hacía ninguna gracia que ellos pudieran pasárselo en grande mientras a ella le cargaban con un cometido equiparable al de canguro, pero había dado la orden el capitán Gerard, y no estaba de humor para discusiones.

En realidad, se habría compadecido del juez Laird, si no hubiera sido semejante cabronazo. Rara vez le dirigía una pregunta directamente. Cualquier conjetura o sugerencia de labios de Dee Dee que él no hubiera solicitado previamente era rechazada de inmediato. Se limitaba a tolerarla, apenas, y sólo porque no le quedaba otro remedio.

Los Cato Laird del mundo, los tipos carcas con trajes hechos a medida que no podían disimular sus convicciones, recalcaban la inseguridad que habían inculcado a Dee Dee sus progenitores, sobre todo su padre. El desdén del juez reducía sus logros a la mediocridad y la insignificancia. La hacía sentir igual que su padre, como una estrella de papel de plata que quisiera sustituir a la de oro macizo que había sido su hermano.

También le había tocado en suerte preguntarle al juez acerca de sus actividades antes de que se le notificara la muerte de Napoli en el coche de su mujer, e indagar acerca de lo que sabía sobre las actividades de su esposa durante ese mismo periodo.

Era la parte más chungueta de aquella mierda de función.

Cato Laird estaba fuera de sí. No podía permanecer sentado más de unos minutos seguidos. Lo distraía cualquiera que entrase o saliese de la unidad. Cada vez que sonaba un teléfono, cosa que ocurría a menudo, se le disparaban los reflejos.

Cuando Dee Dee se las arreglaba para que le prestara atención, bien respondía a sus preguntas con resignación teatral o se ofendía, aunque ella se esforzaba por tener

tacto.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a la señora Laird?

—A eso de las nueve y media. Cenamos. Elise quería acostarse temprano. Siendo así, le pregunté si le importaba que fuera al club de campo. Empezó un torneo de póquer el sábado pasado y sabía que anoche estarían jugando unos amigos míos.

—Teniendo en cuenta su insomnio, no es propio de la señora Laird haberse acostado temprano, ¿verdad? —dijo Dee Dee.

—Se había comprado unos somníferos con la esperanza de que la ayudaran a dormir.

—¿Suele jugar usted al póquer en noches laborables, por así decirlo?

—No, pero estábamos los dos disgustados y necesitaba algo que me hiciera olvidar el interrogatorio previsto para esta mañana —reconoció el juez.

—¿Por qué le resultaba tan fastidiosa la perspectiva del interrogatorio?

—El detective Hatcher nos aconsejó venir acompañados de nuestro abogado, como si Elise fuera una criminal.

—Teníamos más preguntas sobre la relación con Coleman Greer.

—Elise les explicó de cabo a rabo su relación.

Por el momento, Dee Dee dejó pasar el comentario y siguió adelante.

—¿Habló con la señora Laird por teléfono o tuvo algún contacto con ella después de salir de casa ayer tarde?

—No. Con la esperanza de que la medicación estuviera surtiendo efecto, no quise molestarla con llamadas.

—Dudo que se tomara la medicación, juez. Sabemos que no durmió. —Dee Dee no dejó que la mirada con que la fulminó la intimidara—. ¿Qué llevaba cuando la vio por última vez?

—Una falda y una camiseta sin mangas. Eso ya lo sabe, detective Bowen. He identificado el pedazo de tela que encontró su compañero en el montacargas. Era de la falda de Elise.

—¿Está seguro? La mayoría de los maridos no se fijarían ni recordarían...

—Yo no soy como la mayoría de los maridos —dijo Laird en tono gélido—. La falda era nueva. Se la había llevado a casa como regalo, y ella se la había probado para que la viera.

—¿Llevaba puestas las sandalias con piedras de color turquesa? —preguntó Dee Dee, haciendo hincapié en los detalles.

—Iba descalza.

—¿Para cenar?

—Cenamos en el dormitorio, sobre unas bandejas.

—Entiendo. ¿Les sirvió la cena la señora Berry? —Al ver que el juez asentía, añadió—: ¿A qué hora se fue?

—La oí decirle al capitán Gerard que se había ido a eso de las diez y media.

—Después que usted, entonces.

—Así es. Quería asegurarse de que Elise no necesitaba nada de ella.

—Después de que se fuera la señora Berry, su esposa se puso las sandalias y se fue de casa en su coche.

—No sabemos en qué circunstancias se fue —puntualizó él—. Tal vez la obligaron a salir de casa.

—Tal vez, pero según el capitán Gerard, que estuvo en su casa, no había indicio de forcejeo, allanamiento ni nada por el estilo. Podemos descartar el robo porque Gerard dijo que usted había encontrado sus joyas, el anillo de compromiso y los pendientes, con diamantes de tamaño considerable, en la mesilla de noche —recordó.

—Así que parece que salió a toda prisa, ¿no? Bueno, ni siquiera se acordó de ponerse la alianza. Y ése es un anillo que uno no se dejaría atrás a menos que fuera muy apurado.

El juez guardó un silencio pétreo mientras Dee Dee tamborileaba con el lápiz sobre el bloc amarillo en el que había estado tomando notas.

—¿Tiene idea de adonde puede haber ido su mujer, juez?

—Si la tuviera, ¿no cree que habría ido a buscarla?

—Tiene amigos o familia... —dejó caer Dee Dee.

—¿Nadie a quien podría haber ido a visitar, en un impulso?

Él negó con la cabeza y afirmó:

—No sin decírmelo.

«No le dijo lo de sus encuentros con Coleman Greer», pensó Dee Dee, malhumorada. Harta de tanto andarse con cuidado, fue al grano:

—¿Cree que había quedado con Meyer Napoli anoche?

El juez se inclinó hacia ella con los rasgos rígidos de ira.

—¿Es así como resuelve usted los crímenes, detective Bowen? ¿Acosa a los seres queridos de la víctima con preguntas tontas y saca conclusiones estúpidas?

Probablemente Cato Laird no esperaba respuesta, pero ella se la dio:

—A veces. Le sorprendería lo que saben los testigos sin ser siquiera conscientes de saberlo. Propongo posibilidades para ver si surge algo. A menudo así es, y puede ser ese dato absurdo, en apariencia insignificante, el que acaba por resolver el caso.

Él miró alrededor con impaciencia como si buscara a alguien que acudiese a su rescate. Gerard había desaparecido; Dee Dee supuso que estaba en su despacho. Había algún que otro detective dando vueltas por allí, haciendo lo posible por dar la impresión de que andaban ocupados, aunque en realidad se sentían atraídos por el revuelo como las polillas a la llama.

El juez dijo:

—Reconozco la importancia de ser minucioso y preciso, detective Bowen. Después de tantos años como juez, comprendo que se pueden obtener de la memoria de un testigo pepitas que conducen a la resolución de un caso, pero sólo sé lo que le he dicho, repetidas veces —subrayó.

Ella pasó una hoja del cuaderno para tener una página en blanco en la que tomar

notas.

—¿Puedo seguir?

Y así había continuado el asunto durante una ardua hora y media. Al cabo, convencida de que el juez no tenía nada más que pudiera o quisiera contarle, Dee Dee lo dejó a sus anchas para que siguiera caminando arriba y abajo y soltando sus arengas.

Dee Dee utilizó un teléfono fuera de la UVE para llamar al gerente del Club de Campo Silver Tide. Habló con su esposa, que lo despertó después de que la detective se identificara y le transmitiera la urgencia de la llamada. Obtuvo de él los números de teléfono del aparcacoches y el camarero que habían estado de servicio esa noche.

Llamó a sus respectivas residencias y a ninguno de los dos le hizo gracia que lo molestaran a esas horas, sobre todo después de haber trabajado el turno de noche, pero ambos le confirmaron que el juez había llegado al club poco después de las diez en punto y se había unido a una animada partida de póquer. No se marchó hasta que la policía le informó de que se había encontrado el coche de la señora Laird en el estrecho arcén del puente Talmadge con el cadáver de un hombre en su interior.

—Cuando le dijeron que no había ni rastro de ella, alucinó —le contó el camarero a Dee Dee.

—Ya me lo imagino. —Preguntó por los nombres de aquéllos con los que había estado jugando a cartas el juez toda la noche. Era toda una pléyade de figuras de primer orden, incluido el fiscal de distrito.

Si resultaba ser cierto que Elise Laird se había encontrado con Meyer Napoli para algún asunto turbio, mientras el juez disfrutaba de una noche de póquer y *whisky* de malta, le resultaría difícil librarse de la fama que se estaba ganando. Lo verían aún más como un bufón enamorado. Algunos enemigos políticos, y posiblemente incluso seguidores leales, quizá pusieran en tela de juicio si semejante necio podía ocupar el cargo de juez presidente de un tribunal superior.

Las repercusiones profesionales de su situación bien podían explicar su pésimo humor.

Gerard reapareció para ver qué tal lo llevaba el juez, y también para pedir a Dee Dee que pusiera al tanto a la secretaria de Napoli del fallecimiento de su jefe para que ésta se encargara de ponerse en contacto con sus familiares.

Al recibir la noticia, la secretaria sufrió un ataque de histeria. A Dee Dee le sorprendió que Napoli pudiera provocar tanta emoción en otro ser humano, a menos que fuera repulsión o furia. Una vez que se hubo calmado, la secretaria explicó que Napoli no tenía parientes, que ella supiera, y accedió a ir al depósito por la mañana para identificar el cadáver.

También pidió que le explicaran las medidas que se estaban tomando para atrapar al «monstruo» que lo había matado. Dee Dee le aseguró que los detectives de Homicidios estaban en el caso justo con ese fin.

El cielo se estaba poniendo gris con el amanecer en ciernes y Dee Dee iba por su

tercer paquete de seis latas de Coca-Cola *light* cuando Duncan y Worley entraron a paso cansado. A Worley se lo veía agotado y alicaído. Duncan parecía un cadáver exhumado del Cementerio Colonial en la manzana contigua.

Apenas habían cruzado el umbral cuando Laird se abalanzó sobre ellos.

—¿Y bien?

—Tráenos un café, ¿quieres?

Dee Dee estaba a punto de recordarle a Worley que ir a por café no entraba dentro de sus cometidos, pero se fijó mejor en el rostro demacrado de Duncan y comprendió que necesitaba un reconstituyente, y lo necesitaba de inmediato. Fue a poner un par de tazas de café, pero mantuvo el oído atento a lo que estaban diciendo.

—La APG y la DDT han accedido a dejarnos el carril exterior del puente un poco más —informó Worley, refiriéndose a la Autoridad Portuaria de Georgia y la Dirección de Tráfico—. No les hace mucha gracia. Les creará un problema de tráfico de la hostia en la hora punta por la mañana, pero nos conviene conservar el escenario tanto como sea posible. A la luz del día podría aparecer algo que nos haya pasado inadvertido.

Aceptó agradecido el café en vaso de plástico que le tendía Dee Dee. Duncan no reparó en la taza que le ofrecía hasta que Dee Dee le tocó el hombro. La miró con expresión ausente durante unos segundos y luego estiró el brazo para coger el café.

—Al diablo con los embotellamientos —dijo Laird—. ¿Qué están haciendo para encontrar a Elise? —Le dirigió la pregunta a Duncan.

—La unidad canina ha sacado a todos los perros. Están peinando ambas riberas y la isla de Hutchinson.

—Eso es muy limitado. ¿Qué hay de las demás islas entre aquí y el océano? —preguntó el juez—. ¿Las están inspeccionando?

Nadie quiso decirle que rara vez llegaba nadie hasta la desembocadura del río. De todas las víctimas de accidentes y suicidas que se habían precipitado desde el puente, Dee Dee sólo sabía de uno que hubiera sobrevivido a la caída. Por lo general el cuerpo salía a la superficie en cuestión de días, dependiendo de la época del año y la temperatura. Aparecería en alguna parte a lo largo de River Street o cerca del muelle del Cuerpo de Ingenieros en la isla de Hutchinson, que dividía ese trecho del río en dos canales.

—Ampliaremos la zona de búsqueda según sea necesario, juez —le dijo Gerard diplomáticamente—. ¿Qué más, Dunk?

—Se ha emitido una orden de búsqueda con la descripción física de la señora Laird que atañe a la policía estatal, este departamento y el del *sheriff*. La patrulla marítima está rastreando todos y cada uno de los canales del río. La Guardia Costera ya ha enviado una nave —dijo—. Está surcando la costa atlántica, pero...

Pero, de nuevo, rara vez llegaba tan lejos un cadáver tras reaparecer, pensó Dee Dee. Si llegaba hasta allí, probablemente se perdería para siempre.

—¿Pero...?

—La Guardia Costera también va a enviar equipos de búsqueda y rescate en lanchas —dijo Duncan—. Se están movilizando en estos instantes. Hemos tenido los helicópteros de la policía en el aire casi desde que se fueron del puente y regresaron aquí. —Dio la impresión de que a Duncan el parte le había minado la escasa energía que le quedaba; hizo una pausa para tomar un sorbo de café.

—He oído que la centralita principal está colapsada de llamadas —comentó Gerard—. La gente ha visto los focos del helicóptero desplazándose por el río y quiere saber qué ocurre.

—Me trae completamente sin cuidado a quién cause molestias —insistió Laird—. Hagan que sigan en el aire los helicópteros.

—Claro. —Gerard parecía rendido y molesto. La actitud imperiosa del juez había acabado por hacerle mella—. Sólo se lo digo porque si los ciudadanos quieren respuestas, no me cabe duda de que también las querrán los medios. Tarde o temprano vamos a tener que atender a los periodistas que se han reunido abajo.

—Hemos tenido que abrirnos paso a codazos a la entrada —dijo Worley—. No les hemos dicho nada, claro.

—Yo mismo me las he visto con una docena de llamadas que han llegado a la unidad so pretexto de tener información acerca de la señora Laird —continuó Gerard—. La prensa sabe que fue Meyer Napoli el que resultó muerto en el puente. Los periodistas también saben que la señora Laird está implicada de alguna manera, pero no están seguros de en qué medida. Debería pensar en cómo va a enfrentarse a ellos, juez.

Laird se desinfló y se dejó caer con todo su peso sobre la silla más cercana. En cuestión de segundos, se desvaneció su aplomo y adoptó la actitud desamparada, vulnerable y derrotada de una víctima. Inclino el torso hacia delante y se quedó mirando el suelo.

Le permitieron unos instantes de tranquilidad en los que nadie dijo nada. Por una vez, hasta Worley fue lo bastante sensible como para mantener cerrada su boca.

Poco después, el juez Laird levantó la cabeza y miró a Duncan.

—¿Han encontrado algo? ¿Alguna pista sobre su paradero?

—Ese trozo de tela. —Duncan carraspeó y se pasó los dedos por el pelo. Por su aspecto, no era la primera vez que se lo echaba hacia atrás de esa manera—. Usted, esto..., usted dijo que creía que era de Una falda de la señora Laird.

—No lo creo, lo sé.

—Ya lo hemos aclarado. La falda era nueva. Un regalo suyo.

Dee Dee no alcanzaba a imaginar por qué algo así parecía causarle semejante malestar a Duncan, pero así era, hasta el punto de que hizo una mueca de dolor.

—No sabemos cómo llegó hasta el montacargas —dijo—. Los de la policía científica buscaron huellas en los travesaños de la escalera, pero con todos los obreros que han subido y bajado por ellas... —dejó la frase en suspenso, dando una vez más la impresión de haberse quedado sin fuelle.

—¿Algún rastro de la otra sandalia?

Duncan negó con la cabeza.

—Ni rastro del calzado ni de ninguna otra pertenencia. En cuanto amanezca, el equipo de buceadores de la policía empezará..., empezará con la búsqueda.

El sonido que profirió el juez se pareció mucho a un sollozo sin lágrimas.

Dee Dee vio que Duncan miraba de reojo a Worley, que estaba ocupado mellando la taza de café con la uña, lo que era su manera de delegar en Duncan aquel deber tan desagradable.

—Algo que hemos visto que se nos había pasado por alto —continuó Duncan—, es que probablemente no se quitó la sandalia por voluntad propia. El cierre de la tira seguía abrochado.

—Una sandalia así se puede poner y quitar sin desabrochar el cierre —señaló Dee Dee—. Estoy casi segura.

Él asintió.

—Pero la tira del talón estaba arrancada de la suela.

—¿Cómo pudo pasar, Dunk? —indagó Gerard.

El detective hizo girar los hombros como si le dolieran.

—Supongo que debió de hacer falta cierta fuerza. —No era una gran respuesta, pero decía lo suficiente, más de lo que ninguno de ellos quería dar a entender.

Duncan parecía tener dificultades para hablar, cosa que Dee Dee no había visto nunca en él, ni siquiera cuando había tenido que informar al pariente más cercano de la víctima de un crimen que su ser querido había corrido la suerte más horrenda imaginable.

—Estamos contrastando las huellas en la calzada con los tacones de los zapatos de Napoli —dijo—, pero todo apunta a que él y la señora Laird se enzarzaron en una especie de forcejeo cerca del pretil. —Le habló directamente al juez—. Tal vez él le pisó el talón de la sandalia, haciendo que se rompiera la tira. Sólo porque encontrara ese pedazo de tela en el montacargas no significa que fuera allí donde le fue arrancada de la falda. Podría haber llegado allí arrastrada por la brisa tras ser desgarrada durante un altercado en el puente.

—Quizá para hacerse con el arma —sugirió Worley, aportando algo por fin. Todo el mundo centró en él la atención—. No hemos encontrado la pistola de Napoli, pero trabajamos con la hipótesis de que le dispararon con ella. Sea como sea, juez, le agradeceríamos que hiciera inventario de sus armas en cuanto llegue a casa.

El juez se enfureció.

—¿Están sugiriendo que Elise salió de casa, armada con una pistola, para encontrarse con Meyer Napoli?

—Había hecho prácticas para utilizar un arma —comentó Dee Dee, ya que parecía que era la única poli en la sala con suficientes cojones como para mencionarlo—. ¿No es eso lo que nos dijeron?

El juez se volvió hacia ella y le lanzó una mirada furiosa.

—Sí, eso es lo que les dijimos. También les dijimos que accedió a esas prácticas a insistencia mía. No le gustaba manejar armas. No se habría llevado una de casa.

—Si puede usted dar razón de todas las armas que posee —dijo Duncan—, y estoy seguro de que puede, entonces descartaremos que Napoli haya recibido un disparo de un arma de su propiedad. Mientras tanto, supondremos que fue el arma de Napoli la que acabó con su vida.

—¿Durante un forcejeo por hacerse con ella fuera del coche, cerca del muro del puente?

—Es una teoría —dijo Worley en respuesta a la pregunta de Gerard—. De momento no es más que una conjetura.

—Conjetura —repitió el juez con vehemencia—, pero no tienen ni idea de lo que ocurrió en realidad, ¿no es así?

—Algo que sabemos con seguridad —respondió Worley, poniéndose a la altura de la indignación del juez— es que en algún momento uno de ellos o ambos estuvieron en el asiento de atrás.

—¿El asiento de atrás?

Worley estaba muy ocupado haciendo gala de su engreimiento por el tanto que se había apuntado como para responder, de manera que fue Duncan quien tuvo que encargarse de la explicación.

—Los muchachos de Baker han recogido granos de cierto compuesto de la estera del coche, en el asiento del conductor, el del pasajero y el de atrás.

—¿De qué demonios está hablando? ¿Qué compuesto?

—No podemos estar seguros hasta que lo confirme el laboratorio, pero parece cemento común —dijo Worley, y se frotó los dedos—. Como desmigajado. Hemos llamado al depósito y le hemos pedido al ayudante del doctor Brooks que compruebe los zapatos de Napoli, y ha confirmado que había rastros de una sustancia gris en las suelas, un polvo granuloso con pedacitos de mayor tamaño.

»Y había la misma sustancia en la suela de la sandalia de la señora Laird —continuó—. Lo que significa, como he dicho, que uno o ambos estuvieron en el asiento de atrás, además de en el delantero. —Hizo una pausa para causar mayor efecto—. Si el laboratorio consigue determinar con certeza de qué sustancia se trata, y nos da alguna pista sobre su procedencia, podría conducirnos hacia el lugar donde tuvieron su encuentro Napoli y la señora Laird.

Duncan se pasó una mano por la cara, gesto este que llamó la atención de Dee Dee. No lo había visto nunca tan alterado, ni siquiera después del más horrible de los homicidios pavorosos. Se preguntó por la intensidad de su atracción hacia Elise Laird, y no era la primera vez que lo hacía.

No se estaba comportando como un policía objetivo encargado de la investigación de un caso. Como es natural, se habría preocupado por la suerte de cualquier ciudadano que hubiera desaparecido del lugar de un crimen donde había muerto otra persona, pero parecía desmesuradamente afectado por este escenario del crimen en

particular.

Dee Dee se quedó mirándolo el tiempo suficiente para que él se diera cuenta. Cuando volvió la mirada hacia ella, Dee Dee le dijo en voz apenas audible:

—¿Te encuentras bien?

Moviendo los labios sin articular sonido, Duncan le contestó:

—Sólo estoy cansado. —Y volvió a prestar atención a Worley, que intentaba aclarar la objeción de Laird a la terminología que había utilizado.

—Al decir «tuvieron su encuentro» no quería dar a entender nada ilícito, juez. No era más que una forma de hablar.

—Seguro que Elise no accedió a reunirse con ese tipo, sobre todo a solas. Estoy convencido de que la obligó a montarse en el coche.

—Es posible —dijo Worley tras una tos seca—. El coche parece en perfecto estado. No hay ninguna rueda pinchada ni nada por el estilo. Así que no sabemos por qué se detuvieron en el arcén en el punto más elevado del puente, donde hay señales que prohíben aparcar cada pocos metros. Y luego está la pregunta de por qué venían en dirección a la ciudad, lo que indica que habían estado en alguna otra parte y venían de regreso. ¿Alguna idea?

—Ninguna.

Worley siguió adelante, impermeable al tono brusco del juez.

—Solicitaremos la colaboración de cualquier posible testigo. Cualquiera que cruzara el puente delante de ese policía de tráfico pudo haber visto algo. Es impredecible qué resultados arrojará un llamamiento así a la ciudadanía. Por lo general, no suele aportar gran cosa, pero igual esta vez es la excepción.

—El detective Worley y yo coincidimos en que, en algún momento, se bajaron del coche y se acercaron a la barandilla del puente, pero no sabemos por qué —dijo Duncan.

—Estaba sentado encima de su tarjeta de visita —señaló Dee Dee, y les explicó al juez Laird y a Gerard que habían encontrado la tarjeta de Napoli en el asiento del conductor cuando retiraron el cadáver—. No es probable que estuviera sentado encima a menos que hubiera bajado y luego vuelto a subir.

Duncan asintió.

—No sabemos por qué se bajaron —dijo—, pero, si estamos interpretando los indicios correctamente, se produjo alguna clase de altercado junto al muro del puente. Esta teoría se sustenta sobre la sandalia rota, la tela arrancada de la falda de la señora Laird y las huellas de roce en la calzada.

—¿Creéis que Napoli la estaba apuntando con su pistola? —preguntó Gerard.

—No es más que una conjetura, Bill, pero constituye una clara posibilidad —dijo Duncan—. Si conseguimos encontrar el arma de Napoli y determinar si se hizo con ella el disparo fatal, entonces se trata de una posibilidad aún mayor.

—¿Y eso?

—Hay indicios de que el disparo se hizo a corta distancia directamente contra su

vientre, así que es más que probable que estuviera de cara al individuo que le disparó. Sin embargo, lo encontraron sentado de cara al volante del coche. Para hacer un disparo así, quien lo efectuó tendría que haber alargado el brazo desde un lado, lo que sería un ángulo incómodo, por no decir inconveniente, para cualquiera que estuviera junto a la puerta abierta del coche o en el asiento del acompañante. Por eso creemos que quizá, y quiero dejar claro lo de «quizá», le dispararon fuera del coche.

—¿Había orificio de salida? —indagó Gerard.

—No. Es lo primero que buscó Dothan cuando retiró el cadáver. Por eso había tan poca sangre y Napoli recogió la mayor parte con sus propias manos. —Hizo un alto y luego resumió—: Worley y yo creemos posible que mientras estaban forcejeando por hacerse con la pistola, se disparara. Aferrado a la herida, Napoli se las arregló para montar en el coche antes de morir.

—Pero eso no explica dónde está Elise —dijo el juez, mirando alrededor como loco—. Si..., si ocurrió como lo ha descrito, entonces intentaba protegerse, peleando por su propia vida, ¿no? Quizá Napoli intentaba tirarla por...

Worley volvió a toser tras el puño.

—Es posible.

Duncan parecía a punto de echar la papilla.

El juez se vino abajo.

—¡Dios santo! ¿Dónde está? ¿Qué le hizo ese tipo?

Teniendo en cuenta su estado de ánimo, nadie tuvo la valentía de aventurar una suposición. Tras un momento, Gerard se le acercó y le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo.

—Más vale que se vaya a casa, juez. Espere allí a que lleguen más noticias.

—No puedo irme. Podría surgir algo en cualquier momento.

—Así es, y se le informará de inmediato cuando ocurra. Mientras tanto, aquí no puede hacer nada. A partir de ahora el trabajo de los detectives resulta tedioso. Seguiremos contrastándolo todo entre nosotros, pero, en esencia, también estaremos a la espera. Todos los organismos policiales están buscándola. En cuanto la encuentren...

—Déjate de chorradas, Bill —dijo el juez, que le apartó la mano a Gerard con furia—. Crees que la tiró por el puente. Crees que está muerta, ¿verdad?

Gerard permaneció impasible.

—Me rijo por lo que sé, no por lo que creo, y ahora mismo, sabemos muy poco. No pienso darla por muerta hasta que encontremos su cadáver. Es posible que la señora Laird quedara traumatizada por lo que ocurrió en el puente. Quizás esté deambulando, conmocionada. Teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido esta semana, empezando por lo de Trotter, sería comprensible. Cuando la encontremos, o entre en razón, volverá a casa. Es mejor que esté usted allí si decide regresar.

Ese argumento caló hasta donde otros no habían llegado. Laird asintió con gesto ausente y se puso en pie poco a poco para dejar que lo acompañaran hacia la puerta.

—Le acompaño hasta abajo, y haré que un agente lo lleve a casa y se quede allí con usted —se ofreció Gerard.

—No hace falta.

—No discuta. Napoli tenía muchos enemigos, así que la mayoría de la gente no lamentará su muerte, pero es posible que tuviera un par de aliados. En el caso improbable de que así fuera, no pienso correr ningún riesgo, y el jefe de policía Taylor tampoco. Tendrá protección policial hasta que aclaremos todo este embrollo.

—Vaciló, y luego dijo—: Ni que decir tiene que si recibe alguna noticia de la señora Laird, se pondrá en contacto con nosotros de inmediato.

El juez se detuvo y se volvió hacia él con el ceño fruncido de consternación.

—Protegería a Elise con mi propia vida —aseguró, y fue mirando a los ojos a todos los detectives, uno por uno—. Pero también haría lo más conveniente.

Capítulo 19

—Y un carajo, haría lo más conveniente —masculló Dee Dee cuando el juez y Gerard ya no podían oírla—. Nos mintió sobre Napoli para protegerla. Podría estar mintiendo ahora. Es posible que sepa con exactitud lo que ocurrió en el puente.

—No lo creo —dijo Duncan.

Estaba tan hastiado que casi no podía hablar, y desde luego estaba muy agotado para vérselas con Dee Dee, que andaba tensa y nerviosa, en parte de tanto ingerir cafeína, aunque también estaba alterada por los asombrosos sucesos de la víspera. Tenía los ojos insólitamente brillantes e inquietos cuando lo miró.

—¿No crees que esté mintiendo?

—Es posible que mienta en algunos aspectos, pero no creo que sepa lo que ocurrió en el puente.

—¿Quién coño sabe lo que ocurrió, aparte de Napoli y la pava? —Worley había hecho pedazos el palillo de tanto morderlo y ahora se palmeaba los bolsillos en busca de los cigarrillos que había dejado de fumar un par de años antes. En momentos de estrés, volvía a los movimientos condicionados, si no a los mismos hábitos—. Uno está muerto, y la otra, desaparecida.

—Lo que no diferencia este caso de la mayoría —comentó Dee Dee—. Dime una sola vez en que hayamos encontrado al asesino encima del muerto con el arma justamente a sus pies y las manos en alto.

—Sí, pero en este caso...

Worley se guardó para sí el resto del pensamiento al ver que regresaba Gerard, quien dijo nada más entrar:

—El juez Laird va de camino a su casa. A regañadientes, pero ha obedecido.

—¿Qué hay de los periodistas?

—Han venido en tropel. La tele, la prensa, tienen ahí fuera un buen tinglado. Les hemos ofrecido el típico «No hay comentarios», pero dentro de poco tendremos que hacer alguna clase de declaración.

—¿Pondrás al tanto de la declaración al juez Laird y al jefe de policía?

Gerard asintió.

—De hecho, es probable que el jefe de policía Taylor quiera dar la rueda de prensa en persona. El juez Laird es un líder respetado en esta comunidad, un funcionario público prominente, un hombre de sólidas convicciones con intachable reputación de imparcialidad. Cuenta con el apoyo de todos los organismos policiales, y esos organismos están trabajando las veinticuatro horas del día para localizar a la señora Laird. —Acabó con un suspiro—. Y demás.

—¿Qué dirás acerca de que la señora Laird se encontrara en compañía de un personaje de mala fama en plena noche? —insistió Dee Dee.

—No tengo ni la menor idea —respondió Gerard—. Ya se ocupará la oficina de información pública de dar a ese elemento en concreto un cariz adecuado. Mi problema, o mejor dicho, nuestro problema, es localizar a la señora Laird para resolver este asunto.

—La señora Laird o su cadáver —puntualizó Worley.

Duncan notó que se le encogía el corazón. Por suerte, Dee Dee saltó al oír el comentario de Worley, lo que le eximió de decir nada de inmediato.

—¿Estás convencido de la hipótesis que le has planteado al juez?

—No del todo —reconoció Worley.

—Me alegra oírlo —dijo ella—, porque creo que si Napoli hubiera recibido un disparo mientras forcejeaban por hacerse con la pistola, la señora Laird la habría dejado caer horrorizada y habría pedido ayuda. Bueno, ¿no lo haríais vosotros? Aunque os estuvierais peleando por salvar la vida, y el otro tipo acabara con un tiro, ¿no pediríais ayuda de inmediato y explicaríais las circunstancias en que recibió el disparo?

—Eso hizo cuando lo de Trotter —observó Duncan en voz queda—. No le creímos. Igual ahora está escarmentada.

—Lo que me lleva al punto B —continuó Dee Dee sin inmutarse—. Si una persona se ve implicada en un tiroteo con resultado de muerte una vez en su vida, es raro, un capricho del destino, pésima suerte. ¿Ya esta señora le ocurre dos veces en una semana? ¡Anda ya!

—Dunk está planteando todas las posibilidades, Dee Dee —dijo Worley—. Nosotros también hemos llegado a esa misma conclusión. Hablamos de ello antes de llegar. Dunk y yo estamos de acuerdo en que si la señora Laird hubiera sido capaz de pedir ayuda después de que Napoli fuera alcanzado, lo habría hecho.

—Y eso de «capaz», ¿qué significa? —preguntó ella.

—«Capaz» significa viva —respondió Worley—. O inocente de cualquier crimen.

—La primera opción indicaría que Napoli la tiró por el puente en el preciso momento en que se produjo el disparo. —El ceño fruncido de Dee Dee lo descartó como una posibilidad remota—. Yo me quedaría con la segunda opción. La señora Laird se apoderó de la pistola, hizo retroceder a Napoli hasta el asiento del conductor y le pegó un tiro en el estómago por todos los problemas que le había causado los últimos meses. Luego huyó a pie...

—A la pata coja —interpuso Duncan.

—... llevándose la pistola consigo. O tirándola al río.

—Yo...

Al cerrar Duncan la boca, sus dientes emitieron un leve chasquido. No sabía lo que pensaba.

No quería creer que Elise tuviera tanta sangre fría como para haber matado a dos hombres en el transcurso de una semana a fin de proteger su matrimonio y su estilo de vida con Cato Laird.

Pero era peor incluso imaginársela flotando en el río antes de que la estela de un barco camino del océano la hubiera hecho hundirse.

Tampoco soportaba recordar cómo le había pedido ayuda, y cómo él se la había negado, horas antes de morir por alguna causa violenta, fuera la que fuese.

Si analizaban en profundidad aquel pedazo de tela de su falda, encontrarían células cutáneas humanas, y al menos algunas podían ser suyas. Recordaba haber cogido entre las manos el suave tejido y habérselo subido replegado hasta la cintura, para que no le molestara.

Si comprobaban sus zapatos, encontrarían un polvo granuloso de tono gris en las suelas. Podía decirle a Worley exactamente dónde encontrar una acera en tan mal estado que se estaba desmenuzando.

Los residuos grises correspondientes hallados en los zapatos de Napoli eran prueba de que él también había estado en la zona anoche. Ni por un momento creyó Duncan que se tratara de una coincidencia, pero lo que le reconcomía era lo siguiente: ¿Había quedado Elise con Napoli tras su interludio con él en la casa abandonada, o la había secuestrado Napoli cuando regresaba al coche, y la había obligado a ir hasta mitad del puente?

El coche venía por el carril de entrada a la ciudad. ¿Dónde habían estado?

¿Era Elise una víctima inocente o, por el contrario, era culpable de un doble asesinato?

Sin duda estas cuestiones darían pie a una concienzuda puesta en común con sus colegas. Su conocimiento de los movimientos de Elise antes de que se encontrara con Napoli era la clase de información valiosa que acostumbraba arrancar a los testigos presenciales reacios, ya fuera por miedo a un justo castigo o a delatar sus propias fechorías.

Ahora, el testigo presencial era él. Estaba ocultando información relacionada con el caso. Sus compañeros lo estaban observando, Gerard y Worley, con asombro; Dee Dee, con peligrosa perspicacia.

Debería haberles contado lo suyo con Elise de inmediato. Debería haberse sincerado, tal como había pensado. Debería reconocer lo que había ocurrido apenas horas antes de que Napoli muriera violentamente y Elise se esfumara como por arte de magia.

Pero si lo hacía, si lo hacía..., lo retirarían del caso en el acto.

Probablemente sería despedido y quizás incluso acabara en la cárcel, pero de una manera u otra, se vería desterrado de la policía. Una confesión equivaldría a abandonar a Elise.

No podía hacer tal cosa, ahora no; no después de lo de anoche. Tanto si ya estaba muerta como si seguía viva, tenía que averiguar qué le había ocurrido. Si era culpable, si había asesinado a dos hombres, se aseguraría de que compareciera ante la justicia, y confesaría sus propias faltas también. Si quedaba probado que era la víctima, no dejaría de buscarla hasta que la rescataran, o recuperaran su cadáver.

Pero para cumplir una u otra promesa, debía continuar en el epicentro de la investigación. Eso era esencial.

Los demás esperaban una respuesta. Se dejó caer en una silla giratoria y gruñó:

—No sé qué pensar.

A falta de tabaco, Worley se puso otro palillo en la boca. Dee Dee echó un trago de Coca-Cola *light* a temperatura ambiente. Gerard fue quien rompió el silencio sobrecargado.

—He estado pensando en la secuencia temporal —dijo—. El ama de llaves dejó a la señora Laird en casa en torno a las diez y media. Dothan ha llamado hace un rato para decirme que sitúa el tiempo de la muerte de Napoli entre las dos y media y las tres. ¿Dónde estuvieron él y la señora Laird en las cuatro horas que median entre lo uno y lo otro, y qué estaban haciendo?

Bueno, Duncan podía dar cuenta de lo que había hecho Elise durante una de esas horas.

¿Se había reunido con Napoli inmediatamente después de salir de la casa abandonada, o más tarde?

—Si supiéramos de dónde volvían, podríamos averiguar en qué ocuparon ese tiempo —comentó Dee Dee.

—No me cuadra lo de que le dispararan fuera del coche —se planteó Worley—. El agente de tráfico me dijo que la puerta del coche estaba cerrada. Lo recuerda con claridad porque llamó con los nudillos a la ventanilla del lado del conductor antes de mirar dentro con más detenimiento y ver que Napoli estaba muerto.

—Vale —dijo Dee Dee—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿Quién cerró la puerta del coche?

—Napoli —respondió ella.

—Eso no puede ser —replicó Duncan, al ver hacia dónde apuntaba Worley—. No había sangre en la manilla ni en el panel de la puerta.

—Cierto —convino Worley—. Napoli tenía las manos manchadas de sangre.

—De manera que le dispararon dentro del coche, y o el asesino cerró la puerta, o estaba con él en el coche —dijo Gerard.

—De una manera u otra, eso nos deja con otro misterio —señaló Worley—. Un tipo tan avisado que siempre velaba por su propio trasero como ese Napoli ¿se quedó allí sentado y dejó que el asesino alargara el brazo hasta él para meterle una bala justo donde más daño podía hacer?

—Sobre todo teniendo en cuenta que un disparo en la cabeza habría sido mucho más sencillo e igualmente letal —conjeturó Duncan.

—Pero también habría dejado más rastro —señaló Dee Dee—. La gente que pasara en coche habría visto los restos ensangrentados en las ventanillas.

—Además, un disparo en la cabeza es rápido, probablemente indoloro. —Todos miraron en dirección a Worley para que se explicara—. Lo que quiero decir es que, cuando vas a pegarle a alguien un tiro en el estómago, buscas una herida mortal, pero

lenta. Quieres que la víctima tenga tiempo para pensar: «¡Hostia puta, voy a morirme!»

—Creo que nuestra amiga es capaz de algo así —aseguró Dee Dee. Al no responder nadie, miró a Worley en primer lugar—: ¿Worley?

Él se encogió de hombros.

—No la conozco, pero confío en tu instinto. Dunk, ¿qué te parece a ti?

—Si fue ella quien se lo cargó, ¿cómo se las arregló para que Napoli se quedara allí sentado y le permitiera hacerlo, cuando pesaba casi cincuenta kilos más que ella?

—¿Le estaría susurrando cariñitos al oído? —propuso Dee Dee.

Todos los hombres permanecieron serios, sobre todo Duncan.

—De acuerdo, entonces ¿por qué en su propio coche? ¿Por qué dejó tantas pistas tras de sí? La sandalia, el trozo de tela de su ropa.

¿Cómo pudo huir, y adónde, sin llevarse el dinero en metálico de su cartera? Según Baker, había varios cientos de dólares.

—Todo lo cual resulta tan improbable como que Napoli la tirara por la barandilla del puente en el mismo momento en que ella apretó el gatillo, descerrajándole el tiro fatal —dijo Worley con el ceño fruncido—. No sé qué tenemos entre manos.

—¿Una tercera parte? —aventuró Dee Dee.

—No hay ningún indicio —señaló Worley.

—Hay otra posibilidad —sugirió Gerard en voz queda.

Duncan ya sabía lo que estaba a punto de decir Gerard. Esa posibilidad también se le había ocurrido a él, pero se había negado tercamente a reconocerla o aceptarla.

—Creo que no es aventurado decir que la señora Laird se había metido en un lío por lo de Coleman Greer. Al margen de que fuera gay, o bisexual, o lo que sea, primero Trotter y luego Napoli la amenazaron con armar un escándalo de lo más desagradable. Su vida pasó de ser una maravilla a ser una mierda en muy breve espacio de tiempo. El incidente con Trotter podría explicarse como defensa propia. Resultaría verosímil, creo yo.

»Pero acabara como acabase su encuentro con Napoli, fue un asunto feo, y se vio cargada con otro muerto. Iba a suscitar preguntas y reacciones de incredulidad, y posiblemente la incriminaría. Aunque no fuera a la cárcel, el escándalo habría dado al traste con la carrera de su marido, y lo que es más importante para ella, con la vida que se había acostumbrado a llevar.

»Quizás el miedo a semejantes repercusiones le resultó abrumador. —Dejó que sus palabras reverberaran un momento y luego concluyó—: Es posible que Elise Laird saltara del puente porque quería morir.

Haciendo promesa de redactar su informe en cuanto regresara, Duncan se marchó de la oficina antes que nadie.

O lo intentó.

Dee Dee lo alcanzó cuando salía del edificio y se abría paso entre los periodistas.

—Duncan, ¿te encuentras bien?

—Sí.

—No —aseguró ella.

—Sí —insistió él—. Estoy agotado, nada más.

—Me parece que no. ¿Qué te pasa?

—¡Nada!

—¡Deja de gritarme, Duncan!

—No te estoy gritando, sólo quiero dejártelo claro. Estoy bien, salvo por tanta..., ambigüedad.

—¿Ambigüedad?

Duncan desactivó el seguro de la puerta del coche y se volvió hacia ella.

—Piensa en ello. Los dos últimos casos que hemos investigado no eran homicidios claros. Ojalá nos topáramos con uno en el que miráramos el cadáver y dijéramos: «Esto sí que es un asesinato de manual, a la vieja usanza, con plena premeditación y claramente en contra del “no matarás”».

—Ya me lo había planteado —dijo Dee Dee—. ¿Y sabes qué? Creo que eso es exactamente lo que tenemos. Asesinatos con plena premeditación, en contra del «no matarás», etcétera. ¿No te parece gracioso, y no quiero decir gracioso en plan partirse de risa, que en esos dos casos «ambiguos» —reforzó las comillas con los dedos—, las víctimas murieran mirando a Elise Laird?

Duncan abrió la puerta del coche y se montó.

Dee Dee cogió la puerta antes de que pudiera cerrarla, y él la miró ceñudo.

—Ya lo retomaremos luego, Dee Dee. Estoy tan hecho polvo que ni siquiera puedo pensar con claridad ahora mismo, y mucho menos concentrarme.

—Estás más que cansado, Duncan. Te he visto cansado. Esto no es cansancio.

—Echa un buen vistazo: sí que es cansancio. —Tiró de la puerta hasta que ella la soltó—. Nos vemos.

Cuando ya se marchaba, observó el reflejo de Dee Dee en el retrovisor. Ella lo siguió con la mirada, frunciendo el ceño de preocupación, antes de dar media vuelta y regresar hacia el edificio. En cuanto estuvo fuera de su vista, Duncan aceleró de repente treinta kilómetros por hora.

Pocos minutos después, estaba de regreso en el barrio donde se había encontrado con Elise la víspera. Por lo general, el brillo de tonos pastel de las primeras luces del día suavizaban la apariencia incluso del entorno más hostil. No era el caso de esas calles, que ofrecían un aspecto tan malévolos por la mañana como la noche pasada.

Pasó lentamente por delante de la casa, atento a cualquier indicio de actividad, pero no vio ninguno. Recordó entonces que, al llegar anoche, tampoco había visto la menor señal de que hubiera alguien dentro de la casa.

¿Dónde había aparcado el coche Elise?

El día que le tendió la emboscada en su propia casa, había aparcado en otra calle

para evitar que nadie viera el coche. Deduciendo que podía haber utilizado la misma técnica anoche, giró en el siguiente cruce y dio una vuelta a la manzana.

Los edificios en esta calle no estaban en mejores condiciones que los de sus vecinos por detrás. Aparcó frente a la casa que quedaba inmediatamente delante de la que pertenecía al amigo anónimo de Elise, aunque se preguntó si existiría tal persona.

Antes de bajar, sacó una linterna de la guantera. Agradeció la sensación del arma reglamentaria bajo la axila, aunque, a diferencia de anoche, ahora mismo no le preocupaba Savich.

De alguna que otra casa salían vaharadas de olores típicos del desayuno. Había un televisor encendido, sintonizado en una cadena que emitía dibujos animados. Sin embargo, en el fondo tenía toda la calle para él. Caminó arriba y abajo por ambos lados, recorriendo varias manzanas en cada dirección, en busca de cualquier cosa indicativa de que Elise hubiera aparcado junto al bordillo. No encontró salvo una acera igualmente decrepita que la de la calle anexa.

Volvió al coche, y a partir de allí, siguió el seto entre las dos casas. Ambas tenían las contraventanas cerradas y estaban en silencio, al parecer deshabitadas. No encontró ningún obstáculo aparte de las malas hierbas que se le adherían a los bajos del pantalón, el suelo desigual y un gato con malas pulgas que le lanzó un bufido por entrar ilegalmente.

Conforme avanzaba, fue tanteando el terreno con cautela. En un lugar encontró una pequeña depresión circular en la tierra que podía haberla hecho el pequeño tacón de la sandalia de Elise, pero no era ningún experto rastreador. También podía haberla hecho cualquier otra cosa.

Cruzó la callejuela. La casa donde se habían encontrado se veía aún más desvencijada desde la parte de atrás. Cruzó de un salto la inestable valla de tela metálica y atravesó al trote los hierbajos crecidos del jardín trasero. La puerta de rejilla chirrió al abrirse. Se quedó inmóvil, contuvo la respiración y aguzó el oído. Al no oír nada transcurridos unos instantes, buscó apoyo en el quicio entre la puerta mosquitera y la otra, más sólida, y probó a girar el pomo. Estaba cerrada, pero la cerradura era antigua y endeble, y con ayuda de una navaja, la abrió en cuestión de segundos.

La puerta daba directamente a la cocina. Encendió la linterna y recorrió con el haz de luz la habitación oscura. No había indicio de que nadie hubiera estado por allí en mucho tiempo. Cruzó el suelo de linóleo agrietado y combado y pasó por la puerta de vaivén que comunicaba con el largo pasillo central. La linterna se abrió paso a través de la oscuridad sin detectar otro movimiento que el de las motas de polvo.

Cuando la llamó por su nombre, su voz produjo un eco extraño. Avanzó con premura camino del salón, y cuando llegó hasta allí, cayó en la cuenta de que había contenido el aliento por la expectación.

Salvo por el aroma de Elise, de ambos, la habitación estaba vacía.

Lo habían llamado al escenario del asesinato de Napoli poco después de las tres.

De eso hacía cinco horas. Y durante todo ese tiempo, mientras investigaba el lugar del crimen, intentando reconstruir lo ocurrido y aventurar conjeturas acerca de la suerte de Elise, se había aferrado a la endeble esperanza de que la encontraría allí donde la había visto por última vez, quizá desorientada por el trauma, acurrucada de miedo, o eludiendo la detención. Al margen de las condiciones en que la hubiera encontrado, al menos habría estado con vida.

Ahora dejó escapar un suspiro de honda decepción, y la desesperación se le vino encima como una cota de malla. Un rastreo poco metódico de las otras habitaciones de la planta baja tampoco arrojó ningún resultado. Se obligó a subir por la escalera, que crujió bajo sus pies, hasta las habitaciones del piso superior, pero estaban todas vacías salvo por uno de los dormitorios en el que había un armazón de cama oxidado con muelles más oxidados aún.

Regresó al salón. Aunque se dio cuenta de que era una actitud sensiblera hasta el patetismo, se sentó en el sofá y pasó la mano por la lanilla del tapizado, imaginándola aún cálida por efecto del calor que habían generado sus cuerpos.

¿Qué había ocurrido allí después de marcharse él? ¿Qué? ¿Qué había hecho a continuación?

Aunque no hubiera llegado a confesar el encuentro de carácter sexual, quizá debería haberles dicho a sus colegas que se había visto con Elise en esa casa, un dato fundamental para la investigación.

No era demasiado tarde. Podía llamar a Dee Dee en ese mismo instante y facilitarle la dirección. Podía ofrecerle una versión resumida de lo ocurrido en esa habitación anoche. Contárselo sería un alivio; haría más llevadera la carga del remordimiento.

Pero Dee Dee haría lo correcto, de eso no cabía duda. Iría directa a Gerard, y quizás él pensara que su encuentro clandestino con Elise era razón suficiente para apartarlo del caso, suspenderlo temporalmente.

No podía permitir que ocurriera algo así, de manera que, por el momento, guardaría el secreto, y tendría que apechugar con los sentimientos de culpa.

Tenía mucho por lo que sentirse culpable. Elise le había implorado que le creyera. Temía desesperadamente por su vida. Le había suplicado ayuda y él se la había negado. Y al hacerlo, había provocado que ella matara a Napoli, o se la había puesto en bandeja a Napoli para que la matara, o, tras ver frustrada su última esperanza de ayuda, se había tirado del puente y había acabado con su vida.

—Joder. —Se cubrió la cara con las manos y se dejó caer contra el respaldo del sofá.

Cuando tenía siete años, la gata de la familia había tenido una carnada de mininos. Sus padres le dijeron que podía quedarse con uno, y que los demás los regalarían.

Supo de inmediato cuál quería. Era el más mono de la carnada con diferencia. Veinticuatro horas al día, se mantuvo vigilante junto a la caja de gatitos, y todos los

días preguntaba cuándo podría llevarse el gato a vivir a su habitación.

Su madre le contestaba repetidamente: «En cuanto se haya destetado».

Se le empezó a hacer muy largo. Temía que una de las familias adoptantes pidiera ese gatito antes de que él pudiera demostrar que era suyo. Una noche, después de acostarse sus padres, entró a hurtadillas en la cocina y le quitó el gato recién nacido a su madre. Se lo llevó a la cama consigo. El minino asustado seguía maullando cuando Duncan se quedó dormido.

A la mañana siguiente, estaba muerto.

Lloró durante días y no había manera de consolarlo. Aunque su error no había sido malintencionado, aunque sus padres no le regañaron, se culpó a sí mismo, y no podía superar lo que había hecho. Había deseado ese gatito más que cualquier otra cosa en el mundo entero. Lo había querido con la pasión desbordante de un niño de siete años. Pero su egoísmo lo había matado.

Durante más de una hora, permaneció sumido en la tristeza más abyecta donde, apenas horas antes, había llegado al éxtasis. Debería estar deseando no haberla conocido nunca. Como mínimo, debería estar deseando no haberse acercado a ella, no haberla tocado. En cambio, lo que deseaba era haberse tomado más tiempo para tocarla. Ojalá la hubiera tocado con más ternura. Ojalá hubieran compartido al menos un beso cariñoso.

Pero si se hubiera tomado más tiempo y le hubiera demostrado más ternura, ¿habría atenuado eso la quemazón de su infierno personal, o la habría agravado?

Y a pesar de la furia con que habían copulado, ¿había sentido ella el profundo anhelo de Duncan de que fuera algo distinto? ¿Había sido consciente de la emoción que quería él expresar, sin conseguirlo? ¿Lo había sido?

Nunca llegaría a averiguarlo.

Capítulo 20

Poco antes de mediodía, Duncan regresó a la UCV.

—Hemos tenido suerte —le informó Worley nada más entrar por la puerta.

Se detuvo allí mismo.

—¿La habéis encontrado?

Duncan se había marchado de la casa abandonada para volver a la suya, con la intención de dormir unas horas. Se tumbó, pero permaneció despierto, medio asustado, medio esperando una llamada de teléfono informándole que Elise había sido hallada..., de una manera u otra.

Al cabo de un rato había renunciado a intentar dormir. Entre la ducha y el afeitado, había hecho por lo menos una docena de llamadas para ponerse en contacto con todos los organismos implicados en la búsqueda. En tanto que investigador principal, había insistido en hablar con la persona al mando. Nadie tenía nada destacable que decir, aunque tampoco esperaba encontrarse con ningún avance importante. En cuanto lo hubiera, lo sabría. Pero habló con ellos para infundirles ánimo y también para recordarles la posición destacada del juez Laird en la comunidad y la prioridad que había dado el jefe de policía Taylor a la desaparición de la señora Laird.

La Guardia Costera tenía varios helicópteros en el aire, recorriendo a baja altura la línea de la costa. Estaban patrullando las playas y había embarcaciones de rescate navegando costa afuera. Tanta actividad sonaba bien y parecía adecuada, pero, en realidad, nadie esperaba que Elise llegara al Atlántico.

Los perros exhaustos y sus preparadores aún estaban rastreando las riberas y las marismas. Las lanchas de la policía continuaban rastreando el río y sus afluentes. El Departamento del Sheriff del Condado de Chatham y la policía estatal ayudaban en todo lo posible. El equipo de buceadores llevaba en el canal de navegación desde el amanecer.

Las cadenas de televisión locales interrumpían a menudo la programación para recapitular y poner a los espectadores al día sobre la búsqueda. Los avances informativos no contaban nada salvo que no había nada nuevo que contar.

—Perdona que te lo diga, Dunk —le dijo Worley—, pero tienes una pinta horrible.

—Vaya, y yo que estaba a punto de decirte lo guapo y descansado que se te ve hoy...

Worley siguió mirándolo con preocupación.

—¿Has comido algo?

—He tomado un bocado de camino —mintió Duncan—. ¿A qué te refieres con lo de que hemos tenido suerte?

Worley fue hasta la puerta y gritó en dirección al pasillo:

—Eh, Kong. Ha llegado Dunk.

Kong apareció con un vaso de plástico, limpiándose el azúcar en polvo de la boca con el dorso de la mano velluda.

—Eh, Dunk —dijo—, se te ve hecho polvo.

—Eso me han dicho.

—Sí, bueno, he oído que trabajasteis hasta las tantas. Encontrasteis al tipo que buscaba yo. Sólo para que conste, habría preferido que siguiera vivo.

—Yo también. ¿Qué hay de nuevo?

El tono de Duncan debió de dejar bien claro que no estaba de humor para charlas, así que Kong dijo:

—Desde que desapareció Napoli, hemos estado buscando su coche. Ha aparecido esta mañana.

—¿Dónde?

—En el aparcamiento de una iglesia.

—El último sitio donde se nos ocurriría buscar a Napoli —comentó Worley en tono de broma.

Duncan se dirigió hacia la puerta.

—Vamos a echar un vistazo.

—Dee Dee ya está en ello.

—Ah.

—Pero eso no es todo —continuó Worley—. Supuse que Napoli no había ido a la iglesia a rezar. Creo que sólo dejó el coche allí porque era un lugar accesible, y probablemente porque era el último lugar donde lo buscaríamos.

Ahora habían llegado a la conclusión de que si Meyer Napoli estaba chantajeando a alguno de los Laird, su denominada desaparición durante los últimos días habría sido voluntaria.

—He comprobado todas las compañías de taxis de la ciudad y adivina qué.

Duncan tenía tan pocas ganas de jugar a las adivinanzas con Worley como de charla intrascendente, pero se aventuró diciendo:

—Napoli llamó a un taxi para que lo recogiera en la iglesia.

—A las doce y dieciséis minutos de la noche —declaró Worley con satisfacción—. El conductor lo dejó en su punto de destino a las doce y veintiséis.

—Una carrera corta —comentó Kong.

—Unos pocos kilómetros.

—¿Cuál era ese destino? —indagó Duncan.

Worley consultó su libretita de espiral y leyó la dirección.

Duncan conocía la calle; había estado recorriéndola arriba y abajo pocas horas antes en busca de algún indicio de Elise o su coche.

—Es un mal barrio —comentó, con la esperanza de que su voz sonara neutra.

—Bueno, no era la calle lo que interesaba a Napoli —dijo Worley—, sino el

coche aparcado en la calle. El coche que no se correspondía con el vecindario y que cantaba como una almeja. El taxista dijo que Napoli no quería que lo dejara en ningún número en particular y que le dio una generosa propina para que se olvidara de haberlo visto.

»Pero cuando el tipo ha visto la foto de Napoli en la tele esta mañana, ha pensado: ¿Qué demonios? ¿Que le iba a hacer Napoli a estas alturas si hablaba del asunto? Así que cuando ha llamado, estaba dispuesto a hablar. Pasear a la víctima de un asesinato horas antes de que se la cargaran ha hecho de este tipo una celebridad entre sus compañeros de trabajo.

Worley se puso a horcajadas en la silla más cercana y le preguntó si quedaba algún dónut a Kong, que se disculpó por haberse comido el último.

Duncan preguntó:

—¿Ha descrito el taxista el coche aparcado en la calle donde dejó a Napoli?

—Era el de Elise Laird —respondió Worley mientras lanzaba una mirada ceñuda a Kong por haberse zampado todos los dónuts—. No ha tomado el número de matrícula ni nada, pero lo ha descrito con todo detalle. Así que eso zanja el misterio de dónde tuvieron su encuentro. Vaya. No le digáis a su señoría que he vuelto a utilizar esa expresión tan «vulgar». —Le explicó a Kong cómo el juez Laird se le había echado encima por sugerir que el encuentro de su parienta con Napoli había sido acordado de antemano.

—No hemos confirmado que lo fuera —le recordó Duncan.

—No —replicó Worley, con un deje de irritabilidad—. No lo hemos confirmado, pero ¿qué otra cosa podía estar haciendo la señora Laird en ese barrio?

«Cepillarse a un poli», pensó Duncan.

Se había separado de ella en torno a las once cuarenta, once cuarenta y cinco. ¿Se había quedado Elise allí, esperando a que Napoli se reuniera con ella a las doce y veintiséis? ¿Por qué? ¿Para pedirle ayuda, ya que Duncan le había negado la suya? ¿O para resolver su problema de una vez por todas? Si no había sido un encuentro acordado de antemano, ¿cómo había sabido dónde encontrarla?

De pronto, le vino una idea a la cabeza, y preguntó:

—¿Dónde está su coche ahora?

—En el depósito de vehículos.

Esta vez sí llegó hasta la puerta, mientras decía por encima del hombro:

—Llamadme en cuanto surja alguna novedad.

Una hora después, Duncan volvía del revés la bolsa de pruebas de color marrón y dejaba caer el pequeño objeto redondo sobre la mesa de Bill Gerard:

—Un localizador.

—Duncan lo encontró debajo del coche de la señora Laird —explicó Dee Dee.

Ella y Duncan habían coincidido en el depósito de vehículos. Dee Dee fue con el vehículo de Napoli cuando la grúa lo llevaba del aparcamiento de la iglesia al garaje. Duncan le había ofrecido una versión abreviada del trayecto en taxi de Napoli.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella.

—Busco un dispositivo de localización.

Napoli no se había tomado muchas molestias a la hora de esconderlo, y en menos de un minuto Duncan ya había dado con él. Lo llevó al cuartel sin perder un instante.

—No se reunió con él allí —les dijo a Gerard, Dee Dee y Worley, que estaban apiñados en torno a la mesa del capitán mirando el localizador como si fuera una muestra de alguna materia extraña.

—¿Cómo le puso el chisme en el coche? —preguntó Worley.

—Hacía cosas así para ganarse la vida. Se puede pedir material de vigilancia por Internet. Quizá se lo puso en el coche mientras estaba aparcada delante de la peluquería. También pudo haberse servido de un pringado como Trotter para que lo hiciera mientras ella comía con su marido. No habría sido difícil. Un par de segundos y listos.

—De acuerdo, el localizador es una prueba incriminatoria considerable. Napoli le seguía la pista a la señora Laird. Pero ¿qué hacía nuestra estimada esposa del juez en un vecindario tan cutre anoche? —Dee Dee lanzó la pregunta, pero todos se abstuvieron de recogerla, sobre todo Duncan.

Un rato después, Worley dijo:

—Lo primero que debemos hacer es preguntarle al juez si estaba haciendo que siguieran a su mujer otra vez.

—Aunque así fuera, lo negaría —dijo Dee Dee—. Y ahora ¿cómo podemos demostrarlo?

—¿Están haciendo preguntas a los vecinos? —indagó Gerard.

—En este mismo momento —dijo Worley—. Tengo a dos hombres de uniforme puestos en ello.

—Quizá deberías haber enviado agentes de paisano —sugirió Dee Dee.

—En ese barrio, daría igual —observó Duncan—. Mandemos a quien mandemos, los identificarán como maderos.

Sin llegar a decirlo, los tres veteranos eran conscientes de que el sondeo entre los vecinos sería una pérdida de tiempo y esfuerzo. En esa parte de la ciudad, cualquiera que se mostrara amable con los polis hoy sería víctima de un tiroteo aparentemente fortuito mañana. Nadie iba a hablar con dos agentes de uniforme haciendo preguntas de puerta en puerta.

Sonó el teléfono en la mesa de Gerard, que respondió con un brusco:

—Gerard. —Escuchó un momento y luego dijo—: Ya se lo digo, gracias. —Colgó y anunció—: Dothan está preparado para hacerle la autopsia a Napoli.

—Ya voy yo —se ofreció Duncan. Si el cadáver de Napoli tenía algún indicio del ADN de su agresor, quería ser el primero en saberlo. Cogió el localizador con cuidado y volvió a meterlo en la bolsa de pruebas—. Devolveré esto a los de la científica.

—Worley —dijo Gerard—, vamos a averiguar los nombres de los vecinos en

todas las casas de la calle donde se encontró el coche de la señora Laird. A ver si podemos vincularla con alguno.

—Voy a encargárselo a alguien, y luego iré a ver al juez, le contaré lo del dispositivo y le dejaré caer que, con toda probabilidad, Napoli estaba siguiendo a su mujer, a ver cómo reacciona.

—Bien. Llévate a Dee Dee. Se le da bien interpretar las reacciones de la gente. —Gerard hizo una pausa, y después añadió—: No estaría de más comprobar los nombres de los vecinos en las calles aledañas, también.

Cuando salían en fila, Duncan confió en que al propietario anónimo de la casa desvencijada donde se había encontrado con Elise no se le pudiera identificar fácilmente como amistad suya.

Lo bueno del asunto era que llevar a cabo una verificación semejante resultaba tedioso y requería mucho tiempo. Podían pasar días antes de que se elaborara una lista exhaustiva de propietarios e inquilinos, sobre todo en un barrio así, donde los alias eran tan comunes como las cucarachas. Encontrar la vinculación con Elise llevaría más incluso; semanas, tal vez.

Sin duda ya la habrían encontrado para entonces.

Sin duda.

Pero transcurrió lentamente una semana. El fervor con el que todos habían abordado la búsqueda de Elise Laird mermaba cada día que pasaba sin que se descubriera una sola pista de su paradero.

La autopsia de Napoli confirmó la hipótesis inicial: había muerto de hemorragia interna debida a la perforación de varios órganos vitales.

—Por mucho que hubiera llegado a un centro de atención con vida, dudo que un cirujano hubiese podido salvarlo. Perdió mucha sangre, y muy rápido —le dijo el forense a Duncan—. El que apretó el gatillo sabía dónde apuntar para que el disparo fuera letal.

«Igual que quien disparó contra Gary Ray Trotter.»

Mientras daba vueltas a esa idea, Duncan casi pasó por alto que Dothan le informaba de que la bala que había extraído era del calibre 22.

—Querrás decir del veinticinco —lo corrigió Duncan.

—Quiero decir del veintidós —dijo el forense.

—Napoli llevaba una del veinticinco.

El forense se encogió de hombros al tiempo que entregaba a Duncan la bolsa de pruebas que contenía el proyectil.

—Eso no es cosa mía.

—¿Qué hay de sus manos? ¿Has encontrado algo bajo las uñas? —preguntó Duncan.

—Limpias como las de un recién nacido.

De regreso en el cuartel, Duncan puso al tanto de las dos discrepancias a Dee Dee y Worley.

—Esperaba que encontrara restos de tejidos para hacer pruebas de ADN más adelante, en caso de que fuera necesario —comentó Dee Dee.

—Pues no había ninguno —confirmó Duncan.

—¡Maldita sea! Estaba seguro de que le habían disparado con su propia veinticinco —se lamentó Worley.

—Bueno, pues no fue así.

Estaban amontonando preguntas sin respuesta.

Siguieron afanándose durante varios días más igualmente improductivos.

La oficina de información pública emitía comunicados periódicos a la prensa, pero sólo después de haber sido aprobados por el jefe de policía y el juez Laird. En todas y cada una de las noticias impresas o emitidas, Elise Laird aparecía como la víctima, Meyer Napoli como su raptor armado. Entre los móviles que se sugerían para que la hubiera obligado a parar en el puente de Talmadge estaban la extorsión, el secuestro para pedir un rescate, la violación y la venganza por algún motivo desconocido.

Worley y Dee Dee interrogaron al juez largo y tendido sobre la posibilidad de que hubiera continuado pagando a Napoli para que siguiera a su mujer. Laird lo negó, y entonces Duncan tuvo una sesión de lo más acalorada con él. Duncan se sirvió de todas las tretas de interrogatorio en su conocimiento para intentar sacarle algo a Cato Laird, pero, al final de la sesión, el juez seguía en sus trece: Sus tratos con Napoli acabaron meses atrás, y si Napoli había continuado siguiendo a Elise, lo estaba haciendo por su cuenta, y evidentemente con intención dolosa.

—Hay algo más —dijo Duncan al final del agotador encuentro con Cato Laird—. Le pedimos un inventario de su colección de armas.

—Se ha dado cuenta de todas salvo de una vieja pistola del calibre veintidós. —Al ver la reacción de Duncan, el juez se apresuró a decir—: Seguro que sólo se ha extraviado temporalmente.

—¿Cuándo recuerda haberla visto por última vez?

—Hace tiempo. Estaba en una caja de bártulos de caza anticuados que dejé en el ático. —Cada vez más inquieto, dijo—: No creerá que... Mire, detective, Elise ni siquiera estaba al tanto de que tuviera esa arma.

—Muy bien —dijo Duncan, que no se sentía precisamente «muy bien» con respecto a este giro inesperado—. Si la encuentra, hágamelo saber.

Además de los comunicados de prensa del departamento, el juez convocaba una rueda de prensa prácticamente todos los días. Eran breves y emotivas, pero sus llamamientos pidiendo información sobre la desaparición de su esposa no daban ningún resultado salvo por las típicas llamadas de excéntricos y chalados con tendencia crónica a la confesión.

Luego, hacia el final de la primera semana, sorprendió tanto a los medios como a

la policía al ofrecer una recompensa de cincuenta mil dólares por cualquier información que condujera al rescate de su mujer. Eso incrementó el número de llamadas inoportunas a la UCV, pero no tuvo ninguna consecuencia útil.

Llegado el séptimo día la investigación estaba en punto muerto.

Entonces ocurrieron dos cosas que le dieron nuevo impulso.

A primera hora de esa mañana un obrero de mantenimiento que trabajaba en el muelle del Westin Resort encontró la otra sandalia de Elise entre los restos que el agua empujaba contra los pilotes.

La reconoció como lo que era, ya que la sandalia hallada en el puente había sido descrita con todo detalle en todos los artículos aparecidos en prensa. La pescó del agua con una percha de alambre, pero tuvo el suficiente buen juicio para no tocarla y llamar a la policía de inmediato.

Duncan y Dee Dee se sintieron en la obligación de informar personalmente al juez de la portentosa noticia, que venía quedándose en casa, junto al teléfono, rodeado de amigos y partidarios, ayudado por la atenta señora Berry.

Fue ella quien salió a la puerta. Duncan le pidió que anunciara al juez que habían venido y necesitaban verlo de inmediato y en privado. Les hizo pasar al despacho donde Gary Ray Trotter había muerto dos semanas antes. Duncan observó que el agujero de bala en la pared estaba cubierto y había moqueta nueva. En la habitación no había cambiado nada salvo por el correo sin abrir amontonado sobre la mesa del juez.

Cato Laird entró en el despacho, angustiado y sin resuello. Las expresiones sombrías de los detectives le hicieron detenerse de repente. Rastreó sus caras frenéticamente en busca de un indicio sobre el motivo de su visita, pero no se atrevía a preguntar.

—Hasta donde sabemos, su mujer sigue con vida —dijo Duncan, para eliminar su principal miedo—. No tenemos ninguna noticia de su paradero. —Luego le contó lo del obrero que había encontrado la sandalia.

—¿Dónde estaba? —La voz meliflua de Cato Laird sonó desgarrada.

Cuando Duncan se lo dijo, se le fue el color de la cara.

—Allí es donde..., el año pasado..., aquel pescador que se cayó de la barca al río...

El hombre se había ahogado en la corriente mientras la gente lo veía desde la orilla sin poder hacer nada. Su cuerpo desapareció, y volvió a aparecer días después cerca del muelle del complejo.

—No es más que una sandalia —dijo Dee Dee en voz queda—. Eso no significa necesariamente que la señora Laird estuviera en el río cuando se desprendió de su pie.

Duncan carraspeó, pero le dolió igualmente pronunciar las palabras:

—Aun así, la operación de búsqueda y rescate ha sido reclasificada. Ahora es una recuperación.

El juez se sentó en la silla más próxima con gesto lúgubre.

—Lo que significa que ahora están buscando sus restos mortales.

Duncan guardó silencio. Dee Dee asintió y dijo en un murmullo:

—Lo lamento.

Laird se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar. Dee Dee y Duncan lo dejaron al cuidado de la gente que rondaba por el imponente vestíbulo de su casa y salieron por la puerta principal. Para llegar al coche de Dee Dee, tuvieron que abrirse camino por entre una muchedumbre de periodistas que llevaban una semana montando guardia en la mediana de Washington Street, delante de la casa del juez.

—Enróllate, Hatcher —le gritó uno de ellos a Duncan—. ¿Qué se ha descubierto?

—Vete a tomar por culo.

—¿Te puedo citar textualmente?

—Sí, por favor. —Duncan se montó en el asiento delantero y cerró la puerta de golpe—. Vámonos cagando leches —le dijo a Dee Dee cuando ella se acomodaba en el asiento del conductor.

Regresaron al cuartel prácticamente en silencio. Dee Dee debía de haber notado que no estaba de buen humor, o quizá la había deprimido la aparente tristeza del juez. En cualquier caso, permaneció maravillosa e insólitamente callada.

Pero el día no había acabado, ni mucho menos.

En cuanto entraron a la oficina de la UCV, Worley se les acercó. Meneando un palillo en la boca, le dijo a Duncan:

—Vas a empalmarte como nunca, amigo mío.

—No es buen momento, Worley —gruñó Dee Dee—. No estamos de humor para tus chistes guarros.

—No es ningún chiste.

—Entonces ¿qué? —preguntó Duncan de malas maneras.

—Mientras estabais fuera, hemos recibido un chivatazo de alguien que ha visto a Elise Laird.

A Duncan se le aceleró el corazón.

—¿Cuándo?

—La semana pasada. ¿Qué? Ah ¿creías que me refería a hoy mismo? —Worley negó con la cabeza—. No. La semana pasada, antes de que lo detuvieran.

—¿Detuvieran? ¿A quién?

—A Gordie Ballew.

—¡Gordie Ballew! —exclamó Dee Dee, que subrayó la decepción de Duncan.

—Pidió reunirse con su abogado —dijo Worley—. Ha cambiado de parecer y quiere hacer un trato. Dice que vio a Elise Laird el mismo día que fue detenido, algo más temprano.

Duncan lanzó un bufido.

—¿Cómo es que lo recuerda de repente?

—Su abogado ha dicho no sé qué sobre el tiempo cumplido —aclaró Worley— y la recompensa de Laird de cincuenta de los grandes.

—Toda la escoria en un radio de ciento cincuenta kilómetros en torno a Savannah reclama esa recompensa —aseguró Duncan—. Y el más rastrero de todos es Gordie Ballew. Dile de mi parte que se busque un rollete entre los demás presos y disfrute de su estancia en la cárcel. —Se volvió hacia su despacho privado, pero Worley lo cogió por el codo y le hizo darse la vuelta.

—No me estoy quedando contigo, Dunk, y Gordie tampoco. Esto podría ser una buena pista.

Enfadado, Duncan apartó el codo.

—Lo dudo, pero de acuerdo. ¿Qué ha dicho Gordie?

—Adivina quién asegura que estaba con la señora Laird.

Dee Dee, igual de impaciente que Duncan, preguntó:

—¿Quién?

—Robert Savich —dijo Worley con una sonrisa burlona, y amagó un golpe al estómago de Duncan—. ¿Ya te has empalmado?

Capítulo 21

El secretario de Savich, Kenny, retrocedió sin disimular su horror al ver el peinado de Dee Dee.

—Puedo recomendarte un producto que te ayudaría a controlar eso.

—¿Controlar, qué? —preguntó ella, y le enseñó la placa.

—Dios mío.

Duncan no supo si el lamento se debía al cabello ensortijado de Dee Dee o a la presencia de la policía en la oficina para hacer unas preguntas a su jefe.

Cuando entraban en el despacho, Savich sonrió desde detrás de la mesa y les indicó con gesto amable que se sentaran en los sillones a juego al otro lado.

—Les estaba esperando.

—Y eso ¿por qué? —indagó Duncan.

—Porque cada vez que tienen un asesinato sin sospechoso, vienen a mí. Me halaga, detective Hatcher, de veras. Pero ser su chivo expiatorio tan a menudo está poniendo a prueba mi paciencia.

—¿Qué sabe de Elise Laird?

Sus pasmosos ojos azules se volvieron hacia Dee Dee, que había planteado la pregunta sin más preámbulos.

—¿En qué contexto?

—En el contexto de que lleva una semana desaparecida —dijo ella.

—Bueno, en ese contexto, no sé nada salvo lo que he leído en el periódico o he visto en la tele. —Dejó de lado a Dee Dee y centró su mirada imperturbable en Duncan—. ¿Les ha ofrecido Kenny algo de beber?

—Días antes de su desaparición, se encontró con Elise Laird en un bar de *topless* llamado *White Tie and Tails*.

Savich formó una torre de aguja con las manos y comentó:

—¿Cree que el nombre del club tiene connotaciones raciales?^[1]

—El encuentro, Savich.

La impaciencia de Duncan le hizo sonreír.

—Alguien se está quedando con usted, detective Hatcher.

—La detective Bowen y yo estamos muy ocupados últimamente. No nos haga perder el tiempo, por favor. Díganos el propósito de su encuentro íntimo en aquel reservado oscuro con Elise Laird.

—No hubo ningún encuentro íntimo —dijo Savich.

—Alguien nos ha dicho lo contrario.

Savich permaneció imperturbable.

—Déjeme que lo adivine. Ese «alguien» va detrás de los cincuenta mil dólares que ha ofrecido su marido como recompensa.

—Ese alguien es una fuente fiable —dijo Dee Dee.

Gordie Ballew era tan fiable como la garantía verbal de un vendedor de aceite de serpiente, pero Duncan asintió de acuerdo con la mentira de Dee Dee.

—Ese tío miente —aseguró Savich.

—Yo no he dicho que fuera un hombre.

Savich hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Tío, tía, lo que sea. Ese chivato miente.

—Yo apostaría a que el que miente es usted —dijo Dee Dee—. Tenemos la hora y el lugar del encuentro, además de un testigo dispuesto a declarar. Ahora, esfuércese por recordar, Savich. Concéntrese. ¿Está seguro de que no se encontró la semana pasada con Elise Laird?

Savich sopesó sus palabras mientras tamborileaba distraídamente sobre la superficie lustrosa de su mesa. Tras unos instantes, dijo:

—Seguro que le gusta lamer coños, ¿a que sí?

Dee Dee se habría lanzado desde su asiento si Duncan no hubiera extendido un brazo a la altura de su pecho para impedirselo. Su reacción furiosa era exactamente lo que buscaba Savich. Duncan había aprendido la lección por las malas, y pasó dos días en chirona como consecuencia.

Antes de llegar, le había recordado a Dee Dee que estuviera atenta a las manipulaciones de Savich, y le había prevenido que no arremetiera contra ellas. Savich tiraría de los hilos que hiciera falta para confundirlos.

Duncan lanzó a Dee Dee una mirada de advertencia y luego se centró de nuevo en Savich.

—Miente sobre el encuentro. Sabemos que se produjo. Así que ¿por qué no lo reconoce lo antes posible y nos cuenta lo que sabe de Elise Laird?

—Sé que es una chica encantadora —dijo—. O lo era la última vez que la vi.

—¿Cuándo fue eso?

—Hummm, ha pasado mucho tiempo. Antes de que se casara, desde luego, y ¿cuánto hace de eso? —Centrado ahora en Duncan, dijo en un tono suave como la seda—: Pero no es una mujer fácil de olvidar, ¿verdad? La conocí cuando trabajaba en el *White Tie and Tails*. Recuerdo la primera vez que..., me entretuvo. Me dejó cautivado. —Lanzó una risotada—. Ah, veo por su expresión que no es inmune a sus encantos, detective Hatcher. No sabe cómo me tranquiliza. Es agradable saber que tiene los mismos bajos instintos que el resto de los mortales.

A Duncan le hervía la sangre, pero dominó su semblante.

Savich profirió una risilla disimulada, y luego continuó:

—Aunque Elise era muy atractiva, le sugerí que haría mejor carrera con un aumento de pecho. A ella no le gustó la idea. En realidad, me quedo corto: se mostró completamente en desacuerdo. —Abrió una cajita plateada encima de la mesa y sacó un largo pitillo negro—. ¿Les apetece uno?

Al no responder ninguno de los dos, introdujo el cigarrillo en una boquilla de

marfil y lo encendió con un mechero de oro cuya tapita cerró con un chasquido tajante que extinguió la llama. Inhaló profundamente y lanzó un penacho de humo en dirección al techo.

—Al volver la vista atrás —continuó—, creo que Elise hizo bien en rechazar mi sugerencia. Sus pechos son más tersos y atractivos al natural.

Duncan sintió deseos de arrancarle a Savich el cigarrillo de los labios sonrientes, apagárselo en la cuenca del ojo y luego lanzar a ese hijoputa zalamero por el vidrio de la ventana detrás de su mesa.

Manteniendo la rigidez, le preguntó a Savich si conocía a Meyer Napoli.

—Sabía quién era, claro.

—¿Alguna vez contrató sus servicios? —indagó Dee Dee.

—Qué idea tan absurda, incluso viniendo de usted, detective Bowen.

—¿Por qué absurda?

—¿Para qué iba a contratar un detective privado tan escaso de recursos y aptitudes?

—... cuando tiene en nómina a gente que hace esa clase de trabajo sucio para usted... —dijo Duncan.

Savich guardó silencio.

—Podemos interrogar a todos los que estaban en el club esa tarde —dijo Dee Dee—. Seguro que alguien recuerda ese encuentro entre usted y la esposa del juez.

Savich respondió a la amenaza velada con una sonrisa. Dejó el cigarrillo en equilibrio sobre un cenicero de cristal, abrió el cajón sobre el regazo y sacó una tarjeta de visita que deslizó hacia ella por encima de la mesa.

—No hubo tal encuentro. Su chivato miente. Sea como sea, si insisten en hacer perder el tiempo a todos, les garantizo la plena cooperación del gerente del *White Tie and Tails*.

»Ésta es su tarjeta con el número de teléfono, el fax y la dirección de correo electrónico. Kenny tiene también su número de móvil. Se lo pueden pedir camino de la salida. —Tras poner en evidencia el farol de Dee Dee, se levantó—. Ahora, si me perdonan. Llego tarde a una reunión de negocios.

Ninguno de los detectives se movió. Al cabo, Dee Dee volvió la cabeza.

—¿Duncan?

Estaba enzarzado en un duelo de miradas con el criminal.

—Espérame fuera —dijo él.

Ella se levantó, pero luego titubeó.

—Vas a...

—Ahora mismo voy.

Vaciló unos instantes más y luego salió a regañadientes. Kenny le dijo algo; ella respondió en un tono igualmente malicioso.

Duncan no apartó la mirada de Savich.

—Ya sabe que lo averiguaré. El motivo del encuentro con Elise Laird. Lo

averiguaré.

A Savich le relucieron los ojos con la frialdad del diamante que llevaba en la oreja. No cambiaron, ni siquiera cuando sus labios fueron formando poco a poco una sonrisa.

—Parece que este caso le quema las entrañas, detective. Más incluso de lo habitual. Me pregunto por qué será. Quizás es que... —Entornó los ojos hasta convertirlos en meras ranuras—. ¿Detecto una fisura en su armadura de rectitud moral? ¿Es posible que una simple mujer haya causado semejante fisura? ¿Son los coños su debilidad, sargento detective Hatcher? —Se mofó con un chasquido de desaprobación—. Qué típico. Me decepciona. Y qué triste para usted que den por muerta a quien es objeto de su afecto. —Lanzó una larga y sonora carcajada a expensas de Duncan, y luego, al tiempo que se inclinaba hacia su mesa, dijo en un susurro—: Espero que le vaya bien la caza.

Esa misma tarde, unas horas después, los detectives fueron al Centro de Detención del Condado de Chatham, y les permitieron ver a Gordie Ballew veinte minutos. Bajo la mirada del abogado que le había asignado el tribunal, Duncan, que aún notaba las secuelas del exasperante encuentro con Savich, empezó a acribillarlo a preguntas acerca de lo que había visto en el bar de *topless*.

Duncan tenía que averiguar qué asuntos se traía Elise con Savich. Era importante para su investigación, desde luego. Posiblemente era más importante incluso para él.

Siguió apretando a Gordie Ballew.

—¿Qué estaban haciendo?

—Hablar.

—¿Sólo los dos?

—Sí. En privado. —Cuanto más nervioso se ponía Gordie, más evidente resultaba su defecto del habla—. En un reservado, como les dije. Ya se lo he dicho un centenar de veces.

Aseguraba no haber sido consciente de la identidad de la mujer ni de la importancia de su encuentro con Savich hasta que vio la fotografía de Elise Laird en la primera página del periódico.

—Y la reconociste...

—La reconocí de inmediato.

—¿Por qué no nos lo dijiste enseguida?

—¡Tardó cinco días en mover el culo hasta aquí para verme, joder! —exclamó Gordie, y lanzó una mirada despectiva al abogado, que bostezó a modo de respuesta.

—Ya sabes las ganas que le tengo a Savich por lo de Freddy Morris y algún otro —dijo Duncan.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que creo que te has replanteado la oferta que rechazaste la semana pasada,

Gordie. Te has inventado esta sarta de gilipollices para tener algo jugoso con lo que negociar.

Gordie miró con cara de espanto a Dee Dee y al abogado, pero ninguno de los dos le ofreció una vía de escape. Con la mirada de nuevo sobre Duncan, respondió:

—Nada de eso... La vi con Savich —insistió el hombrecillo, que elevó un tono su voz nasal.

—No es el mismo club donde fuiste detenido esa misma noche por agresión.

—Es verdad. Salí del White Tie y me fui al otro sitio.

—¿Te vio Savich en el White Tie?

La posibilidad lo atemorizó visiblemente y se retorció en su asiento.

—No me prestaba la menor atención. Yo estaba al otro lado del club, viendo el espectáculo, una de las chicas, que se lo estaba montando con la barra de latón.

—Estabas enclaustrado en un garito de *striptease* oscuro...

—¿Enclaustrado? —Gordie no entendía la palabra.

—¿Estabas borracho?

—No.

—Gor-dee —insistió Duncan.

—Vale, vale, iba por buen camino, pero aún no estaba borracho.

—¿Colocado?

Desvió los ojos rápidamente en un gesto evasivo, añadiendo:

—Es posible que me hubiera metido algo. No lo recuerdo.

—Pero recuerdas a la rubia con la que estaba hablando Savich —dijo Duncan.

—Sí.

—Desde el otro extremo de un club nocturno oscuro, mientras estabas colocado y borracho. Y días después, mira por dónde, la reconociste como Elise Laird.

Gordie movió la cabeza arriba y abajo enfáticamente.

—Así es. Justo como lo dice, Hatcher. Eso es, en resumidas cuentas.

Duncan se incorporó y encajó la silla de golpe debajo de la mesa. Afirmó:

—Eres un puto mentiroso.

—¡No! ¡Le juro que no! Esta vez, no.

—¿Por qué habría de ser diferente esta vez? Ah, espera. —Duncan chasqueó los dedos—. La recompensa. Ésa es la diferencia.

—Los cincuenta de los grandes no tienen nada que ver.

—¿Te has creído que soy un mamón? —gritó Duncan—. Oíste lo de la recompensa de cincuenta mil dólares. Sabes que quiero a Savich. Bingo. Te has inventado una historia y me has hecho perder el tiempo, que no me sobra precisamente hoy en día. Y aún me sobra menos paciencia con mierdecillas rastrosos que se dedican a lloriquear y mentir como tú, Gordie.

—De acuerdo, Hatcher, quizá le he mentado alguna que otra vez —dijo con la voz quebrada—, pero esta vez, no. Lo juro, yo... ¿Adónde va? —chilló, presa del pánico, al ver que Duncan se dirigía hacia la puerta.

—Ya volveremos a vernos —se despidió Duncan por encima del hombro cuando salía con Dee Dee.

Worley les esperaba nada más cruzar la puerta.

—¿Qué os parece?

Duncan lanzó un largo suspiro mientras observaba a Gordie con aire meditabundo a través de la ventanita; vio cómo salía de la sala acompañado por los carceleros.

—Es un embustero habitual. Pero o se ha vuelto excepcionalmente bueno, o esta vez dice la verdad. Se ha ceñido a su versión sin cambiar una sola palabra. Vamos a dejar que siga consultándolo con la almohada y mañana volveremos a vernos las caras con él. Mientras, vamos a poner al tanto al juez. A ver que...

—Negativo. —Worley se metió un palillo nuevo en la boca—. No estamos autorizados, Dunk. Ordenes de arriba.

—¿Qué demonios?

—Ya imaginaba que te cabrearía. Por eso he preferido no decírtelo hasta después de que te las vieras con Savich y el amigo Gordie, pero el capitán Gerard ha dicho que no debemos confrontar al juez con el supuesto encuentro entre su esposa y Savich.

Dee Dee farfulló:

—¿Vas en serio?

—Tan en serio como la muerte y los impuestos —respondió Worley—. Gerard le fue con la historia de Gordie al jefe de policía, que prácticamente lo echó a patadas de su despacho. Durante todo este asunto, se las han arreglado para mantener más o menos en secreto el pasado de la señora Laird como bailarina de *striptease*. Ya os imagináis la juerga que se traerían los periodistas con algo así. Pero si se descubre un vínculo entre ella y Savich, lo de exhibirse en tanga quedaría a la altura de la catequesis.

Duncan hizo memoria:

—Fue el jefe de policía Taylor en persona quien nos ordenó que utilizáramos todos los recursos a nuestro alcance para resolver el misterio de la desaparición de la señora Laird, ¿no es así?

—Sólo os estoy diciendo lo que me ha dicho Gerard —insistió Worley—. Gerard ha dicho que el jefe de policía Taylor aseguró que eso de la relación entre ella y Savich no era más que la patraña de un preso que quiere situarse en una posición más ventajosa para negociar, y que el juez no tenía por qué estar al tanto hasta que no dispusiéramos de pruebas irrefutables. Ha preguntado qué probabilidades había de que la señora Laird tuviera algo que ver con un criminal como Robert Savich.

—¿Qué probabilidades había de que tuviera algo que ver con Meyer Napoli? —dijo Dee Dee, que en realidad no esperaba una respuesta, y nadie se la ofreció. Dividió una mirada entre Worley y Duncan y al final la posó en éste—. Bueno. Ahora que tenemos las manos atadas, ¿qué hacemos?

«Encontramos a Elise para poder averiguar qué hostias estaba haciendo con

Savich». Eso estaba pensando Duncan, pero no llegó a decirlo.

—Seguimos buscándola.

En cuanto pronunció esas palabras, un sonoro trueno hizo temblar las ventanas.

El trueno precedía a la lluvia que empezó esa tarde y siguió cayendo sin descanso durante las siguientes cuarenta y ocho horas, lo que complicó aún más la misión de recuperación, y literalmente aguó el ánimo de todos los implicados, de manera que, para el tercer día consecutivo de lluvia sin atisbo de que fuera a despejar, el ambiente en la Unidad de Crímenes Violentos era fúnebre.

Aunque era sábado, nadie se había tomado el fin de semana libre. Los detectives estaban reunidos en el despacho de Duncan, repasando lo que sabían y haciendo especulaciones acerca de lo que ignoraban. Habían recibido el informe de balística sobre el proyectil que el forense le extrajo a Napoli: no se había hallado concordancia en ninguna de las bases de datos criminales del país. Era un callejón sin salida.

Worley mordisqueaba el palillo.

—Si cayó al río, tanto si la empujaron como si saltó, ¿cómo es que no ha aparecido aún? Por lo general no suelen tardar tanto. ¿Diez días?

—Quizá no cayó al río —dijo Duncan.

—Quizá no estuvo en el puente.

—¿Qué...? —dijo alguien.

Los hombres se volvieron hacia Dee Dee, que se explayó:

—Napoli venía de regreso a la ciudad. Bien pudo dejar su cadáver en algún lugar de Carolina del Sur. Hay kilómetros de pantanos, bosques. Cantidad de sitios donde ocultar restos mortales.

—¿Y qué hay de sus sandalias? —indagó Worley.

—Se dio cuenta de que las tenía y se detuvo en el puente para deshacerse de ellas.

—Y la Bruja Malvada del Oeste llegó volando en su escoba y le pegó un tiro.

—No era más que una idea, Worley —dijo Dee Dee en tono sarcástico.

Para agravar su irritación, perdió cuando lanzaron una moneda al aire para decidir quién salía bajo el aguacero a por el almuerzo. Acababa de regresar y estaba repartiendo los sándwiches cuando Cato Laird los sorprendió al entrar en la oficina sin previo aviso.

Daba la impresión de haber perdido al menos medio kilo por cada uno de los diez días que su esposa había estado desaparecida. Su bronceado de campo de golf se había vuelto cetrino, tenía los ojos hundidos en sus cuencas oscuras y los hombros encorvados. No se había molestado en coger un paraguas, y llevaba la ropa y el pelo mojados, lo que empeoraba su aspecto desaliñado. Su llegada de improviso dejó sin habla a todo el mundo en la unidad. Todas las miradas se posaron en él conforme se acercaba a Duncan, quien intentaba reunir el entusiasmo suficiente para darle un bocado al sándwich que Dee Dee le había endosado.

—Detective Hatcher, tenemos que hablar.

Duncan hizo una señal al juez para que lo siguiera a su diminuto despacho. Una vez sentados, el juez dejó un sobre de color manila encima de la mesa de Duncan, y luego miró hacia la puerta abierta.

—Supongo que ellos también deberían enterarse.

—Dee Dee, Worley —les llamó Duncan, a sabiendas de que podían oírlos perfectamente.

Se presentaron casi de inmediato.

—El capitán Gerard, también —dijo el juez—. ¿Está aquí?

—Todos estamos haciendo horas extra. Voy a por él. —Dee Dee dio media vuelta y fue en busca de Gerard.

—¿Le apetece un café? ¿Agua? —Duncan no se estaba mostrando hospitalario. Le dirigió la invitación solamente para demorar el momento de oír lo que el juez estaba a punto de decirle acerca del sobre encima de su mesa, fuera lo que fuese. Parecía un sobre de lo más común, pero le daba mala espina. Si contuviera algo esperanzador el juez no se estaría comportando como si el fin del mundo anduviera cerca.

—¿Juez Laird? —Gerard entró a duras penas en el despacho y le estrechó la mano—. La detective Bowen me ha dicho que quería vernos.

Con un asentimiento, el juez recogió el sobre. El cierre de metal seguía intacto, pero lo habían abierto por la línea de puntos en la parte superior.

—Esta mañana, en un intento de dejar de pensar en Elise, he decidido abrir el correo que tenía acumulado desde su... desaparición. He encontrado lo siguiente. No sé cuándo llegó, pero el matasellos es de..., del día en que murió Meyer Napoli y desapareció Elise. —Miró en derredor a su público, que lo observaba con toda su atención—. Creo que esto explicará... Bueno, ya lo verán.

Y sin más, dejó caer el contenido del sobre encima de la mesa de Duncan. Había unas doce fotografías en blanco y negro de veinte por veinticinco. El grano de algunas indicaba que se habían tomado con un teleobjetivo. Elise y Robert Savich estaban juntos en todas y cada una, claramente ajenos a que los fotografiaban.

Laird continuó vacilante, su voz quebrada al parecer por el dolor y la consternación:

—Como pueden ver, los lugares son diferentes. También la ropa que llevan. Eso indica varios encuentros a lo largo de un cierto periodo, ¿no creen?

Los detectives estaban estudiando las fotografías, y las manipulaban con cuidado para evitar borrar cualquier huella digital que pudieran tener. Duncan no las había tocado, pero cogió la tarjeta de visita que habían enviado en el mismo sobre. Estaba impresa con el nombre de Meyer Napoli, su dirección profesional y varios números donde se le podía localizar, exactamente igual que la tarjeta hallada en el lugar de su asesinato.

—Napoli chantajeaba a su esposa —dijo Gerard.

El juez lanzó un profundo suspiro.

—Eso parece. Y puesto que me envió esto, supongo que también tenía intención de chantajearme a mí.

—¿No sabía que la señora Laird tenía relación con Robert Savich?

La pregunta de Dee Dee hizo saltar la chispa de su naturaleza imperiosa.

—Claro que no.

En todas y cada una de las fotos estaban vestidos de la cabeza a los pies. Todas salvo alguna de las instantáneas se habían tomado al aire libre, aunque el encuadre en primer plano hacía imposible determinar el lugar. La pareja no estaba en una actitud íntima, sino meramente cómodos en presencia del otro y absortos en aquello que estaban tratando, fuera lo que fuese. Las imágenes no tenían nada de lascivo ni de comprometedor, salvo que la esposa del juez de un tribunal superior estuviera en compañía de un famoso criminal. Eso ya era explosivo de por sí.

—Si tuviera que aventurar una...

—Por favor, juez —dijo Gerard para animarlo a que continuara cuando titubeó.

—Si tuviera que aventurar una hipótesis, diría que tal vez Napoli se topó con esta... esta..., relación mientras seguía a Elise por encargo mío. Al verla con Savich, sus visitas a Coleman Greer, pasaron a segundo plano. —Miró de soslayo las fotografías y luego se apresuró a apartar la mirada—. Napoli debió de caer en la cuenta de que estas fotos podían resultarnos mucho más perjudiciales a ambos. Intentaba sacar partido de su golpe de suerte.

—Trotter era su mensajero —sugirió Dee Dee.

El juez hizo una mueca de dolor.

—Supongo. Ya fuera de manera accidental o intencionada, y, naturalmente, prefiero creer lo primero, Elise desbarató el plan.

—Entre el momento en que oyó los disparos y su llegada al despacho, ¿tuvo su esposa tiempo para esconder un juego de fotografías como éste?

El juez hizo un leve gesto de asentimiento.

—Podría haberlas escondido en alguna parte, con la intención de recuperarlas luego. De hecho, la he sorprendido en el despacho varias veces recientemente, y se sobresaltó al entrar yo. Una reacción de culpabilidad, según veo ahora. —Ponderó un momento sus palabras y luego dijo—: Lo más probable es que se deshiciera del juego de fotos que trajo Trotter. Pero Napoli, siendo como era, debía de tener otro juego de copias: éste.

—La noche del incidente en el puente, Napoli le dijo que le había enviado estas fotos a usted —conjeturó Gerard.

—Supongo que ella se enfureció y...

—Y usó la pistola del veintidós que le falta para matarlo —aventuró Dee Dee, para concluir la frase por él.

El juez se tapó la cara con ambas manos y rompió a llorar.

—¿Quiere que llamemos a alguien? —le preguntó Gerard en voz queda.

Él negó con la cabeza, pero no apartó las manos de la cara, y tampoco habló.

Gerard hizo un gesto en dirección a la puerta y los detectives salieron arrastrando los pies.

—Creo que se merece unos minutos de intimidación —les dijo el capitán a sus subordinados una vez fuera del despacho de Duncan.

—Tiene que apechugar con un buen marrón —comentó Worley—. Una cosa es Napoli, pero ¿Savich? Joder. De todas maneras, ¿cómo entra él en la ecuación?

Duncan no tenía respuesta, pero había estado intentando conjurar una idea de lo más inquietante. ¿Cabía la remota posibilidad de que Savich le hubiera enviado a Elise a él? Recordó el recochineo que se había traído Savich con su evidente interés por ella. ¿Era Elise el arma secreta de Savich, esa que Duncan había temido lo cogiera por sorpresa, esa que lo destruiría?

Abriéndose paso hasta sus pensamientos, Gerard dijo:

—Primero obtendré el visto bueno del jefe de policía, pero creo que es hora de que nos las volvamos a ver con Gordie Ballew. —Le pidió a Dee Dee que llamara al abogado de oficio de Gordie e hiciera las gestiones—. Queremos hablar con él lo antes posible. —Le dijo Gerard cuando ella ya iba a hacer la llamada—. Esta tarde. Asegúrate de que le quede claro.

—Vale.

—Me parece que por una vez esa sabandija dice la verdad —señaló Worley—. ¿Quién iba a imaginarlo?

El juez Laird salió del despacho de Duncan con los ojos llorosos y enrojecidos.

—Creo que debería informar al jefe de policía Taylor de esto en persona —dijo el juez—. ¿Vienes conmigo, Bill?

—Desde luego —dijo Gerard.

—Te lo agradecería.

—El asunto se le va a poner muy feo, juez, cuando todo esto se sepa —le previno Gerard.

—Soy consciente. De todas maneras, lo único que demuestran las fotografías es que Elise y Savich se conocían y hablaban. No están haciendo nada ilegal en ellas. No son de carácter sexual. Y quizá me equivoque acerca del momento en que fueron tomadas. Por lo que sabemos, podrían ser de hace años, de antes incluso de que me conociera.

Gerard lanzó una mirada a Duncan, encargándole la tarea de echar por tierra esa hipótesis.

—En realidad, juez, se ha presentado un testigo que asegura haber visto a la señora Laird con Savich en el club donde trabajaba ella. El encuentro tuvo lugar pocos días antes de su desaparición.

El juez, anonadado, retrocedió un paso.

—¿Cómo? ¿Tan recientemente?

—Eso dice —afirmó Duncan.

—¿Quién es ese individuo?

—Un tipo que ahora mismo está en la cárcel por agresión —respondió Duncan.

—Es un criminal reincidente con un largo historial delictivo —terció Gerard—. El jefe de policía Taylor supuso que sólo iba detrás de la recompensa, tal vez de una reducción de condena. Nos pidió que no lo molestáramos con la historia hasta que la hubiéramos corroborado.

—Sea como sea —dijo Duncan—, ha sido interrogado a conciencia y jura que está diciendo la verdad. Si es así... —Hizo una pausa para tragarse la bilis que le colmaba el fondo de la garganta—. Si es así, entonces es posible que Savich estuviera relacionado de alguna manera con la desaparición de su esposa.

—Este hombre en la cárcel... ¿cómo se llama? —preguntó el juez, demostrando más animación y esperanza que en los últimos días.

—Gordie Ballew.

—Si tiene alguna conexión con Savich, quizá sepa más de lo que dice. Quizá sepa dónde está Elise.

Su renovado optimismo era casi más desgarrador de ver que su previa desesperación. Aunque encontraran viva a su esposa, la acusarían del asesinato de Napoli. Parecía haberlo olvidado, o quizá no le importaba, siempre y cuando siguiera viva.

Gerard intentó ponerse a la altura de sus esperanzas.

—Si alguien puede sacarle información a Ballew, es Duncan. Si lo desea, puede estar presente cuando vuelva a interrogarlo.

—No volverá a interrogarlo. —Aunque Dee Dee se había dirigido a todos ellos conforme se acercaba, tenía la mirada puesta en Duncan—. Hace cosa de una hora, Gordie Ballew se ha abierto la arteria carótida con la púa de un tenedor de plástico. Ha muerto.

El anuncio de Dee Dee tuvo el mismo efecto que un toque de difuntos. Worley se fue a su mesa y empezó a revolver los cajones en busca de un cigarrillo prohibido que guardaba para alguna emergencia.

Gerard se sentó en la esquina de una mesa y se quedó mirando el suelo con gesto abatido.

El juez parecía no entender el impacto del suicidio de Gordie Ballew.

—Todavía se puede implicar a Savich, ¿no? ¿Por qué no lo interrogan directamente?

Duncan había empezado a tener la sensación de que iba a ahogarse en esa sala. Primero las fotografías de Savich con Elise, luego esa sospecha corrosiva de que su seducción había sido orquestada por el criminal, y ahora la muerte de Gordie Ballew.

Aunque con cada una de estas revelaciones había sentido ganas de ponerse a vociferar, de alguna manera se las había arreglado para funcionar con el sereno

distanciamiento que se esperaba de él, pero la necia pregunta del juez hizo que estallara su furia.

—¿Por qué no interrogamos a Savich? ¿Cree que no lo hemos hecho? —gritó, su voz trémula de ira—. Gordie Ballew ha muerto. De manera que es como si no hubiera ocurrido nunca el encuentro de Savich con su esposa. Ha quedado suprimido. Sin más. —Estrechó las manos con una palmada como si estrujara un mosquito entre ellas.

»Y ¿no es un poquito tarde para que usted ponga tanto entusiasmo en que enchironemos a Savich? ¡Lo dejó marchar! Si no fuera por usted y su maldito juicio nulo, estaría entre rejas, y no libre, dedicándose a destrozar a personas; a destrozar vidas.

—Duncan. —Eso lo dijo Gerard. Habló en voz queda, pero la advertencia no podría haber resultado más efectiva.

Todas y cada una de las células del cuerpo de Duncan vibraban de furia. Tenía ganas de golpear algo, de hacer daño, pero apretó los dientes para evitar que saliera nada más de sus labios.

Dee Dee carraspeó y dijo en tono diplomático:

—Savich negó que se produjera tal encuentro con su esposa, juez. Ahora es poco probable que se presente ningún otro testigo.

El juez profirió un suspiro estremecido y se dejó caer pesadamente en la silla más próxima.

—Las fotografías son muy reveladoras. Elise llevaba una doble vida que culminó al asesinar a Napoli. Luego se tiró del puente. —Estableció contacto visual con cada uno de ellos, como si esperara que alguien refutase la hipótesis, cosa que nadie hizo—. Todo este tiempo que hemos estado buscándola con la esperanza de encontrarla viva, estaba muerta, ¿verdad? —Se le quebró la voz y sollozó—. Supongo que todo ha acabado.

—Se equivoca —le dijo Duncan—. No habrá acabado hasta que se encuentre el cadáver.

Salió como un huracán de la UCV y ya estaba a medio camino del centro de detención cuando cayó en la cuenta de adonde se dirigía siquiera. Desconfiando de lo que podía llegar a decir o hacer si se quedaba otro instante más en la oficina, su única intención había sido la de huir.

Pero subconscientemente debía de haber llegado a la conclusión de que la muerte de Gordie Ballew no pasaría inadvertida. Era la última de las víctimas de Savich, con la misma certeza que si el propio Savich le hubiera hincado en el cuello la púa de ese tenedor.

De alguna manera, Savich había llegado hasta Gordie Ballew y lo había convencido de que incluso un suicidio sangriento sería una vía de escape de esta vida

digna en comparación con la violenta despedida que le tenía preparada él mismo.

Los barrotes de la cárcel no debían de haber sido obstáculo. Savich tenía tentáculos por todas partes, en todos los ramos comerciales, en todas las secciones del gobierno local, en todos los organismos policiales. Su influencia tenía gran alcance y era generalizada. Si quería enviar un mensaje a Gordie en la cárcel, podía haberlo hecho con pasmosa facilidad.

Pero Duncan iba a complicarle las cosas a la hora de salirse con la suya.

Haciendo caso omiso de los límites de velocidad, redujo a la mitad el tiempo de trayecto del cuartel a la cárcel. Aparcó y se apeó, y luego se fue a zancada larga hacia la entrada. Tenía planeado pasar un rato bien aprovechado con los guardias, cuya falta de atención había permitido que Gordie Ballew se suicidara. Al menos uno de ellos tenía que estar en la nómina de Savich.

Justo en ese momento, como si sus pensamientos lo hubieran hecho aparecer, vio a Savich, que se paseaba tranquilamente por el vestíbulo del edificio camino de la salida.

Duncan llegó antes a las puertas, las atravesó a la carga y se cruzó en su camino. La sorpresa de Savich al verlo aparecer de repente fue momentánea. Sonrió con amabilidad.

—Vaya, hola, detective. Qué casualidad encontrarlo aquí.

Duncan apretó los puños a los costados.

—¿Has venido para ver por ti mismo si Gordie Ballew está muerto y bien muerto?

—Ah, ya se ha enterado de lo del pobre Gordie. Tuvo una vida trágica, y como no podía ser de otra manera, acabó mal. He venido para reclamar su cadáver y enterrarlo como es debido —dijo Savich.

—Y una mierda. Has venido para asegurarte de que había hecho lo que le dijiste que hiciera.

—No tengo ni idea de a qué se refiere. —Ladeó la cabeza repeinada y dio un repaso a Duncan de arriba abajo—. Se le ve arrebatado. ¿Tanto le ha afectado esto? No sabía que usted y Gordie fueran tan íntimos.

—¿Has metido el dedo en su sangre, Savich?

—Qué comentario tan desagradable.

—Tenías que asegurarte de que Gordie tenía la boca cerrada de una vez por todas y ya no suponía una amenaza —dijo Duncan—. No te fiabas de lo que contaba la prensa acerca de un suicidio en la celda. Tenías que comprobarlo, ver si el tenedor de plástico había servido a su fin.

Savich puso los ojos en blanco.

—Se ha superado, detective Hatcher. Ésta es su invención más imaginativa hasta la fecha. He venido por caridad hacia un antiguo empleado, nada más. Ahora, si me perdona...

Intentó pasar por el lado de Duncan, pero éste lo cogió por el bíceps, lo empujó

contra la pared más cercana y se plantó delante de él. Al tiempo que se le acercaba a la cara, dijo:

—¿Me la enviaste?

—¿La chica que se ligó en el bar de River Street? Tiene un buen polvo, ¿verdad?

Duncan le puso el antebrazo en la garganta.

—Elise —gruñó.

—Ah, la preciosa mujer del juez. —Debido a la presión que ejercía Duncan sobre su tráquea, la cara se le estaba oscureciendo a Savich, pero sonreía—. Así que estaba en lo cierto. Su interés por ella no era estrictamente profesional.

—¿Eh, qué pasa ahí?

Con el rabillo del ojo, Duncan vio a dos guardias de seguridad que se les acercaban con aire precavido.

—Soy Hatcher —dijo—, de la policía de Savannah, Homicidios.

—Sí, bueno, ya sabemos quién es, detective. ¿Necesita ayuda?

—No, ya se pueden ir. —Apretó con más fuerza el antebrazo contra la garganta de Savich y bajó el tono de voz para que sólo lo oyera el delincuente—. ¿Me la enviaste tú?

—No soy ningún casamentero. Bueno, salvo por aquella vez. Me pareció que se merecía un buen revolcón de noche de sábado.

Duncan parpadeó para disipar la neblina roja de furia que le nublaba la vista.

—¿Me enviaste a Elise? —preguntó.

—¿Por qué se imagina siquiera algo así? ¿O es que no tiene la menor confianza en su atractivo sexual?

Los guardias se iban acercando cada vez más. Uno había desabrochado la funda de cuero que llevaba a la cintura y tenía la mano en la empuñadura de la pistola.

—Detective Hatcher —dijo—, si necesita ayuda...

—¿Va a detener a este hombre? —le preguntó el otro guardia—. Si es así...

—¡He dicho que se retiren! —gritó Duncan.

Debido a la presión sobre la garganta, la risa de Savich sonó como un borboteo grave.

—Se está viniendo abajo de veras, ¿verdad? Pobre hombre. Está encajando una derrota tras otra. Y, por si fuera poco, ahora está enamorado de un fantasma. —En un tono de voz poco más alto que un susurro, añadió—: Ánimo, detective. Quizá Napoli lo hizo rápido.

El puño de Duncan entró en contacto con el pómulo de Savich con el ímpetu de un mazo. Vio la piel rasgarse, vio sangre, vio el gesto de dolor de Savich. Su satisfacción, no obstante, fue breve. Los guardias se abalanzaron sobre ellos, acompañados ahora de otros dos vigilantes. Entre los cuatro consiguieron apartarlo de Savich, que había sacado tranquilamente un pañuelo del bolsillo y lo utilizaba para restañar el corte sangrante en el pómulo.

Duncan no ofreció resistencia a los guardias, sino que dejó que se lo llevaran de

allí, aunque no sin antes fulminar con la mirada a Savich:

—Prepárate. Voy a por ti.

Apenas unos instantes atrás, Savich parecía divertido. Ahora sus ojos destellaron con malicia, y dijo en un siseo:

—Estoy esperando.

Capítulo 22

El camarero se limpió el jugo de limón de los dedos y secó la hoja del cuchillo con un trapo.

—Con esta lluvia, no se les puede echar en cara que suspendan la búsqueda. Lo más probable es que no encuentren el cadáver. Pero supongo que eso significa que nunca se esclarecerá el misterio. ¿Fue asesinato o suicidio? —Dejó el trapo a un lado y se apoyó en la barra—. ¿Qué cree usted que ocurrió?

Duncan levantó hacia él la mirada vidriosa y dijo en voz ronca:

—Yo ya sé lo que ocurrió.

El barman de Smitty's se mofó:

—Claro que sí, amigo. Claro que sí.

Tras su altercado con Savich, Duncan había ido directamente a la taberna. Había sido escoltado hasta la salida del centro de detención por los guardias, que le aconsejaron que se fuera a alguna parte y se tranquilizara antes de regresar. No se lo echaba en cara. Sólo estaban cumpliendo con su deber. Supuso que debía alegrarse de que Savich no hubiera presentado cargos por agresión.

Se marchó por las buenas y no regresó, convencido de lo inútil de encararse con los guardias por causa del suicidio de Gordie Ballew. No tenía la presencia de ánimo adecuada para llevar a cabo una pesquisa tan importante. Además, supuso que sería una pérdida de tiempo. Nadie que estuviera haciendo de topo para Savich se avendría a delatarlo, no con la sangre de Gordie todavía reciente.

Había buscado refugio en Smitty's, donde tanto el *whisky* como la pena se apuraban sin diluir. En contra de su propia voluntad, sus ojos se habían visto atraídos de nuevo por la televisión con el volumen al mínimo detrás de la barra. La rueda de prensa se alargaba. En palabras del camarero, el cadáver ya era pasto de los peces a estas alturas. ¿Por qué no resumirlo así? ¿Por qué no poner fin al asunto y volver al episodio de *Seinfeld*?

El descubrimiento de la sandalia perdida de Elise había puesto fin a cualquier esperanza de que hubiera sobrevivido a la caída desde el puente, ya fuera o no voluntaria. Ahora incluso se había suspendido la búsqueda de sus restos. Fin del caso. Mañana todo el mundo retomaría lo que había dejado en suspenso diez días atrás.

Todo el mundo menos él.

De pronto la puerta se abrió con un golpe y dejó entrar una ráfaga de viento y a un cliente. Una vez cruzado el umbral, cerró la puerta a su espalda y se volvió. Duncan lanzó un gruñido y buscó la copa con la mano.

Dee Dee dejó transcurrir un instante para que sus ojos se acostumbraran a la

oscuridad, y fue entonces cuando vio a Duncan en la barra y se dirigió a él. Encogió los hombros para desprenderse del chubasquero y lo agitó para quitarle un poco de agua. Al tiempo que se sentaba a la barra en el taburete de al lado de Duncan, movió bruscamente la cabeza, y el agua de lluvia que salió despedida de su cabello fue a parar encima de él.

Duncan frunció el ceño y se limpió las gotas de la manga de la camisa con un gesto ostentoso.

—Ahora se usa un invento de lo más guay que se llama paraguas.

—Me he dejado el mío en tu coche esta mañana —se justificó Dee Dee.

—¿Has salido a dar una vuelta? ¿Pasabas casualmente por aquí y te ha entrado sed?

—Se me han agotado las posibilidades y al final he deducido que debías de estar aquí, Duncan.

—¿Cómo lo has deducido?

—Sólo habías venido aquí en otra ocasión, que yo sepa. Aquella vez que estábamos investigando un crimen en el que había implicados una madre y un hijo que fueron decapitados.

Duncan levantó la copa a modo de saludo.

—Gracias por recordármelo. Es justo lo que necesitaba para animarme.

—En aquella ocasión me dijiste que era un buen sitio para emborracharse. —Dee Dee miró alrededor con cara de asco—. Supongo que así es. —Luego le dijo al camarero—: Una Coca-Cola *light*. —Cuando se la sirvió, asintió en dirección al *whisky* de Duncan—. ¿Cuántos te has tomado?

—Digamos que me alegro de que estés aquí para llevarme a casa.

—¿Tantos?

—Lárgate, Dee Dee —farfulló Duncan.

—Eh, soy yo la que tiene derecho a estar cabreada, no tú —dijo con enfado—. Tú no llevas horas conduciendo bajo la lluvia buscándote. Yo sí. He ido a tu casa, al gimnasio, a todos los sitios que se me han ocurrido.

—Me conmueve tu preocupación —dijo Duncan con rencor.

—¿Por qué te has largado así sin decirle a nadie adonde ibas? ¿Por qué no respondías al móvil?

—Una indirecta: no quería estar acompañado esta noche.

—Pues es una pena: lo estás. —Dee Dee le quitó el papel a la pajita, la introdujo en el refresco y tomó en buen sorbo.

—Si esperas levantarme el ánimo y hacer que me sienta mejor, pierdes el tiempo —dijo Duncan—. Pase lo que pase, no voy a sentirme mejor.

—Entonces ¿por qué te molestas en ponerte como una cuba?

—Porque me da la puta gana —le espetó.

Dee Dee le sostuvo la mirada durante unos segundos y luego la levantó hacia el televisor, donde el jefe de policía Taylor hacía gala de su poética elocuencia en

silencio. Estaba flanqueado en el podio por Bill Gerard y Cato Laird.

—¿Te has enterado de que se ha suspendido oficialmente la misión de recuperación? —Hizo una pausa y Duncan asintió—. Fue decidido después de que el juez y Gerard hablaran con Taylor. Las fotografías de la señora Laird con Savich han dado un nuevo cariz a la situación, por así decirlo.

Se interrumpió para dejar que Duncan hiciera algún comentario, pero continuó mirando la copa malhumorado limitándose a decir:

—Ya...

—El juez no va a decir nada ni va a responder ninguna pregunta esta noche —continuó ella—, pero ha insistido en estar presente en la rueda de prensa cuando lo anunciaran.

»También..., bueno, también han acordado no hacer ninguna referencia en público a la vinculación de la señora Laird con Savich a menos que se vean obligados a ello. Lo que no está bien, pero desde luego es más... limpio. Para todos. —Dee Dee tomó otro sorbo con la pajita.

Duncan guardó silencio. Transcurrido un rato, ella preguntó:

—¿Has comido algo hoy?

—No. —Duncan también negó con la cabeza.

—Deberías comer algo.

—Debería comer. Debería dormir. Debería volver a centrarme en otros casos. Ya lo pillo, Dee Dee —dijo con irritación—. Dios sabe lo mucho que me has machacado estos últimos días. Deja de hacerme de madre. Vete de aquí. Lárgate a casa. Déjame en paz.

A ella le dolió que rechazara su ayuda y su preocupación. También la enfureció.

—¿Qué te ocurre últimamente? ¿A qué viene todo esto? Dime, Duncan. ¿Se trata de ella? —Lo miró con consternación—. Es eso, ¿verdad? Te dejó tocado, ¿a que sí? Te dejó tocado de veras. Desde el primer momento.

Duncan plantó los codos en la barra y apoyó la frente en la palma de una mano para introducirse los dedos arqueados entre el pelo.

—Sí —dijo a regañadientes—. Me dejó tocado desde el primer momento.

Ella ya se lo había visto venir desde la noche del tiroteo en que resultó muerto Gary Ray Trotter. O quizá Duncan ya estaba perdido desde la primera vez que vio a Elise Laird en la gala de entrega de premios. El triste final de Gordie Ballew había sido la proverbial gota que colmaba el vaso, pero la embustera mujer del juez era el centro de la desdicha de su compañero. En cuanto su camino se cruzó con el de Elise Laird, su descenso hacia aquel pozo había sido inevitable.

—Voy a tomarme otro —dijo Duncan, y deslizó el vaso hacia el camarero.

—Duncan...

—Te he pedido amablemente que me dejes en paz.

—Lo pasado, pasado está, Duncan. Ya no puedes hacer nada al respecto.

—Te equivocas —opinó él—. Puedo emborracharme.

Dee Dee lanzó las manos al aire.

—Muy bien, de acuerdo. —Hizo gesto al barman de que le pusiera otra copa.

Se fijó en que la rueda de prensa había terminado. Ahora una presentadora parecía estar resumiendo la noticia con solemnidad. Luego volvió a aparecer *Seinfeld* en la pantalla. Contemplaron el televisor mudo unos instantes y luego él dijo:

—Me suplicó que la ayudara.

Dee Dee miró su rostro de perfil, el semblante de preocupación iluminado por la luz parpadeante del televisor.

—¿Elise Laird?

—Acudió a mí en dos ocasiones. Y en dos ocasiones me negué a ayudarla.

A Dee Dee le horrorizó lo que estaba a punto de oír, pero no pudo por menos de pedir detalles.

—¿Qué me estás diciendo, Duncan? ¿Que acudió a ti en privado?

—Primero me pasó una nota, pidiéndome que la viera a solas. No respondí. Entonces me sorprendió al presentarse en mi casa, a primera hora de la mañana del sábado, el día que después fuimos al club de campo, con la mesa en la terraza, las sombrillas blancas.

—Ya lo recuerdo —apuntó Dee Dee.

—Esa mañana temprano llamaste a mi casa para sugerir que confrontáramos al juez con la vinculación entre Napoli y Trotter. Elise estaba en el salón cuando llamaste.

Dee Dee se lo imaginó manteniendo una conversación telefónica con ella mientras su sospechosa estaba tan cerca que podía oírlos. Debía de haber quedado como una idiota, cotorreando sobre el caso que estaban cimentando contra Elise Laird mientras ella y Duncan se miraban a los ojos. No había nada que detestara tanto como que la pusieran en ridículo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Te lo estoy diciendo ahora —respondió Duncan a renglón seguido.

—La sacaste a empujones de tu casa antes de que llegara yo y luego montaste aquel numerito en la terraza del club de campo, fingiendo ante el juez y yo que..., que...

—Que no habíamos estado a solas ese mismo día, poco antes.

Dee Dee tuvo que esforzarse para sofocar su ira cada vez más intensa. Si se peleaban, tal vez no llegara a oír todo aquello, y tenía que oírlo. Además, Duncan tenía que confesarlo. Caso contrario, seguiría reconcomiéndolo y tal vez no se recuperaría nunca.

—¿Qué ocurrió cuando fue a tu casa?

—¿Qué importa eso ahora, Dee Dee?

—Si no tiene importancia, entonces dímelo.

—Estábamos acosándola como si fuera sospechosa —contestó Duncan.

—Lo era.

—Ella tenía otra versión.

—No me cabe duda. ¿Te la creíste?

Su actitud a la defensiva fue menguando. Dee Dee vio cómo se le iban relajando los hombros.

—Ni una palabra —dijo Duncan en voz queda.

Ella permaneció en silencio un momento, planteándose si pedir otra Coca-Cola, pero decidió no hacerlo porque no quería distraer a Duncan.

—Has dicho que te suplicó que la ayudaras en... dos ocasiones.

—La segunda vez me llamó al móvil y dejó un mensaje con el lugar y la hora en el buzón de voz.

—Dando por sentado que irías a su encuentro —completó Dee Dee.

—Ella no tenía que dar por sentado nada, maldita sea. Yo ya sabía que era un error no ponerte al tanto. Ya sabía que era un error ir a su encuentro a solas, pero fui de todas maneras. Ah, lo justifiqué, claro. Me convencí de que la llamada provenía de Savich, que era él quien me tendía una trampa, pero en el fondo, creo que era consciente de que me estaría esperando Elise.

—¿Dónde tuvo lugar ese encuentro?

Duncan sofocó una risa amarga que le salió por la nariz.

—Habría dado lo mismo, Dee Dee. Podría haber ocurrido en cualquier lugar, y yo habría ido. Nada me habría impedido llegar hasta ella. Mira, fui siendo perfectamente consciente de que intentaría involucrarme. Fui con la esperanza de que lo intentara.

—¿Por qué?

—Porque sabía lo que intentaría utilizar como moneda de cambio. —Duncan volvió la cabeza y la miró de manera que no pudiera pasarle inadvertido lo que quería decir.

Ella tragó saliva con dificultad.

—Ya veo.

—Sabía lo que yo quería, de manera que me lo ofreció.

—Y tú... ¿aceptaste?

—Sí. —Cerró los ojos y repitió con voz ronca—: Sí.

Con una parte desligada de su mente, Dee Dee se preguntó lo que debía de sentirse al ejercer semejante dominio sobre otro ser humano, lo embriagador que debía de ser estar en posesión del poder de hacer que alguien sacrificara su integridad, el trabajo de toda su vida, por unos pocos minutos de gratificación sexual.

Duncan terminó la copa.

—Después de que... Bueno. No respeté mi promesa. La dejé con lágrimas en los ojos, suplicándome que la ayudara.

—¿Que la ayudaras a qué?

—Que la ayudara a salir del embrollo en que estaba. Ahora no importan los detalles. Horas después de que la dejara en la estacada, Napoli estaba muerto y nosotros estábamos buscando el cadáver de Elise. —Volvió a pasarse los dedos por el

pelo y se sostuvo la cabeza entre las manos—. Que Dios me ayude.

Eso explicaba su desesperación. Había puesto en peligro una investigación y quebrantado sus códigos personales de moralidad y ética, y nunca se perdonaría semejantes transgresiones.

Años antes, mientras Dee Dee aún era una agente de a pie, dos agentes de la policía de Savannah habían sido acusados de conducta sexual indebida con una sospechosa. Aseguraron que la mujer había sido la instigadora y participado de buen grado, cosa que resultó ser cierta. Aun así, Dee Dee recordaba que Duncan se indignó con los agentes por negarse a reconocer su falibilidad y su culpa. A su modo de ver, habían tenido la opción, así como la responsabilidad, de hacer lo correcto, por fuerte que fuera la tentación. Ahora él había cometido un desacierto similar, y a sus ojos sería injustificable.

Pero a pesar de sus debilidades, Duncan Hatcher era el héroe de Dee Dee. Verlo sojuzgado por la culpa hasta tal punto la movía a la compasión, no a la condena. Eso se lo reservaba para Elise Laird, por quien sentía el mayor desprecio. No iba a permitir que el espectro de aquella embustera destruyese a Duncan.

—Cometiste un error —dijo con dulzura—. Pero lo has reconocido. Olvídalo. Ya se ha acabado.

—No, para mí no se ha acabado. Nunca olvidaré cómo me miró cuando...

—¡Duncan, te estaba engañando! —exclamó, lo bastante alto para que el barman mirara en dirección a ellos—. Sabía que te sentías atraído por ella y lo aprovechó. ¿Qué mejor manera de protegerse de una acusación que tirarse al poli que intentaba incriminarla?

—Eso ya lo sé, Dee Dee. Maldita sea, ¿crees que no lo sé? Pero saberlo no hace que sea menos culpable. Hay tres personas muertas, sin contar al pobre Trotter, que empezó todo esto. Napoli, Gordie Ballew y Elise. Si hubiera hecho yo lo que debía, no habrían muerto.

—Eso no lo sabes, Duncan. No puede saberlo nadie. De una manera u otra, tenía que acabar trágicamente. —Se inclinó hacia él de tal manera que no tuvo otra opción que mirarla—. Esa tía era veneno. Lo dijiste tú mismo cuando empezamos a investigar el caso. Deseabas su cuerpo, pero eso no te cegó a la hora de juzgar su carácter. Lo sé a ciencia cierta. No confiabas en ella ni un ápice más que yo.

»Mentía a cada paso, le mentía a todo el mundo, y esa noche en el puente todas sus mentiras le dieron alcance. A decir verdad, no lamento lo que ocurrió entre ella y Napoli, fuera lo que fuese. Me alegro de que pasara a la historia antes de que tuviera oportunidad de dar al traste con tu carrera. Antes de que tuviera oportunidad de destruirte.

—Mi carrera...

Rara vez Dee Dee tocaba a Duncan, pues no quería poner en peligro su relación laboral, pero en ese momento le puso una mano en el brazo y se lo apretó con fuerza.

—Déjalo atrás, Duncan. Perdónate por ser hombre, por ser humano. Toma la

decisión consciente de olvidarla. Vuelve a centrarte. Mañana volveremos a intentar echarle el guante a Savich, desde cero. —Apartó el vaso de *whisky* hasta donde Duncan no pudiera alcanzarlo—. Para eso, tendrás que estar sobrio del todo.

Duncan dejó que lo sacaran del bar bajo el diluvio. Para cuando llegaron al coche de Dee Dee, estaba empapado, pero le dio igual.

—¿Y mi coche? —preguntó cuando ella lo acomodaba en el asiento del acompañante.

—Mañana por la mañana pasaré a buscarte y te traeré para que lo recojas.

No discutió; no tenía el menor interés en ningún aspecto del día de mañana.

Su casa adosada distaba poco de allí y cubrieron las pocas manzanas en unos minutos. Dee Dee apagó el motor y ya iba a abrir la puerta cuando él la detuvo.

—No entres.

—Voy a entrar.

—Estoy bien. No voy a seguir bebiendo. Te lo juro —dijo como respuesta a su expresión escéptica.

—De acuerdo, te creo. Pero ¿estás seguro de que no quieres compañía? —preguntó Dee Dee.

—Del todo.

—Vete a tocar el piano un rato.

—Yo no toco el piano.

—Claro. —Sonrió burlona.

Él intentó imitarla, pero notó que el gesto resultaba forzado en sus labios.

—Intenta descansar un poco. Nos vemos por la mañana.

Duncan frunció el ceño.

—Que no sea muy temprano. —Con esas palabras, abrió la puerta y bajó del coche.

La cuneta se había convertido en un riachuelo crecido. Sorteó la corriente rápida para llegar a la acera, y luego subió los tres peldaños hasta su puerta para abrirla. Se volvió para despedirse con la mano de Dee Dee, que hizo sonar la bocina cuando se alejaba bajo la lluvia.

Una vez dentro, Duncan encendió la lámpara de la mesa y, por costumbre, se dirigió a la cocina. Al llegar allí, no se le ocurrió nada que le resultase apetecible. No tenía hambre. No quería beber nada más, aunque el *whisky* de Smitty's no había surtido el efecto deseado de adormecerle la mente. Seguía teniendo la cabeza más despejada de lo que habría querido.

Sin hacer caso del agua de lluvia que goteaba sobre las alfombras y los suelos de madera noble, regresó al salón y se quedó en el centro de la estancia como un forastero, mirando alrededor en busca de algo familiar con lo que establecer un vínculo emocional. Por primera vez en su vida desde que alcanzaba a recordar, se sentía solo por completo.

Podía llamar a sus padres, que siempre lo habían apoyado cuando los necesitaba,

preparados para abrazarlo, con una oración y palabras de ánimo, con un amor incondicional. Pero no podía hablar con ellos de ese asunto; todavía no.

Dee Dee regresaría en un santiamén. Incluso se había ofrecido a pasar la noche allí, pero no podía arrastrarla consigo a aquel cenagal de remordimiento y odio por sí mismo. Además, no había sido sincero del todo con ella.

Había confesado que había hecho el amor con Elise.

No había confesado que se había enamorado de ella.

Miró hacia el piano con total indiferencia, pero el taburete era un doloroso recordatorio de la mañana que Elise se había sentado allí, mirándolo con ojos implorantes que hechizaban y atrapaban tan fácilmente como mentían.

Irresistiblemente atraído hacia ella, se sentó donde estuviera sentada Elise. Lo atormentaba la posibilidad de que nada de lo que había dicho o hecho hubiera sido cierto. Nada. Y, peor aún, temía que Savich estuviera detrás de todo, que Elise hubiera seguido estrictamente sus instrucciones. Que cuando se movía contra el cuerpo de Duncan en aquel sofá andrajoso, cada roce, cada expresión, cada gemido, hubieran sido calculados.

De hecho, era un acto de traición propio de Savich. Si lo hubiera matado a tiros al estilo de una ejecución como había hecho con Freddy Morris, habría resultado muy evidente, y podrían haberle echado el guante con facilidad.

Además, un tiro en la cabeza no habría resultado poético. Era mucho más satisfactorio hacer que Elise se cruzara en su camino y luego repantigarse a observar con regocijo cómo Duncan caía en el hechizo de sus encantos, comprometiendo todos los códigos éticos a los que había sido fiel, sacrificando su integridad, su carrera, el respeto por sí mismo, todo lo que consideraba valioso, propiciando lenta pero inexorablemente su propia caída.

Un plan brillante.

Agachó aún más la cabeza e intentó esbozar una súplica de arrepentimiento, pero los únicos sonidos que brotaron de su garganta irritada fueron sollozos ásperos, secos. Tenía ganas de llorar, pero ¿por qué habría llorado? ¿Por su moralidad desperdiciada? ¿O por Elise? ¿Qué derecho tenía a llorar por la pérdida de algo que nunca había llegado a ser suyo? Había perdido a Elise para siempre. Sencillamente estaba perdido.

Permaneció un buen rato allí sentado, pero en ningún momento posó los dedos en el teclado. Al cabo, se levantó, apagó la lámpara y subió las escaleras palpando el camino a tientas. El cielo veteado de lluvia proyectaba una sombra acuosa sobre la pared de la caja de la escalera que le otorgaba un aire lloroso. Se detuvo en el descansillo para contemplar los lúgubres reguerillos reflejados en el papel pintado y luego entró en el dormitorio, encendiendo la luz nada más pasar por la puerta.

Ella estaba de espaldas contra el rincón entre la cama y la ventana.

Duncan lanzó un grito de incredulidad, pasmo, ultraje; y también... alegría. ¡Estaba viva!

Instintivamente, sacó la pistola de la funda con gesto rápido y se puso en cuclillas

para apuntarla directamente.

—Tire el abrigo y vuélvase de cara a la pared, con las manos por encima de la cabeza.

—Duncan...

—¡Hágalo de una puta vez! —gritó—. Hágalo o le pego un tiro y que Dios me ayude.

Elise dejó el chubasquero que llevaba doblado sobre el brazo y se volvió hacia la pared con las manos en alto.

Duncan tuvo que hacer un esfuerzo consciente por cerrar la boca y controlar la respiración rápida, pero no pudo hacer nada por reducir el ritmo de su corazón desbocado.

—¿Tiene la veintidós?

—¿La qué?

Apuntándola todavía con la pistola, se le acercó por detrás y la cacheó precipitadamente, pasándole las manos desde las axilas hasta los tobillos por los costados, por la pernera interior de los vaqueros y en torno a las caderas. Satisfecho al comprobar que no iba armada, cruzó la habitación sin darle la espalda en ningún momento y cogió el auricular del teléfono en la mesilla de noche. Mientras apretaba con torpeza los botones del aparato, ella se dio media vuelta.

Levantó una mano con la palma hacia fuera.

—No llames a nadie. No hasta que haya tenido oportunidad de explicarme.

—Ya se explicará, no le quepa duda.

—Duncan...

—¡No me llame por mi nombre! Para usted no soy Duncan, no soy más que el poli que va a enviarla a la cárcel de una patada en el culo.

—No lo creo.

—Pues más le vale creérselo.

—No hace falta que me apuntes.

—Estoy seguro de que les dijo lo mismo a Trotter y Napoli, y fíjese en lo que les ocurrió. ¿Cómo ha entrado?

—Te he oído abajo. ¿Estabas llorando? —preguntó Elise.

—¿Cómo ha entrado? —repitió Duncan, pronunciando con cuidado cada una de las palabras.

—Una ventana de la planta baja no estaba cerrada. Supongo que se te ha olvidado conectar la alarma. ¿Por qué estabas llorando?

Una vez más, se zafó de la pregunta.

—Ejércitos enteros de hombres y mujeres por todo el sudeste han estado partiéndose el espinazo buscándola. Se ha montado un buen revuelo por su desaparición de ese puente. Seguro que ha disfrutado siendo el centro de tanta atención.

Ella extendió los brazos a los lados.

—¿Tengo aspecto de haber disfrutado?

No le faltaba razón: tenía un aspecto horrendo.

—¿Qué ha pasado con su pelo? —preguntó Duncan.

—Cuando una finge su suicidio, lo primero que hace es cambiar de aspecto.

Daba la impresión de haberse cortado el pelo con un cuchillo de carnicero desafilado. Lo llevaba corto y en punta, erizado en algunas partes como el de un punki, y se lo había teñido de castaño oscuro.

No iba vestida con la ropa elegante que acostumbraba llevar. Los vaqueros y la camisa eran demasiado grandes y tenían todo el aspecto de desechos de un mercadillo particular. Calzaba unas sencillas deportivas de lona, sin piedras de color turquesa ni nada por el estilo. Además, las llevaba húmedas y embarradas.

Tenía el rostro demacrado, su delgadez acentuada por lo radical del corte de pelo. Llevaba los ojos perfilados con un maquillaje oscuro que se había puesto sin remilgos. Cuando vio que Duncan reparaba en ello, dijo:

—Para disimular un ojo morado, gentileza de Meyer Napoli.

—¿Quién ofreció resistencia? ¿Él o usted?

Ella estiró el brazo y se subió la manga larga de la camisa. De la muñeca al codo su brazo estaba moteado de magulladuras en una gama de colores.

—Creo que él no esperaba que ofreciera resistencia.

Duncan notó que le pesaba en la mano el auricular del teléfono inalámbrico. También la pistola le pesaba, pero no bajó ninguna de las dos cosas.

—¿La estaba esperando en su coche? —preguntó Duncan. Al ver que ella le dirigía una mirada de extrañeza, añadió—: Eso ya lo habíamos supuesto. Napoli fue en taxi hasta donde usted había dejado su coche.

—Mientras estaba contigo.

—Mientras me hacía el favor de matarme a polvos —dijo él.

Ella bajó la mirada, pero sólo un instante. Cuando volvió a levantarla, tenía los ojos brillantes de ira.

—¿Aún no lo entiendes?

—Por lo visto, no —dijo él.

—Estaba desesperada —dijo Elise a voz en cuello—. Habría hecho cualquier cosa por conseguir que me ayudaras.

—Pero no hizo cualquier cosa. Hizo aquello.

—Porque sabía... —Su mirada volvió a titubear, pero sólo un momento antes de sostenérsela de nuevo a Duncan—. Porque sabía que era lo que deseabas.

Era casi palabra por palabra lo que le había dicho a Dee Dee media hora antes, pero oírlo de labios de Elise hizo que le hirviera la sangre en las venas.

—Sabía que era...

—Sabía incluso que era lo que esperabas que hiciera —continuó—. Y la detective Bowen también. Ella habría esperado que me portara como una puta. De manera que, supongo, os di la razón a los dos.

—Bueno, pues se esforzó en vano.

—Lo sé. No me creíste.

—No la creí entonces, y desde luego no la creo ahora, maldita sea.

—Tenía la esperanza de que hubieras cambiado de parecer.

Duncan no dejó que le hiciera mella su mirada dolida.

—¿Qué ocurrió en el puente? —preguntó a la mujer.

Elise se apartó de la cara con un ademán repentino la melena que ya no tenía, un gesto brusco que Duncan reconoció como lo que solía hacer cuando quería recobrar el dominio de sí misma; o pergeñar mentiras.

—Después de que te marcharas, me dormí.

—Sí, claro. Usted, la del insomnio.

Era una embustera inestimable, desde luego. Quería hacerle creer que se había quedado dormida después de hacer el amor con él, cuando no había sido capaz de conciliar el sueño tras acostarse con su marido. Para no dejarse arrastrar por su manipulación, Duncan hizo un esfuerzo por volver a concentrarse en lo que Elise estaba diciendo.

—Dormí más de dos horas. Al despertar, me entró pánico, porque sabía que Cato me estaría buscando. Volví al coche a toda prisa. Napoli me estaba esperando en el asiento trasero.

—Tal como lo habían acordado.

—No.

Con intención de atraparla en una mentira, dijo:

—Pero lo reconoció de inmediato.

Ella negó categóricamente.

—No lo había visto nunca. Se presentó, incluso me dio una tarjeta de visita.

Duncan ya se había preguntado por qué, si la cita estaba prevista, había necesidad de un localizador y por qué estaba la tarjeta de Napoli en el asiento del coche de ella. En cierta ocasión les planteó esas preguntas a Dee Dee y Worley, pero se encogieron de hombros y les restaron importancia.

—De acuerdo —dijo—. Napoli está en su coche. Y luego ¿qué?

—Me apuntó a la cabeza con un arma y me dijo que fuera hasta la mitad del puente de Talmadge. Hice lo que decía, pero cuando llegamos a la parte más elevada del puente, me enfrenté a él y seguí adelante. Él me hincó el cañón de la pistola en la sien y amenazó con apretar el gatillo a menos que diera la vuelta. En cuanto llegamos al otro lado, giré en redondo.

Eso explicaba que el coche estuviera en el carril de entrada a la ciudad. Pero bien podía haberse enterado de ese detalle en los boletines informativos.

—Siga.

—Esta vez, cuando llegué a la cresta, me detuve. Él me dijo que dejara la llave puesta, me bajara y fuera hasta la barandilla. Yo iba dándole largas, le preguntaba qué quería, le ofrecía dinero. Me contestó que había llegado a un acuerdo por más dinero

del que yo podría pagarle nunca.

—¿Con quién?

—¿Tú qué crees?

—No se le ocurra decir que su marido —dijo Duncan—. Ese hombre está abrumado por lo ocurrido.

—Te equivocas.

—Y usted miente —replicó él—. Lo he estado observando durante diez días. Lo he visto desintegrarse pedazo a pedazo. Está destrozado.

—Eso quiere que penséis.

—¿Lo finge?

—Sí.

—¿Se aferra a esa historia?

—Si.

Duncan empezó a pulsar los botones del teléfono.

—¡Espera! Duncan, te lo ruego. Escúchame.

Dejó de marcar, pero mantuvo el pulgar alzado sobre los botones.

Ella juntó las manos en alto en un gesto de súplica.

—Gary Ray Trotter no consiguió lo que quería, así que Napoli tenía que acabar el trabajo en persona. Me dio a elegir entre saltar del puente o morir de un tiro. A él le traía sin cuidado, me dijo. No sobreviviría a una caída de setenta metros hasta el río. La gente pensaría que me había suicidado. Si me disparaba, tendría todo el aspecto de otro robo de coche. De una manera u otra, estaría muerta y él sería rico, gracias a Cato.

—¿Por qué iba a pagar su marido a un mal bicho como Napoli para librarse de usted? —Elise vaciló; Duncan lanzó una breve risilla—. De ahí, nunca pasamos, ¿verdad? —Apretó otro de los botones del teléfono—. El móvil le falla una y otra vez. Pero usted sí tenía un buen móvil para pegarle un tiro a Napoli, ¿a que sí?

—Sí. No.

—En qué quedamos —le gritó.

Ella se llevó la mano al cabello masacrado.

—Me estás liando.

—Bienvenida al club, señora. Yo también estoy hecho un lío de un tiempo a esta parte.

—Tenía motivos para pegarle un tiro, pero no lo hice. Escapé de él y eché a correr. Me persiguió. Me pisó el talón de la sandalia y se rompió. Di un traspies y caí. Napoli me hizo levantar cogiéndome por el brazo. Me lo apretó con todas sus fuerzas y grité, lo que le dejó pasmado. Me aproveché de su sorpresa y fui a por su arma. Se la arranqué de la mano de un tirón y la lancé al río. Entonces me dio un puñetazo en la cara. —Se señaló el ojo—. Le pegué en la cabeza, lo cogí por el pelo y tiré con fuerza. Napoli cayó de espaldas y yo eché a correr otra vez.

—En algún momento le pegó un tiro en el estómago con el viejo veintidós de su

marido.

—No sé nada de ese veintidós —gritó ella—. En cualquier caso, no le disparé a Napoli.

—Bueno, alguien le pegó un tiro en el vientre.

—Savich.

El aliento se le escapó en un bufido de incredulidad, casi como si le hubiera hecho gracia.

—¿Savich?

—Así es.

Duncan se echó a reír. Expuso:

—Un chivo expiatorio de lo más conveniente. Primero se sirvió de su nombre para llevarme a la vieja casa para nuestro encuentro secreto. Ahora intenta...

—¡Es cierto! —exclamó ella.

—Vio a Savich pegarle un tiro a Napoli.

—Sí.

—¿Y la dejó escapar?

—No me vio.

A Duncan lo abandonaron tanto la risa como la paciencia. Al tiempo que fulminaba a Elise con la mirada le dijo:

—Pruebe con otra.

Ella respiró hondo como si estuviera a punto de abordar una historia larga y complicada.

—Estaba huyendo de Napoli...

—Pensándolo mejor, ahórreselo. Estoy harto de tanta patraña. Mató a Napoli. En caso contrario habría puesto al tanto a la policía.

—No podía.

—¿No podía?

—Sabía que todo el mundo creería que lo maté yo. Como a Gary Ray Trotter. Nadie me hubiese creído.

Él no la creía. Desde luego no creía esa chorrada acerca de Savich, sobre todo ahora que sabía lo buenos amigos que eran. Pero por el momento, le siguió la corriente.

—Muy bien, así que echó a correr y, milagrosamente, huyó de Napoli. ¿Dónde ha estado estos últimos diez días? ¿Cómo ha sobrevivido? ¿De dónde ha sacado dinero? Hemos tenido agentes arriba y abajo por la costa este desde Miami a Myrtle Beach comprobando hoteles y moteles, desde los más elegantes hasta los más cutres. Estaciones de autobuses, aeropuertos, empresas de alquiler de barcos y vuelos chárter, compañías de alquiler de coches. Todo aquello que se mueva, lo hemos comprobado. Bicicletas, motos y palos saltarines —terminó, furioso—. ¿Cómo se las ha arreglado para desaparecer, señora Laird? ¿Tenía ayuda de alguien?

—¿Ayuda? No. Tenía un plan de emergencia para desaparecer. Llevaba meses

preparándolo. Había ahorrado algo de dinero, y tenía una tarjeta de crédito con otro nombre, un carné de identidad falso, un lugar adonde ir.

—No fue a la casa en la que me encontré con usted.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Volviste para buscarme?

—Sí, volví —admitió Duncan.

—¿Solo, o con tu compañera?

Eludió contestar.

—Ha estado oculta hasta esta noche, cuando se ha suspendido la búsqueda. Ahora, nadie la está buscando, ni está buscando sus restos. Así que ¿por qué vuelve? ¿Por qué acude otra vez a mí? ¿Por qué no continúa muerta?

Era una réplica despiadada, y ella reaccionó como era de esperar, pero Duncan no retiró la pregunta.

Al cabo, Elise contestó en voz queda.

—He regresado porque tengo un asunto pendiente.

—Sí, eso ya lo sé. Tiene montado algún chanchullo con Savich. —Al verla conmocionada, se acercó a ella a pasos comedidos—. Vi las fotografías, las que estaba utilizando Napoli para chantajearla.

—¿Chantajearme? ¿De qué hablas? ¿Qué fotos?

La idea de golpear a una mujer le parecía repugnante, pero recordar las fotografías en que aparecían ella y Savich aumentó su nivel de frustración y a punto estuvo de cruzarle la cara, o al menos de zarandearla con fuerza para ahuyentar la perplejidad postiza que denotaban sus expresivos ojos.

También sintió deseos de tocarla, de apretarla contra su cuerpo e inhalar el aroma del agua de lluvia que emanaba, sólo para tener la certeza de que era real y cálida, y no mero producto de su cruel imaginación, sólo para ver si sentirla contra él era tan agradable como recordaba.

El deber y el deseo estaban otra vez a la greña, y Duncan la odió por ello.

—Maldita sea la hora en que la conocí —dijo, completamente en serio—. Maldita sea por involucrarme en su intriga, sea cual sea. Ojalá...

Sonó el teléfono que Duncan tenía en la mano y ambos se quedaron de una pieza. Miraron el auricular mientras sonaba por segunda vez.

—No respondas, Duncan. Por favor.

—¡Cállese!

Sirviéndose de la pistola, le indicó que permaneciera alejada de él y se llevó el auricular al oído.

—¿Sí?

Escuchó durante unos treinta segundos sin quitarle ojo a Elise ni un instante. Luego puso fin a la llamada diciendo:

—Claro, ahora mismo voy. —Después de colgar, le sostuvo la mirada.

El pecho de Elise subía y bajaba presa de la ansiedad. Se pasó la lengua por los

labios.

—¿Qué?

—A primera hora de la noche han sacado el cadáver de una mujer del río —le informó, hablando lentamente—. El juez Laird lo ha identificado como el suyo.

Capítulo 23

—Se encuentra en un estado penoso. —Dothan Brooks hablaba en un tono quedo y respetuoso—. Ya sabes el aspecto que tiene un cadáver que ha estado en el agua varios días. —Miró a Duncan de arriba abajo—. Aunque tú no estás mucho más seco que ella.

Llevaba mojados el pelo y la ropa.

—Estaba fuera cuando me han llamado. No quería perder tiempo cambiándome.

Había llegado al depósito de cadáveres lo antes que pudo, después de ir a la carrera desde su adosado hasta el aparcamiento de Smitty's para recoger el coche. El forense y él se encontraban a una distancia discreta del juez para permitirle que estuviera a solas un rato con el cadáver sobre la mesa metálica. El cuerpo estaba cubierto de la cabeza a los pies por una sábana, salvo por la mano derecha, que el juez había asido entre las suyas mientras lloraba sin disimulo.

El cadáver había sido descubierto por la tripulación de un remolcador bajo un muelle donde atracaban esas naves. El puente de Talmadge quedaba bien a la vista.

—¿Cómo es que no salió a la superficie antes? —indagó Duncan.

—Yo diría que se enganchó a algo bajo el muelle. Los peces se han puesto las botas con ella: era un comedero. Al final se soltó de lo que la retenía y salió a la superficie.

—Si tan mal aspecto tiene, ¿cómo la ha identificado? —preguntó Duncan.

—Una marca de nacimiento, en la parte inferior del abdomen, parte de la misma bajo el vello púbico. Sólo la conocería un marido o un amante. Le dije que podíamos esperar a identificarla sin lugar a dudas con su historial dental, pero ha insistido en echarle un vistazo. A punto ha estado de echar la papilla al verle la cara, o lo que tiene en vez de cara. Ha dicho que era imposible que fuera su preciosa Elise.

»Pero luego ha visto la marca de nacimiento, y te aseguro que se ha venido abajo. Se habría caído redondo si no llego a cogerlo. —Dothan sacó una bolsita de chokolatinas M&M de cacahuete del bolsillo del pantalón y la rasgó para abrirla—. ¿Quieres?

—No, gracias. ¿Algún indicio de forcejeo con Napoli?

Dothan masticó un puñado de chokolatinas, haciéndolas crujir bien fuerte entre los dientes.

—No resultan apreciables a primera vista, pero es normal, teniendo en cuenta las circunstancias. Investigaré más a fondo durante la autopsia. Pero no hay heridas de bala, ni nada por el estilo, si te refieres a eso.

—¿La causa de la muerte es ahogamiento?

—De ser así, habrá agua en los pulmones —contestó el forense.

—¿Qué llevaba?

Dothan le indicó una mesita esterilizada sobre la que había un reloj de pulsera con una fina correa de cuero y tres prendas empapadas y cubiertas de manchas por todas partes. Estaban mugrientas, pero eran reconocibles. El forense dijo:

—Según el juez, el reloj era suyo y la ropa coincide con lo que llevaba la última vez que la vio.

—Es la persona idónea para saberlo: se la compró él.

Duncan dejó al forense con su tentempié y se acercó a la mesa, desplazándose hacia el costado izquierdo de manera que el juez Laird quedara enfrente. Fingió contemplar la forma inerte bajo la sábana, pero en realidad estaba observando al marido de Elise, aparentemente desolado.

El juez se enjugó los ojos con el dorso de la mano, levantó la mirada y asintió a modo de saludo.

—Detective...

—Todos los que trabajamos en el caso le acompañamos en el sentimiento.

—Gracias.

Fortaleció el ánimo y levantó la esquina superior de la sábana. Dothan se había quedado corto con respecto al deterioro. El estómago le dio un vuelco. La destrucción orgánica de sus rasgos los había dejado prácticamente irreconocibles como tales. Sea como fuere, había una oreja intacta. Se fijó en que estaba perforada, pero no había pendiente en el agujero. El pelo estaba mojado y apelmazado con Dios sabe cuántas variedades de materia fluvial, pero era del color y la longitud aproximadas del de Elise. Bajó la sábana.

—Debe de resultarle muy duro verla así.

El juez cerró los ojos con fuerza.

—No tiene ni idea de lo doloroso que es.

—¿Está seguro de que es su esposa?

Abrió los ojos de par en par y lanzó a Duncan una mirada de reproche.

—Claro.

—No intento discutirme con usted, juez. Lo que pasa es que no sería la primera vez que alguien hace una identificación en falso, equivocada. No estaría aquí si la situación no fuera ya traumática. Ha venido asustado, física y emocionalmente exhausto. En esas circunstancias, ya se han cometido errores en otras ocasiones.

—No hay ningún error —dijo el juez—. ¿Le ha dicho el doctor Brooks lo de la marca de nacimiento?

—Sí.

—Es imposible que cometa un error con eso.

—No me cabe duda —dijo Duncan—. Aun así, contrastaremos el historial dental.

—Claro. Todo lo que considere necesario el doctor Brooks, se lo haré llegar mañana. —Desvió la mirada hacia el cadáver cubierto—. Desearía con todo el corazón estar equivocado, pero es Elise. —Se inclinó sobre la mano que sostenía. Tenía un color espantoso y Duncan supo que debía de resultar fría y repugnante al

tacto. El juez le besó el dorso, y cuando se incorporaba, dijo—: En momentos de crisis personal, es muy difícil ser funcionario público.

—Es el centro de atención incluso mientras llora la pérdida de su mujer — comentó Duncan, que vio hacia dónde quería dirigirse.

—Tengo entendido que ya hay periodistas a la salida.

—La desaparición de su esposa ha sido una noticia importante, juez Laird. Éste es el último capítulo.

—Ahora mismo no puedo enfrentarme a los medios. Además, quiero quedarme con Elise tanto como sea posible antes de dejarla en manos del doctor Brooks para la autopsia. —Se le quebró la voz y se cubrió los ojos con la mano.

Duncan rodeó la mesa y se puso a su lado.

—Estoy seguro de que el doctor Brooks le concederá todo el tiempo que quiera, juez. Y habrá agentes a la salida para protegerlo de la prensa cuando se marche. Hasta que esté listo, deje que nuestro departamento de información se encargue de ellos.

Cuando iba a irse, el juez lo retuvo.

—Empezamos con mal pie, detective Hatcher, y hemos tenido algunos enfrentamientos, pero en términos generales, ha demostrado una sensibilidad extraordinaria hacia mi dolor durante todo esto. Quiero que sepa lo mucho que aprecio todo lo que ha hecho por mí y mi esposa.

Duncan estrechó la mano que le tendía, pero mientras miraba al juez a los ojos llorosos, estaba pensando: «Seguro que no apreciarías todo lo que hice por tu esposa, cabronazo embustero».

Estaba sentada en el suelo del cuarto de baño donde la había dejado, esposada a la tubería de plomo debajo del lavabo. Había forcejeado con él como una gata salvaje mientras la llevaba a rastras al baño y le ponía las esposas. La dejó rogándole que no la abandonara así. Él le aseguró que era por su propia seguridad, pero la verdad era que no confiaba en que no intentase escapar de nuevo sin dejar rastro.

Tampoco confiaba en que no estuviera conchabada con Savich. Antes de marcharse, no olvidó conectar la alarma de la casa. Y aunque el diodo luminoso no registraba perturbación alguna cuando lo desconectó a su regreso, subió las escaleras con la pistola en ristre.

Estaba sola, tal como la había dejado, aunque ya no parecía furiosa, o bien estaba sencillamente demasiado agotada para recriminarle su comportamiento cuando se arrodilló para soltarle las esposas y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó ella.

Duncan le dio unos segundos para frotarse las muñecas de manera que recuperara la circulación antes de hacer ademán de volver a ponérselas.

—Ah, no, por favor —le rogó Elise mientras se las colocaba otra vez—. ¿Por qué?

—Para estar más tranquilo.

—Sigues sin confiar en mí.

Duncan abrió el armario y cogió una bolsa de lona, la echó encima de la cama y abrió la cremallera.

—¿Ha traído algo aparte del chubasquero?

—No. ¿Has visto a Cato?

—Sí, lo he visto —reconoció Duncan.

—¿Dónde?

—En el depósito.

—¿Y ha identificado mi cadáver? —preguntó ella.

—Llevaba su reloj de pulsera.

—Napoli me obligó a quitármelo y dárselo.

—No estaba en el coche cuando lo encontramos.

—Entonces debió de cogerlo Savich.

—Eso debió de pasar. —Había mucho por desvelar, pero no antes de largarse de allí a lugar seguro—. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? —le preguntó mientras hurgaba en los cajones y empezaba a lanzar prendas a la bolsa de lona.

—En una casa en Hilton Head. La alquilé por un año hace seis meses, para poder marcharme a toda prisa si era necesario. Esa noche me fui andando hasta allí desde el puente.

Duncan dejó lo que estaba haciendo y la miró.

—¿Y luego volvió a cruzar en coche?

Una ruta hasta la isla suponía cruzar el puente de Talmadge.

—No, tomé la interestatal.

—Regresar al puente habría sido una audacia, incluso para usted —dijo Duncan con amargura, y siguió haciendo el equipaje—. ¿Cómo se las arregló para hacerse con una casa, un coche y demás, cuando su marido tenía a Napoli siguiéndola?

—Supongo que no estaba vigilada en todo momento.

O Napoli había ocultado cierta información deliberadamente con objeto de utilizarla como cebo para el juez más adelante, elevar su demanda, sacar mayores beneficios.

—¿Dónde está ahora el coche?

—En el mismo lugar —dijo ella—. Esta tarde, en cuanto he oído que se había suspendido la búsqueda, he salido de Hilton Head. He dejado el coche en un *parking* de pago y he venido caminando desde allí.

—Una casa alquilada y un coche adquirido. Eso deja un rastro kilométrico de papeleo. Hasta un ciego podría seguirlo.

—Entonces ¿cómo es que nadie lo ha descubierto mientras estaba desaparecida?

—No le falta razón —reconoció Duncan, irónico—. Pero no quiero correr ningún riesgo. Tiene que seguir siendo invisible.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó ella.

—Hasta que decida qué hacer.

—¿Conmigo?

—Con todo. Su marido se ha sacado de la manga un cadáver para que dejemos de buscarla y cerremos el caso. Tengo que averiguar por qué.

—No sigas llamándolo mi marido, por favor.

—Está casada con él.

—Lo desprecio —dijo ella con convicción.

Duncan le sostuvo la mirada durante un rato, luego fue al cuarto de baño y asaltó el botiquín en busca de artículos de primera necesidad.

—¿Cómo llevó a cabo todas esas transacciones? La casa, el coche...

—Bajo nombres falsos. Le compré el coche a un individuo en Carolina del Sur. Está matriculado allí. Cato no sabe nada del asunto. Estoy segura.

—Bueno, pues yo no estoy tan seguro —dijo él, y dejó los dos puñados de productos higiénicos en la bolsa de lona, encima de la ropa—. No me da buena espina.

Echó un vistazo al armario por si había olvidado algo que pudiera necesitar y sacó una pistola del estante superior. Junto con una caja de balas, la añadió a la bolsa de lona y cerró la cremallera.

Luego paseó la mirada por el cuarto de baño, preguntándose si sería la última vez que lo vería, pero no tenía tiempo para nociones sentimentales. Recogió el chubasquero de Elise y se lo puso sobre las manos esposadas.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Todavía no lo sé, pero no puedo tenerla aquí. Sólo me sirve siempre y cuando siga muerta. Descálcese.

Ella se quitó las deportivas sin poner reparos, y Duncan las metió en los bolsillos del chubasquero y luego limpió a toda prisa sus huellas mojadas con una toalla de baño.

—Si viene alguien a buscarla —dijo—, no quiero que vea sus huellas.

—¿Quién iba a venir a buscarme?

—Su amigo Savich, quizá.

—Savich no es amigo mío. Desde luego no lo sería si supiera que lo vi matar a Napoli.

Duncan dejó pasar el comentario de momento y se echó la correa de la bolsa de lona al hombro al tiempo que cogía a Elise por las manos y tiraba de ella escaleras abajo.

—He aparcado el coche ahí atrás, en la callejuela —indicó Elise.

La llevó por la casa a oscuras hasta la puerta trasera en la cocina.

La abrió con cautela y escudriñó el jardín vallado. Al igual que el resto de la ciudad, su patio trasero estaba empapado por causa de las lluvias recientes. Las copas de las plantas estaban combadas debido al peso del agua. No detectó nada fuera de lo normal, ningún movimiento aparte de las gotas de lluvia que caían en los charcos.

Sacó las deportivas de Elise de los bolsillos del chubasquero y las dejó en el suelo para luego guiar sus pies descalzos hasta ellas.

—Venga, vamos.

Pero cuando intentó hacerla salir por la puerta, ella ofreció resistencia. Duncan se volvió.

—¿Qué?

—¿Por fin me crees? —preguntó Elise con ansiedad.

Él se quedó mirándola unos instantes a la cara ensombrecida, y dijo:

—¿Tiene una marca de nacimiento parcialmente cubierta por el vello púbico?

Ella le lanzó una mirada cargada de intención.

—Estaba oscuro, igual la pasé por alto.

—No tengo ninguna marca de nacimiento.

—Entonces, estoy a punto de creerla.

Cuando se montaba en el coche y ponía en marcha el motor, recordó comprobar el indicador de combustible: más de medio depósito, bien. No quería hacer ninguna parada más antes de largarse cagando leches de Dodge.

Pero aún le quedaba algo por hacer. Sacó el teléfono móvil que llevaba colgado del cinturón y llamó a Dee Dee, que respondió de inmediato, y sin saludar siquiera, le preguntó:

—¿Qué tal en el depósito?

—Hacía frío.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Dee Dee.

—El juez Laird seguía allí.

Puesto que Duncan era el detective a cargo del caso, Gerard le había pedido que se ocupara de aquello mientras Dee Dee iba al muelle donde se había hallado el cadáver para tomar declaración a los hombres que lo habían descubierto. Duncan resumió su breve conversación con el forense y con Laird, consciente de que Elise también escuchaba desde el asiento del acompañante de su coche. Acabó con un:

—El juez está destrozado por completo.

—Bueno, pues supongo que eso es todo —respondió Dee Dee, con su típico pragmatismo—. Como decías tú hace unas horas, todo terminaría cuando se encontrase el cadáver.

—Sí, eso he dicho.

Dee Dee vaciló y luego preguntó:

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien, pero me preguntaba si podrías ocuparte tú de todo si me tomo un par de días libres.

Dee Dee se mostró preocupada por su estado mental y emocional y le dijo que no le parecía buen momento para que estuviera solo. Le sugirió que fuera a ver a un

asesor y hablara de sus conflictos en relación con la difunta señora Laird.

Duncan no podía hablar del asunto abiertamente, no con Elise sentada al otro extremo del salpicadero, pero le aseguró a su compañera preocupada que unos días de baja eran exactamente lo que necesitaba.

—Tengo que tomármelo con calma durante un tiempo, Dee Dee, nada más. Quiero pasar el rato, ordenar las ideas, y luego estaré repuesto por completo y listo para volver al trabajo. Te llamaré dentro de un par de días. —Se despidió antes de que ella tuviera ocasión de preguntar dónde iba a pasar aquel periodo de baja que él mismo se había prescrito.

—Me pregunto quién sería —comentó Elise al poner Duncan fin a la llamada—. La mujer en el depósito de cadáveres con mi reloj. ¿Quién sería?

Duncan ya se lo imaginaba, pero prefirió guardárselo para sí mismo: aún tenía que averiguar muchas cosas antes de poder confiar plenamente en Elise.

—Era rubia. Aproximadamente de su talla. Y el juez Laird resultaba de lo más convincente como marido afligido. Si no la hubiera visto en carne y hueso, me habría tragado que lloraba en presencia del cuerpo mutilado de su adorada esposa.

Conforme se acercaban al puente de Talmadge, ambos se pusieron tensos, y siguieron así hasta después de haberlo cruzado. La autopista estatal 17 de Carolina del Sur era una carretera oscura, estrecha y peligrosa célebre por las colisiones mortales, pero Elise se relajó a ojos vistas en cuanto Savannah quedó atrás. Se sentó a lo indio metiendo los pies bajo las caderas y se volvió hacia él en el asiento. Duncan reparó en que temblaba. Convencido de que estaba fingiendo, le preguntó:

—¿Tiene frío?

—¿Te importa poner la calefacción?

Él estaba sudando, pero la puso de todas maneras.

Elise apoyó la mejilla en el reposacabezas. La notó contemplando su perfil mientras él mantenía la mirada firmemente puesta en la línea central de la carretera. Los limpiaparabrisas estaban librando sin éxito una estruendosa batalla contra el volumen de lluvia.

—Podrías meterte en un buen lío, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Ya estoy metido en un buen lío. Ya estaba en un lío cuando me he ido del depósito, a sabiendas de que no era usted la que estaba bajo la sábana.

Tras una larga pausa, Elise dijo:

—Ya estabas metido en un lío mucho antes de eso, Duncan.

Cuando por fin se atrevió a mirarla, estaba dormida.

Seguía dormida cuando Duncan detuvo el coche, apagó los faros y bajó. La lluvia había menguado un poco pero seguía cayendo uniformemente. Sus zapatos hicieron crujir las conchas de ostra del sendero de entrada bajo sus pies cuando rodeó el capó del vehículo. Elise despertó al abrir él la puerta del lado del acompañante.

—Ya hemos llegado.

Elise se incorporó y parpadeó.

—¿Dónde?

—Me estoy mojando —dijo él.

—Ah, perdona. —Elise se apeó, con movimientos un tanto incómodos debido a las manos esposadas—. ¿De quién es esta casa?

—Pertenece a mi abuela.

La casita estaba construida sobre pilares, una precaución que había evitado que se inundase en numerosas ocasiones. Duncan precedió a Elise por un tramo muy empinado de escaleras de madera.

—Cuidado, resbalan.

Encontró la llave debajo de la maceta donde siempre se dejaba, abrió la puerta y la sostuvo para que pasara Elise.

—Gracias.

—Cuando murió mi abuela, pasó a manos de mi madre —dijo Duncan—. Pero mi madre estuvo a punto de ahogarse cuando era niña y nunca se acerca a una masa de agua mayor que su bañera. A veces viene mi padre de pesca, pero no muy a menudo. Puedo usarla siempre que me apetece, pero rara vez vengo.

—¿Por qué no? Parece preciosa —observó Elise.

—En la oscuridad, sí. A la luz del día, se ve la madera carcomida, la pintura descascarillada, las bisagras oxidadas. Está prácticamente rodeada de agua, de manera que lleva un trabajo de la hostia mantenerla.

Cuando encendió la lámpara encima de una mesa, vio que ella le sonreía y decía:

—Esta casa te encanta.

Su sonrisa menuda y perspicaz, su tono de voz, dieron lugar a un momento tan cálido como confuso. Desde luego no era momento para cálidas confusiones. Duncan dijo con brusquedad:

—Antes solía pasar mucho tiempo aquí en verano.

Elise se acercó a la ventana más próxima y retiró las cortinas para mirar.

—¿Dónde estamos?

—En Lady's Island. Eso de ahí es Beaufort.

En su mayor parte, la población al otro lado del agua estaba a oscuras salvo por unas cuantas luces que parpadeaban a través de la lluvia sobre la superficie rizada del canal.

Retirándose de la ventana, ella asimiló los detalles de la habitación.

—Es pequeña —dijo Duncan, en un tono más a la defensiva de lo que era su intención. Estaba pensando en la mansión en la que vivía Elise con Cato Laird—. La cocina —dijo, al tiempo que la señalaba. Sólo una hilera de armarios la separaba de la sala propiamente dicha—. No hay víveres. Iré a buscar comida por la mañana. El dormitorio. El cuarto de baño, por allí.

Elise se fue hasta la puerta abierta del dormitorio y miró dentro. Cuando se dio la

vuelta, asintió en dirección al piano, que era muy grande para una habitación tan reducida, lo que constituía un indicio de su importancia.

—¿De tu abuela?

—Le encantaba el piano. El que hay en mi adosado también era suyo.

—¿Tocas?

Duncan se oyó decir:

—A veces. —Y cayó en la cuenta de que era la primera vez que lo reconocía por voluntad propia.

Elise lo escudriñó un momento y luego preguntó:

—¿Te buscará alguien aquí?

Él negó con la cabeza.

—No, nadie.

—¿Ni siquiera la detective Bowen? —Él volvió a negar con la cabeza—. ¿Habías traído a alguien aquí alguna vez?

La respuesta era que no, pero no quería que ella lo supiera. Ya estaba averiguando cosas personales, que, en semejantes circunstancias, no tenía por qué saber.

Como para dejárselo bien claro a sí mismo, y también a ella, arrancó el cable del teléfono de la clavija en la pared con un ademán más ostentoso de lo necesario y lo enrolló en torno al aparato.

—¿Lleva móvil, señora Laird?

—Se quedó en mi bolso.

—Ha tenido días para...

—No tenía nadie a quien llamar, Duncan. Además, si llevara teléfono, ya lo habrías palpado cuando me registraste.

Al recordar que la había tocado, Duncan se volvió con gesto brusco y salió, llevándose el teléfono de su abuela. Bajó las escaleras a sonoras zancadas hasta el coche, donde dejó el aparato metido en el maletero y recogió la bolsa de lona del asiento de atrás. A su regreso, Elise estaba en el umbral del cuarto de baño.

—No puedo utilizarlo... —Levantó las manos para hacérselo ver.

Le abrió las esposas y se las retiró, y ella le dio las gracias y se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Duncan dejó la bolsa de lona en el suelo y la abrió. Tras cargar rápidamente la otra pistola, la dejó encima de un armario de chucherías lo bastante cerca de la pared para que su huésped no la viera ni pudiese alcanzarla sin subirse a algo.

Cuando Elise salió del baño, Duncan le lanzó unos calzoncillos bóxer y una camiseta que ella cogió al vuelo contra su pecho.

—Ya que no tiene ropa de muda y la suya está húmeda, dormirá más cómoda con eso.

—Gracias.

—No hay de qué.

Duncan se fue al dormitorio y sacó un edredón y una almohada del armario, los

llevó hasta la sala y los dejó encima del sofá. Se quitó los zapatos.

—Estoy hecho polvo.

—Si quieres dormir en la cama, yo estoy bien en el sofá —se ofreció ella.

—¿Y que el espectro de mi abuela me aceche por siempre jamás? —Negó con la cabeza.

Ella sonrió, pero mientras se miraban a través de la escasa distancia que los separaba, su sonrisa fue esfumándose gradualmente.

—¿No vas a preguntarme por Cato y Savich?

—Por la mañana —dijo él.

—Es una larga historia —comenzó a introducir Elise.

—Por la mañana.

—Muy bien. Te lo contaré todo entonces. Buenas noches.

Elise se fue hacia el dormitorio, pero él la detuvo.

—¿Elise?

Era la primera vez que se dirigía a ella por su nombre de pila, y los sorprendió a ambos.

—Tengo que saber una cosa —dijo—. Y sabré si mientes.

—No voy a mentirte.

—¿Te has acostado con Savich?

—No —contestó ella de inmediato y sin evasivas.

Su necesidad de creer precisamente eso debía de haberse transmitido telepáticamente a través de su mirada penetrante, porque Elise lo repitió en tono quedo y categórico:

—No, Duncan.

Él tuvo la sensación de que el puño que había estado apretándole el corazón dejaba de ejercer esa presión tenaz. Dijo, no sin cordialidad:

—Que duermas bien.

A las ocho en punto de la mañana siguiente, la rueda de prensa del juez Cato Laird estaba a punto de emitirse en todas las cadenas de televisión locales. Ya se encontraba en el estrado, bajo la luz deslumbrante de los focos, a la espera de que empezara. A su lado estaba el jefe de policía Taylor. Los técnicos de sonido comprobaban los micrófonos mientras los periodistas de prensa, radio y televisión se apiñaban en torno a ellos, charlando al tiempo que se disputaban los mejores sitios.

Savich, con el televisor encendido pero el volumen al mínimo, marcó un número de teléfono. Vio que el juez reaccionaba a la vibración de su móvil, lo vio buscarlo con la mano y llevárselo al oído, vio cómo sus labios formaban la palabra cuando respondió con un brusco:

—¿Sí?

—Buenos días, juez. He llamado para darle el pésame.

Cato Laird reconoció la voz al instante, claro. Savich vio cómo la expresión del juez cambiaba de la del esposo afligido a la del tipo que se acaba de tragar un huevo duro. Savich lo imaginó apretando el esfínter. El juez lanzó una mirada nerviosa en torno a sí para ver si alguien podía oírlo, y se alejó del jefe de policía, que hablaba con un agente de uniforme.

—Tiene el labio superior húmedo de sudor, juez —dijo Savich—. Quizá le convenga ponerse un poquito de maquillaje antes de que empiece la rueda de prensa.

El juez miró hacia una de las muchas cámaras de televisión enfocadas hacia él, consciente de que Savich estaba en alguna parte, observándolo.

—Hola, desde los dominios de la televisión —agregó Savich, disfrutando intensamente.

—Gracias por llamar —dijo el juez mirando a la cámara, y luego le dio la espalda.

—Supongo que el cadáver era de su agrado, ¿no?

—Sí. Era perfecta en todos los sentidos —dijo el juez.

Savich se echó a reír.

—Con una marca de nacimiento en un lugar de lo más afortunado.

—Desde luego ha sido de utilidad, en un momento tan crítico.

—Me alegra ser de ayuda, juez —apuntó Savich—. Encontrará su historial dental en el buzón de su casa, etiquetado a nombre de su esposa, claro. Qué suerte que hayamos podido establecer una relación *quid pro quo* tan armoniosa. Usted necesitaba un cadáver.

—Sí —afirmó Laird—. El detective Hatcher es un investigador sumamente puntilloso.

—Y Elise estaba resultando fastidiosa incluso después de muerta. No quería salir a la superficie. Por fortuna, yo tenía una sustituta entre bambalinas, una mujer que debía ser asesinada con tanta urgencia como Elise.

—Siempre he confiado en su buena disposición, así como en sus recursos aparentemente ilimitados.

Savich lanzó una risilla sofocada.

—El gusto es mío.

Vio que Laird miraba de soslayo hacia el jefe de policía, que, discretamente, se dio unos golpecitos en el reloj de pulsera.

—Le agradezco mucho su llamada —dijo el juez—, pero están a punto de empezar. Tengo que dejarle.

—No se le ocurra colgar, Cato. —Savich vio cómo se le tensaban los hombros al juez al oír su tono imperioso.

—No se me ocurriría hacer nada semejante, pero es que voy muy apurado —dijo con rigidez.

—Napoli sólo dispuso de unos segundos para llamarme desde el asiento trasero del coche de Elise cuando volvió ella, pero todo fue de acuerdo con lo planeado. Yo

tenía que recogerlo en el puente de Talmadge. Hasta que yo llegara, él debía fingir que era un conductor al que lo había dejado tirado el coche. —Volvió a reír entre dientes—. A mi llegada, tenía un aspecto horrible. Me contó que su querida esposa había forcejeado como una fiera antes de que la tirara por la barandilla.

—No sabía que hubiera hablado con él —se sorprendió Cato Laird.

—Brevemente. Muy brevemente. Antes de matarlo, quería tener la seguridad de que el problema de su esposa había quedado solucionado de una vez por todas.

—Gracias de nuevo por prestar tanta atención a los detalles. No le quepa duda de que le devolveré el favor.

—Me aseguraré de que así sea. No obstante, no maté a Napoli estrictamente para hacerle un favor, Cato. —Hizo una pausa para alertar sutilmente al juez de que el cariz de la conversación estaba a punto de cambiar. Al cabo, dijo—: Napoli, su matón a sueldo, me envió un juego de esas fotografías tan interesantes.

Se produjo un silencio revelador interrumpido únicamente por la respiración rápida de Laird.

—Lo puedo explicar.

—No hace falta ninguna explicación, Cato. Está claro que esas fotografías en las que aparecemos Elise y yo tenían como fin ser utilizadas en el caso de que alguna vez tuviera ganas de traicionarme.

—Nada de eso, nada de eso —se apresuró a responder, y luego, en voz más queda—: No tiene que preocuparse por eso en absoluto.

—No estoy preocupado —dijo Savich en tono zalamero—. Nuestra relación es más sólida que nunca. Usted y yo no tenemos el menor problema. Siempre y cuando Napoli dijera la verdad, claro.

—La verdad ¿sobre qué?

—La muerte de Elise. Habría sido impropio de Meyer Napoli ir al encuentro del Todopoderoso con una mentira en los labios. Quizá no esté muerta en absoluto.

—No es posible.

—No se engañe, Cato. Todo es posible.

Capítulo 24

Duncan salió con sigilo de la casa y dejó a Elise durmiendo. Se arriesgaba a que huyera durante su ausencia, pero no creía que fuera a hacerlo, e incluso si lo intentaba, no llegaría muy lejos.

A su regreso, estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas a lo indio, envuelta en un edredón que Duncan recordaba de su niñez, viendo el aparatito de televisión que perteneciera a su abuela.

Cargado con bolsas de comestibles, abrió la puerta y volvió a cerrarla empujándola con el codo. Elise levantó la mirada y asintió en dirección a la tele.

—Cato.

Llevó la compra hasta la cocina y luego se sumó a ella para ver la rueda de prensa televisada. Se preguntó cómo se las habría arreglado el juez Laird para adoptar el semblante demacrado y cariacontecido de un viudo. ¿Había estado a régimen durante días para que el gaznate le asomara escuálido por el cuello de la camisa? Los círculos oscuros en torno a los ojos podían ser efecto del maquillaje, o tal vez no se había permitido dormir mucho desde la desaparición de su esposa.

Lo que había hecho como preparación para su papel, fuera lo que fuese, estaba dando buen resultado. A juzgar estrictamente por las apariencias, cualquiera diría que el tipo estaba destrozado por la muerte de su mujer, que su pesar era tan extremo que probablemente no se recuperaría nunca.

El guión también era plenamente acertado, y, sin duda, lo había ensayado a la perfección. Cuando acababa con un pensamiento y se disponía a abordar el siguiente, levantó la cabeza y miró hacia los focos con los ojos entrecerrados: era la primera vez. Hasta ese momento, siempre se había sentido cómodo bajo su luz deslumbrante.

—A pesar de la tragedia que estoy viviendo en persona... —Hizo una pausa para cubrirse la mano con el puño y carraspear—. A pesar de la tragedia que estoy viviendo en persona, estoy abrumado por el apoyo de mis amigos, colegas y, sin duda, también de los desconocidos. Me gustaría agradecer el esfuerzo incansable de la Policía Metropolitana de Savannah-Chatham, el Departamento del Sheriff del Condado de Chatham, la Guardia Costera de Estados Unidos, los muchos hombres y...

Con un movimiento furioso, Elise apagó la tele y tiró el mando hacia un lado, luego se levantó del sofá y empezó a caminar arriba y abajo.

—Te has perdido lo mejor —dijo—. Lo de cómo mi vida se vio trágicamente interrumpida. A menudo incomprendida, fui «otra vela al viento».

—¿Ha dicho eso?

—Ha citado la letra de la canción. —Elise recogió el edredón del suelo donde se le había caído al levantarse y se lo volvió a echar sobre los hombros—. Interpretará el

papel del viudo afligido hasta la saciedad, pero no esperaba nada menos de él. Es...

—¿Tienes hambre?

Elise interrumpió la diatriba, miró a Duncan y asintió.

—Sí, debería comer algo...

—Porque yo me muero de hambre. Todo eso —dijo, e indicó con un gesto el televisor—, puede esperar hasta que nos hayamos alimentado.

Se moría de ganas de oír todo lo que Elise tenía que contarle, pero, por otro lado, temía oírlo, porque supondría sacar a la luz todo lo que habían dejado atrás en Savannah anoche.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó él.

—Sí.

—Estupendo, porque yo no. Voy a preparar el café, pero no te hagas ilusiones de que vaya a pasar ninguna prueba de degustación. —Fue a la cocina y empezó a sacar la compra de las bolsas.

—Ahora mismo vuelvo.

Elise se escabulló en el dormitorio y cerró la puerta, es de suponer que para vestirse. Duncan hubiera preferido que se quedara en calzoncillos y camiseta. A juzgar por lo que había visto, le sentaban bien. De maravilla, en realidad. Y le gustaba la idea de que unas prendas que había vestido él estuvieran rozando en esos momentos la piel de Elise.

Estaba echando café en el filtro cuando regresó vestida con los vaqueros y la camisa sin forma definida que vestía la noche anterior.

—¿Cuánta agua has puesto? —preguntó.

—Para ocho tazas.

—Ya hay café suficiente. —Elise supervisó los alimentos de primera necesidad que había traído y asintió a modo de aprobación—. Tenemos lo necesario. ¿Cuencos? ¿Cacharros de cocina?

En quince minutos estaban sentados uno frente al otro a la mesa de su abuela, comiendo unos huevos revueltos que Duncan aseguró eran los más ricos que había probado en su vida.

Ella rió.

—Lo que pasa es que tienes hambre. —Cuando se fijó en que Duncan estaba con el tenedor alzado a media altura sobre el plato y la miraba fijamente, dijo—: ¿Qué ocurre? ¿Tengo comida en la cara?

—No, es sólo que... es la primera vez que te oigo reír.

Elise relajó la sonrisa.

—No he tenido muchas razones para reír —admitió.

Duncan asintió, pero dejó el asunto ahí y volvió a centrarse en el desayuno.

—Lo digo en serio, está muy bueno. La sémola que preparo yo siempre tiene el aspecto y el sabor del cemento húmedo.

—¿No tienes ni idea de cocinar? —preguntó ella.

—Pues no.

—¿Quién suele prepararte el desayuno?

Elise untaba mantequilla en una tostada como si tal cosa, pero Duncan cayó en la cuenta de que la pregunta iba con intención.

—Por lo general, suelo comprar algo de camino al trabajo.

—¿Siempre? Yo pensaba que debía de haber una... —Enarcó las cejas en un gesto elocuente.

—No. Ni siquiera una... —Duncan hizo una pausa estratégica acorde con la de ella—. Nadie que se quede a desayunar.

El pecho de Elise se hinchó al tomar aire rápidamente antes de volver a centrarse en la tarea de untar la tostada. Unos minutos después, cuando ella retiró a un lado el plato vacío, Duncan comentó:

—Tú también tenías hambre.

—Mucha.

—Creo que has adelgazado algún kilo.

—Es la ropa. La he comprado muy grande —aclaró ella.

Para no llamar la atención sobre semejante cuerpo mientras se hacía pasar por muerta, pensó él.

Elise cogió la taza de café y observó el alegre dibujo de margaritas que la adornaba.

—Háblame de esa abuela tuya que vivía aquí.

—Bueno, en realidad vivía en Savannah. Esto era un refugio para los fines de semana hasta que murió mi abuelo, entonces se mudó aquí permanentemente. La casa adosada se le hacía muy grande para ella sola. Tres plantas eran demasiadas, así que...

—Tu casa adosada.

Él asintió con un golpe de cabeza.

—Me la transfirió, un gesto más generoso de lo que ninguno pudo imaginar en aquel momento.

—Esos viejos adosados se han convertido en joyas inmobiliarias —observó ella.

—Si quisiera comprarla ahora, no podría ni empezar a pagarla. No con el sueldo de policía. Doy gracias a mi abuela todos los días por su generosidad.

—Debía de quererte mucho.

—Sí —dijo Duncan con un asentimiento largo y pronunciado—. Así es. No puedo achacar ninguno de mis defectos a una infancia en la que me faltara cariño.

—¿Buenos padres?

—Los mejores.

Se encontró con la reacción que era de esperar cuando le contó que su padre era pastor de la iglesia y que se había criado en la casa parroquial, sin perderse los oficios ni un solo domingo a menos que estuviera enfermo.

—Venga, pregunta —la instó.

—Que pregunte ¿qué?

—¿Qué te ocurrió? ¿Por qué no te convertiste en un hombre más recto? ¿Por qué no arraigó toda la educación religiosa?

—Sí que arraigó —dijo ella.

La voz de Elise era tenue, pero directa, e hizo que el corazón le latiera contra las costillas.

—Eres un buen hombre, Duncan. Incluso cuando te muestras duro, sale a relucir esa bondad esencial que llevas dentro. Sientes las cosas en lo más hondo. Intentas hacer lo correcto y lo consigues.

—De un tiempo a esta parte, no. —Le lanzó una mirada cargada de significado.

—Lo lamento —dijo ella en voz queda.

—No tienes por qué. Fui yo quien tomó esas decisiones.

Elise volvió a centrar la mirada en las margaritas de la taza de café.

—¿Siempre quisiste ser policía?

—No, lo decidí en el penúltimo curso de secundaria. —Ella le lanzó una mirada inquisitiva que era una invitación a que se explicara—. Una buena amiga con la que crecí fue brutalmente violada y asesinada.

—Qué horror —murmuró ella.

—Sí. Y lo que es peor, aunque nadie lo dijera de viva voz, es que todo el mundo estaba convencido de que probablemente había sido su padre adoptivo. Pero era dueño de una concesionaria de coches y dos emisoras de radio. Era presidente de la Sociedad Rotaría. Nadie se atrevía a meterse con él, ni siquiera la policía, que llevó a cabo una investigación muy poco rigurosa. Al final le echaron la culpa a un chaval retrasado. Lo enviaron a un centro psiquiátrico y lo encerraron por motivos que no llegó a entender.

—Y desde entonces llevas clamando contra la injusticia. Así que te hiciste policía para enmendar entuertos.

—Qué va —dijo Duncan con ligereza—. Lo que pasa es que me gusta mangonear a la gente y jugar con armas.

Esperaba una sonrisa, pero la expresión de Elise siguió siendo solemne.

—Si no hubieras sido tú, Duncan, no habría confiado lo suficiente en ti para pedirte ayuda.

Duncan dejó que sus palabras calaran un instante, y luego dijo:

—Supuse que era por lo que te dije la noche de la gala de entrega de premios.

Con gesto mesurado, Elise dejó la taza de café en la mesa y se quedó mirándola.

—Eso, también. Me serví de..., de lo que creía que mejor podía funcionar para llegar hasta ti. Hice lo que tenía que hacer. —Levantó la cabeza y lo miró a los ojos—. Y no era la primera vez.

Ahora estaban llegando al meollo del asunto. Una vez más Duncan sintió deseos de posponerlo. Se levantó y empezó a limpiar la mesa. Ella lavó los platos y él los secó. Lo hicieron uno junto al otro, pero en silencio.

Una vez terminada la labor, ella dijo:

—¿Podemos salir? Me gustaría ver el agua.

A primera hora de la mañana había escampado. El sol había salido y todo tenía una suerte de lustre como de recién lavado. El aire estaba limpio, los colores parecían más intensos y el cielo alardeaba de un azul penetrante que llevaba días sin verse.

Duncan la llevó hasta el muelle de pesca donde él, su padre y su abuelo habían pescado tantas veces. Cuando se lo contó, ella esbozó una sonrisa.

—¿Qué suerte tuviste.

—Con la pesca, no —respondió él entre risas—. Los hombres de mi familia son pésimos pescadores. Sencillamente nos gustaba estar en compañía de los otros.

—Por eso tuviste suerte.

Se sentaron en el extremo del tosco muelle de madera, con los pies colgando, y contemplaron las embarcaciones que entraban y salían del puerto deportivo de Beaufort. Duncan esperó un momento y luego dijo:

—¿Tú no tuviste tanta suerte?

—¿Por lo que respecta a la familia? No. Es un caso clásico de disfuncionalidad absoluta. Mi padre se largó antes de que yo naciera. No llegué a conocerlo. Mi madre se casó con otro hombre, tuvo un hijo suyo, y luego él también se fue, o, mejor dicho, ella lo echó de casa.

»Aunque nunca fue diagnosticada como tal, yo creo que era bipolar. A mi hermanastro y a mí sencillamente nos parecía... mala. Se ponía hecha una furia sin que viniera a cuento de nada. No voy a aburrirte con los detalles desagradables. —Tras una breve pausa, añadió—: Mi hermanastro y yo sobrevivimos manteniéndonos unidos. El miedo que le teníamos forjó un vínculo entre nosotros. Lo quería. Él me quería. Sólo nos teníamos el uno al otro.

»Cuando acabé la secundaria, empecé a trabajar en distintos lugares, con el objetivo a corto plazo de conseguir que mi hermano acabara el instituto y luego irnos a vivir por nuestra cuenta.

»Pero, por falta de supervisión, se metió en la pandilla menos indicada en el instituto. Empezó a drogarse, a cometer pequeños robos, a entrar y salir de centros de detención juveniles. —Se volvió hacia Duncan—. ¿Te suena la historia?

—Más que de sobra. Por lo general, no suele tener final feliz.

—Ésta no lo tiene. Un día mi hermano se fue de casa. Dejó una nota en el parabrisas de mi coche mientras yo estaba en el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Un videoclub. El dueño prácticamente me dejaba llevarlo a mí. Me encargaba de los pedidos, la clasificación, la contabilidad, hasta limpiaba los servicios. Me moría de ganas de ir a trabajar todos los días.

—¿Para limpiar los servicios?

Elise sonrió.

—No era un gran sacrificio, porque, en realidad, me pagaban por ver películas.

—¿Te gusta el cine?

—Me encanta, así que aquel empleo era un paraíso. —La sonrisa de Elise desapareció a medida que los malos recuerdos expulsaban a los buenos—. En la nota, mi hermano decía que tenía sus propios planes de vida, y que esos planes no coincidían con los míos. Me partió el corazón, pero así son las cosas. Se largó y yo no sabía ni siquiera dónde empezar a buscarlo. —Echó atrás la cabeza para contemplar el cielo y se rió de sí misma al tocarse la nuca—. Aún tengo una sensación curiosa. Sigo olvidando que ya no llevo el pelo largo.

—A mí empieza a gustarme.

—Mentiroso.

—No, de veras.

Compartieron una sonrisa burlona, pero luego Duncan la instó a que continuara. Ella le contó que su hermanastro llevaba ausente cosa de un año, sin dar señales de vida, cuando a su madre le diagnosticaron un cáncer cervical. Elise asumió la responsabilidad de la atención sanitaria.

—Aunque trabajaba y cuidaba de ella, también estaba matriculada en asignaturas de arte y cine en la escuela universitaria. La situación era difícil, pero no iba mal del todo. —Con la mirada perdida en la otra orilla, lanzó un suspiro—. Entonces, por fin tuve noticias de mi hermano, y no fueron buenas. Iba camino de la cárcel por tráfico de droga, y de la dura.

Duncan se puso rígido.

—¿Savich?

—Savich. Había tomado bajo su tutela a un muchacho tan impresionante como mi hermano, que aprendió rápido y demostró tener aptitudes para el negocio. Savich le pagaba bien. Lo bastante bien para que se comprara una casa, la casa en la que..., en la que nos encontramos nosotros aquella noche.

—¿Saben de la existencia de esa casa? ¿Savich? ¿Tu marido?

—No lo sé. Yo diría que no.

Él también lo dudaba. Si Napoli hubiera sabido dónde estaba Elise aquella noche, no habría tenido que tenderle una emboscada en el coche. Sólo le había seguido el rastro hasta el automóvil.

—A tu hermano lo condenaron por tráfico de drogas —dijo, para instarla a que siguiera.

—Bueno, no exactamente. Lo acusaron, pero el caso no llegó a juicio. Savich le aconsejó que se declarara culpable en la lectura del acta de acusación. El abogado de oficio no estaba de acuerdo, pero Savich se impuso. Dijo que si mi hermano se mostraba arrepentido, le caería una sentencia leve o incluso se le concedería la libertad condicional sin pasar por la cárcel. Así que se declaró culpable.

—¿Y?

Elise respiró hondo.

—Y lo condenaron a quince años en Jackson.

—Joder. —La cárcel estatal de Jackson era una prisión de alta seguridad y albergaba el corredor de los condenados a muerte. Sólo enviaban allí a los criminales reincidentes—. Sus antecedentes debían de ser...

—Era su primer delito, Duncan.

—Entonces ¿por qué le impusieron una condena tan dura?

Ella lo miró a los ojos.

—Porque, de vez en cuando, uno de los camellos de Savich tenía que ser sacrificado. De otra manera, la indulgencia del juez Cato Laird habría despertado sospechas.

—¿La indulgencia de Cato Laird? —Duncan entrecerró los ojos—. Espera, ¿estás diciendo que...?

—Savich y Cato son socios. Llevan años trabajando juntos.

La revelación alcanzó a Duncan como un rayo.

—Laird se muestra benévolo con los camellos de Savich... —dijo.

—Y saca una buena tajada por ello —agregó Elise.

—¡Qué hijo de puta!

—Savich tiene docenas de traficantes. No pueden evitar las detenciones el cien por cien de las veces, así que cuando uno de ellos es detenido y acaba ante el tribunal presidido por Cato, por lo general se las apaña para que se desestimen las acusaciones, o favorece al abogado de la defensa durante el juicio. Si no puede arreglárselas para que el juicio se declare nulo, impone al camello un correctivo leve, a veces lo deja en libertad condicional. Poco después, el camello está otra vez en la calle, ganando dinero para Savich, que soborna a Cato y lo considera uno de los gastos de su negocio. Todo el mundo contento.

—¡Qué hijo de puta! —repitió Duncan, lo bastante alto para que dos ancianas que paseaban sus perros por el muelle lo miraran con el ceño fruncido—. ¡Lo hemos tenido delante de las narices todo este tiempo y lo hemos pasado por alto!

—No seas tan duro contigo ni con los agentes de Narcóticos —le dijo Elise—. Nunca ha habido contacto directo entre ellos. Cato nunca menciona a Savich. Nunca. Me lo mencionó a mí una sola vez, y fue cuando me explicó tu arrebato al declararse nulo el juicio contra Savich.

—Lo que ahora adquiere pleno sentido, joder. Seguían las formalidades, a sabiendas en todo momento de cuál iba a ser la maldita sentencia.

—Es probable —coincidió ella—. No te equivoques, es una operación muy bien montada. Nadie sospecharía el montaje porque Cato es lo bastante listo para sacrificar a un chivo expiatorio de vez en cuando.

—Como tu hermanastro.

—Que se dio cuenta de que había sido sacrificado y decidió tirar de la manta. Pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, fue asesinado. No era más que su segundo día en prisión. Murió en las duchas...

—Con una pastilla de jabón metida en la garganta. Tu hermanastro era Chet

Rollins.

Elise lo miró sorprendida.

—¿Lo conocías?

—Sí, claro —dijo él, tenso—. Bueno, no llegué a conocerlo en persona, pero sabía quién era.

—Éramos de distinto padre, y teníamos distintos apellidos —se explicó Elise—. Pero, por lo demás, era mi hermano. Savich y Cato lo mataron.

En voz queda, Duncan dijo:

—Y aun así, eres amiga de Savich y estás casada con Cato.

—¡No es ningún plato de gusto! —exclamó—. No están al tanto de mi parentesco con Chet.

Duncan escudriñó sus ojos, su expresión, pero no encontró ni rastro de falsedad.

—De acuerdo, cuéntame el resto.

Ella se tomó un momento para aclararse las ideas.

—Antes de que lo enchironaran, Chet escribió una carta y se la dio a su abogado para que se la enviara a nuestra madre.

—¿A vuestra madre? ¿No a ti?

—Era para protegerme. Ya sabía que en realidad sería yo la que leería la carta, pero si alguien indagaba para averiguar con quién se había puesto en contacto, daría con una enferma terminal que no suponía ninguna amenaza.

—Era una carta en la que lo contaba todo —dijo Duncan.

—Sí. Explicaba cómo Cato y Savich estaban conchabados y cómo le habían tendido una trampa, igual que a otros antes que él. Me pedía ayuda para delatarlos, pero hacía hincapié en que lo mantuviera en el más absoluto secreto. Había hablado con ciertas personas, había dado a entender...

—¿Con quién?

—Los agentes de Narcóticos de la policía de Savannah que lo detuvieron. Pero aún no había llegado a un acuerdo. No le habían garantizado protección. Estaba asustado porque sabía de otros que habían intentado irse de la lengua y habían acabado muertos.

—A quién se lo dices...

Elise se quedó mirando pensativa un barco de vela que se deslizaba sigiloso por delante de ellos.

—Estaba dispuesta a dejarlo todo e ir al rescate de Chet, a hablar con la policía en persona, pero antes de que pudiera ponerme de camino a Jackson siquiera, mi madre recibió la noticia de que estaba muerto. Para entonces ella ya estaba prácticamente en coma. Dudo que llegara a entender que su hijo había fallecido.

»Chet fue enterrado por el Estado sin ninguna ceremonia. Me pareció horrible, pero era consciente de que si me daba a conocer y reclamaba su cadáver, no tendría oportunidad de vengar su asesinato. Y estaba decidida a vengarme de los dos responsables.

—¿Por qué no llevaste la carta de Chet a la Fiscalía, al FBI, a los agentes con los que había entablado conversaciones?

—No habían respondido de inmediato. A todas luces, no confiaban en un preso que se había declarado culpable y luego, tras ser condenado, afirmaba que le habían tendido una trampa. ¿Habrían dado crédito a una carta enviada a su hermana? ¿Le habrías dado crédito tú?

»Además ¿en quién podía confiar? Cato y Savich estaban a kilómetros de las duchas de la prisión aquel día. Tenían cómplices dentro del sistema, pero no sabía quiénes eran. En caso de que hubiera armado un escándalo pero no hubiese conseguido llevarlos ante la justicia, ¿cuánto crees que me habrían dejado vivir?

Duncan era consciente de que Elise tenía razón en todo lo que decía, y así se lo hizo saber.

Cuando volvió la cabeza hacia él, vio que tenía lágrimas en los ojos.

—No es que me diera miedo morir. Lo que pasa es que no quería morir entonces. Chet me quería y dependía de mí para que lo cuidara desde el día en que nació. Juré que, aunque fuera lo último que hiciese, lograría que Cato y Savich pagaran por su muerte. —Se enjugó las lágrimas de los ojos y se los protegió del sol haciendo visera con la mano—. Empieza a hacer calor.

—Tienes que ponerte otra cosa. —Duncan se levantó y le tendió la mano para ayudarla—. Vamos de compras.

Duncan sabía que le bastaba con seguir callejeando al volante del coche para dar con unos almacenes Wal-Mart tarde o temprano, así que siguió conduciendo tranquilamente por las calles pintorescas y sombreadas de Beaufort sin prisa por llegar a ningún sitio en concreto.

—Es una ciudad preciosa —comentó Elise—. Aquí hacen cantidad de películas. —Le habló de ello durante cinco minutos seguidos, prácticamente sin tomar aliento.

Cuando por fin fue perdiendo empuje, Duncan dijo:

—Estás muy puesta en el asunto. ¿Dónde has aprendido todo eso?

Ella se sonrojó ante el elogio, pero restó importancia a sus conocimientos enciclopédicos.

—No son más que nimiedades sobre el cine. —Reanudó su relato hablándole de la muerte de su madre—. En realidad, se le fue la cabeza antes que el cuerpo. Sea como sea, en cuanto me ocupé de todo ello, dejé el trabajo y el apartamento y me mudé a Savannah. Me pareció que tendría mejor oportunidad de introducirme en el submundo de Savich que en el círculo social de Cato. Chet había mencionado en su carta que Savich frecuentaba un club llamado *White Tie and Tails*, así que conseguí trabajo allí.

Duncan había puesto en marcha el aire acondicionado, pero ella bajó la ventanilla del acompañante y dejó que el viento cálido le acariciase la cara.

—Conseguiste trabajo...

—Nunca llegué a bailar en el escenario. No hacía bailes privados. Nunca me fui

con un cliente. Ponía copas, eso es todo.

—No te he pedido explicaciones, Elise.

—Pero te lo preguntabas. Todo el mundo se lo pregunta. —Tras una pausa pensativa, dijo—: Algunos clientes..., te sorprendería lo agradables que eran. Tiernos. Casi..., no sé, como si estuvieran avergonzados o pidieran disculpas. Otros, claro, eran escandalosos y borrachos, molestos y vulgares. Los aborrecía, pero seguí allí y, al final, conseguí llamar la atención de Savich. —Miró a Duncan de reojo—. No de la manera que estás pensando.

—¿Le gustaste por tu intelecto? —dijo en tono sarcástico.

Ella profirió una risa suave.

—Pues, en realidad, sí. El club funciona casi por completo con dinero en metálico. El gerente se estaba embolsando cientos de dólares cada noche, y nadie se daba cuenta. Le di la opción de dejar la contabilidad en mis manos o arriesgarse a que pusiera al tanto de la malversación de fondos a Savich, que era socio comanditario. El gerente era un imbécil, pero no tanto como para ignorar que no viviría mucho tiempo si Savich se enteraba de que le estaba robando. La primera opción resultaba mucho más tentadora. Así que acudió a Savich para decirle que necesitaba una ayudante y le dijo que, por lo visto, yo tenía cabeza para la contabilidad. Una vez en ese cargo, encontré las mejores maneras de reducir gastos y aumentar los beneficios.

Duncan se detuvo en un semáforo y se fijó en que Elise miraba melancólica a un grupo de niños en un parque. Esperó a que cambiara la luz antes de continuar.

—Sigue, por favor.

—A la larga, me gané el respeto y la confianza de Savich, en la medida en que Savich es capaz de confiar en alguien. Desde luego yo no confiaba en él, y lo aborrecía por lo que le había hecho a Chet. Apenas soportaba estar cerca de él, pero al menos no se esconde. Con Savich uno sabe a qué atenerse.

»En cambio, Cato se sienta en la sala del tribunal todos los días y juzga a la gente. Viste la toga. Golpea la mesa con el martillo. Adopta la pose de severidad, sabiduría e imparcialidad de quien vela por las leyes de los hombres y los mandamientos del Señor. Su hipocresía es repugnante. A mi modo de ver, es con mucho el más culpable de los dos.

Duncan había dado con los almacenes Wal-Mart y entrado en un espacio de aparcamiento, pero ninguno de los dos hizo ademán de bajar del coche.

—Ahora te resultará fácil llegar hasta Savich —le dijo Elise.

—Por alguna razón, lo dudo.

—Pero esta vez tienes un testigo presencial —arguyó ella—. Lo vi cometer un asesinato a sangre fría.

—Napoli. Cuéntame otra vez lo que ocurrió en el puente.

—No sé hasta dónde llegué —dijo ella.

—Empieza cuando te las arreglaste para arrebatarme la pistola a Napoli.

—Se la arranqué de la mano y la tiré al río por la barandilla.

—Ajá.

—¿Qué?

—Nada —dijo Duncan—. Sólo me preguntaba...

—¿Qué?

—¿Por qué no le disparaste con ella?

Capítulo 25

Elise se ofendió y la furia hizo que se le pusieran los ojos brillantes.

—A Trotter le disparé porque no me dejó opción. Él disparó primero. Pero la pistola de Napoli la tenía yo. ¿Crees que dispararía a un hombre desarmado? Incluso ahora, ¿me crees capaz de algo así?

Duncan desvió la mirada.

—Volvamos al puente: te fuiste corriendo.

—Responde la pregunta, Duncan.

Contestó en el mismo tono de irritación:

—La responderé cuando tenga respuesta a todas las mías.

Ella le sostuvo la mirada un buen rato pero, al cabo, sofocó su ira y siguió adelante.

—Huí para salvar la vida. Incluso con una sola sandalia, conseguí dejarlo atrás. Cuando volví la mirada, él se había dado la vuelta y corría de regreso al coche. Supuse que se había dado por vencido a pie y tenía la intención de perseguirme en coche. Justo entonces me di cuenta de que se acercaba un vehículo.

—¿De qué dirección venía?

—De la ciudad. Yo corría en dirección contraria, hacia la isla de Hutchinson. Pensé, «gracias a Dios, ha llegado ayuda». Estaba a punto de dar media vuelta y hacer señas al conductor, pero cuando el coche llegó a la altura del mío, se detuvo con un chirrido de llantas y bajó Savich. Me quedé de una pieza. Era la última persona que esperaba ver allí. Me escondí entre las sombras de la torre.

—¿Por qué? Tú y Savich sois amigos. De acuerdo, conocidos —se corrigió al ver que ella estaba a punto de poner objeciones—. ¿Por qué no gritaste su nombre y corriste hacia él agitando los brazos?

Elise lo pensó y luego respondió lentamente:

—No lo sé. La..., la resolución con que caminaba hacia Napoli. Su expresión. Su mera presencia allí. Supe que no podía tratarse de una casualidad.

—¿Cuánto tiempo te llevó elaborar todo eso?

—Apenas segundos, pero no lo elaboré conscientemente, sino que, por instinto, preferí no dar a conocer mi presencia.

Duncan sopesó sus palabras y dijo:

—De acuerdo. ¿No te vio?

—No —dijo Elise—. Estoy segura de ello, o me encontraría en el depósito de cadáveres. Sorteó el murete que separaba los carriles y se llegó hasta mi coche, donde Napoli estaba con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera del asiento del conductor. Cruzaron unas palabras.

—¿Qué palabras?

—No oí lo que decían, pero sí el disparo. Savich se quedó allí, mirando a Napoli, supongo que para asegurarse de que estaba muerto o no tardaría en estarlo. Luego se inclinó hacia el interior del vehículo.

»Fue entonces cuando me puse en movimiento. Descendí por la escalera junto a la torre y me agazapé en la estructura debajo del puente.

—¿No estabas asustada? Yo he bajado por esa escalera, y es para morirte de miedo —admitió Duncan.

—No me detuve a pensarlo. Me daba más miedo Savich.

—Muy bien, así que estabas escondida bajo el puente.

—Menos de un minuto después del disparo —prosiguió Ella—, cerró la puerta del coche. Segundos después, oí que se cerraba la puerta de otro coche, el suyo. Me pareció oír que se alejaba de allí, pero el corazón me latía tan fuerte en los oídos que no estaba segura.

»De todas maneras, no podía quedarme allí indefinidamente, así que me la jugué y volví a subir. No había rastro de Savich ni de su coche. Fui corriendo hasta el mío, eché un vistazo a Napoli y vi que estaba muerto. No me paré a pensarlo dos veces. Ni siquiera se me pasó por la cabeza recoger el bolso. Me fui corriendo. —Se detuvo, tomó aliento y lo miró—. El resto, ya lo sabes.

—¿Cuánto tiempo transcurrió en total?

Ella frunció el ceño pensativa.

—Es difícil decirlo. Me dio la sensación de que no acababa nunca, de que se prolongaba una eternidad, pero supongo que sólo pasaron unos minutos, quizá tres o cuatro, desde que Napoli me obligó a bajar del coche hasta que me fui corriendo del puente.

—¿Y no había ningún otro vehículo en el puente?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo había...

—¿Por qué no llamaste a la policía?

—Ya hemos pasado por eso, Duncan. No tenía pruebas. Tú no habías creído nada de lo que te conté.

—Entonces ¿por qué acudiste a mí anoche?

—Confiaba en que te alegraras tanto de verme con vida... —Dejó en suspenso el comentario, y luego añadió—: Pero anoche tampoco me creíste. No hasta ver el cadáver de esa otra mujer que Cato identificó como el mío.

Duncan no podía argumentar contra eso. Permaneció en silencio un momento, pensativo.

Savich se había inclinado hacia el interior del coche para introducir en él los pies de Napoli. También había recuperado el reloj de pulsera de Elise, que Napoli tenía el encargo de recoger de su cadáver para una posterior identificación. Cerró la puerta del coche, regresó a su vehículo y se marchó. Todo debía de haber ocurrido en noventa segundos a lo sumo. El puzzle empezaba a tomar forma, pero aún faltaban

piezas.

—Me has explicado cómo te ganaste la confianza de Savich. ¿Cómo y cuándo te cruzaste en el camino de Cato?

—No hace falta que te andes con tanta delicadeza, Duncan. Me metí directamente en su cama. Al no dar con nada que pudiera incriminar a Savich, pensé en la mejor manera de acercarme al juez. Estoy segura de que tú y la detective Bowen oísteis rumores de lo más jugosos acerca de nuestro noviazgo. —Duncan no se molestó en negarlo—. Probablemente la mayor parte es cierta —continuó Elise—. Lo seduje. Tenía que casarme con Cato para meterme en su casa, en su cabeza. Pero, según averigüé, es escrupulosamente cauto. No deja nunca el menor rastro de su conexión con Savich. Nada de notas, comprobantes de ingresos bancarios ni recibos de transferencias electrónicas.

»Recientemente me ha sorprendido dos veces hurgando en su despacho. La noche de la gala de entrega de premios y, después, la última noche que pasé en mi casa, poco antes de que llamas tú y le dijeras que me llevara a comisaría para que me interrogasen al día siguiente.

»Todo el tiempo que hemos estado casados, he fingido padecer insomnio para así tener justificación para bajar de noche mientras él duerme. He registrado todas las habitaciones y armarios de la casa, a fondo, en numerosas ocasiones, siempre con cuidado de no dejar la menor huella.

—¿Qué estabas buscando?

—Cualquier prueba. Pero los meses de matrimonio se convirtieron en años. Empezaba a desesperar de que hubiera ninguna prueba. Deseaba tanto que terminara, que supongo que la prisa me volvió imprudente. Cato empezaba a sospechar. Intentaba ocultarlo, pero durante meses, tuve la sensación de que no me quitaba ojo, de que, de alguna manera, estaba al tanto de lo que hacía.

»Esa idea me aterraba. Él y Savich no tendrían piedad con cualquiera que los delatase. No quería morir, y, sobre todo, no quería fracasar. Pero tenía la sensación de que me estaba quedando sin tiempo. Cuando apareció Trotter, no me cupo duda de que Cato había lanzado un ataque preventivo.

—¿Qué te dijo Trotter?

—Ya sabes que mentí al respecto, ¿verdad?

—Lo sé.

—Trotter me miró pasmado y dijo: «No me habían dicho que fuera preciosa». —Hizo una pausa. Sus palabras resonaron en el reducido interior del coche—. Cuando lo dijo, supe que no era ningún ladrón. Ellos lo habían enviado para matarme.

—Pobre Gary Ray. Debiste de parecerle una visión, rubia y hermosa en camisón. Seguro que estaba preguntándose por qué querría matarte tu marido.

—Igual que tú —le recordó ella sin acritud.

—Igual que yo —reconoció Duncan.

—Tenías razones para dudar de mí, Duncan. De cara a la galería, mi vida parecía

perfecta. Era la historia de la Cenicienta hecha realidad. Pero dentro de esa casa, cuando estaba a solas con él, apenas podía respirar. Tenía que soportar que me tocara, y lo detestaba. Lo odiaba.

Duncan tampoco podía aguantar la idea de que Cato la tocara, así que encauzó sus pensamientos en otra dirección.

—Temeroso de lo que sabías, o sospechabas, Cato contrató a Napoli para matarte, pero Napoli subcontrató para que cumpliera el encargo a Trotter, que metió la pata.

—Cato esperaba que yo muriera esa noche en el despacho, permitiéndole así continuar con su lucrativo negocio a medias con Savich, sin más preocupaciones.

Duncan, meditabundo, se tiró del labio inferior.

—Hay algo que no acabo de entender: Savich. ¿Qué pensó cuando te casaste con su compinche? ¿No le pareció sospechoso?

—Probablemente, pero yo también lancé un ataque preventivo. Cuando empecé a verme con Cato, fui a ver a Savich y le pedí que me hiciera el favor de investigar su pasado.

—¿Cómo? —preguntó Duncan con una carcajada—. ¿El de Cato?

Ella también rió.

—Le pedí a Savich que averiguara todo lo posible acerca de los antecedentes del juez. ¿Había ex esposas, hijos, legítimos o no? Historial médico, extractos financieros, declaraciones al fisco, cosas así.

—De manera que diera la impresión de que no sabías nada sobre él.

—Exacto. Al hacerlo, Savich no sospechó que yo estuviera al tanto de su alianza. Y para asegurarme de que no recelara, de vez en cuando le pedía un favor.

—¿Como cuál?

—Le pedía que investigara a alguna mujer con la que Cato se había mostrado especialmente amistoso. ¿Estaba viéndose con alguien a mis espaldas? Le pedía que investigara una empresa en la que estaba invirtiendo Cato. ¿Era de fiar? ¿Era legal su inversión? Cosas así. —Elise hizo una pausa y dijo—: Le pedí el último favor al día siguiente de la muerte de Trotter. Fui a su despacho y le pedí que husmeara, a ver si corría algún rumor en el mundillo criminal acerca de que el juez hubiera contratado a alguien para asesinarme. Quería ver cuál era su reacción. Ni siquiera pestañeó.

Duncan estaba pensando que o bien Elise era muy valiente, o bien su relación con Savich era más amistosa de lo que quería hacerle creer. Hizo un comentario:

—Tienes mucho valor.

—No fue valentía, Duncan. Estaba desesperada. Era consciente de que Savich llamaría a Cato en cuanto saliera de su despacho. Esperaba que, al enterarse de mis sospechas, Cato prefiriera no volver a intentar asesinarme enseguida.

—Has vuelto a ver a Savich después de aquel encuentro, Elise —dijo Duncan, escudriñando minuciosamente su expresión—. En el *White Tie and Tails*.

—Así es. El día que coincidimos en el club de campo. Te negaste a creerme. Pensé... Temía que fueras a delatarme ante Cato.

—No lo hice.

—Eso lo sé ahora, pero entonces, no. Acudí otra vez a Savich para preguntarle si había oído algo. ¿Estaban justificados mis miedos? Me tranquilizó y me aseguró que no había oído nada en la calle salvo que mi marido me adoraba y preferiría morir antes que permitir que me tocaran un solo pelo de la cabeza.

—Se te quitó de encima.

—Más o menos, porque sabía que Napoli se encargaría de mí en breve. ¿Cómo sabías lo de mi encuentro con Savich? —le preguntó.

Duncan le habló de Gordie Ballew.

—Me enteré de lo de su supuesto suicidio en la cárcel justo después de que el juez presentara las fotos incriminatorias en las que salíais tú y Savich.

Ella meneó la cabeza como si no acabara de entender.

—Ya mencionaste unas fotos anoche. ¿Qué fotos? —Duncan se lo explicó, pero ella seguía perpleja—. Supongo que cuando Napoli me seguía por orden de Cato, intentando sorprenderme con Coleman, se topó con mi encuentro con Savich.

—Seguro que se meó en los pantalones. Unas fotos en las que aparecíais tú y Savich serían mucho más valiosas para tu marido que cualquier instantánea tuya con el jugador de béisbol. Las fotos en las que aparecíais Savich y tú eran la mejor baza de Napoli.

—Para cuando la jugó, ya estaba muerto —recordó ella.

—Es verdad. No le sirvieron de mucho, pero sí que contribuyeron a los fines de Cato. Las usó para convencernos a nosotros, la policía, de que eras una mujer embustera e intrigante, con toda probabilidad la amante de un criminal de renombre, asesino de dos hombres, y de que cuando te diste cuenta de que todo había terminado, te tiraste del puente. Consiguió que le creyéramos.

—¿Tú también?

—Sobre todo yo.

Elise le lanzó una larga mirada y luego dijo con voz ronca:

—¿Por eso llorabas anoche? ¿Porque pensabas que había fallecido?

Duncan no quería entrar en eso; no en ese momento.

—¿Conservas la carta que te envió tu hermano desde la cárcel?

—En la caja de seguridad de un banco en nuestra ciudad de origen. La puse allí antes de mudarme a Savannah. Soy la única titular.

—Me alegra saberlo. —Tendió la mano hacia su lado, abrió la guantera y sacó unas gafas de sol—. Una de las patillas está torcida, pero pónelas.

—Ya no hay nadie buscando a Elise Laird —dijo ella.

—No voy a correr ningún riesgo.

Cuando entraron en la tienda, Duncan le dio algo de dinero en metálico.

—Ya sé que no es tanto como estás acostumbrada a gastar.

Ella le frunció el ceño al tiempo que aceptaba el dinero.

—Gracias, te lo devolveré. ¿Qué vas a hacer mientras compro?

—Estar ahí sentado en la cafetería, tomarme un refresco de fresa y empezar a planear cómo vamos a crucificar a esos cabrones.

Elise cogió un carrito y dejó a Duncan para irse a comprar. Él se hizo con uno de los reservados en la cafetería y se sentó para tomar a sorbos un refresco de fresa burbujeante mientras fantaseaba con imágenes de Savich y Cato Laird encadenados camino del potro, fuera lo que fuese el potro.

Pero también sacó el móvil y llamó a Dee Dee.

—¡Eh! —exclamó ella, a todas luces alegre de tener noticias suyas—. No esperaba que llamases hoy.

—¿Qué tal va todo?

—Tengo el pelo ensortijado. Worley es un capullo. Ya sabes, lo de siempre —dijo Dee Dee.

—Me refería a lo otro.

—¿Has visto la rueda de prensa del juez Laird esta mañana?

—Me parece que seguía dormido —mintió.

—El pobre está hundido. —El hijo de puta había conseguido engañar incluso a Dee Dee, la persona más perspicaz que conocía Duncan—. Estamos atando cabos. Dothan ha comprobado que la dentadura se correspondía con el historial dental de la señora Laird y luego ha llevado a cabo la autopsia. Se ahogó. Y no te lo pierdas, se drogaba.

—No puede ser.

—Pues sí. Si pasaba sus ratos libres con Savich, también probaba su mercancía. Dothan ha encontrado rastros de varias sustancias identificables, pero eso no la mató, así que ha entregado el cadáver para que sea enterrado, aunque no se sabe nada acerca de cuándo o dónde será la ceremonia.

—¿Alguna noticia de Savich? —preguntó Duncan.

—Nada salvo los «momentos Kodak» con la difunta señora Laird.

—Llegó hasta Gordie.

—Con respecto a eso —le recordó Dee Dee—, olvidaste mencionar tu pelea con él en el centro de detención.

—Se me fue la cabeza...

—Y un cuerno. El chisme ha llegado al cuartel esta mañana. Dependiendo de la fuente a la que des crédito, o te pusiste duro con Savich y cruzasteis unas palabras subidas de tono...

—¿O qué?

—O fue un encontronazo violento y ambos acabasteis en Urgencias.

—¿Lo sabe Gerard?

—Te ha perdonado —dijo Dee Dee—. Cualquiera de nosotros que se hubiera topado con Savich inmediatamente después de enterarse de lo de Gordie habría reaccionado de la misma manera. El capitán ha tenido a unos agentes interrogando a presos acerca de su suicidio, pero nadie sabe nada.

—No es de extrañar. —Duncan tomó un sorbo del refresco, una pausa calculada. Cuando creyó que había pasado el tiempo suficiente, dijo—: He estado pensando, Dee Dee.

—Espera, déjame coger papel y boli. —Estaba de regreso en una fracción de segundo—. Ya.

—Quiero que averigües si Meyer Napoli tenía alguna conexión con Savich.

—¿Además de las fotografías, quieres decir?

—Sí, me refiero a alguna conexión personal. De tú a tú. Es muy improbable, pero nunca se sabe.

—Napoli no estaba precisamente a la altura de Savich. Él mismo lo dijo: ¿para qué iba a necesitar a Napoli?

—Tú husmea por ahí, a ver si surge algo —le dijo—. Empieza por la secretaria de Napoli. Cooperará porque su jefe le gustaba y quiere saber quién lo mató.

—Crees que Savich...

—Ya he dicho que es muy improbable —admitió Duncan.

—Vale, voy a llamar a la secretaria. ¿Qué estoy buscando exactamente?

—No tengo ni idea. Y otra cosa... —Duncan hizo un alto, como si estuviera pensando—. Podría ser útil comprobar los antecedentes de aquellas personas contra las que sabemos que ha actuado Savich. El historial de Gordie Ballew ya nos consta, pero ¿qué hay de Freddy Morris, y ese tal Andre Bonnet cuya casa explotó? Quizá si escarbamos en su pasado encontremos a alguien que sepa algo, que haya oído casualmente algo acerca de Savich que podría servirnos de base para obtener pruebas, o al menos acumular suficientes indicios para obtener una orden de registro. ¿Tú qué crees?

Sabía que no iba a ser fácil convencerla, y ya imaginaba las cejas descuidadas de su compañera frunciéndose encima del puente de su nariz.

—Bueno... —dijo con evidente falta de entusiasmo—. ¿Qué esperas encontrar?

—No lo sé. No lo sabremos hasta que lo encontremos. —Vaciló durante un lapso estratégico y luego profirió un suspiro—. Bah, maldita sea, creo que me estoy aferrando a clavos ardiendo. Olvídalo. Ya seguiré dándole vueltas.

—¿Sigue lloviendo donde estás?

—Ha salido el sol.

—Aquí también. Todo está echando vapor. Con el calor que hace casi no se puede respirar. —Tras una pausa reveladora, Dee Dee le preguntó cuándo pensaba regresar.

—Dentro de un par de días.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien, la verdad. He dormido hasta tarde. Esta mañana he ido a dar un largo paseo. Me he quitado las telarañas, de veras. Entonces se me ha ocurrido lo de comprobar los antecedentes de esos tipos, pero si crees que no va a servir de nada...

—Yo no he dicho eso —afirmó Dee Dee.

—Como si lo hubieras dicho.

—No, ya estoy en ello —dijo ella a regañadientes—. Ya es algo, y no tenemos nada más entre manos.

Duncan había contado con que su compañera se alegrara de que hubiera vuelto a centrarse en Savich tan pronto. Se sentía culpable por manipularla, pero no mucho.

—Bien. Empieza por Freddy Morris y luego ve hacia atrás. Padres, hermanos, ex esposas, novias, amigos íntimos. Es posible que alguien se esté muriendo de ganas de contarnos un montón de cosas sobre Savich.

—Ya hablamos con la mayoría de la gente, inmediatamente después de los asesinatos.

—No hará ningún daño volver a hablar con ellos, ampliar el círculo.

—De acuerdo, Duncan.

Fingió no apercibirse de la reticencia que denotaba la voz de Dee Dee.

—Y no te olvides de Chet Rollins, el tipo que murió en la cárcel.

—El tipo al que ejecutaron con una pastilla de jabón.

—Exacto.

—El caso no era nuestro —le recordó Dee Dee—. Se ocuparon de la investigación en Jackson.

—Igual los detectives de allí pasaron algo por alto.

—Vale, lo comprobaré. —Vaciló, y luego preguntó—: ¿Seguro que estás bien?

—De maravilla.

—Se te oye raro.

—Estaba bostezando. —Vio que Elise volvía la esquina de un pasillo y venía en dirección a él. Era hora de poner fin a la llamada—. De hecho, creo que voy a echar un sueño —le dijo a Dee Dee—. No olvides llamar a la secretaria de Napoli. Ponte en contacto conmigo en cuanto averigües algo. Adiós.

Antes de que Dee Dee pudiera decir nada más, colgó y programó el móvil para que no sonara. Si Dee Dee volvía a llamar, y seguro que no tardaría en hacerlo, el teléfono únicamente vibraría.

Salió del reservado y fue al encuentro de Elise. Echó un vistazo a lo que había en el carrito y le preguntó:

—¿Has encontrado todo lo que necesitabas?

—¿A quién has llamado?

—A la oficina —dijo él.

—¿Por qué?

—Por costumbre.

—¿Has hablado con la detective Bowen? —preguntó Elise.

—Ha saltado su buzón de voz y le he dejado un mensaje para decirle que estaba tomándomelo con calma y disfrutando del tiempo de descanso.

—¿Cuándo piensas decirle que estoy viva?

—Cuando lo haya desentrañado todo. ¿Qué has comprado?

Elise seguía con la mirada fija en el móvil que llevaba sujeto al cinturón, pero

entonces esbozó una sonrisa irónica y respondió su pregunta.

—No voy a ser un figurín, pero iré vestida y arreglada. ¿Qué tal el refresco de fresa?

—¿Quieres uno?

—No quiero que se me queden rojos los labios y la lengua —explicó ella.

Duncan se pasó la mano por la boca.

—¿Los tengo rojos?

—Pareces Drácula. —Se echó a reír—. Supongo que no tardará en irse.

Pagaron las compras. Duncan hizo todo lo posible por no analizar las braguitas y sujetadores conforme pasaban por la cinta transportadora, y regresaron hacia Lady's Island. Se detuvieron en un puesto al borde de la carretera para comprar camarones frescos para la comida.

—Poner agua a hervir sí que sé —comentó Duncan cuando le pasaba el paquete por la ventanilla del acompañante.

Tras regresar a casa, salieron a dar un paseo. Deambulando por los estrechos senderos de la isla, con la calima provocada por el calor de la tarde, Duncan tuvo la sensación de que deberían ir cogidos de la mano, pero no tendió la suya, y ella no lo tocó.

Cuando volvieron a la casa, Elise se excusó para darse una ducha. Duncan se sentó en la escalera de entrada a la sombra. Sudando de arriba abajo, se dijo que necesitaba soledad para preparar su plan de ataque contra Savich y Laird, cuando en realidad huía del sonido de la ducha y las imágenes mentales de Elise cubierta únicamente de espuma.

Al rato, ella se le sumó en las escaleras, trayendo consigo un vaso de té con hielo para cada uno y un dulce aroma a jabón. Tenía el pelo húmedo todavía, erizado en algunas partes, con mechones rubios que empezaban a asomar entre el tinte castaño temporal. Al ver que Duncan la miraba, Elise, cohibida, se llevó una mano al cabello.

—Volverá a crecer.

—Quizá deberías llevarlo corto. Es... —Iba a decir *sexy*, y se corrigió para dejarlo en—: atractivo.

Elise vestía una de sus recientes adquisiciones, unos pantalones de color verde manzana que le quedaban justo por encima de la rodilla, y una camiseta blanca que permitía intuir debajo el tenue contorno del sujetador. Nada demasiado elegante. Nada en absoluto provocativo.

A él le habría gustado arrancárselo, con los dientes.

Se puso en pie de repente y le pregunto si había acabado en el cuarto de baño, y cuando ella le dijo que sí, fue directo allí, se desnudó y se metió en la ducha, cuya repisa estaba ahora ocupada por crema de depilar en un envase de color pastel, una maquinilla rosa, champú y acondicionador y una crema hidratante. Colgada del teléfono de la ducha había una esponja redonda confeccionada de malla de color azul lavanda.

—Cuánta chorrada —masculló al tiempo que cogía una pastilla de jabón común y corriente.

Pero las chorradas lo excitaron, y ni siquiera abrió el agua caliente.

Cuando salió del cuarto de baño, Elise estaba viendo la tele sentada en el sofá.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Un canal de cine clásico.

—Es en blanco y negro.

—Da igual —dijo Elise.

—¿Quién es ésa?

La ignorancia de Duncan le hizo fruncir el ceño.

—Natalie Wood, claro.

—Ah. —Se sentó en el otro extremo del sofá—. ¿De qué va?

—Ella y Steve McQueen tuvieron un rollo de una noche que él apenas recuerda, pero se quedó embarazada. La chica lo busca y le pide que la ayude a abortar. La película se hizo cuando se llevaban a cabo abortos ilegales en lugares clandestinos.

»Steve McQueen ha conseguido el dinero para pagarlo, lo que no ha sido fácil, pero al final lo obtiene y se encarga de los preparativos. Sólo que cuando llegan al sitio acordado, un edificio frío, abandonado y siniestro, no son capaces de seguir adelante con el asunto.

»Ella se pone histérica y empieza a gritar. Él..., él estaba esperando en el pasillo, entra a la carga y le grita al médico abortista: «Si la tocas, te mato». Luego la abraza un rato mientras ella llora. Es mi escena preferida. Ésa y la que viene justo después, cuando van en el asiento de atrás de un taxi y él le pasa el brazo por encima de los hombros, y ella se duerme apoyada en su pecho.

Duncan se la quedó mirando.

—Es asombroso.

—Es una buena peli —opinó ella.

—No, me refiero a ti. ¿Cómo recuerdas todo eso? ¿Cuántas veces la has visto?

—Por lo menos una docena.

Elise lo sorprendió al buscar el mando a distancia y apagar la tele.

—¿No quieres ver el final? —preguntó él.

—Es un cuento de hadas. Tiene final feliz.

—¿No crees en los finales felices?

Elise se volvió hacia Duncan y dijo:

—¿Crees tú?

Capítulo 26

—Antes sí —contestó Duncan—. Ahora no estoy tan seguro.

Elise se apoyó en el respaldo del sofá con gesto de desánimo.

—Yo tampoco estoy segura de seguir creyendo en ellos. Me parece que era terriblemente ingenua, quizás estúpida. —Sonrió, pero era una sonrisa de desprecio por sí misma—. Igual había visto más películas de la cuenta. Mi plan consistía en casarme con Cato para así reunir pruebas contra él que pudiera poner en manos de las autoridades. Habría sido condenado y enviado a la cárcel.

»Así me habría vengado por lo de Chet, y la carrera criminal de Cato habría tocado a su fin. Ya no seguiría tomando el pelo a los ciudadanos confiados que lo votaron para que ocupara su cargo. —Respiró hondo y expulsó el aire lentamente—. Entonces empezaría de nuevo. Borrón y cuenta nueva. Comenzaría otra vida a partir de cero. —Lanzó una triste risa—. Pero no tenía planeado todo esto. No tenía un plan de emergencia previsto por si él se enteraba de mis intenciones antes de que pudiera poner en evidencia sus delitos. —Volvió la cabeza hacia Duncan y le preguntó—: ¿Cómo va a acabar todo esto?

—Todavía no lo sé. No tenemos pruebas. Nada salvo tu palabra, y no es suficiente.

—Eso ya lo sé. Además, estoy oficialmente muerta.

—Lo estarás de verdad si Savich o Laird averiguan que sigues viva —le recordó Duncan—. No puedo ocultarte y protegerte por siempre jamás.

—¿Y la carta de Chet?

Duncan frunció el ceño.

—Sigue siendo dudosa. Deja mucho margen para las maniobras de un buen abogado defensor.

—Entonces ¿qué vamos a hacer?

—En primer lugar, tenemos que averiguar qué casos desestimó Laird para favorecer a Savich. Los números de caso, quién era el delincuente, de qué se le acusaba. Eso requerirá investigar; una investigación delicada, porque no podemos delatarnos mientras la llevamos a cabo.

»También tenemos que dar con más chivos expiatorios, como Chet. Si encontramos a alguien que lleve pudriéndose en la cárcel el tiempo suficiente, más amargado cada día que pasa, es posible que esté dispuesto a pactar con nosotros a cambio de una reducción de condena, quizás incluso por la pena cumplida en prisión, pero con protección. Pero eso ya lo hemos intentado en otras ocasiones.

—Y mueren.

—Y mueren. —Duncan se puso en pie y empezó a caminar arriba y abajo—. Has dicho que no había papeleo, ni registros de llamadas, recibos, cheques cancelados,

libretas de depósitos.

Ella negaba con la cabeza.

—Hay una caja fuerte en el despacho, pero Cato no llegó a facilitarme la combinación.

—Accederemos a la caja si obtenemos una orden de registro, pero para conseguirla tenemos que alegar una causa probable. ¿Qué hay de su despacho en el palacio de justicia?

—No se atrevería a guardar un registro de transacciones como éstas en su despacho, ¿verdad? —dijo Elise.

—Lo dudo. Además, seguimos necesitando una orden de registro. —Duncan se dio un puñetazo en la palma abierta—. ¿Cómo le paga Savich?

—Yo diría que Cato tiene una cuenta en algún lugar del extranjero. Las Islas Caimán, tal vez. Fuimos de viaje una vez.

—Probablemente tienes razón, pero para indagar en esos archivos hace falta implicar a los federales, toda clase de gestiones y trámites... —Se interrumpió a mitad de frase.

—¿Qué?

—Trámites legales —dijo Duncan, ausente—. Tengo que seguir dándole vueltas.

—Vale, yo preparo la comida. Tú dedícate a pensar.

Lo intentó, pero le resultaba difícil concentrarse mientras ella trasteaba en la cocina. Estaba sentado a la mesa, con un cuaderno delante de sí, el boli listo para tomar notas, pero se distraía con facilidad.

Elise se ponía de puntillas para coger algo del estante superior, se le levantaba la camiseta y quedaba a la vista una franja de piel.

Elise se inclinaba para sacar un escurridor de uno de los armarios inferiores.

Los pechos de Elise a la altura de sus ojos cuando pasaba por delante.

Su frustración creció proporcionalmente a su distracción, y eso lo puso de mal humor. Al final, renunció a sus planes de trabajo y empezó a poner la mesa. Ella sirvió la comida. Debía de haber advertido el estado de ánimo sombrío que se había adueñado de Duncan, porque no inició ninguna conversación. Comieron prácticamente en silencio.

Al cabo, ella dijo:

—Qué camarones tan buenos.

—Recién descargados del barco —explicó él.

—¿Quieres más pan francés?

—No, gracias.

—¿Ensalada?

—Estoy bien, Elise.

—¿Seguro?

Lanzó una cascara de camarón al plato en el centro de la mesa, que ahora rebosaba de ellas, y se metió la pulpa en la boca.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

—No lo sé. Estás muy callado.

—Estoy pensando.

—Ah. —Elise arrancó una servilleta de papel del rollo que había traído a la mesa y se limpió las manos—. Antes le estaba dando vueltas.

—¿A qué?

—Estaba dándole vueltas a que si hubiera ido a la policía con la carta de Chet en cuanto la recibí, tú y yo nos habríamos conocido entonces.

—Pero no fuiste, ¿verdad? —Duncan arrancó a su vez una servilleta de papel y se limpió la boca—. En vez de eso, te hiciste coleguita de Savich y te encamaste con Cato.

Elise lo miró como si la hubiera abofeteado, pero una vez recuperada del dolor inicial, se enfureció.

—Así es.

—Sí, sí, hiciste lo que tenías que hacer. Utilizaste lo que estaba a tu alcance. Y todos sabemos lo que es. Primero lo utilizaste con Cato Laird, luego conmigo. Probablemente también con Savich, aunque lo hayas negado. Dispones de un auténtico amuleto que funciona una y otra vez, ¿verdad?

Elise echó la silla hacia atrás arrastrándola por el suelo.

—Qué cabrón puedes llegar a ser, Duncan.

Él se levantó con la misma premura.

—Pero al menos no soy... —Se interrumpió antes de decirlo, pero la palabra sin pronunciar quedó suspendida en el aire, atrapada en la tensión entre uno y otro.

—Ahora no te echas atrás, Duncan. Dilo. «Al menos no soy una... puta».

Recogió su servicio de mesa y lo llevó a la encimera para echar los desperdicios a la basura y depositar lo demás en el fregadero con un estrépito. Él hizo lo propio. Tuvieron buen cuidado de no tocarse ni mirarse siquiera.

Para cuando acabaron de limpiar, Duncan ya lamentaba lo que había dicho. Dobló cuidadosamente el trapo de secar y durante unos densos segundos observó las rayas de color desvaído entretejidas en la muselina, maldiciéndose en silencio por ser un hijo de puta y un hipócrita.

Se volvió hacia ella y le dijo:

—Estoy cansado. Estoy preocupado. La tensión me ha afectado. No lo he dicho de corazón.

—Claro que sí.

—Elise.

Ella se apartó de la mano que le tendía.

—No quiero hablar más del asunto. Estoy harta, de todo.

Su semblante era la máscara serena e impenetrable que le había mostrado en la gala. Sin la animación ni la emoción para una película romántica y sentimental. Sin esperanza de un final feliz.

Sin decir más, Elise se fue al dormitorio y cerró firmemente la puerta a su espalda.

Duncan despertó con un piar de pájaros cercano. Todavía era temprano. El sol no había salido del todo. Rara vez se despertaba a tiempo para ver un amanecer, pero se había acostado mucho antes de lo habitual. Tras luchar a brazo partido con sus pensamientos confusos y sus emociones enfrentadas, se había dado por vencido y había cerrado los ojos. Eso era lo último que recordaba. Había dormido profundamente y sin soñar.

Apartó de un tirón el fino edredón y se levantó, estirándose para desentumecer los músculos. Pensó en ir a correr un rato mientras aún hacía una temperatura razonable, pero decidió que todavía no estaba bastante despierto. Podía esperar un rato y luego ponerse en marcha. Después de que se hubiera levantado Elise.

La puerta del dormitorio estaba cerrada, tal como había permanecido desde que la cruzara anoche.

Duncan se puso los vaqueros, fue al cuarto de baño y tuvo cuidado de no dejar la tapa levantada. Se preguntó qué hacía la gente a esas horas de la mañana si no habían ido a trabajar ni estaban haciendo ejercicio. ¿Leer el periódico? ¿Ver los programas de entrevistas matinales? No tenía el periódico ni quería molestar a Elise encendiendo la tele.

Café. Prepararía café y no lo cargaría más de la cuenta.

Pero cuando ya había empezado, las manos se le quedaron quietas. Miró por la ventana sobre el fregadero. El agua estaba en calma esa mañana, casi como si fuera cristal, tranquila salvo por la pequeña estela de un único barco de pesca.

¿Por qué se había enfurecido tanto con ella anoche? Si Elise hubiera tenido éxito a la hora de recabar pruebas contra Laird y Savich, ¿se habría portado como un gilipollas y la habría condenado tal como había hecho? ¿O estaría alabando su valentía y felicitándola por sacrificar hasta tal extremo su felicidad?

¿La estaba culpando por fracasar precisamente en aquello que él no había logrado? Con toda su preparación y una titulación superior, con el apoyo de la policía, él tampoco había conseguido llevar a esos criminales ante la justicia.

Y no había renunciado a su vida privada para hacerlo. Elise, sí.

Pero, más que furioso, Duncan estaba celoso. En realidad se reducía a eso. Se había enfurecido porque no soportaba la idea de que Elise estuviera con Cato Laird, con ningún hombre, salvo él mismo.

No pensó en ello, sino que se limitó a dejar el filtro de papel y el recipiente vacío en la encimera y se dirigió hacia la puerta del dormitorio para abrirla sin vacilar.

Elise estaba tendida de espaldas a él. Cuando chirrió la bisagra de la puerta, levantó la cabeza de la almohada, se tumbó boca arriba y miró hacia la puerta. Al verlo, se recostó sobre los codos.

—¿Ocurre algo?

—No.

Elise desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Qué hora es?

—Aún no ha salido del todo el sol.

—Ah.

Y entonces todo quedó en silencio salvo por su respiración mientras se miraban a la luz tenue de la habitación. Duncan se llegó hasta el borde de la cama. Ella, vestida con el pijama que había comprado la víspera, olía a calor y sueño. Bajo la fina camisa sus pechos se intuían tersos.

Con la voz convertida en un suspiro áspero, Duncan dijo:

—¿Lo fingiste?

Durante unos momentos, ella lo miró entre perpleja y aturdida, y luego su mirada se aclaró al entender la pregunta.

—Sí.

A Duncan se le desplomó el ánimo.

—Todas y cada una de las veces durante mi matrimonio. —Meneó la cabeza levemente y añadió con voz ronca—: Pero no contigo.

Duncan tomó una bocanada de aire profunda y reconstituyente. Sin apartar sus ojos de los de ella ni un instante, se desabrochó los vaqueros y se los quitó; luego se quitó los calzoncillos. Retiró la fina manta y se tumbó a su lado en la cama, tendiéndose sobre ella para cogerle la cabeza entre las manos.

Bajó la frente a la altura de la suya y la dejó allí apoyada, inhalando su aroma.

—Estás casada con él.

—Legalmente, pero no soy su mujer.

Ella ladeó la cabeza y colocó la boca de manera que rozara la de él en un gesto tímido. Duncan profirió un sonido inarticulado de rendición y se sumió en el beso. Enterró los dedos en el cabello corto de Elise, pero su pasión era tierna, no turbulenta.

Se besaron durante largo rato, a veces con besos profundos, húmedos y sexuales, a veces rozándose apenas los labios. Al cabo, él levantó la cabeza y la miró a la cara, ahora arrebolada por efecto de algo más que el sueño.

—Déjame... —Lo apartó para poder quitarse la camisa y los pantalones a juego, y luego volvió a colocarlo sobre su cuerpo.

Piel con piel, suspiraron de placer mientras la boca de Duncan se fundía con la de ella una vez más.

Tenía el sexo duro contra su entrepierna, y para cuando terminó el largo beso, ya estaban impacientes, anhelando más. Duncan se levantó sobre los brazos para poder contemplarla: era una ensoñación. Le pasó las yemas de los dedos por entre el vello púbico, las paseó por su ombligo plano y luego ascendió hasta los alrededores de sus pechos antes de centrarse en uno de ellos.

Le dio nueva forma con suavidad, luego se metió el pezón en la boca y le hizo el

amor. Ella cubrió la mano de Duncan con la suya en un gesto oferente mientras su otra mano le rodeaba la nuca y lo mantenía cerca de ella. Sus gemidos lo guiaban, sus suaves quejidos le daban a entender lo que le gustaba, y averiguó a qué respondía mejor cuando levantó las caderas de la cama y jadeó su nombre.

Él descendió besándole el torso y acarició con los labios el delta entre sus muslos. Deslizándose las manos bajo sus caderas, la hizo alzarse hacia su cara y se zambulló en el terso vello. Pronunció su nombre, el nombre de Dios, palabras cariñosas, maldiciones.

Al final, con los labios húmedos de ella, se situó encima de su cuerpo y la besó en la boca mientras deslizaba el pene bien adentro.

Creía que lo recordaba, pero no era así. Era mucho mejor que sus recuerdos. Ella lo envolvió como un guante desde la punta hasta la raíz. Acogedora y cálida. Mujer. Elise.

Cuando Duncan empezó a moverse, llevó uno de los muslos de Elise hasta su pecho para incrementar la fricción y el placer de ella. Con las yemas de los dedos, Elise le acariciaba la zona lumbar, descendía hacia las nalgas, flirteaba con su hendidura, volviéndolo loco.

Sus embestidas se hicieron más rápidas, más profundas. Quería contenerse, hacerlo durar, pero el clímax le estaba sobreviniendo. Deslizó la mano entre sus cuerpos y la acarició con la yema del dedo en círculos tensos y húmedos.

Elise arqueó el cuerpo, gritó su nombre y se aferró a él.

Duncan se vació en su interior, pensando: «¿Cómo iba a estar mal algo que siento tan acertado, tan perfecto?»

Estaban tumbados cara a cara, sus cabezas compartiendo la almohada. Su pene estaba lánguido en la mano de Elise, pero cada vez que le rozaba el glande con el pulgar, hacía que le recorriera el cuerpo entero un escalofrío de placer.

—Ya no podía seguir luchando contra ello —dijo él.

Elise lo miró un poco apenada.

—¿Lo lamentarás?

La abrazó con más fuerza y susurró contra su cabello:

—No. No. Da igual lo que ocurra, nunca lo lamentaré.

Se besaron. Al separarse uno de otro, Duncan dijo en tono irónico:

—Vaya morro he tenido al venir a tu habitación esta mañana después de lo que te dije anoche. ¿Por qué no me has dicho que me fuera al carajo y te dejara en paz?

—Porque podrías haberme hecho caso —contestó ella.

—¿No querías que me fuera al carajo y te dejara en paz?

—Descaradamente, no.

Cruzaron sonrisas cariñosas. Él tenía la mano entre los muslos de Elise, y la oprimió suavemente.

—No se trata sólo de esto, Elise.

—¿No?

Duncan movió la cabeza en sentido negativo.

—Quizá la primera vez que te vi, sí, pero incluso después de descubrir quién eras, y de pensar que probablemente no volvería a verte después de la gala, seguí pensando en ti. Me perseguía tu recuerdo. La noche que murió Trotter, entendí por qué, y era algo más de lo que saltaba a la vista. Se te veía... solitaria. Aislada. Triste.

»Allí estabas, una mujer rica y ociosa, con un marido atractivo y prestigioso que adoraba la tierra que pisabas. No acababa de entender por qué se te veía tan triste y... Vaya, acabo de dar con la palabra correcta: asustada. Se te veía asustada. Y aunque estaba investigándote por un supuesto delito, mi primer instinto fue ayudarte.

Elise le tocó la mejilla.

—La verdad es que no parecía que quisieras ayudarme cuando fui a tu casa aquella mañana.

—Tenía miedo.

—¿De mí?

—Miedo a lo grande. Porque, a pesar de mi pose de rectitud moral, también te deseaba desnuda, como ahora. No te rías. Es un conflicto grave para un poli.

—Sólo sonrío porque me alegra que me desees desnuda, como ahora. —Elise sonrió levemente—. Pero no me tomo a la ligera el conflicto. En realidad, el conflicto da la medida del hombre que eres. Si no hubieras tenido un conflicto con respecto a mí, no me habría enamorado de ti.

Duncan levantó la cabeza varios centímetros en un ademán involuntario y la miró con una pregunta que no llegó a formular. Ella asintió. Y continuó:

—Ya te lo dije aquella noche en la casa vieja. ¿No estabas escuchando?

—Te escuchaba. Creía que hablabas en general.

—No —dijo ella—. Fuiste una sorpresa para mí igual que yo para ti, Duncan. Pensaba que los años pasados con Cato habían destruido esa parte de mí. Creía que nunca me sentiría atraída por otro hombre. Entonces me hablaste en la gala, y me dejaste sin aliento.

—¿Te dejé sin aliento? ¿De verdad? —preguntó Duncan.

—Ajá. Y me has dejado sin aliento cada vez que te he visto desde entonces. Estaba desesperada porque me ayudaras, Duncan, pero también estaba desesperada por estar contigo. —Se inclinó sobre él y le besó el pecho, le dio un mordisco cariñoso en el pectoral y luego le hizo algo increíble en la tetilla con la lengua.

A él se le puso dura en la mano de Elise, pero se apartó de ella.

—No podemos —dijo con la voz quebrada—. Llevamos dos tantos en contra en el asunto del sexo seguro, y no tengo nada que ponerme.

Como una nube que se cruzara delante del sol, la tristeza hizo menguar la luz que brillaba en los ojos de Elise.

—No importa. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Cato me dejó bien claro que

no quería hijos. Insistió en que me hiciera una ligadura de trompas cuando nos casamos.

Duncan se quedó perfectamente quieto, asimilando sus palabras.

—No quería hijos...

—Accedí porque yo, desde luego, no quería un hijo suyo. No pensé más allá de vengarme por lo de Chet. Me pareció que no tener hijos era un sacrificio menor. —Se le escapó una lágrima por el rabillo del ojo y le resbaló mejilla abajo. Llevó una mano a los labios de Duncan—. Es posible que me equivocara.

Duncan la abrazó con fuerza. Mientras la acunaba y hundía el rostro de Elise en su cuello, se le pasó por la cabeza que quizás aún tuviera que matar a Cato Laird.

Al reconocer la complicada pieza clásica que estaba interpretando al piano, Elise sonrió antes incluso de abrir los ojos. No tocaba «a veces», como le había dicho. Si interpretaba a Mozart con semejante destreza, debía de tocar a menudo. ¿Qué otras cosas ignoraba acerca de Duncan Hatcher?

Sabía que era un amante excelente. Le dolía todo el cuerpo, pero era un dolor delicioso. Habían hecho el amor durante horas, separándose únicamente para hacer sus necesidades y en una ocasión para tomar un vaso de agua con hielo, que habían bebido únicamente para recuperar fuerzas antes de volver a abandonarse al placer.

También había habido largos interludios de charla, trufada en cierta medida de la guasa desenfadada de los amantes. Habían intercambiado información, esos datos iniciales sobre el otro que a los nuevos amantes les fascinan.

Sin embargo, en buena parte su conversación había sido mucho más seria. A ella le resultaba molesto cada vez que se pronunciaba el nombre de Cato, pero entendía la urgencia de Duncan de golpear con fuerza lo antes posible. Él hacía planes. Ella escuchaba, discutía, y llegó a desear en voz alta que sencillamente pudieran marcharse y dejar que Cato y Savich se fueran al diablo.

Pero Duncan no podía desentenderse de sus responsabilidades.

Ella no podía renunciar ahora a su juramento de vengar la muerte de Chet.

Ambos lo sabían, como también estaban al tanto de que tal vez no sobrevivirían al inevitable enfrentamiento final. Ese miedo no lo revelaban de viva voz, pero estaba presente, tan real y poderoso como su deseo. La incertidumbre sobre el futuro incrementaba el fervor de sus relaciones sexuales. Las abordaban con avidez, con su pasión teñida de desesperanza.

Y había otra cosa. Tan grave para ella como el miedo a perder a Duncan era el miedo a que aún albergase dudas acerca de su carácter. En una ocasión en que ella se echó atrás, él parpadeó para volver a verla con claridad, y le dijo, jadeante:

—¿Por qué paras? Bueno, si quieres parar, no pasa nada, pero ¿por qué has empezado si no querías...?

—Sí quería.

—Vale.

Su pregunta quedó en el aire. Elise no se avino a cruzar su mirada con la de él hasta que le apoyó una mano en la cara y la obligó a mirarlo.

—Es por lo que dijiste anoche, Duncan. No quiero que pienses que fue así con él. No era lo mismo.

—Elise —dijo él con un suave gruñido—. Estás aquí, conmigo, ahora. Eso es lo que me importa.

Libre para amarlo tal como quería, Elise lo había hecho. La inundó la calidez al recordar lo sensualmente que había prolongado el placer de Duncan, cómo él había gemido su nombre mientras sostenía su cabeza entre las manos, lo henchido y rígido que se había puesto antes de que su boca lo llevara hasta el límite y se corriera.

Entonces Duncan la había hecho acurrucarse contra su cuerpo, su espalda contra el pecho de él.

—Descansa —le sugirió con voz soñolienta, y, rodeándola con un brazo, le cubrió el pecho. Permanecieron tumbados en silencio un rato, y luego él le acarició distraídamente el pezón con las yemas de los dedos.

—¿Cómo quieres que descanse si sigues haciendo eso?

—Perdona —dijo Duncan, pero su mano siguió descendiendo hacia la cadera, acarició sus muslos, se introdujo entre éstos.

Cuando le metió los dedos, ella suspiró y pronunció su nombre.

—Calla, calla —susurró él—. Puedes dormirte si lo intentas.

Lo intentó, durante unos sesenta segundos, y luego dijo:

—Deja quieto el pulgar.

—Bueno...

Pero, naturalmente, no lo había hecho y poco después ella tenía firmemente sujeta su mano entre las piernas, presa de un orgasmo como de ensueño, pero también absorbente por completo.

La risilla de Duncan era lo último que recordaba antes de caer dormida.

Se preguntó cuánto habría dormido. Volviendo la vista hacia la ventana, supuso por la posición del sol que debía de ser media tarde. Cuando se levantó de la cama, Duncan acababa la *Sonata en Do Mayor* de Mozart y empezó a tocar otra pieza clásica.

Tras los primeros compases, ella identificó la melodía y el corazón se le quedó en un puño. Se puso el pijama a toda prisa y fue hasta la puerta del dormitorio, donde se quedó contemplándolo mientras sus manos se movían con fluidez por encima de las teclas, sin saltarse una sola nota, tocando con la misma intensidad con que hacía el amor.

Se llegó a su lado y le pasó los dedos por entre el cabello. Duncan volvió la cabeza y le sonrió, pero continuó tocando.

—*Para Elisa...*, *Für Elise* —dijo ella.

—*Für Elise*.

Continuó hacia el *crescendo*, los brazos y los hombros tan implicados como las manos, y dejó que el tempo y el volumen fueran deslizándose cuesta abajo hacia las conmovedoras notas finales. Retiró las manos de las teclas y el pie del pedal. Cuando se apagó la última reverberación, pasó la pierna derecha por encima del breve taburete para quedar sentado a horcajadas y puso las manos en las caderas de Elise para atraerla hacia sí.

—Qué hermosura, Duncan.

—No —dijo él, acercando la boca a la hendidura entre sus pechos—. Qué hermosura Elise.

—¡Hijo de puta embustero!

Ambos volvieron la mirada hacia la voz repentina e inesperada.

Dee Dee Bowen estaba en el umbral de la entrada, fusilándolos con la mirada. Furiosa, propinó un taconazo a la puerta, que se cerró de golpe a su espalda.

—¡Sí!... Sí que tocas el piano.

Capítulo 27

—Por lo visto, tus talentos también incluyen la resurrección de los muertos.

El piano les había impedido oír acercarse el coche y los pasos de Dee Dee en las escaleras. Tampoco tenía mayor importancia: habría sido una escenita desagradable de todas maneras, pero al menos si Duncan hubiera estado al tanto de su llegada, habría dispuesto de unos segundos para fortalecer el ánimo ante la inevitable tormenta. Habría tenido tiempo de ponerse los pantalones. Tal como estaban las cosas, lo habían pillado en calzoncillos, y podía considerarse afortunado.

Elise se fue sigilosamente al cuarto de baño y cerró la puerta. Dee Dee la siguió con la mirada y luego sus ojos iracundos volvieron a posarse en él.

—¿Cuánto hace que sabes que está viva? ¿Desde la noche de su desaparición?

—Desde anteanoche. —Con la intención de apaciguarla, le explicó con detalle cómo se había encontrado a Elise en su dormitorio después de que Dee Dee lo hubiera llevado a casa desde Smitty's—. La tenía encañonada, Dee Dee, convencido de todo lo que tú estás pensando ahora. Entonces me llamó Gerard y me dijo que el juez Laird había identificado su cadáver en el depósito sin género de dudas.

Elise volvió a aparecer, vestida. Le pasó sus vaqueros y él se lo agradeció mientras se los ponía.

—Para hacer algo así, Laird tiene que estar jugando sucio —continuó Duncan.

—Estaba abrumado, destrozado —replicó Dee Dee—. En su angustia, cometió un error.

—No cometió ningún error.

—El historial dental...

—Coincidió con la dentadura del cadáver. Es posible que las radiografías estuvieran a nombre de Elise, pero no eran las tuyas —dijo Duncan.

Dee Dee lo rumió mientras miraba a Elise de arriba abajo.

—Tiene un aspecto de lo más saludable para alguien que supuestamente está muerto.

—Cualquiera diría que preferiría que lo estuviera.

A Dee Dee le subió el color a las mejillas.

—Lo que pasa es que no me gusta que me tomen el pelo. Y antes de que a Duncan se le ablandaran los sesos y se le endureciera la entrepierna, por usted, a él tampoco le gustaba que le tomaran el pelo.

—Ya está bien, Dee Dee —le advirtió él.

—Ni de lejos —respondió ella—. Quiero saber qué cono está ocurriendo, o voy a llamar a Gerard para ponerlo al tanto de vuestro juegucillo, sea cual sea.

—Te lo explicaré todo si te calmas, te sientas y escuchas.

Con gesto rebelde, Dee Dee se fue pisando fuerte hasta el sofá y se dejó caer en

él. Duncan acercó a ella un sillón y Elise tomó asiento en el taburete del piano.

Duncan empezó por preguntarle a Dee Dee cómo lo había encontrado.

—Si nos has encontrado, también pueden encontrarnos otros —concluyó.

—He llamado a tu madre.

—¿A mi madre?

—Le dije que te habías ido de juerga unos días tras el fiasco de Laird, del que tenía noticia por la prensa. Y no es que ella ni nadie más esté al tanto del alcance del asunto —añadió Dee Dee, y lanzó una mirada hostil a Elise—. Le dije que había surgido algo importante y que necesitaba verte, le conté que no podía localizarte por el móvil, y le pregunté si tenía idea de adonde podías haber ido a tomártelo con calma.

»Me dio el número de teléfono de esta casa, pero no obtenía contestación. Volví a llamarla, y a esas alturas ya estaba preocupada por ti. Me facilitó las señas y yo me ofrecí a venir a echar un vistazo.

—Podrías haber seguido llamando a mi móvil.

—No hacías caso de las llamadas.

—Habría acabado por llamarte —admitió Duncan.

Dee Dee miró de soslayo hacia el dormitorio y luego posó en él sus ojos con acritud.

—Cuando tuvieras un momento libre.

Duncan hizo caso omiso del comentario y preguntó:

—¿Es que ha surgido algo importante?

Dee Dee sacó una carpeta del enorme bolso que llevaba y se la pasó a Duncan.

—Tus presentimientos de ayer eran acertados, Duncan.

Elise reaccionó sorprendida.

—¿De ayer? ¿Qué presentimientos? ¿Eso hiciste? ¿Hablaste con ella? Me dijiste que le habías dejado un mensaje en el buzón de voz.

—Una mentirijilla —reconoció él, incómodo, y luego le dijo a Dee Dee—: ¿La secretaria de Napoli?

—Soltó el premio gordo igual que una tragaperras. Recordaba con toda claridad haber enviado un sobre a Savich por correo certificado. Incluso me facilitó el justificante, firmado por el secretario de Savich. ¿El tipo del peinado perfecto y las pestañas postizas? Sea como sea, Napoli le dio a su secretaria el sobre sellado y listo para enviar; pero ella estaba convencida de que contenía fotos.

—Déjame que lo adivine —dijo Duncan, vuelto hacia Elise—. Las fotos en las que aparecáis tú y Savich. Las mismas que envió a Cato. Jugando a dos cartas, como siempre, salvo que cabreó a Savich lo suficiente como para que lo matara.

Dee Dee dio un salto como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Cómo dices?

Duncan se volvió de nuevo hacia Elise:

—Cuéntaselo.

Elise ofreció a Dee Dee un relato detallado pero conciso de lo que había ocurrido en el puente de Talmadge, incluido el asesinato de Napoli a manos de Savich que había presenciado. Cuando acabó, Dee Dee miró a Duncan.

—¿Te lo crees?

—Ahora sé que Napoli era lo bastante estúpido para intentar hacerle chantaje a Savich.

Con aire entre ofendido y perplejo, Elise dijo:

—¿No lo creías hasta ahora? ¿No te fiabas de mi palabra?

Duncan no tuvo ocasión de entrar en eso antes de que Dee Dee dijera:

—Hay más. Sugeriste que comprobara los antecedentes de los hombres contra los que sabemos que actuó Savich. Un montón de trabajo para mantenerme ocupada, qué duda cabe. Pero resulta que no ha sido una pérdida de tiempo. —Hizo una pausa y adoptó una expresión taimada—. ¿Adivina quién está emparentada con Chet Rollins?

—Elise es su hermanastra.

El que Duncan estuviera al tanto del dato restó cierta insolencia a la pose de Dee Dee, pero no hizo sino agravar la animosidad con que miraba a Elise.

—Te oyó pedirme que comprobara los antecedentes de Rollins, así que, para cubrirse las espaldas, te lo contó antes de que yo lo averiguara.

—En realidad, Elise no oyó mi conversación contigo en absoluto.

—¿Por qué le pediste que hiciera algo semejante? —preguntó Elise, alzando la voz—. ¿Por qué, Duncan? A menos que... —Su perplejidad se convirtió en ira—. Querías asegurarte de que te estaba diciendo la verdad —lo acusó—. Es eso, ¿verdad? Después de todo, sigues sin confiar en mí.

—Por qué será... —murmuró Dee Dee en tono sarcástico.

—Ponte en mi lugar, Elise —dijo él—. Tenía que asegurarme.

Cruzaron una larga mirada que él fue el primero en apartar para volver a centrarse en Dee Dee:

—¿Qué más has averiguado?

Ella levantó la barbilla en dirección a Elise.

—Ésa y Savich se conocen desde hace mucho tiempo. Ya eran amigos íntimos antes de que se casara con el juez.

—No éramos amigos íntimos.

—He visto las fotos —respondió Dee Dee, peleona—. Las fotos por las que mató a Napoli.

—A Napoli lo mató Savich —dijo Elise.

—Qué oportuno cargarle el muerto a un criminal de renombre —dijo Dee Dee, que se puso en pie—. No me creo la historia del puente, como tampoco me creo lo de que le disparara a Gary Ray Trotter en defensa propia.

—Es cierto, Dee Dee.

La detective se volvió hacia Duncan.

—¿Cómo puedes...?

—Siéntate.

—Ella...

—¡Siéntate! —Duncan aguardó a que estuviera sentada de nuevo y en silencio, aunque todavía hecha una furia—. Trotter no fue aquella noche a robar la casa. Fue a matar a Elise. Había sido contratado para matarla. Lo había contratado su marido.

Con evidente consternación, Dee Dee columpió la mirada de Duncan a Elise y luego de nuevo hacia Duncan.

Aprovechándose de que se había quedado momentáneamente muda, éste le dijo:

—¿Recuerdas cómo la noche del Smitty's te conté que, al principio de la investigación, Elise había acudido a mí con una historia que no creí?

—¿Ésa es la historia? —preguntó Dee Dee, con un bufido de incredulidad—. ¿El juez contrató a Trotter para que matase a la preciosa mujer de la que estaba enamorado y alardeaba? ¿Cuántas mamadas te hizo antes de que empezaras a creértelo?

Duncan oyó el grito ahogado de ultraje que profería Elise, pero siguió mirando fijamente a Dee Dee. Con más comedimiento del que era consciente de poseer, y del que se merecía su compañera, dijo:

—¿Quieres oírlo o no? Si quieres, pídele disculpas a Elise. Si no, ahí está la puerta, y ya me buscaré otro compañero.

—¿Compañero? Si te pones de su parte, tendrás suerte si encuentras otro empleo.

Duncan se levantó.

—Ya puedes largarte.

—Vale, vale —cedió Dee Dee—. Quiero oír la historia.

El detective la miró para recordarle la condición previa a oírla, y Dee Dee lanzó un suspiro y miró a Elise para mascullar una disculpa entre dientes.

Duncan volvió al sillón y empezó a hablar. Les llevó media hora a él y a Elise explicárselo todo. Dee Dee les hizo preguntas una y otra vez, preguntas que Duncan esperaba porque ya se las había planteado a sí mismo.

—¿Quién era la muerta del depósito? —preguntó Dee Dee.

—Yo diría que era Lucille Jones —respondió Duncan—. Tenía una altura y un peso similares. Sobre el papel, su descripción física y la de Elise habrían sido intercambiables. Savich tenía que librarse de ella. Laird necesitaba un cadáver para poder cerrar el caso. Savich lo puso al tanto de la marca de nacimiento característica. Lo único que tenía que hacer era fingir reconocerla..., y nadie se lo discutiría.

«Salvo tú». Eso daba a entender la mirada de Dee Dee, pero no lo dijo de viva voz.

—Continúa...

—Transcurridos unos días de la desaparición de Elise, al no aparecer su cadáver, el juez Laird y Savich debieron de ponerse nerviosos. Savich piensa: vaya suerte. Tengo en mis manos a una mujer cuya muerte podría servirme para dos fines distintos. Así que ahogó a Lucille Jones en el río, probablemente lastrada para que no

la encontrarán en varios días, y cuando por fin dieran con ella, fuera un amasijo imposible de identificar salvo por la marca de nacimiento y el historial dental.

—ADN.

—Bien pudo guardar unas hebras de pelo para que Cato Laird se las facilitara a Dothan asegurándole que eran del peine de su mujer. Elise se había ido de casa esa noche sin ninguna joya, lo que suponía otro golpe de suerte para ellos: menos detalles de los que preocuparse.

—¿Y su ropa?

—Elise vestía una camiseta y una falda que el juez le había llevado a casa esa misma noche como regalo. Obtuvieron un conjunto igual. Quizás incluso hicieron que Lucille Jones se lo comprara ella misma.

—¿Y en el caso de que Napoli hubiera tirado a la señora Laird al río, o de que hubiera saltado? ¿No temían que saliesen a flote dos cadáveres?

—Laird reclamaría el que primero apareciese, de manera que cerráramos el caso. Después, si salía a la superficie el segundo cadáver, sería el de la prostituta drogadicta Lucille Jones. O Elise habría pasado a ser un cadáver sin identificar. En cualquier caso, nadie estaría buscando a Elise Laird, la esposa del juez. Ella estaría muerta, identificada sin lugar a dudas por su marido y su historial dental, y probablemente incinerada.

Dee Dee se mordisqueó la cara interna de la mejilla, contemplándolos alternativamente mientras intentaba asimilar tanto los hechos como las hipótesis. Centrándose en Elise, dijo:

—Se convirtió en su esposa con la esperanza de encontrar pruebas que pudiera presentar ante la Fiscalía y así poner en evidencia a su marido y a Savich. ¿Es ése el meollo del asunto?

—Sí.

—Entonces ¿dónde están las pruebas? —preguntó Dee Dee.

—Si las tuviera, Cato estaría en la cárcel. No habría ocurrido nada de esto.

Dee Dee la miró con incredulidad.

—¿Está diciendo que, después de casi tres años de convivencia con ese hombre, no ha obtenido ni un pedazo de papel, una conversación grabada, nada?

—Si tuviera algo, no habría seguido con él.

—Sí. En qué antro la obligaba a vivir. No me extraña que lo detestara.

Elise se levantó del taburete del piano y la fulminó con la mirada.

—Odio a Cato Laird. Hizo que mataran a mi hermano sin pensárselo dos veces, como quien mata una mosca. Y he tenido que acostarme con él, fingir que hacía el amor, durante años —dijo con voz trémula—. Pero estaba dispuesta a hacerlo si, al final, conseguía que Cato pagase por todo.

—Vale, vale, lo entiendo —aseguró Dee Dee—. Pero deje que le haga otra pregunta. ¿Por qué se molestó su marido en contratar a Napoli? Si no quería tomarse la molestia de matarla con sus propias manos, ¿por qué no se limitó a pedirle a su

colega Savich que lo hiciera?

—Yo también le he estado dando vueltas —reconoció Duncan—. Savich habría sido más expeditivo y meticulado. Pero con el cadáver de Elise aún caliente, Meyer Napoli habría salido de su madriguera blandiendo las fotos de Elise y Savich ante todos y cada uno de los periodistas de la costa este.

»Se habría ido de la lengua sobre su relación con Coleman Greer, sobre cómo Cato lo contrató para que la siguiera. Cato habría sido investigado y se habría visto obligado a responder por todo ello. Y lo mismo Savich. Pero sirviéndose de Napoli, Cato lo dispuso todo para quedar como parte agraviada. Se libró de Elise así como de quien lo chantajeaba.

Dee Dee se llevó la mano a la frente para darse un masaje.

—De acuerdo, ya me hago una idea general, pero ¿dónde nos deja todo eso?

Duncan asintió en dirección a Elise.

—Tenemos una testigo presencial del asesinato de Napoli.

—Venga ya, Duncan. No es una testigo creíble.

—Tenemos el justificante del sobre que Napoli envió certificado a Savich. Eso constituye una conexión directa.

—Aun así, no sitúa a Savich en el puente aquella noche. Y tenemos aún menos contra el juez Laird. De hecho, no tenemos prueba alguna de su culpabilidad en ningún delito a excepción de equivocarse a la hora de identificar un cadáver, lo que podría achacarse a la confusión provocada por un tremendo pesar, y a un error por parte de la consulta del dentista. —Se volvió hacia Elise y le preguntó—: ¿Cuánto tiempo tiene previsto seguir muerta?

—Hasta que me resulte beneficioso volver a salir a la luz.

—Mientras tanto —le preguntó Dee Dee a Duncan—, ¿vas a quedarte aquí jugando a las casitas con ella?

Su tono de voz le molestó, pero decidió pasarlo por alto para no malgastar tiempo y energía.

—Elise y yo hemos elaborado una docena de planes y los hemos descartado todos.

—¿Has estado hablando de estrategias policiales con... ella?

Haciendo caso omiso del desaire, Elise dijo:

—He llegado a pensar que no encontré ninguna prueba contra Cato sencillamente porque no las hay.

—¿Crees que es Savich quien lleva sus cuentas? —le preguntó Duncan.

Ella se encogió de hombros, pero Duncan sintió una punzada familiar en las entrañas que le decía que tal vez Elise no anduviera equivocada. Con el labio cogido entre los dedos, empezó a caminar arriba y abajo.

—Si pillamos a Savich, Laird caerá por su propio peso.

—Y eso ¿por qué? —le preguntó Dee Dee.

—Sí, Duncan, eso ¿por qué? —repitió Elise—. Cato no se viene abajo tan

fácilmente. No va a descuidarse y cometer un error. No lo ha hecho en todo el tiempo que he estado casada con él, y no va a hacerlo ahora.

—Lo cogemos de alguna manera.

—De alguna manera, pero ¿cómo? No lo cogisteis por la muerte de Chet. Se salió con la suya. Y si yo hubiera muerto, en el despacho de mi casa o en el puente, también habría salido impune de mi asesinato. —Dividió una mirada de enojo entre él y Dee Dee—. ¿Verdad?

Ninguno de los dos negó lo que era más que probablemente cierto.

—Habría salido impune —repitió Elise de manera terminante—. Lo sabéis, y yo también lo sé.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Duncan.

—Pero ¿qué?

—Aún no lo sé.

—¿Cuándo? —apremió Elise.

—En cuanto pueda.

—Mientras tanto, ¿tengo que seguir muerta?

—No lo sé, Elise. Estoy dándole vueltas.

—Hay que llevarlo ante la justicia, Duncan.

—Estoy de acuerdo. —Cortó el aire con la mano como si quisiera atajar su siguiente argumento. En voz más queda, dijo—: Pero de los dos peces, Savich es el más gordo. Si conseguimos que el juez nos ayude a atrapar a Savich...

—¿Cómo vas a hacer eso? —De pronto cambió su expresión radicalmente, se apartó de él y dijo—: No me digas que vas a ofrecerle clemencia a Cato a cambio de delatar a Savich, por favor.

Duncan desvió la mirada.

—No creo que tenga que llegar tan lejos.

—No confesará nunca —aseguró ella.

—Le retorceré el brazo para obligarlo. —Duncan esbozó una débil sonrisa, pero a Elise no le hizo gracia—. Mira —dijo, cada vez más impaciente—. Me gustaría sacarle una confesión a puñetazos a ese hijo de puta. Tengo razones más que de sobra para lanzarme encima de él, pero...

—Espero que no lo digas en sentido literal —comentó Dee Dee.

Duncan se volvió de inmediato y le espetó:

—Tú no hace falta que vengas.

—¿Qué pasa? ¿Se ha convertido en un asunto personal? Ya no se trata de hacer que se cumpla la ley, sino de ésa, ¿verdad?

Era la segunda vez que utilizaba el pronombre refiriéndose a Elise, en tono desdeñoso en ambas ocasiones.

—Soy policía —dijo Duncan, tenso—. Cato Laird ha conspirado para que ahogaran a un hombre hasta morir con una pastilla de jabón. Si va a la cárcel, habré cumplido con mi deber, y podré dormir tranquilo.

—Con ella en la cama.

El silencio que se inició a continuación rebosaba furia. Nadie habló durante unos instantes, hasta que Elise dijo:

—No creo que tengas que recurrir a la violencia física con Cato. Cuando me vea viva...

—Tú te quedas aquí.

Ella se volvió hacia Duncan:

—Y un cuerno.

—Tú te quedas aquí, Elise. Oculta, a salvo, hasta que Cato Laird y Savich estén entre rejas.

—Pero...

—Nada de peros —dijo con terquedad—. No puedo encargarme de esto y protegerte al mismo tiempo.

—Tengo que estar presente cuando Cato se dé cuenta de que lo han atrapado —exclamó Elise—. Quiero ver su expresión. He esperado durante años para vengar el asesinato de mi hermano. No pienso renunciar a verlo.

Duncan, testarudo, negó con la cabeza.

—Ya lo disfrutarás en el juicio, te lo prometo, pero por el momento tienes que permanecer en segundo plano y dejarnos llevar el asunto a partir de aquí. —Elise estaba a punto de seguir discutiendo cuando Duncan añadió—: Si te ocurriera algo, estaríamos otra vez con la mierda al cuello, y no les echaríamos el guante a esos cabrones. Eres crucial para nuestro caso contra Savich, e igualmente crucial para el caso contra Laird por la muerte de Chet y todo lo demás. Sigue oculta hasta que llegue el momento de hacerlos caer en la trampa. Lo siento, Elise, pero así tiene que ser.

Dee Dee estaba escuchando en silencio y con evidente satisfacción el cruce de argumentos con Elise. Finalmente, dijo:

—Detesto tener que ser yo quien te recuerde que aún no has tendido ninguna trampa en la que hacerlos caer... No sé, Duncan. No me da buena espina.

Duncan le resumió su plan a Dee Dee, que respondió con una decidida ausencia de entusiasmo:

—Tenemos que dejarnos de sutilezas, Dee Dee. Ayer caí en la cuenta de que no vamos a pillar nunca a estos tipos con métodos estrictamente legales. No podemos ceñirnos a las normas y esperar echarles el guante. Se conocen todos los resquicios del sistema legal, y saben cómo vencerlo. La única posibilidad de atraparlos que tenemos pasa por saltarnos unas cuentas reglas.

—¿Cuáles? —preguntó Dee Dee, preocupada.

—Lo único que digo es... —Dejó la frase en suspenso y no dijo nada más específico—. Vas a tener que dejarme cierto margen. ¿Estás conmigo o no?

—Estoy contigo —afirmó ella, pero con cierta indecisión, y luego—: Claro que estoy contigo.

Duncan miró a Elise y le ofreció una sonrisa cariñosa.

—Seguro que estás de acuerdo en que es lo mejor.

No lo planteó como pregunta, y, de hecho, no le dio otra opción que mostrarse de acuerdo. Tras titubear un buen rato, ella asintió.

Duncan decidió dejarle su coche a Elise.

—Cógelo sólo en caso de necesidad —le advirtió cuando le daba las llaves—. Quédate en casa tanto como te sea posible. Cuando tengas que salir, no llames la atención. No puede verte nadie hasta que haya terminado todo. —Le pasó la mano por el cabello en punta en un gesto afectuoso—. No quiero que me venga nadie con el cuento de que ha visto a Elise Laird, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Volvió a conectar el teléfono de la casa y le dijo que si llamaba él, lo dejaría sonar dos veces, colgaría y luego volvería a llamar enseguida.

—De otro modo, no contestes.

También le dio la pistola de reserva que había escondido encima del armario de chismes.

—Es fácil de usar. —Tras explicarle cuatro cosas sobre el arma, la dejó junto con algo de munición en un lugar accesible.

Cuando por fin llegó el momento de que se fueran Dee Dee y él, la angustia de Elise saltaba a la vista.

—Tengo miedo.

—No te va a pasar nada —dijo Duncan.

—No tengo miedo por mí. Tengo miedo por ti.

—Me andaré con cuidado. —Le pasó las manos por los brazos para tranquilizarla—. Tengo a Dee Dee para cubrirme.

A punto de llorar, Elise susurró:

—Ten cuidado, por favor.

—Te lo prometo. Tú ten cuidado también. No corras ningún riesgo. Ninguno. ¿Lo entiendes, Elise?

—Lo entiendo.

Se aferraron el uno al otro mientras compartían un largo beso de despedida. Cuando por fin se retiró Duncan, le lanzó una mirada rebotante de significado.

—Recuerda todo lo que hemos dicho esta mañana.

—Hasta la última palabra —respondió ella.

Duncan le tocó el labio inferior.

—Hasta pronto. —Luego dio media vuelta y salió por la puerta acompañado de Dee Dee.

Discutieron el plan en el trayecto de regreso a Savannah. Cuando cruzaban el puente de Talmadge y tomaban la dirección del centro urbano, Dee Dee intentó por última vez disuadirlo de que pusiera en marcha su plan de ataque antes de obtener la aprobación del capitán Gerard.

—Es peligroso, Duncan. Es una locura intentar hacerlo solo.

—No estoy solo, te tengo a ti.

—Podríamos incluir a Worley, a un par de agentes que...

—No. Es de mí de quien Laird espera lo peor. Mejor que dé la impresión de que he llegado al límite y se me ha ido la olla, de que estoy fuera de control.

Recorrieron varias manzanas antes de que Dee Dee dijera:

—¿Estás total y absolutamente seguro de que Elise Laird no pergeñó toda esta historia tan complicada y te mató a polvos hasta que la creíste?

Duncan la fulminó con la mirada.

—¿Con qué fin? Tú misma dijiste que tiene un nido de lo más acogedor. ¿Por qué iba a querer destruirlo, a menos que sea verdad todo lo que dice?

—Lo único que digo es que es un poco raro que, en todo el tiempo que ha estado casada con Cato Laird, no haya recogido ni la menor prueba de que es cualquier cosa distinta de un marido entregado, un ciudadano distinguido y un juez honrado.

—Ya obtendremos las pruebas. Tiempo al tiempo, Dee Dee.

—Si tú lo dices...

—Una vez que tengamos a Savich, será fácil.

—La señora Laird... —comenzó a decir Dee Dee.

—No la llames así.

—Ella..., no estaba de acuerdo con tus prioridades.

—Al final, ha accedido. Pasa por mi casa.

—¿Para qué?

—Tengo que cambiarme de ropa. No quiero encontrarme con el juez vestido con vaqueros y camiseta.

—No vamos a «encontrarnos» con él, Duncan, vamos a raptarlo.

Capítulo 28

Cato Laird estaba de tan buen ánimo que le resultaba difícil mantener los hombros caídos y la expresión afligida.

«El trabajo me sirve de tónico», había comentado a quienes se mostraron sorprendidos y preocupados al verlo regresar a su despacho tan poco tiempo después de la tragedia que le había sucedido.

Aducía que, además del efecto terapéutico de sumergirse en el trabajo lo antes posible, tenía una responsabilidad ante los ciudadanos. El sistema penal ya tenía suficientes casos pendientes. No iba a permitir que su tragedia personal supusiera una mayor carga de trabajo a sus colegas.

Bla, bla. La gente se lo tragó.

Cuando salía del Centro Judicial del Condado de Chatham, se despidió con la mano de los agentes de seguridad y, teniendo buen cuidado de que se dieran cuenta, fingió que apenas tenía fuerzas para abrir la pesada puerta de vidrio.

Pero sus pasos eran animados cuando cruzó el aparcamiento. El sol ya estaba bajo, y reparó en lo alta, esbelta e impresionante que era su sombra sobre el pavimento. Entonces se sumó otra sombra a la suya, igual de alta, esbelta e impresionante. Al mismo tiempo, una voz amistosa lo saludó desde atrás.

—Hola, juez.

Se volvió justo en el momento en que Duncan Hatcher lo asía del bíceps con mano firme. El detective sonreía, pero era la sonrisa de un personaje de cómic, la del lobo que no trama nada bueno.

—¿Qué tal le va, señoría?

—Tan bien como cabría esperar, gracias.

—¿Cuándo es el funeral?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, he decidido pasar sin las exequias habituales. Voy a celebrar una pequeña ceremonia privada —dijo el juez.

—¿Va a hacer que sea incinerado el cadáver?

—Su interés es conmovedor, detective, pero, como le decía, prefiero mantener el asunto en privado.

La mueca lupina de Hatcher se esfumó.

—Entre en el coche.

Durante su conversación, Hatcher prácticamente lo había estado arrastrando hacia su sedán Lexus, donde esperaba la detective Bowen con la puerta abierta y el motor en marcha.

—Buenas tardes, juez —dijo Dee Dee.

—¿Han abierto mi coche?

—Forma parte de la ampliación de servicios que ahora ofrece la policía —

contestó ella—. Llevar a los vips a casa tras un duro día de trabajo en la oficina.

—A un juez que se muestra duro con los polis y blando con los delincuentes le corresponde un trato especial —comentó Hatcher.

Cato intentó soltar el brazo que le tenía cogido el detective, a sabiendas de que sería inútil antes incluso de probar. Miró en torno a sí en busca de ayuda, pero el aparcamiento estaba vacío.

—Suélteme.

—En cuanto entre en el coche, Laird.

—Me encargaré de que esto le cueste su empleo, Hatcher.

—Es posible —admitió Duncan—. Es probable. Pero antes cantaré bien alto y bien claro para que todo el mundo pueda oír la triste balada de la relación entre la difunta señora Laird y el criminal de carrera Robert Savich.

Hasta el momento, no se había informado a los medios de comunicación de ello: el juez lo quería así. Laird dejó de forcejear.

—¡Ah! —exclamó Hatcher—. Veo que conoce el tema. —Lo cogió con más fuerza—. Ahora entre en el coche o voy a partirle el brazo, y lo cierto es que nada me haría más feliz.

Los ojos de Hatcher dieron a entender que no era un farol. A todas luces, Dee Dee Bowen era del mismo parecer. Estaba mirando a su compañero con consternación, quizás incluso con un poco de miedo.

—Irán a la cárcel por esto.

A pesar de la amenaza, Cato subió al asiento trasero del sedán. Hatcher se situó a toda prisa tras él y la detective Bowen se puso al volante, se abrochó escrupulosamente el cinturón de seguridad y luego arrancó para salir del aparcamiento.

Cato no supo si la dirección que había tomado la detective era motivo de tranquilidad o de preocupación. Había supuesto que se dirigirían hacia su casa o a la comisaría, pero, en vez de eso, iban camino del río.

A pocas manzanas del palacio de justicia, los restaurantes y las tiendas de moda en la zona de Market Square dejaban paso a destartadas urbanizaciones de viviendas protegidas, almacenes e industrias venidas a menos, la mayoría abandonadas y en ruinas. Los bulevares se estrechaban hasta convertirse en calles llenas de baches bordeadas a ambos lados por vallas de tela metálica coronadas por alambre de espino. Los neumáticos rebotaron al cruzar las vías del tren.

A su izquierda el puente de Talmadge se veía imponente, y más allá estaba el complejo de la Autoridad Portuaria de Georgia, en plena expansión. Cato era consciente de que había guardias armados a la entrada, pero poco podían hacer por él a semejante distancia.

No habló nadie hasta que Hatcher dijo:

—Aquí.

La detective Bowen desvió el coche hacia el bordillo de la acera y aparcó, pero

dejó el motor al ralentí.

El juez miró en derredor y luego se volvió hacia Hatcher a su lado.

—Impresionante —comentó con ironía forzada.

—¿Usted cree?

—Está desierto, cargado de peligro y amenaza implícita.

Más que asustado, se le notaba irritado. A pesar de la actitud amedrentadora, Hatcher no iba a hacerle daño, pero ¿cómo se atrevía a pensar que podía quedar impune después de someter al juez Cato Laird a semejante trato? El detective no era sólo impetuoso, también era un necio.

En cualquier caso, era hora de dar la vuelta a la tortilla. Ofreció a Hatcher una sonrisa sagaz.

—Haga el favor de satisfacer mi curiosidad. ¿Se tiró a mi esposa, o sencillamente sentía deseos de hacerlo?

Le resultó gracioso ver cómo al detective se le tensaban los rasgos hasta casi tornarse sólidos. Cato lanzó una risilla sofocada.

—Usted...

—No se censure con excesiva dureza, detective Hatcher. Elise tenía ese efecto prácticamente en todos los hombres que la conocían. Ni siquiera un agente de la ley condecorado como usted podía ser inmune a sus encantos. No es especial en absoluto. Y no es ni remotamente tan duro como finge.

Laird no lo vio venir. Hatcher se movió con tal velocidad que no comprendió lo que había ocurrido hasta que el dolor cegador brotó de sus ingles y se oyó gritar.

—¿Le parece bastante duro? —preguntó Hatcher mientras retorció con crueldad el puño firmemente cerrado en torno a los testículos del juez.

A pesar de sí mismo, el sufrimiento hizo aflorar lágrimas a sus ojos y empezó a gimotear.

—Ah..., ahhh...

—Permítame que le diga lo que me hace tanto duro como especial, juez —susurró Hatcher, tan cerca que el juez alcanzó a sentir su aliento caliente y furioso en la cara—. Soy el tipo que va a arrancarle los cojones ahora mismo si no coopera con nosotros.

A lo lejos, llegando hasta él a través de una niebla roja de sufrimiento, Cato Laird oyó a la detective Bowen decir:

—Duncan, no...

—¡Cállate, Dee Dee! —vociferó—. Ya te he dicho que iba a hacerlo a mi manera.

—Pero no puedes...

—Sí que puedo. Lo estoy haciendo.

Apretó con más fuerza y volvió a retorcer el puño.

—¿Qué quiere? —Cato reconoció aquella vocecilla como la suya propia.

Poco a poco Hatcher fue aflojando la presión hasta acabar por soltarlo.

—Ahora que tengo toda su atención, hará bien en escucharme.

Mientras intentaba recuperar el aliento y concentrarse en que desapareciera el dolor, Cato miró de soslayo hacia el asiento delantero. La detective Bowen los observaba con ansiedad evidente. No estaba de acuerdo con los métodos de su compañero, pero no iba a hacer que se enfadara entrometiéndose.

—Creemos que se trae algo sucio entre manos, juez.

—¿Cómo? —Volvió la mirada hacia Hatcher, pero con demasiada premura, supuso por la sonrisa que asomó al rostro del detective.

—Sabemos que es un delincuente, aunque aún no conocemos el alcance de su actividad criminal. ¿Y sabe una cosa? Ni siquiera me importa.

Cato ya casi había recuperado la respiración normal, pero, igualmente, prefirió seguir callado. Duncan prosiguió:

—No tengo nada contra usted —dijo Hatcher—, pero por fin tengo algo contra Savich, y es a él a quien de veras quiero echarle el guante.

El juez desvió la mirada hacia Dee Dee y luego volvió a posarla en Hatcher.

—Todos queremos echarle el guante a Savich.

—Me alegra oírle decirlo, porque mañana será acusado del asesinato de Napoli.

—¿Meyer Napoli? —Aunque era el propio juez quien lo había dicho, su exclamación de sorpresa sonó genuina.

—Ah, claro, olvidé mencionarlo —dijo Hatcher—. Ha aparecido un testigo que vio a Savich pegarle un tiro a Napoli en el puente de Talmadge.

—¿Lo dice en serio? —Dirigió la pregunta a Hatcher y luego miró a su compañera en busca de confirmación.

—Muy en serio, juez —asintió ella—. El testigo también vio a Napoli empujar a la señora Laird por la barandilla del puente para que cayera al río.

—De manera que Elise no..., ¿no saltó? ¿No acabó con su propia vida?

—Por lo visto, no —respondió Dee Dee.

Agachó la cabeza y bajó la voz para adoptar un tono ronco y emotivo que también sonó auténtico.

—Me alegra..., me alegra saberlo.

—Savich apareció justo después de que Napoli hiciera el trabajo sucio por él —continuó Dee Dee—. Por lo visto, Napoli estaba chantajeando a Savich con esas fotos en las que aparecían él y la señora Laird, las mismas con las que la chantajeaba a ella y tenía previsto chantajearlo a usted. Savich lo mató.

—Y cuando el hijo de puta sea llevado ante su tribunal mañana para la vista en la que se decidirá su fianza —dijo Hatcher—, más le vale estar con ganas de ahorcarlo. Esa vista debería marcar el tono de su juicio por asesinato. O vamos a empezar a buscar una razón para que no sea así.

—No entiendo por qué ha tenido la necesidad de montar todo este... —Señaló por la ventanilla el entorno amedrentador—. Sea lo que sea.

—Pues porque quería dejarle bien claro que estoy harto de que me toque los cojones el sistema penal, es decir, usted —le aclaró Hatcher—. La última vez que

llevamos a Savich ante los tribunales, lo dejó marchar.

—Me vi obligado por...

—Ahórreselo, señoría. Pero recuerde la convicción que denota su voz ahora mismo. Está muy bien. Suena muy... judicial. Mañana, deniéguele la fianza a Savich. Va a la cárcel y se queda allí hasta el juicio. Usted se las arregla para presidir su juicio, y no les da un solo respiro a él ni a su abogado Stan Adams. Ni en la selección del jurado, ni en ninguna de las peticiones que puedan presentar, ni a la hora de los descansos para ir a mear. Que no tengan nada de cara. ¿Nos entendemos?

—No hay ningún problema —respondió Cato con su labia habitual.

—En realidad, sí lo hay —terció Dee Dee, al tiempo que lanzaba una mirada de preocupación a Hatcher—. Nuestro testigo presencial no es el más creíble...

—Es lo bastante creíble. —El laconismo de Hatcher tuvo el efecto de hacerla enmudecer—. Tenemos un testigo presencial. Podemos enchironar a Savich si, por una vez, nos favorece a nosotros en vez de a ese cabrón asesino. No quiero que haya juicio nulo, ni siquiera si los miembros del jurado están leyendo el periódico y viendo la emisión en directo del juicio por sus móviles en la tribuna.

La mirada del juez se dividió entre ambos y fue a parar a Hatcher. Aunque despreciaba a ese tipo, sintió deseos de besarlo. Ese idiota jactancioso no era consciente de que estaba resolviendo su problema: cómo poner fin a su asociación con Savich sin temor a que se vengara de él.

De un tiempo a esta parte había llegado a la conclusión de que el acuerdo había tocado a su fin. Había ganado una fortuna, más dinero del que podría llegar a gastar, si bien tendría una jubilación feliz intentándolo.

Aunque el dinero no era la razón por la que había accedido al acuerdo. El atractivo inicial había sido la emoción del secretismo, el peligro a ser descubierto. Le encantaba aquel largo flirteo con el desastre.

Pero había pasado a ser casi demasiado sencillo. La emoción se esfumó. Su asociación constituía una vulnerabilidad por la que ya no valía la pena correr riesgos. Pero acabar con ella habría supuesto poner su vida en peligro. Savich ponía fin a sus acuerdos; sus socios, no.

Savich iría a la cárcel para toda la vida, si no era ejecutado. En caso de que tirara de la manta y empezara a largar sobre jueces corruptos, ¿quién lo escucharía? Todos los que estaban en el corredor de la muerte tenían quejas y resentimientos, y nadie les hacía el menor caso, sobre todo cuando las quejas iban dirigidas a los jueces que los habían condenado.

Tuvo que esforzarse para adoptar una expresión adecuadamente sombría cuando manifestó su compromiso:

—Savich recibirá su merecido. Me aseguraré de ello.

Hatcher lo miró directamente a los ojos como si quisiera poner a prueba su formalidad. Al cabo, aparentemente satisfecho, miró de soslayo a la detective Bowen y asintió. Sin decir una palabra más, ella dio la vuelta al coche con tres golpes de

volante y tomó el camino de regreso al palacio de justicia.

A pesar de lo que le dolían los testículos, Cato Laird apenas podía reprimir las ganas de ponerse a canturrear.

La antesala estaba prácticamente vacía y no se veía a Kenny por ninguna parte.

La puerta de entrada al despacho privado de Savich estaba entornada. La habitación estaba en penumbra salvo por una lamparita que proyectaba un círculo de luz sobre su mesa. Con la cabeza inclinada sobre unos documentos, la raya de su cabello engominado era tan precisa que tenía el aspecto de una incisión hecha con escalpelo.

Al notar que ya no estaba solo, metió la mano debajo de la mesa, donde tenía escondida una pistola, y luego levantó la cabeza para mirar a la inesperada visita.

Se le abrieron ligeramente los ojos brillantes, pero la sorpresa quedó rápidamente sofocada tras la impenetrable mirada azul que era lo último que muchos habían visto en su vida.

—He oído el ascensor y pensaba que era Kenny —dijo.

—No me parezco nada a Kenny.

Savich sonrió, sus dientes de un blanco deslumbrante en el rostro moreno.

—Tu sentido del humor sigue intacto. Eso dice mucho a favor del más allá.

Elise abrió del todo la puerta y entró en su despacho.

—Estoy viva más que de sobra.

—Ya lo veo. Y se te ve razonablemente bien, aunque no puedo decir que me guste el nuevo corte de pelo, y la ropa deja mucho que desear.

—No pareces tan asombrado de verme —comentó ella.

—Me rijo por hechos irrefutables, Elise. Las noticias sobre tu muerte eran incompletas, especulativas, poco concluyentes. ¿Te tiró Napoli del puente? ¿Saltaste después de matarlo? Todo muy confuso. —Levantó las manos—. ¿Quién sabía qué creer?

Se miraron unos instantes. Al cabo, Elise dijo:

—No me has invitado a sentarme.

—Perdona. —Indicó con un gesto la silla delante de su mesa—. Supongo que sí estoy un poquito sorprendido. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Ambos se mostraban cautos, curiosos, crispados en presencia del otro porque ninguno de los dos alcanzaba a predecir el resultado del encuentro. Ella era la única que conocía su objetivo.

—Tu marido ¿sigue sin saber nada?

—¿Te refieres a si Cato sabe que sigo viva? No.

—Ya entiendo.

—No entiendes en absoluto —afirmó ella.

Savich le ofreció una sonrisa radiante.

—Estás en lo cierto. Supongo que tienes una buena razón para seguir fallecida. Me muero de ganas de averiguar cuál es esa razón. ¿Dónde has estado?

—Estos últimos tres días, con Duncan Hatcher.

Primero Savich se quedó desconcertado, y luego profirió una carcajada.

—Exquisito. Realmente exquisito. La última vez que lo vi, estaba a punto de perder la cordura. Le tomé el pelo acerca de que estaba loco por ti. Creía que tú no le correspondías. —Arqueó las cejas en un ademán elocuente—. Supongo que me equivocaba. —Volvió a reír y dijo—: Entiendo que él quiera meterse dentro de tus bragas, pero, por más que lo intento, no consigo imaginar qué encuentras atractivo en él. Tiene cierto magnetismo animal, desde luego. Los hombros, la mandíbula fuerte, pero es bueno hasta la saciedad, Elise —dijo con un matiz de lástima. Entonces su sonrisa adquirió un aire reptil—. O mejor dicho, lo era, hasta que te conoció. No me extraña que empezara a comportarse de una manera irracional. Estaba librando una batalla contra su lujuria, y parece ser que la lujuria se impuso al sentido del deber. — Se pasó la lengua por los labios como si saboreara la caída en desgracia de Duncan—. ¿Qué se siente, Elise, al saber que un hombre ha renunciado a su alma por ti?

—Duncan no ha renunciado a nada por mí —dijo Elise.

—A un par de litros de santurronería, por lo menos.

—Temporalmente, quizá. —Bajó la mirada hacia las manos que tenía entrecruzadas sobre el regazo—. Te quiere a ti más de lo que me quiere a mí.

Savich se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en el borde de la mesa.

—No te sigo.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—Tú eres el objeto de su deseo, Savich. Nadie ocupa un lugar en su corazón como tú. No hay sitio para nada ni nadie más. Se ha dedicado en cuerpo y alma a destruirte..., de una manera u otra.

Savich la escudriñó un momento, y luego se levantó y rodeó la mesa.

—Sí, de una manera u otra. Ponte en pie, Elise.

Ella obedeció sin vacilar e, imaginando la razón de que se lo pidiera, mantuvo los brazos a los costados.

—¿Crees que Duncan me ha enviado? Me mataría si supiera que estoy aquí.

—Disculpa mi naturaleza recelosa. —Le palmeó el torso y luego le levantó la camiseta en busca de micrófonos ocultos.

Ella lo miró fríamente mientras la palpaba.

Savich sonrió de oreja a oreja y luego le bajó la camiseta y volvió a la silla detrás de la mesa.

—No me coge de nuevas eso de que Duncan Hatcher se corre vivo soñando con echarme el guante.

—Pero ahora tiene la manera de conseguirlo —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—Sobreviví a Napoli y conseguí salir con vida del puente aquella noche... — Puesto que eso era evidente, Savich aguardó expectante a que continuara—. Pero antes tuve oportunidad de ver cómo le disparabas a quemarropa.

—Aaah. —Se recostó en el respaldo del sillón, sin mostrarse disgustado en absoluto por la audaz revelación.

—Sobre la base de mi testimonio, Duncan viene de camino para detenerte.

—¿De veras?

—Ahora mismo está con Cato, amenazándolo con represalias si no se muestra duro contigo y te deja marchar de la sala del tribunal en libertad. Luego va a venir a por ti.

Savich mantuvo la mirada fija en ella mientras rumiaba lo que le acababa de decir.

—Al advertirme, estás traicionando a Duncan Hatcher.

—Así es, Savich.

—¿Una pelea de enamorados?

—Duncan y yo tenemos objetivos diferentes. Él te quiere a ti.

—Y tú, ¿qué deseas, mi querida Elise?

—He venido a ofrecerte un trato.

—Esta conversación se está volviendo más extraña por momentos. Estoy intrigado. ¿Qué clase de trato?

—Si declaro lo que he visto, te condenarán por asesinato.

—¿O?

—O puedo retractarme de la historia que le conté a Duncan. Aseguraré que disparé contra Napoli en defensa propia, igual que a Trotter.

—Hatcher no creyó lo de la defensa propia entonces. Le resultaría más difícil incluso creerlo ahora.

—Diré que ésa es la razón de que me inventara la historia sobre ti: sabía que no me creería. Sea como sea, sin mi testimonio, Duncan no tiene nada contra ti. Ni la menor prueba con la que acusarte. Sin mí, no puede echarte el guante.

Savich permaneció absolutamente inmóvil, su mirada imperturbable mientras la observaba. Transcurrió un largo rato, y al cabo, dijo:

—Es una oferta increíblemente generosa, Elise. Al retractarte, no sólo conviertes a tu nuevo amante en enemigo, sino que te arriesgas a incriminarte.

—Correré el riesgo, si aceptas mi oferta.

Savich le lanzó una mirada sagaz, consciente de que semejante oferta no iba a ser gratuita, ni siquiera barata.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó abiertamente—. Debe de ser algo muy importante para ti, algo que desees con todas tus fuerzas.

—Sí. Y está en tu mano concedérmelo.

—Pídemelo.

Le miró a los ojos.

—Dame a Cato.

Al devolver al juez la llave del Lexus, Dee Dee evitó mirarlo a la cara, como si de alguna manera eso la distanciara de lo que acababa de ocurrir. Por principios, estaba de acuerdo con Duncan, pero el trato que había dispensado al juez era inaceptable. Había rebasado los límites, y Elise Laird era el motivo.

Siguieron con la mirada el coche del juez cuando se alejaba y luego volvieron al vehículo de Dee Dee.

—Ha ido exactamente como estaba planeado —comentó Duncan con alegría al tiempo que se acomodaba en el asiento del acompañante.

—¿Has perdido toda noción de lo que nos mueve, Duncan?

—Lo que nos mueve es pillar a Savich y luego al gilipollas del juez, Dee Dee.

—¿Pillarlos por cualquier medio, legal o ilegal?

—Ya hemos probado con la legalidad, y no funcionó.

—Podría hacer que te detengan por agresión —dijo ella.

—Podría, pero no lo hará. Se cubrirá las espaldas y protegerá su reputación. —Miró el reloj de pulsera—. Incluso nos hemos adelantado a lo previsto. Llegaremos tranquilamente a su despacho antes de que se vaya. Vamos.

—¿Ahora?

—Claro, ahora. ¿Qué pensabas? —preguntó Duncan.

—Creía que te ceñirías al procedimiento —exclamó ella—. Obtener una orden de registro. Consultar al oficial superior. ¿Recuerdas al capitán Gerard? ¿A Worley? No nos tomamos la justicia por nuestra mano. Somos agentes de policía. Necesitamos refuerzos y...

—No —dijo Duncan, atajándola categóricamente.

Se lanzaron una mirada feroz en paralelo al salpicadero. Ella fue la primera en ceder y probar con otra táctica.

—Has perdido la perspectiva, Duncan. Haz el favor de pararte a pensar en lo que estás haciendo.

—Ya he pensado en ello. Lo he pensado hasta hartarme de pensar. Es hora de pasar a la acción.

—Estoy de acuerdo —admitió Dee Dee—, pero tenemos que actuar responsablemente y de acuerdo con la ley.

—Muy bien —dijo él, secamente—, si tienes tantos remilgos, lo haré yo solo. Si todo se va a la mierda...

—«Cuando» todo se vaya a la mierda.

—De acuerdo, cuando todo se vaya a la mierda, más vale que no te pille cerca. Yo me lo he buscado, tú no. Ser una compañera leal tiene un límite. Te exonero oficialmente de cualquier obligación. Puedes irte con la conciencia tranquila, pero yo voy a hacerlo, y voy a hacerlo a mi manera.

Duncan se volvió hacia la manilla de la puerta, pero ella lo agarró por la manga.

—¡Maldita sea, Duncan! Ya sabes que no puedo dejar que arremetas contra Savich solo.

Él le ofreció una breve sonrisa.

—Muy bien. Entonces, vamos.

Arrancaron en silencio. Cuando estaban a una manzana del taller de Savich, Duncan abrió la cremallera de un bolso de deporte a sus pies, sacó un revólver 357 y se lo guardó bajo el cinturón.

Dee Dee lo miró sorprendida.

—¿De dónde has sacado eso?

—De mi casa, cuando he ido a cambiarme de ropa.

—¿Dónde está la nueve milímetros...?

—Esto es más adecuado para mis objetivos —explicó él.

—¿Y eso?

Duncan no llegó a responder, sino que profirió un gemido estrangulado de absoluta incredulidad.

Dee Dee siguió la dirección de su mirada.

Su coche, el que le había dejado a Elise en Lady's Island, estaba aparcado delante del edificio de Savich.

Capítulo 29

—¿Elise? —dijo Duncan con un gañido.

Se volvió hacia Dee Dee como si buscara una explicación. Ella era consciente de que su expresión debía de dar a entender «ya te lo había dicho», pero se abstuvo de hacer comentario alguno.

El edificio estaba oscuro. No había coches de empleados en el aparcamiento, pero se veía encendida la luz en la ventana del despacho de Savich en la segunda planta. Duncan levantó la mirada hacia allí y murmuró, furioso:

—Hijo de puta.

Antes de que Dee Dee acabara de detener el coche, él abrió la puerta de su lado y bajó de un salto.

Ella descendió a toda prisa del asiento del conductor y salió a la carrera tras él.

—¡Duncan, espera!

Él siguió adelante.

—Esto no cambia nada —murmuró.

—Lo cambia todo. —Dee Dee tendió la mano hacia él, pero Duncan se zafó—. Vamos a reagruparnos y hablar del asunto, por favor.

—Estoy harto de hablar.

Al oír que entraba en el aparcamiento otro coche, se detuvieron, dieron media vuelta y reconocieron al secretario de Savich al volante.

Duncan fue al trote en dirección a la entrada del edificio, al tiempo que le gritaba a Dee Dee por encima del hombro:

—Detenlo antes de que pueda alertar a Savich.

—¡Duncan!

Ni siquiera aflojó la marcha.

—¡Joder! —Dee Dee vaciló unos segundos y luego echó a correr hacia el coche, donde Kenny manoseaba nervioso su teléfono móvil.

—¿Cato? —repitió Savich.

Elise asintió.

Savich le lanzó una mirada risueña.

—¿Quieres quitar de en medio a tu marido para vivir feliz por siempre jamás con ese detective tuyo tan macizo?

—No te preocupes por mis motivos. Lo que debería preocuparte es tu situación —respondió ella—. Cato no te ayudará ante el tribunal como hizo la última vez. Para protegerse, dejará que caiga sobre ti todo el peso de la ley. Duncan va a asegurarse de ello. Mañana se te acusará del asesinato de Napoli. Tras las formalidades, serás

llevado de inmediato ante un tribunal superior de cara a la vista para decidir la fianza. Cato te la denegará. Irás directo a la cárcel y no pasarás ni un solo día más en libertad; en toda tu vida.

—A menos que te retractes de tu testimonio —apuntó Savich.

—Así es. Tú encárgate de destruir a Cato. A cambio, yo no te vi matar a Napoli.

—Define eso de «destrucción».

—Quiero verlo destituido. Quiero que la vida que conoce y disfruta toque a su fin. Me da igual cómo te las arregles —añadió Elise con toda frialdad—. Bueno, ¿hay trato?

Savich mantuvo la sonrisa incluso mientras levantaba la pistola que tenía en el regazo y la apuntaba con ella por encima de la mesa.

A Elise se le puso el corazón en la garganta.

—¿Qué haces?

—Decantarme por otra opción, Elise. ¿Por qué iba a aceptar tu trato cuando sencillamente puedo matarte aquí y acabar con todo el asunto? Resulta más eficiente matar a un testigo que llegar a un trato con él. —A modo de pulla, añadió—: Es una pena que no lo hayas pensado con más detenimiento. Antes de venir, deberías haber tenido en cuenta esta alternativa.

—Te creía amigo mío.

—Qué error. Añádelo a todos los demás que has cometido, entre los que destaca con mucho el que nos infravaloraras.

—¿Nos?

Savich frunció el ceño.

—De veras, Elise, tanto teatro empieza a cansarme. Cato y yo sabemos que tú estás al tanto de nuestro acuerdo. —Se inclinó hacia delante y le preguntó—: ¿Sabes por qué lleva tanto tiempo funcionando a las mil maravillas? Porque ninguno de los dos es imbécil, y uno es tan precavido como el otro. Nosotros, a diferencia de ti, no cometemos errores.

—Cato cometió uno —respondió ella con agudeza—. Napoli no resultó ser un asesino de fiar.

—Es verdad. Si la decisión me hubiera correspondido a mí, habría sido más expeditivo.

—A la hora de librarte de mí.

—Te estabas volviendo muy entrometida, muy curiosa. Nos estabas poniendo nerviosos a los dos.

—¿Cuánto..., cuánto hace que lo sabéis? —inquirió Elise.

Savich lanzó una risilla.

—Desde el principio. Te creías muy lista, congraciándote con nosotros, haciéndote pasar por una empleada honrada y digna de confianza conmigo, portándote como el juguete sexual perfecto con Cato. Querida —dijo Savich, bajando el tono de voz hasta un susurro compasivo—, sabíamos casi desde el primer

momento que estabas emparentada con Chet Rollins.

—Nunca disteis indicios...

—No, pero habría sido impropio de nosotros darlos, ¿verdad? Mira, investigamos minuciosamente a la gente que se nos acerca, Elise. Somos tremendamente paranoicos, pero esa paranoia nos ha dado muy buenos resultados.

—¿Qué me delató?

—No encajabas en el molde —se sinceró Savich—. Demostrabas unas ganas tremendas de trabajar en el *White Tie and Tails*, y sin embargo, ibas contra el estereotipo. No eras una buscona por naturaleza, y eso se notaba. En un negocio donde los ingresos de una chica dependen de intimar con los clientes, tú mantenías las distancias. Como es natural, me picó la curiosidad, y luego empecé a sospechar. No tuve que ahondar mucho para descubrir tu conexión con Chet Rollins.

Elise notó el peso de la pistola de Duncan en el bolso sobre sus rodillas, y se preguntó si podría sacarla antes de que Savich disparara. No le cabía duda de que iba a hacerlo; al final. De momento, estaba disfrutando demasiado.

—Cuando le conté a Cato lo de tu parentesco con Rollins, le entró pánico. Creyó que podías tener pruebas fehacientes contra él en relación con el fallecimiento de tu hermanastro. Quería... librarse de ti de inmediato, hacer que tuvieras un accidente mortal en la autopista después de salir del club alguna noche, pero lo convencí de que esperara. Me intrigabas, quería observarte y ver qué hacías a continuación.

»No tardó en quedar claro que no tenías nada contra nosotros salvo tus sospechas, que buscabas información, pruebas —dijo, susurrando la última palabra como si fuera un secreto entre ellos—. Cuando no las obtuviste de mí en el *White Tie*, pasaste al club de campo, con la intención expresa de conocer a Cato. ¿Voy bien hasta el momento? —Ella no contestó, no había necesidad—. Aquí es donde la historia da un giro interesante.

»Hasta entonces, no eras más que un nombre para Cato; una amenaza. Te quería muerta, pero después de conocerte, decidió que te prefería con vida. Supuso que la mejor manera de tenerte vigilada era casarse contigo, tenerte bajo su techo donde pudiera observarte día y noche, hacer que respondieras ante él. Y, como es natural, disfrutaría de tu delicioso cuerpo a voluntad. Podría follarte hasta hartarse.

Elise se estremeció, lo que hizo que aflorara una sonrisa al rostro de Savich.

—Savich...

—Pobre Elise. Todas las noches que pasaste con Cato no sirvieron de nada. No ibas a encontrar nada a su lado que nos vinculara a los dos porque, como tengo por costumbre siempre que me asocio con alguien, soy yo quien lleva los libros.

Ella desvió la mirada a su ordenador en el mueble auxiliar detrás de su mesa.

Savich se echó a reír. Continuó:

—No serías capaz de sortear los cortafuegos, querida, por mucho que lo intentaras. La cruel ironía es que, si lo que buscabas eran pruebas, te casaste con el socio equivocado. Y ahora has cometido otro desafortunado error. —Su boca formó

una mueca de pesar—. La verdad es que es una pena tener que matarte. Qué desperdicio de belleza y...

La mano en la que estaba la pistola que la apuntaba saltó con una rociada de sangre.

Savich lanzó un aullido de dolor y la pistola cayó al suelo con un estrépito metálico. Duncan apareció por detrás de Elise y sorteó la mesa de un salto, cogió a Savich por la coletita, le retorció la cabeza hacia un lado y se la estampó contra la mesa. El hueso de la mejilla se le partió por efecto del impacto, provocándole un bramido a medio camino entre el ultraje y el dolor. Duncan apoyó el cañón de su pistola contra la sien de Savich, lo bastante fuerte para que el metal se le hundiera en la piel.

Sin apartar un instante los ojos de Savich, vociferó:

—¡Dee Dee!

—¡Voy!

Su voz resonó desde el otro extremo del edificio y Elise oyó pasos que se acercaban a la carrera. Se levantó de la silla de un salto pero chocó con la detective cuando entraba a la carga por la puerta.

—Ocúpate de ella —le ordenó Duncan.

Dee Dee Bowen, con la pistola en ristre y apuntada hacia el pecho de Elise, la hizo retroceder hasta la pared.

—¿Dónde demonios estabas? —le gritó Duncan.

—He subido por la escalera de incendios y entrado por una ventana —respondió Dee Dee, jadeante—. ¿Cómo has subido tú?

—Por las escaleras. —Apartó los ojos de Savich justo el tiempo suficiente para mirar a Elise—. Probablemente tiene mi pistola.

Elise dejó caer el bolso de mano al suelo.

—Está ahí.

—Apártalo de una patada —gritó Dee Dee.

Elise siguió las instrucciones de Dee Dee. La detective se arrodilló y palpó el bolso hasta localizar el arma; luego se puso en pie.

—Ya la tengo —le aseguró a Duncan.

—¿Qué hay del secretario? —preguntó.

—Esposado a la puerta del coche —respondió Dee Dee—. No va a ir a ninguna parte. He pedido refuerzos.

—¿Refuerzos? ¿Hace cuánto?

—Bueno, justo antes de subir a toda leche. ¿Por qué?

—¡Hostia! —dijo Duncan en un siseo.

Elise dio un paso adelante.

—Duncan, yo...

—¡Silencio! No puede decir nada que me interese, señora Laird. Lo mejor que ha hecho por mí, lo único, ha sido distraer a este capullo el tiempo suficiente para que

podiera pillarlo. —Le clavó a Savich el cañón de la pistola en la sien—. ¿Qué tal la mano de disparar, Savich?

A pesar del dolor que debía de sentir, la voz de Savich sonó extraordinariamente tranquila.

—¿Esto tiene que ver con lo de Meyer Napoli? Si es así, tiene un problema. Nadie va a creer a Elise, ¿sabe? No será un testigo fiable.

—Sí, eso lo he averiguado por las malas —reconoció Duncan, y lanzó a Elise una mirada de odio puro.

—De manera que está perdiendo el tiempo.

—Y una mierda.

—Muy bien —dijo Savich con un suspiro de resignación—. Deténgame. Pasaré la noche tan ricamente en el hospital.

—Nada de eso —dijo Duncan—. No he venido para detenerlo. He venido para obtener una confesión, y no voy a irme sin ella. —Amartilló el revólver.

Savich rompió a reír.

—Uh, qué miedo.

—La confesión o los sesos, Savich. Tiene que elegir, y no hay tercera opción.

—Duncan —dijo Dee Dee, vacilante—, ¿qué estás haciendo?

—¿No me he expresado con claridad? Voy a sacarle una confesión. O eso, o el despacho va a quedar hecho un asco.

—No será capaz de apretar el gatillo, Hatcher —dijo Savich, en un tono de condescendencia exasperante—. Los dos lo sabemos.

Duncan disparó contra una jarra al borde de la mesa, haciendo estallar el cristal en un millar de añicos. El agua se derramó sobre el tablero y cayó al suelo. Algunas gotas salpicaron el rostro de Savich. En el pequeño despacho, el 357 sonó igual que un cañón. El estruendo ensordecedor sacudió toda la habitación.

Dee Dee se estremeció, pero no dejó de apuntar a Elise con su pistola.

—¿Qué demonios...? —gritó—. Espera a que lleguen refuerzos, Duncan. Vendrán en un momento. Lo detendremos, lo...

—Si no tienes agallas para esto, Dee Dee, más vale que te vayas y te llesves a la señora Laird. —Seguía con la mirada y la pistola dirigidas hacia Savich—. Esto es entre él y yo. No pienso dejar que me tome por imbécil. Ni ella, ni su marido, ni desde luego tú, maldita sea. —Con la última palabra, removi6 el cañón de la pistola contra el cráneo de Savich, haciendo que tocara el hueso—. Escúpelo, Savich. Freddy Morris. Andre Bonnet. Chet Rollins. Gordon Ballew. ¿Te suenan?

—Vete a tomar por el culo.

Duncan volvió a disparar el arma, esta vez contra un armario al otro extremo de la habitación, e hizo pedazos la puerta de vidrio. Luego reventó el globo de un aplique de pared. El olor acre a cordita llenó el despacho. El ruido resultó insoportable, pero se oyó a Dee Dee gritando por encima de la reverberación:

—¡Duncan, ya está bien! ¡Esto no es modo de hacerlo! ¡Has perdido la cabeza por

ella! Esto tiene que ver con ella. Estás furioso por ella.

Duncan no le prestó la menor atención, sino que se inclinó y puso los labios directamente encima de la oreja de Savich.

—Dime lo que quiero escuchar o vas a morir.

—Serías incapaz de hacerlo.

Todos oyeron el ulular de las sirenas que se acercaban, pero el sonido no disuadió a Duncan.

—¿Estás seguro, Savich? ¿Estás dispuesto a apostar tu vida? Porque eso es lo que estás haciendo. Me quedan dos balas. Cuéntalas. Dos.

—Duncan, por el amor de Dios —le suplicó Dee Dee—. ¡No lo hagas! Darás al traste con tu carrera. Con todo. Con tu vida.

—Mi vida se reduce a esto. —Lanzó una mirada amarga hacia Elise—. No tengo nada que perder. Ya no. —Hurgó con la pistola en la sien de Savich—. ¿Es así como mataste a Freddy Morris? ¿Apeataba a miedo igual que apesta tú?

—Yo no...

Antes de que pudiera acabar de desmentirlo, Duncan disparó el arma contra la mesa. La madera se astilló, dejando un orificio desigual a escasos centímetros de la nariz de Savich.

—Ya sólo queda una.

—Me estás hartando, Hatcher —respondió Savich en tono zumbón.

—¡Dime que lo hiciste o convierto tus sesos en espuma! —vociferó Duncan.

—¡Duncan, no!

—Dee Dee, ya te lo he dicho...

—No puedes hacer algo así —suplicó ella.

—Sí que puedo. Puedo matarlo. Tranquilamente.

—No. —La voz de Dee Dee se quebró de desesperación al tiempo que apartaba la pistola de Elise y apuntaba con ella a Duncan—. No pienso dejarte.

—¿Qué estás...?

—¡Tira el arma, Duncan!

—No serías capaz...

—Claro que sí.

Se quedó mirándola, pasmado.

—¿Me pegarías un tiro?

—Te juro que lo haré.

Las sirenas se oían cada vez más cerca. Chirriaron los neumáticos. Se oyeron las puertas de vehículos al cerrarse de golpe. Y sin embargo, en el interior del despacho, el tiempo parecía detenido.

—No puedo dejarle marchar —dijo Duncan.

—Por última vez, tira el arma —suplicó Dee Dee.

—Tendrás que dispararme.

—No me obligues —gritó Dee Dee, con lágrimas en la voz.

—Voy a cargarme a este cabrón.

—¡Tírala, Duncan!

—Ni de coña.

—¡Duncan, no! —dijo Dee Dee a voz en cuello.

—Nos vemos en el infierno, Savich.

—Vale, vale —gritó Savich—. Yo... me cargué a Morris.

Nada más salir de sus labios esas palabras, entraron a la carga en la habitación varios agentes de uniforme, encabezados por el detective Worley, que comentó:

—Qué vergüenza, Savich. Me parece que estás metido en un lío de cuidado.

Los agentes de uniforme se arremolinaron en torno a la mesa y rodearon al criminal. Duncan se metió la pistola en la cintura del pantalón y dijo:

—Necesita una ambulancia. —Luego cruzó el despacho en dirección a Elise y la rodeó con sus brazos—. ¿Estás bien?

Ella se apoyó en su cuerpo y asintió temblorosa.

—No esperaba que sacara un arma.

—Dios santo, no debería haber accedido a dejarte hacer algo así. Si hubiera llegado unos segundos más tarde...

Ella le puso los dedos sobre los labios para que no terminara la frase.

—Pero no ha sido así. Sabía que llegarías a tiempo.

La abrazó con más fuerza y luego la dejó ir de pronto y se acercó a Worley.

—¡Joder, os lo habéis tomado con calma! Dee Dee estaba a punto de pegarme un tiro, y yo ya temía que iba hacerlo, sin saber qué más decir y cada vez con menos balas.

—Eh, había tráfico —contestó Worley a la defensiva—. Yo estaba a la espera de su llamada, tal como me has dicho tú que hiciera.

Dee Dee miraba asombrada a todos, pero sobre todo a Duncan.

—¿Tal como tú le has dicho que hiciera? ¿Cuándo? ¿De qué demonios habla? ¿Qué ocurre aquí?

Worley cambió el palillo de una comisura a la otra y dijo:

—Está cabreada, eso seguro. Que te sea leve explicárselo, Dunk. Tengo que ocuparme de la orden de registro que pediste. No tardarán en tenerla preparada. —Salió del despacho para llamar por el móvil.

Dee Dee no había apartado la mirada de Duncan.

—¿Cuándo lo has llamado, Duncan?

—Desde mi casa, cuando he cogido el revólver.

—Lo de que siguiéramos adelante con esto tú y yo solos... No tenías intención de hacerlo en ningún momento, ¿verdad?

Duncan negó con la cabeza.

—No, pero quería que tú creyeras que sí.

—¿Por qué?

—Para que Savich quedara convencido de que se me había ido la cabeza, tú tenías

que estar convencida de ello, Dee Dee.

—Así que me has utilizado —dijo ella.

—Confiaba en tu integridad profesional y tu respeto por las reglas.

—Y a mí eso me parece una cabronada, Duncan.

—Es una cabronada —reconoció él—. Te he utilizado.

—¿Cómo pudiste no haber confiado en mí?

—Sí que he confiado en ti, Dee Dee. He confiado en que harías lo correcto, y lo has hecho. Sabía que pedirías refuerzos. Tenía a Worley de guardia, preparado para salir pitando.

Ella asintió en dirección a Elise.

—¿Y qué me dices de ella?

Duncan se inclinó y recogió el bolso de mano de Elise, que explicó:

—Me ha cacheado, pero no ha registrado el bolso, por suerte —dijo, al tiempo que sacaba una pequeña grabadora y se la pasaba a Dee Dee, que se quedó mirándola con desconcierto.

—Era de mi abuela, pero la he probado y funciona. —Duncan se volvió hacia Elise—. He llegado a tiempo de oírlo hablar de su asociación con Laird. ¿Qué ha dicho de Napoli?

—Por eso estaba a punto de matarme —dijo Elise—. Ha dicho que salía más a cuenta matar a un testigo que hacer un trato con él. Igual que Napoli, yo era un cabo suelto y necesitaba atarlo. Está todo en la grabación.

—Un momento —dijo Dee Dee, a la vez que levantaba la mano y miraba a Elise con asombro—. ¿Ha venido aquí y le ha dicho a Savich que fue testigo del asesinato de Napoli?

—En eso consistía el plan, aunque Duncan no estaba de acuerdo.

—Eso os quedarse corto —apuntó éste.

Elise le ofreció una suave sonrisa y luego le dijo a Dee Dee:

—No había otra opción. Usted desconfió de mí desde el principio. En vez de intentar convencerla de otra manera, convencí a Duncan para poner en escena una situación que pareciera un engaño. Contábamos con que usted creyera que yo lo había delatado a Savich.

Dee Dee asimiló sus palabras.

—¿La discusión entre los dos por ver quién era el pez más gordo, Laird o Savich, también tenía como fin que yo la presenciara?

—Así como el encuentro con Laird en el que me empleé tan a fondo..., proponiéndole un trato —dijo Duncan—. Aunque no puedo decir que no disfrutara teniéndolo por los cojones.

—¿Cómo sabías que aparecería hoy en casa de tu abuela? —preguntó Dee Dee.

—Mi madre me ha dejado un mensaje de texto en el móvil. Se estaba adelantando a los acontecimientos al decirte dónde me encontraba. Ya sabía que vendrías. Elise y yo habíamos hablado de cómo nos comportaríamos cuando aparecieras.

Dee Dee aún albergaba resentimiento porque la hubieran dejado en la ignorancia, pero, a su pesar, también había cierta admiración en su rostro cuando miró a Elise y le dijo:

—Al venir sola a ver a Savich, ha puesto su vida en peligro.

—Estaba dispuesta a hacerlo. Yo también me juego mucho en esto, ¿recuerda? Mi hermano...

—Sí, pero hacen falta agallas para algo así —reconoció Dee Dee—. Y a decir verdad, yo creía que..., bueno...

—Ya sé lo que creía. Y lo entiendo.

—Igualmente, le debo una disculpa —reconoció Dee Dee.

—La verdad es que no. Le había dado toda clase de razones para desconfiar de mí.

Dee Dee agradeció la amabilidad de Elise con un brusco asentimiento, y luego se volvió hacia Duncan:

—Por lo que a ti respecta, «compañero», eres un gilipollas.

Antes de disentir, Duncan se dio cuenta de que otro agente estaba leyendo a Savich sus derechos.

—Un momento, quiero hacer yo los honores.

Savich aún estaba sentado en el sillón tras su mesa. Lo habían esposado, pero alguien le había hecho un vendaje provisional con un pañuelo en la mano ensangrentada. Era evidente que tenía mucho dolor, pero Duncan, pensando en las víctimas que había aterrorizado o asesinado, no se compadeció. No sintió más que una satisfacción suprema mientras le leía sus derechos.

Savich profirió una risilla.

—No habrías sido capaz de disparar la sexta bala.

—Bueno, Bobby —dijo Duncan en un tono de voz cantarín, utilizando deliberadamente el diminutivo que, como bien sabía, tanto detestaba Savich—. No parecías tan seguro acerca de esa sexta bala hace unos minutos cuando gritabas como una nena.

—Esa confesión no tiene ningún valor. La he hecho bajo presión. Todo este numerito de tipo duro no ha servido de nada.

—Te equivocas. Pero, sea como sea, lo habría hecho simplemente por diversión —concedió Duncan.

—Querías impresionar a tu nueva novia. —Savich lanzó una mirada de soslayo a Elise y luego dirigió una sonrisa torcida a Duncan—. ¿Te deja correr en su boca?

A Duncan se le entrecerraron los ojos peligrosamente.

—¿Sabes una cosa, Savich? Aún me cabreas. Y quizá tengas razón. Es posible que esa confesión no sirva ante los tribunales. Además, me parece que estás intentando escapar.

Sacó el revólver que llevaba a la cintura, lo apuntó contra el puente de la nariz de Savich y apretó el gatillo.

Capítulo 30

Al día siguiente por la tarde, aún se veía a Savich tan descompuesto como la víspera, cuando lo sacaron a rastras y esposado de su despacho. Tras un breve paso por Urgencias, había pasado la noche en el centro de detención, sin duda temblando en el catre cada vez que recordaba esa fracción de segundo en que había experimentado el mismo terror mortal que él había infligido a tantos.

—El naranja no le sienta bien —comentó Dee Dee.

Ella y Duncan estaban sentados en la galería del tribunal superior de justicia, observando con interés cómo escoltaban a Savich hasta su lugar en la mesa de la defensa de cara a la vista para dilucidar si saldría bajo fianza. Ese mismo día, en otra sala, había sido acusado del asesinato de Meyer Napoli. Como era de esperar, Stan Adams, en representación de su cliente, lo había declarado inocente.

Durante el juicio previo, celebrado en esa misma sala apenas unas semanas antes, Savich había aparecido de punta en blanco todos los días. Hoy parecía un hombre distinto, con el mono anaranjado de presidiario y zapatillas sin cordones. A pesar del voluminoso vendaje en la mano derecha, iba esposado y llevaba los tobillos unidos por cadenas a los grilletes en las muñecas. Tenía el cabello suelto y le faltaba el diamante en el lóbulo de la oreja.

—Pero da gusto verlo, ¿a que sí?

Duncan contemplaba fijamente el perfil del hombre, instándolo en silencio a que se volviera y se fijara en él, a sabiendas de que Savich no iba a hacerlo. Duncan había ganado. Savich no podía soportar su victoria.

—Estate quieto. —Dee Dee le puso la mano en la rodilla para que dejara de menearla arriba y abajo—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—No estoy nervioso, es más bien emoción. —Al notar el peso de la mirada de su compañera, volvió la cabeza hacia ella—. ¿Qué?

—Va en serio, ¿verdad? Eso que hay entre tú y ella. Es como..., es de esas cosas que cuentan.

—Para mí, desde luego. Para ella, eso espero. —Miró hacia el banquillo del juez, ahora vacío, desde el que poco después Cato Laird presidiría el juicio con su arrogancia y aplomo habituales—. Tiene que dejar atrás todo esto, empezar a vivir por sí misma, no como su esposa. Supondrá un reajuste. Lleva mucho tiempo viviendo asustada y en guardia. Es posible que le lleve una temporada librarse por completo de algo así.

—Bueno, quiero que sepas, aunque está claro que no necesitas mi permiso, y mucho menos mi aprobación, que a mí me parece muy bien. Lo de que estéis juntos, quiero decir.

Duncan se volvió hacia ella y le sonrió.

—Gracias, Dee Dee.

—Por si tenías alguna duda.

—Gracias —repitió Duncan, y miró el reloj de pulsera—. Empiezan con retraso.

Dee Dee señaló con la barbilla a Savich, que parecía no haberse movido desde el momento en que se sentó.

—Está fingiendo que no está ahí.

—Pero sí está. Ha disfrutado de su último día en libertad, y lo sabe.

—Puedes apostar a que detesta que lo traten como a un criminal cualquiera —apuntó la detective.

—Es de lo más vulgar —comentó Duncan—. Cuando apreté el gatillo, se meó en los pantalones.

—No se le puede echar en cara. Yo estuve a punto de mearme.

Por suerte para él, no quedaban más balas en el tambor. ¿Por qué lo hiciste? ¿Supusiste que todo dependía de apretar el gatillo una última vez?

—Exacto —dijo—. Y si hubiera tenido esa última bala, habría matado al hijo de puta.

—Todos en pie —entonó el alguacil.

Dee Dee, pasmada por lo que acababa de decir Duncan, se puso en pie un poco más lentamente que el resto de los presentes en la sala cuando el juez Cato Laird entró con paso decidido y ocupó su lugar.

Recorrió con la mirada a los asistentes y al ver a Dee Dee sus ojos se iluminaron brevemente antes de posarse en Duncan. Se sostuvieron la mirada durante varios e intensos segundos, y luego comenzó:

—Señor Adams, ¿representa usted al señor Savich?

—Sí, señoría. —Stan Adams se puso en pie.

—Se le acusa del asesinato de Meyer Napoli.

—Se ha declarado inocente. Antes de seguir adelante, señoría, me permito sugerir que las restricciones a que está sometido mi cliente son innecesarias y pido que le sean retiradas mientras dure el proceso.

—Este proceso no va a durar mucho, señor Adams. Denegada la petición. —Para que el efecto fuera mayor, golpeó la mesa con el martillo.

Duncan reparó en que Laird evitaba mirar directamente a Savich.

—Señor Nelson —dijo el juez—, ¿representa usted a la Fiscalía?

—Sí, señoría. —Mike Nelson se puso en pie tras la mesa de la acusación, no sin antes lanzar una mirada cargada de significado a Duncan, a quien había empezado a latirle el corazón a toda prisa.

—Señoría —dijo el fiscal—, Robert Savich también ha sido acusado de conspiración para cometer asesinato en relación con la muerte de Chester Joel Rollins.

El abogado defensor Stan Adams volvió la cabeza a tal velocidad que el cuello le chasqueó de manera audible, pero Duncan tenía la mirada fija en el atractivo rostro de

Cato Laird. El juez sonreía levemente, erguido ya para hablar, cuando su cerebro procesó lo que sus oídos acababan de oír.

Le flaqueó la sonrisa, parpadeó varias veces y miró a Duncan, cuya mirada dejaba bien a las claras todo el odio que sentía por él. También expresaba aquello que le habría gustado decir a voz en grito: «Y tú que ayer creías que te tenía por los cojones».

Vio que el juez tragaba saliva con dificultad.

—Esto..., señor Nelson, esta vista es para decidir si su cliente sale bajo fianza. No es el... —Vaciló y lo intentó de nuevo—. No es el caso que...

Stan Adams estaba otra vez en pie.

—Señoría, ¿qué ocurre aquí?

—Eso intento averiguar, señor Adams. Señor Nelson, el caso que..., esto... — Mientras tartamudeaba, algo le llamó la atención en la puerta posterior de la sala.

Duncan vio cómo la consternación distorsionaba los rasgos del juez Laird, que dieron la impresión de fundírsele como si fueran de cera, hasta que todo el rostro se le vino abajo.

Se puso en pie con ademán inseguro y se apoyó en la mesa para no perder el equilibrio mientras Elise hacía su gloriosa entrada, flanqueada por Bill Gerard a un lado y Worley al otro. El semblante de Gerard, por lo general afable, era pétreo en su resolución. Worley llevaba el palillo formando un ángulo especialmente airoso, como si acabara de contar el chiste más guarro que sabía.

En cuanto a Elise, tenía un aspecto sereno y lleno de seguridad.

—Hola, Cato.

—¡Elise! —gritó—. Cómo..., esto es... ¡Dios mío!

—Deja de fingir, Cato. Ya sé que no estás encantado de verme.

Al tener ante sí a Elise, una mujer supuestamente muerta, el asombro había dejado mudo a Stan Adams.

Duncan abandonó el asiento y salió al pasillo justo por delante de Elise y sus acompañantes. Sin aflojar la marcha, subió a la tarima del juez y se colocó detrás de éste. Cogiéndolo por el brazo, lo destronó literalmente y lo sacó de detrás de su mesa.

—Cato Laird, queda detenido por el asesinato de Chet Rollins. Tiene derecho a guardar silencio.

—Elise, ¿qué...? ¿Qué es esto? —Agitó los brazos en un intento de zafarse de Duncan y las amplias mangas de su toga oscilaron como las alas de un cuervo que no pudiera remontar el vuelo. Duncan pronunció sus palabras con deliberada claridad al leerle sus derechos.

La consternación del juez se convirtió en ira:

—¿Gerard, qué ocurre aquí?

—Como acaba de decir el sargento detective Hatcher, se le detiene por conspiración para cometer un asesinato.

—¡Esto es un ultraje!

Elise se le acercó.

—Hiciste que mataran a mi hermanastro, Cato. Iba a delataros a ti y a Savich, así que lo eliminaste.

Miró a Gerard, a espaldas de Elise.

—Está desvariando.

Pero Gerard no dijo nada, y Elise siguió adelante sin inmutarse:

—En aquel momento, Chet era la única persona que me quería. La única persona a quien quería yo. Y murió desnudo y aterrado en el frío suelo de una ducha, asfixiándose lentamente con una pastilla de jabón.

Cato miró en torno con expresión frenética en busca de un aliado, pero no había nadie para apoyarlo. La sala entera contemplaba fascinada el drama que estaba teniendo lugar ante sus ojos. Unos miraban al juez con aire de estar haciendo especulaciones. Otros ya se habían decantado por la veracidad de la acusación de Elise y lo contemplaban con desprecio. Cato Laird gritó:

—¡Esta mujer está desequilibrada! Es una embustera. Mató a un hombre en nuestra casa, y yo, como un idiota, la protegí para que no fuera acusada. Ha fingido estar muerta, por el amor de Dios. —Señaló a Duncan con el dedo—. Ayer, él..., él me secuestró y me agredió. Ella se lo puede decir —aseguró, señalando a Dee Dee con furia—. Se han puesto todos en mi contra. Me odian. ¡No pueden dar crédito a nada de lo que dicen!

Elise continuó con voz clara y tranquila:

—Llevas años aceptando dinero de Savich a cambio de sentencias favorables, de mostrarte indulgente a la hora de imponer penas. A veces desestimabas los casos o declarabas el juicio nulo.

Sacó el lápiz de memoria que habían extraído del ordenador de Savich durante el registro de su despacho tras su detención. A pesar de haber alardeado de tener cortafuegos imposibles de franquear, los expertos informáticos de la policía lo habían conseguido la noche anterior.

—Todas tus transacciones están registradas aquí. La naviera propiedad de tu familia facturaba a Savich sus servicios de transporte, pero se le cobraban unas tarifas usurarias, a veces el doble que a otros clientes por el mismo servicio. La diferencia iba a tu cuenta privada en las Islas Caimán.

El juez, con la cara roja de furia, se enfrentó a Gerard:

—¡No puedes tratarme así!

—Claro que puedo —dijo Gerard.

—Quiero que venga mi abogado.

—Ya tendrá oportunidad de hacer una llamada, juez.

Mirando más allá de donde estaban los demás, el juez le dijo a Savich con un gruñido:

—¿Me has tendido una trampa?

Savich le respondió en el mismo tono:

—Ibas a echarme a estos perros.

Stan Adams le instó a que se callara.

Savich hizo caso omiso de la advertencia y dijo:

—Es a ella a quien tienes que agradecérselo. —Y señaló a Elise con la cabeza. A ella y a su novio, Hatcher.

—¡Cállate! —Adams cogió a Savich por el brazo e intentó hacer que se sentara en una silla, pero tropezó con las cadenas y cayó al suelo.

Duncan propinó un codazo a Cato Laird.

—Más vale que se despida de este tribunal. Ya ha dictado su última sentencia.

—Hijo de puta —le dijo el juez, con una rociada de saliva—. Me ha mentido. Me... —Dividió una mirada iracunda entre él y Elise—. ¿Se la está tirando, verdad? Bueno, pues ya se puede quedar con ella. Se merece a esa zorra. Se merecen el uno al otro.

Duncan perforó con sus ojos los del juez mientras le sostenía el brazo casi con fuerza suficiente para partirle el hueso. Bajando el tono de voz hasta adoptar un timbre amenazante, dijo:

—Le aconsejo que se vaya de esta sala antes de que diga algo que me obligue a acusarlo de desacato.

Al reconocer las mismas palabras que él le dijera a Duncan, Cato se precipitó hacia éste y Elise. Dos agentes uniformados se apresuraron a salir en ayuda de Duncan, y los tres tuvieron que aplicarse a fondo para contener a Laird, que profería gruñidos furiosos y tenía las venas de la frente como si fueran a estallarle.

Elise no retrocedió. De hecho, se le acercó más. De pronto el juez cejó en su forcejeo y se quedó totalmente quieto salvo por la respiración agitada.

—Lo que dice Savich es cierto, Cato —aseguró—. Te he tendido una trampa. Pero el único culpable eres tú. Desde el día que naciste, se te concedieron todos los privilegios con que una persona pudiera soñar, y abusaste de todos ellos. Eres un tipo egoísta y repugnante. Y además, un criminal.

»Estoy segura de que sabes lo impopular que vas a ser entre los presos. Tendrás enemigos ya de entrada, esperando ansiosos a que llegues. Eso significa que todos y cada uno de los días durante el resto de tu vida, tendrás que mirar por encima del hombro, vivir aterrado, como le ocurrió a Chet.

»El miedo será tu compañero constante, Cato. Minuto a minuto, todos los días, tendrás que estar alerta ante emboscadas, violaciones, torturas; una ejecución. —Respiró hondo y añadió en voz queda—: Que Dios se apiade de ti. Yo no pienso hacerlo.

Duncan admiró la contención de Elise. En una situación similar, no habría sido tan elocuente ni de lejos. Pero también era cierto que ella había esperado este día mucho tiempo. Quizá sabía perfectamente lo que le diría en caso de que se le presentara la oportunidad.

Elise le volvió la espalda a Cato Laird. Duncan dejó al juez en manos de los

policías y se le acercó para tomarla por el codo. Durante la larga y detallada narración de toda la historia la noche anterior, Elise se había ganado el respeto de Gerard y Worley, que los precedieron a ella y a Duncan pasillo adelante como guardaespaldas.

Estaban a medio camino de la salida cuando se oyó el disparo. Por instinto, Duncan se echó hacia su derecha y derribó a Elise para cubrirla con su propio cuerpo.

Resonaron en el tribunal gritos y advertencias.

—¡No te levantes! —le dijo Duncan, y luego, en un movimiento fluido, se volvió de espaldas y se puso en cuclillas, con los brazos extendidos y listo para disparar su arma.

Pero la amenaza ya había remitido. Sólo había una baja.

Epílogo

El día de noviembre era soleado pero fresco. Una brisa ondulaba la superficie del canal entre Beaufort y Lady's Island. Era un buen día para estar al aire libre, pero Duncan y Elise preferían tomar el aire a través de la ventana abierta mientras reposaban en la cama.

Habían llegado la víspera a altas horas de la noche. Era la primera vez que estaban en la casa desde que la dejaran por separado, él con Dee Dee, ella a solas en el coche de Duncan camino de su enfrentamiento con Savich.

Los meses transcurridos desde entonces habían sido turbulentos. No habían hablado de cuándo podrían regresar a Lady's Island, pero parecían tener el acuerdo tácito de que no regresarían hasta que pudieran celebrar el final de su terrible experiencia, hasta que su regreso supusiera un nuevo principio.

La víspera, a las 4:38 de la tarde —Duncan había mirado el reloj cuando se leía la sentencia—, Robert Savich había sido declarado culpable de asesinar a Meyer Napoli.

Adams había argumentado durante tres días para que no se permitiera a Elise presentar testimonio.

Los cuatro siguientes los había pasado intentando desacreditar su declaración.

Pero los miembros del jurado no se dejaron engañar por su tono jactancioso y sus poses de abogado. Creyeron a Elise. Cuando se retiraron a la sala de deliberación, nadie apostaba por que declararan inocente a Savich.

Duncan había ayudado a la Fiscalía a preparar su caso, pero desde los márgenes. Oficialmente, estaba suspendido hasta finales de mes. Puesto que Elise era esencial para el caso, se habían visto con regularidad, aunque no tan a menudo como le habría gustado a Duncan.

Ella se había negado repetidamente a mudarse a su casa adosada.

—Ya tienes bastantes problemas con la policía sin necesidad de eso —le había dicho.

—Ya he reconocido haberme acostado contigo durante una investigación en curso. Acepto mi castigo como un hombre. ¿Qué importancia tiene ahora que vengas a vivir conmigo?

—Soy la razón de que te hayan suspendido. ¿Qué pensaría la gente si me voy a vivir contigo mientras dura esa suspensión?

—Me da igual —dijo Duncan.

En voz queda, ella dijo:

—A mí, no.

Así había puesto fin a la discusión con suma efectividad, pero Duncan entendió que no era únicamente su suspensión disciplinaria lo que Elise estaba teniendo en

cuenta, sino también que había enviudado poco tiempo atrás.

Durante los días posteriores a la escena en la sala del tribunal que culminó con el horroroso suicidio de Cato Laird, la noticia había copado los medios de comunicación. No se podía encender un televisor ni leer un periódico sin encontrarse con otro relato de los pasmosos acontecimientos acaecidos esa tarde en el tribunal superior.

Varios testigos habían visto a Cato arrancar la pistola de la funda al cinto de uno de los policías que lo sacaban de la sala. Cada uno tenía su versión de cómo se había metido el cañón en la boca y apretado el gatillo antes de que ninguno de los sorprendidos agentes o los horrorizados testigos pudiera detenerlo.

La noticia se repitió durante semanas, narrada desde diferentes perspectivas, pero siempre resumida con el mismo espantoso resultado.

Conforme salían a la luz detalles sobre la actividad delictiva de Laird, se investigaban y eran motivo de editoriales de prensa. Los adictos a la información nunca tenían suficiente dosis, y los medios alimentaban sus voraces apetitos.

La opinión pública con respecto al juez fue mayormente de ultraje ante su duplicidad y el abuso que había hecho de su poder y su posición. La viuda que lo había delatado despertaba compasión y admiración a partes iguales.

Pero Elise se mantuvo al margen de la publicidad. No era una clase de popularidad que deseara. Su triunfo fue pequeño y sencillo, pero de gran valor para ella: pudo exhumar el ataúd de su hermano y celebrar un funeral como era debido en un cementerio decente. Chet Rollins no había sido ningún santo, pero tampoco se merecía una muerte tan horrible. Quizás había encontrado la paz. Elise sí la había encontrado.

Ahora sus extremidades estaban entrelazadas con las de Duncan en una imagen de lasitud tras una noche y una mañana de hacer el amor. Él restregó la mejilla contra el vientre de Elise, que le dijo con voz soñolienta:

—Tienes que afeitarte.

—Luego. Ahora mismo no puedo moverme.

—Hummm. —Le pasó a Duncan los dedos por el pelo, al tiempo que susurraba —: Yo no quiero que te muevas.

Aun así, Duncan le recorrió el torso a pequeños mordiscos hasta llegar a su boca. El largo beso que siguió fue sexualmente evocador. Cuando por fin se separaron, ella siguió con los ojos cerrados, y murmuró:

—Y yo que no quería que te movieras...

—¿Te gusta, aunque estoy sin afeitar?

—Especialmente estando sin afeitar.

—Entonces deberías casarte conmigo.

A Elise se le abrieron los ojos de par en par. Afirmó:

—No puedo.

—No tienes que responder ahora mismo —dijo él con un deje de ironía—.

Tómate algo de tiempo para pensarlo.

—No puedo casarme contigo, Duncan.

Se recostó a su lado, con la mejilla apoyada en el puño.

—¿Por qué no?

—Porque te quiero.

—Hummm. Bueno, mira, por lo general, funciona justo al revés. Si quieres a alguien, deseas casarte con él.

—Yo te quiero —lo dijo como si fuera un voto sagrado, un compromiso.

Poniéndose a la altura de su solemnidad, Duncan dijo:

—Entonces, no veo cuál es el problema.

—No tendríamos hijos, para empezar.

Él le pasó el pulgar por los pómulos delicados.

—La ligadura de trompas es un proceso reversible.

—No siempre —dijo ella.

—En caso contrario, adoptaremos. O pasaremos sin niños.

—Pero a ti no te gustaría eso.

—Lo que no me gustaría es tener que pasar sin ti. —Le apoyó la mano en la mejilla—. Tú eres lo único que deseo tener en esta vida.

—No tengo nada que aportar a una relación de pareja, Duncan, especialmente en un vínculo tan importante como el matrimonio.

No se había llevado nada de la casa de Cato Laird, ni siquiera sus efectos personales, y se enfadó cuando su abogado la llamó para darle la mala noticia de que no se la mencionaba en absoluto en el testamento de Cato. «Como si se me hubiera pasado por la cabeza tocar nada que haya sido de su propiedad», comentó al concluir la conversación con el abogado.

Duncan nunca habría influido en semejante decisión, pero le alegró que la tomara. Él prefería que no se quedara con nada que procediese de Cato Laird.

—He estado viviendo con lo poco que ahorré antes de casarme con Cato —le dijo ahora—, pero no tardará en acabarse, y tendré que encontrar algún trabajo.

—Si pudieras despertar mañana y encontrarte haciendo eso que siempre habías querido hacer, ¿qué sería?

Elise se quedó un momento con la mirada perdida a media distancia.

—¿Recuerdas que te comenté cómo, antes de mudarme a Savannah, seguía clases de cine?

—El cine es una pasión. Prácticamente me recitaste los diálogos de aquella peliculita para chicas —le recordó Duncan.

Ella frunció el ceño al oír la terminología utilizada, pero siguió adelante con lo que estaba pensando:

—No muy lejos de tu casa, hay un antiguo cine.

—¿Al otro lado de Forsyth Park? Lleva allí desde la década de los treinta. Hace años que no funciona.

—Estaba pensando que podría restaurarse —dijo con voz vacilante—. Con muy buen gusto. Se podría convertir en un cine sólo para reposiciones de clásicos. *Gigante*, *Lawrence de Arabia*, *Doctor Zhivago*. Grandes películas épicas como ésas. O cine negro. Tracy y Hepburn. Hay una lista inacabable de festivales cinematográficos. Podría utilizarse para estrenos. Habría un pequeño bar en el vestíbulo, no sólo la típica tienda de golosinas. También se podría alquilar para actos o programas especiales, galas de beneficencia, fiestas de empresa, convenciones. Piensa en lo que se podría sacar con el negocio de los congresos.

»¿Recuerdas cuando estábamos en Beaufort hablando de todas las películas que se ruedan por aquí? Bueno, quizá si el equipo de rodaje de una película estuviera trabajando cerca, el director, o un par de actores, podrían venir a dar una charla, sobre todo si se tratara de un acto benéfico. ¿Te imaginas si Ang Lee o Lasse Hallström... —Al ver la sonrisa de Duncan, se interrumpió—. ¿Qué?

—Estás en lo cierto. No tienes nada que aportar.

Ella advirtió que le estaba tomando el pelo.

—¿Crees que es una buena idea?

—Sólo una cosa... ¿Voy a tener que ir de etiqueta a todos esos «actos»?

Ella dejó escapar una suave risilla, pero la sonrisa le flaqueó.

—No es más que una idea. Haría falta mucho dinero para hacerlo tal como lo imagino.

—No carezco de contactos y recursos. Encontraremos inversores, obtendremos el dinero —dijo Duncan, y le cogió un mechón de pelo, que había recuperado su color habitual y le había crecido hasta la barbilla—. ¿Alguna otra objeción a mi propuesta de matrimonio?

—Tus amigos y tu familia.

—¿No te caen bien?

—Tómatelo en serio, Duncan.

—De acuerdo. ¿Qué ocurre con mis amigos y mi familia?

—¿Qué les parecería que establecieras un vínculo permanente conmigo?

—Bueno, has inspirado a Dee Dee para que deje de hacerse la permanente y empiece a depilarse las cejas. Eso constituye una excelente recomendación. Mis compañeros de trabajo se quejan a mis espaldas de que tengo una suerte que no merezco.

—Por estar con la camarera de un garito de *topless*.

—Porque me quiere una mujer lo bastante valiente como para enfrentarse a Savich sola. Créeme, nadie se atrevería a menospreciarte en mi presencia. Pero te aseguro que menos aún dirían nada indebido de ti en presencia de Dee Dee. Y cualquiera capaz de hacerlo no es amigo mío, así que su opinión no cuenta.

—Pero la opinión de tus padres sí cuenta. Los quieres y ellos te quieren. —Elise apartó la cabeza—. Yo sería su peor pesadilla.

—Tienes razón —suspiró él—. Mi madre está de los nervios. No recuerdo

ninguna ocasión en que estuviera tan enfadada conmigo. —Le puso el dedo a Elise bajo la barbilla y le hizo volver la cara hacia él—. Hoy la he llamado para decirle que iríamos mañana a comer. Mi madre se ha puesto furiosa por no avisarla con más antelación. Quería pintar el comedor antes de que te llevara a casa por primera vez.

—¿A casa? —preguntó Elise.

Sus ojos reflejaron una esperanza infantil, lo que suscitó en Duncan una punzada de amor que le atravesó el corazón. Durante toda su vida, había dado por sentado que la gente que se preocupaba por él lo quería sin más requisitos. Ella nunca había tenido semejante seguridad. La amaría lo suficiente para compensar esa deficiencia. Y más.

—¿No me censuran por lo que hice?

—A ellos les va el asunto ese de perdonar —dijo Duncan con una sonrisa, y luego, adoptando un semblante serio, le acarició la mejilla—. Pero ¿qué hay que perdonar, Elise? ¿Cuál es tu gran pecado? Savich es malvado. Cato Laird era malvado. Tú no.

Para cuando terminó de hablar, las lágrimas brillaban en los ojos de Elise, que lo acercó hacia sí, rozando sus labios con los de él, mientras susurraba:

—Te quiero, Duncan. Te quiero con todo mi corazón y mi alma. Te quiero. Te quiero.

Él la recogió bajo su cuerpo y se apretó contra ella, su sonrisa sobre los labios de Elise.

—Lo interpretaré como un sí.



SANNDRA BROWN (Waco, Texas, 1948) se graduó en la Universidad Cristiana de Texas y trabajó como periodista, fue modelo y actriz antes de dedicarse a la literatura. Dejó su trabajo para dedicarse por entero a escribir novelas románticas, apoyada por su marido.

Su primer libro se publicó en 1981, y desde entonces ha publicado cerca de 70 novelas que han sido traducidas a treinta y cuatro idiomas. En el 2008 fue nombrada Thriller Master, el mayor galardón que otorga la Asociación internacional de escritores de suspense, también ha recibido el RITA a toda su carrera.

Escribe también bajo los seudónimos Laura Jordan, Rachel Ryan y Erin St. Claire.

Notas

[1] En castellano, el nombre del club sería «Pajarita y cola blancas». (*N. del T.*) <<